



CIÓN



1080042806



257

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

642636



ARTE PASTORAL.

UANL

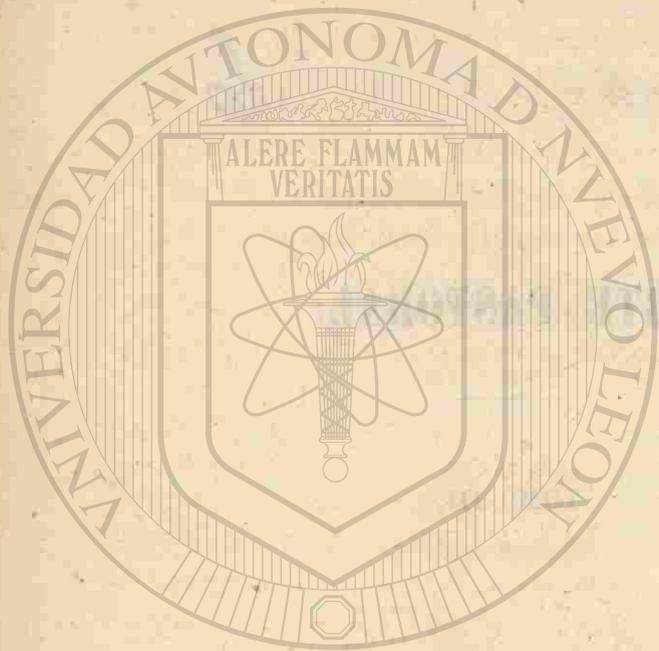
TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA :

OBRA ESCRITA EN OBSEQUIO

DE LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS,

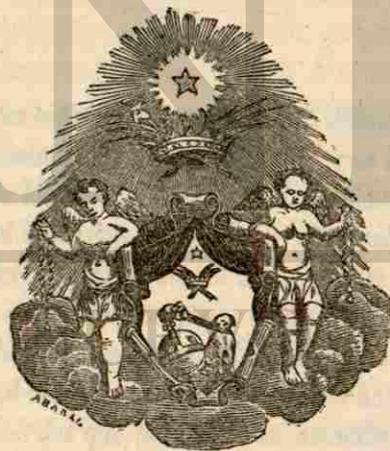
POR EL

R. P. L. Juan Planas,

DOMINICO, DIRECTOR DE LA CASA-MISION DE GERONA.

TERCERA EDICION.

TOMO III.



110331

Con aprobacion del Ordinario.

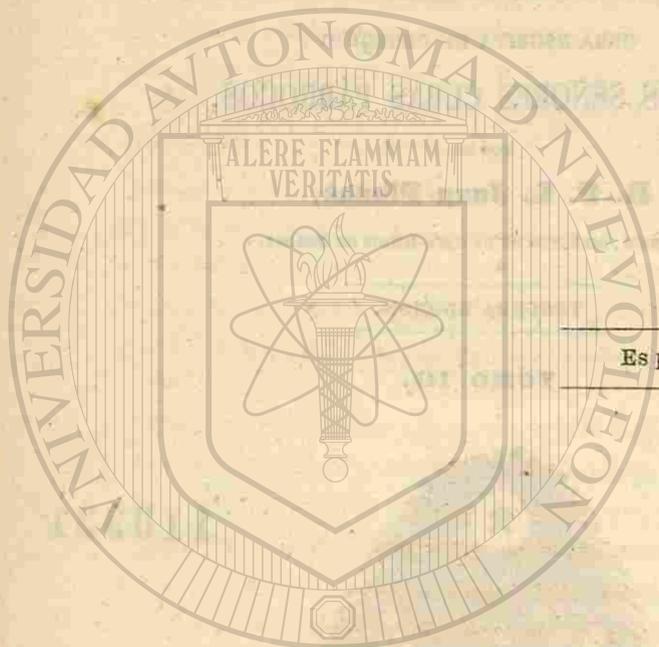
BARCELONA.—1862.

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

38046

PL5058
Pg. 1
1862
43



Es propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

Ya saben los señores curas, pues se lo dijimos en las observaciones preliminares del segundo tomo, que la Iglesia en la distribución de los evangelios guarda la economía mas sabia y prudente; cual economía consiste en ir proponiéndonos los misterios de Jesucristo por el mismo orden que se cumplieron, y en las mismas épocas del año que se verificaron. Así vemos, que durante el Adviento, nos propone los evangelios que nos hablan de su venida al mundo; que desde Navidad hasta Septuagésima nos hace leer los que hablan de su nacimiento, infancia y juventud; desde Septuagésima á la Pascua los que explican su vida penitente, su predicacion y su muerte dolorosa; desde Pascua hasta Pentecostes los que tratan de su resurreccion, de su ascension al cielo, y de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Pero como desde Pentecostes hasta el Adviento, en

que empieza el nuevo año eclesiástico, hay mas de veinte domingos, la Iglesia, no teniendo ya otros misterios de Jesucristo que recordarnos, nos propone aquellos evangelios que contienen las principales máximas de su moral, exponiéndonos en ellos las parábolas mas instructivas, los documentos mas notables, y las acciones mas sublimes que se encuentran en la historia de su vida santísima.

Limitándonos ahora al evangelio del presente dia, desde luego se notan en él tres máximas fundamentales que el Salvador dió á sus discípulos, y que pueden servir de base para otros tantos asuntos morales: el amor de Dios, el desprecio del mundo, y la caridad como principio de las buenas obras. Para predicar del amor de Dios, se tomará aquel tema por texto que dice: Si quis diligit me... Pater meus diliget eum: y luego se dirá el siguiente exordio: «Cuando la Iglesia nos recuerda aquel tiernísimo dia en que el Espíritu Santo vino á llenar los corazones de los Apóstoles de amor de Dios, ¿pudiera yo, cristianos míos, hablaros de otra cosa que del amor divino? No: y si lo hiciese, me apartaría del objeto de la presente festividad, no correspondería á lo que exige de mí el evangelio que se acaba de leer, y os privaría á vosotros de un asunto tan grato como provechoso. El amor de Dios es el punto mas interesante que se puede predicar á los hombres, el que los cristianos deben escuchar con mas cuidado y atencion, y el que, bien cumplido, basta para hacer, no solo un buen cristiano, sino tambien un gran santo. Quitad el amor de Dios al mas sublime de los Serafines, héosle aquí convertido en el mas feo de los demonios: poned el amor de Dios en el mas abominable demonio, héosle mudado en hermosísimo Serafin. Quitad el amor de Dios á uno de los Santos mas admirables por su penitencia, pureza, constancia, celo y religion; su penitencia ya no será mas que hipocresía, su pureza pura vanidad, su constancia mera

«obstinacion, su celo atolondramiento, y su religion farsa y mentira. Poned el amor de Dios en el mas perdido entre los pecadores; un suspiro suyo llegará á lo mas alto del cielo, una lágrima suya podrá alcanzar de Dios cualquiera cosa, un vaso de agua dado por él á un sediento le hará digno de un premio eterno. Sin el amor de Dios, dice san Pablo, aunque yo convierta todo el mundo á la fe, aunque reparta todos mis haberes á los pobres, aunque me entregue á la muerte mas cruel, soy nada, nada absolutamente: Nihil sum¹: con el amor de Dios, aunque no convierta el mundo, aunque no me haga voluntariamente pobre, aunque no sufra el martirio, lo soy todo, absolutamente todo. ¿Pueden, cristianos, decirse cosas mas grandes, mas bellas, mas eficaces que estas en recomendacion del amor de Dios? Jesucristo las comprende todas diciendo, que quien ama á Dios es amado de él. Si quis diligit me... Pater meus diliget eum. Amar á Dios... ¿cabe algun objeto mas dulce? Ser amado de Dios... ¿cabe dicha mas grande? Para haceros comprender todo lo mas esencial del amor de Dios, vengo á explicaros tres cosas: su excelencia, sus motivos, y su práctica.» — Luego se dice la plática que se halla en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 50.

Cuando se quiera predicar del desprecio del mundo, se tomará el texto: Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat: y sobre él se formará el siguiente exordio: «Vosotros habeis visto, cristianos, como del Adviento acá la Iglesia, acomodándose á las diferentes estaciones del año, ha ido poniéndonos á la vista todos los misterios de Jesucristo, desde que vino á hacerse hombre en Nazaret, hasta que subió á los cielos. Como todavía quedan mas de veinte domingos del presente año eclesiástico, la misma Iglesia, no teniendo ya otros mis-

¹ I Cor. XIII, 2.

«terios del Salvador que recordarnos, trata de aprovecharlos para instruirnos en su moral, ofreciendo á nuestra consideracion las máximas principales que él enseñó, y se hallan esparcidas en el Evangelio. Hoy nos propone una, que á mi modo de ver, es la fundamental de todas, á saber, el desprecio con que el cristiano debe mirar los bienes del mundo. Conociendo el Salvador la propension que los hombres tienen á buscar su felicidad en los bienes materiales que el mundo les ofrece, quiso advertirles que la verdadera felicidad solo puede darla él, y que el mundo solo da una felicidad falsa, aparente é ilusoria: *Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat.* En efecto: ¿qué tiene el mundo que pueda hacernos felices? San Juan responde, que todo lo que hay en el mundo, y de consiguiente todo lo que el mundo puede darnos, son honores, riquezas y placeres. ¿Y pueden estas cosas hacer dichoso á un hombre? No, porque cuestan innumerables penas cuando se buscan; comunmente no se consiguen, aunque se hayan buscado; y aun cuando se consigan, no pueden plenamente satisfacernos. Expliquemos estas tres verdades, y veréis cuán despreciable es el mundo y todo cuanto hay en él.»

Para manifestar las muchas penas que causan los bienes del mundo cuando se buscan, se echará mano de la parábola del Hijo pródigo, y sobre todo se hará notar la suma crueldad con que fue tratado por aquel rústico labrador que le tomó por criado, quien por los muchos y penosos servicios que exigía de él, no le daba otro salario que algunas docenas de bellotas cada día¹. Luego se dirá que de igual modo trata el mundo á los que se dan á su servicio, pues por cuatro nonadas que les ofrece, les pide largos y costosos sacrificios. ¿Qué quiere, por ejemplo, de uno que desea enriquecerse? Quiere que antes sacrifique

¹ Luc. xv, 16.

su reposo, su tranquilidad y á veces su salud; que se entregue á ocupaciones tumultuosas, á viajes peligrosos, á cálculos y especulaciones que le ocupen las horas destinadas al sueño; que salga del centro de su familia, que abandone á su esposa y á sus hijos, que vaya á fiar su suerte ó al furor de los mares, ó á la inconstancia del comercio, ó al capricho de la fortuna, ó á la mala fe de los hombres, etc., etc. ¿Qué pide el mundo á uno que aspira á conseguir honores? Pide que compre estos honores á expensas de su libertad; que se haga esclavo de protectores altaneros, extravagantes y caprichosos; que forje intrigas, mueva resortes, sufra desdenes, disimule resentimientos, reprima el natural, alabe, sirva y preste vil homenaje á la persona de que está colgada su esperanza y su fortuna, etc., etc. ¿Qué exige el mundo de uno que está sediento de placeres? Exige que sacrifique su hacienda, su honor y su alma en obsequio del ídolo de carne que adora; que sufra las murmuraciones del público, las burlas de los vecinos, el desprecio de los amigos, las sátiras, quejas y baldones que de continuo le tiran sus allegados; que se resuelva á encontrar á cada paso celos que temer, censores que sufrir, rivales que desviar, etc., etc. Con estos conceptos, un poco amplificados, habrá bastante para demostrar los grandes sacrificios que pide el mundo por los pequeños bienes que promete, que es la primera verdad propuesta en el discurso.

Como prueba de la segunda se dirá, que si aun por tales sacrificios se llegase infaliblemente á la consecucion de dichos bienes, tendrían los mundanos con que consolarse, pues su posesion les pagaría algun tanto las inquietudes y penas que han sufrido al solicitarlos; pero no sucede ordinariamente así: el mundo es un embustero, á quien le importa muy poco faltar á sus promesas: deja que sus partidarios envejezcan en su servicio, y cuando los ve ya extenuados, paga sus penosos sacri-

ficios con la indiferencia y el desprecio; semejante á ciertos amos inhumanos que, habiendo recibido dilatados servicios de un criado fiel, cuando despues se ha hecho inútil, le envian á morir en un hospital. Verdad es que siempre los tiene colgados de la esperanza, porque al fin no quiere sea dicho que ellos le abandonan; pero si una vez dejan de serle oportunos, en vano hacen esfuerzos para agradarle: el ingrato no corresponde ya á su solicitud sino con la altanera declaracion de que son ya gastados, y para nada los necesita. En confirmacion de esto, hágase una rápida enumeracion de los muchos que, habiendo toda su vida soñado riquezas, escalado idealmente empleos, y buscado satisfacciones y placeres, no han logrado mejorar su situacion, ni levantarse del lodo en que yacian. Semejantes al hijo pródigo, quisieran hartarse de las bellotas que se pudren en el suelo, y ni aun esto les es concedido.

La tercera verdad se demostrará, diciendo, que aun cuando el mundo, olvidando su inconstancia, cumpliese sus promesas, y nos colmase de bienes, nuestro corazon no estaria satisfecho, y todavia le quedaria mucho que desear. Como es de una capacidad infinita, nada fuera de Dios es capaz de llenarlo y satisfacerlo, antes todo lo halla insípido, todo pobre, todo pequeño. Ese ambicioso ha llegado al grado de honor á que aspiraba, ¿creeis que está contento? ¡Ah! como Aman, cuenta por nada toda su gloria, mientras vea que Mardoqueo no se arrodilla en su presencia. Refiérase aqui la historia de este desventurado ambicioso, la que se hallará en el libro de Ester, capítulo III. Ese avaro tiene ya sus cofres llenos de oro y plata; ¿pensais que está satisfecho? Como Acab, se considera pobre en medio de sus grandes riquezas, mientras Nabot no le dé la corta hacienda que posee. Explíquese la historia de este infeliz codicioso, tal como se halla en el capítulo XXI del libro III de los Reyes. Ese sensual ha conseguido ya el consentimiento de la persona

que tiempo há venia solicitando, nada niega ya á sus detestables deseos, ¿creeis que se halla satisfecho? Como Amnon, que apenas hubo violado la honestidad de Tamar, sintió que el amor se le cambiaba en odio, y el placer en fastidio; así este desgraciado, no bien ha probado las primeras dulzuras del placer profano, cuando ha visto desvanecerse como humo su ilusion, hallando la desesperacion y vergüenza donde creia encontrar la felicidad y el gozo. Refiérase el hecho de Amnon, que se halla descrito en el libro II de los Reyes, capítulo XIII.

Véase ahora el asunto que damos entero.

El amor de Dios principio de bien obrar.

Si quis diligit me, sermonem meum servabit. (Joan. XIV, 23).

En un dia en que la Iglesia hace memoria de aquel otro dia dichoso en que el Espíritu Santo vino á inflamar á los Apóstoles en amor de Dios, es muy natural que vosotros deseéis saber si este Espíritu divino ha venido tambien á encender en vuestras almas el fuego sagrado de la caridad. Por justo y razonable que sea vuestro deseo, casi no me alrevo á satisfacerlo, porque léjos de poder deciros cosas que os consuelen, tal vez habré de deciros verdades que os llenarán de espanto y temor.

¿Qué es, pues, lo que deseais saber? ¿si el amor de Dios reside en vuestros corazones? Para ello será menester que sepamos cuáles son vuestras obras, porque ellas son la única regla que puede ayudarnos á resolver esta delicada cuestion. El amor de Dios es como el fuego, que por esto el Espíritu Santo tomó la forma de fuego al bajar sobre los Apóstoles, y

así como el fuego es esencialmente activo, y siempre obra en el cuerpo en que ha prendido, así el amor de Dios, en prendiendo en una alma, la hace activa y diligente, impeliéndola siempre á obrar cosas que sean del agrado de su amado Señor : *Si quis diligit me, sermonem meum servabit.* Así que, si sois del número de esos cristianos apáticos que, contentándose con no hacer mal, no se cuidan de obrar el bien, desde luego puedo aseguraros que el amor de Dios no está en vosotros.

Pero ¿dirémos que amais á Dios desde el momento que os veamos hacer algunas obras buenas? No, cristianos : las obras buenas no son una señal infalible de que se ama á Dios, porque pueden proceder de otros principios que de la caridad. Pueden ser un indicio mas ó menos fundado ; pero no una prueba segura, no una señal infalible. De aquí deduzco una doble proposición, que debe llenaros de un santo temor, y es la que vais á oír. El amor de Dios produce necesariamente las buenas obras, y de consiguiente quien no se ejercita en obras buenas no ama á Dios : las obras buenas no proceden necesariamente del amor de Dios, y de consiguiente no es prueba segura de que se ama á Dios el hacer buenas obras. ¿Oís-teis jamás una proposición mas terrible? La primera parte de ella es para despertar á esos cristianos perezosos, que piensan amar á Dios solo porque se abstienen de obrar mal : la segunda se encamina á desengañar á esos cristianos presumidos, que creen amar á Dios solo porque practican algun bien.

Para convencerse de que el amor de Dios produce necesariamente buenas obras, y de consiguiente que quien no se ejercita en obras buenas no ama á Dios, basta conocer la naturaleza de aquella virtud que llamamos caridad. Esta virtud,

segun los teólogos, tiene una cosa particular que la distingue de todas las demás, y es ser ella esencialmente activa, lo que quiere decir, que para ser, necesita obrar ; y que en no obrando, enferma, desfallece, y muere. La fe, sin dejar de ser fe, puede estar muerta, porque se puede creer todo lo que Dios enseña sin vivir conforme á esta creencia : la esperanza, sin dejar de ser esperanza, puede estar muerta, porque se puede esperar el cielo sin hacer nada para conseguirlo. Pero la caridad, cristianos, no es así : ó no es, ó trabaja : ó no existe en el alma, ó produce obras buenas y santas. Es como el sol que ó no está presente al aire, ó lo ilumina : es como el fuego que ó no toca el leño, ó lo calienta.

¿Qué impresion deberia hacer esta doctrina en aquellos cristianos que, contentándose, como dicen, con no hacer mal, y no cuidándose de practicar el bien, presumen no obstante estar animados de la caridad ó amor de Dios! Yo, dicen, vivo á mi modo, sin que por esto mi conciencia me reprenda de nada. No tengo esa piedad de que algunos hacen profesion, verdad es ; pero tampoco soy del número de esos libertinos que se mofan de todo : no gasto el tiempo en oraciones, es cierto ; pero tampoco lo empleo en cosas malas : no hago limosnas, lo confieso ; pero tampoco toco en los bienes ajenos. No ayuno, pero tampoco soy gloton : no socorro al huérfano, pero tampoco le oprimo : no soy hombre de funciones ni Sacramentos, pero tampoco soy hombre de hacer mal á nadie. Esto me basta para que mi conciencia esté muy tranquila sobre el precepto de amar á Dios.

Error lamentable, cristianos, que solo puede tener cabida en hombres que ni tan solo entienden lo que significa el nombre caridad. ¿Cómo puede presumir tener esta virtud quien confiesa que no practica nada de cuanto ella inspira? ¿Diréis que un hombre es liberal, si nunca abre la mano para dar?

¿Diréis que es afable, si nunca profiere una palabra dulce?
¿Diréis que es justo, si nunca le veis hacer un acto de justicia? ¿Con qué título, pues, os atribuíis la virtud que impulsa á orar, si nunca haceis oracion? ¿La virtud que inspira la misericordia, si nunca dais una limosna? ¿La virtud que excita á hacer penitencia, si nunca practicais una mortificacion? ¿La virtud que conduce á la frecuencia de Sacramentos, si nunca os acercais á recibirlos? ¿La virtud que lleva á las funciones religiosas, si nunca os dejais ver en ellas? ¿La virtud, en fin, que pone en movimiento todas las demás virtudes, si nunca ejercitais ninguna?

Un cristiano que ama á Dios no deja de manifestarlo de diferentes modos, segun las diferentes impresiones que hace en él el objeto de su amor. Unas veces, deseando unirse con él, y viendo que á pesar suyo se le retarda esta dichosa union, desahoga su amor con súplicas y lágrimas: y así es como el amor de Dios le excita á orar. Otras veces, lleno de reconocimiento por sus beneficios, discurre medios para manifestarle su gratitud, y conociendo que el principal es mostrarse benéfico para con el prójimo, le abre su mano liberal, le hace participante de sus bienes, le socorre en sus necesidades, endulza sus amarguras, cubre su desnudez, y nunca está mas contento que cuando puede ejercer con él algun acto de caridad: y así es como el amor de Dios le mueve á practicar la misericordia. Otras veces, considerando á Dios como un buen padre á quien ha ofendido, suspira por darle una cumplida satisfaccion, y conociendo que esto no es posible, se consume en su dolor, vierte amargas lágrimas, y ejerce con su carne rebelde una santa severidad: y así es como el amor de Dios le hace practicar la penitencia. Esto hace, cristianos, el amor de Dios en quien realmente lo posee: y teniendo vosotros por sistema no hacer nada de esto, ¿osais decir que amais á Dios?

¿Qué especie de amor es el vuestro, pregunta san Agustin, que se está todo encerrado dentro el corazon, sin manifestarse fuera; y duerme tranquilo en el alma, sin producir ningun efecto? Sin duda, añade el Santo, será un amor todo diferente del que hasta ahora hemos conocido, porque amor que duerma, amor que no obre, hasta el presente no se ha visto: *Amorem vacantem in anima non inveni.*

Si esta sentencia de un Doctor tan ilustre no basta para convenceros de que quien ama á Dios lo manifiesta con las obras, id, os diré con Jeremías, id á aprenderlo de esas naciones bárbaras que adoran por dioses al bronce y al palo: *Transite ad insulas Sethim, et videte: in Cedar mittite, et considerate*¹. Observad atentamente lo que hacen por sus dioses, los votos continuos que les dirigen, los sacrificios frecuentes que les hacen, y los inciensos preciosos que queman ante sus altares: *Videte, et considerate.* Y sin ir tan léjos, mirad cómo se conducen esos infelices esclavos del amor profano con el ídolo de su pasion. ¿Acaso se contentan con no ofenderle? ¿Por ventura se dan por satisfechos con decirle friamente que le aman? Harto se sabe que no hay obsequio que no le presenten, sacrificio que por él no hagan, bien que por él no expongan: llegando no pocas veces á sacrificar por él su hacienda, su libertad, su reputacion y su alma.

Y vosotros, sin hacer nada por Dios, ¿quereis persuadirnos que le amais? No, no le amais, no teneis por él ni una chispa de caridad; que si la tuviéseis, á pesar vuestro os escaparian algunas acciones que mas ó menos la descubririan; sin que lo intentáseis, y tal vez sin que lo advirtiéseis, haríais alguna cosa que la pondria de manifiesto. Mientras no os veamos practicar aquellas obras de piedad que comunmente

¹ Jerem. II, 10.



hacen los buenos cristianos, aunque nos jureis que amais á Dios, os aseguro que no os hemos de creer; porque, como dice un santo Padre, las pruebas del amor no son las palabras, sino las obras: *Probatio amoris exhibitio est operis*.

Pero ¿qué? En viéndoos practicar algunas obras buenas, ¿podrémos desde luego decir que amais á Dios, y poseeis la caridad? Nada menos: aunque, como acabo de probar, el amor de Dios produzca necesariamente las buenas obras, no se deduce de esto que las obras buenas procedan siempre del amor de Dios. Esta es una verdad que muchos no saben comprender. Acostumbrados á juzgar de las cosas por el exterior, se imaginan estar llenos del amor de Dios luego que notan en sí algunas obras virtuosas en la apariencia. El hacer limosna, el asistir á las funciones religiosas, el rezar alguna oracion diaria, el consolar á algun enfermo ó afligido, etc., ¡oh! son cosas que los entusiasman, y les hacen pensar que, para ser grandes santos, solo falta ponerlos en un altar. Sin embargo, la Escritura santa está llena de ejemplos que prueban, que muchas obras, muy buenas en sí, no son hijas de la caridad; y que si se las examinase con rigor, se hallarian mas dignas de castigo que de premio. Oid algunos para vuestra instruccion.

Cain ofreció á Dios las primicias de sus campos: ¿qué obra mas buena en la apariencia? Y no obstante Dios se la despreció: *Ad Cain verò, et ad munera illius non respexit*¹. Saul le hizo un sacrificio en Gálgala, para que le fuese propicio en la batalla que iba á librar contra los filisteos: ¿cabe accion al parecer mas santa? Sin embargo Dios le reprobó por esta accion, y le quitó el cetro de Israel: *Nequaquam regnum tuum ultrà consurget*². Ananías y Safira entregaron á los Após-

¹ Gen. iv, 5. — ² I Reg. xiii, 14.

toles parte del precio de una finca, para que la empleasen en alivio de los pobres: ¿quién no calificaria esta obra de eminentemente piadosa? Con todo Dios los castigó, dándoles una muerte repentina¹. El fariseo rogaba en el templo, y daba gracias á Dios por haberle preservado de ciertos vicios que notaba en los demás hombres: ¿puede haber una obra en la apariencia ni mas razonable ni mas justa? No obstante Dios la rechazó, y la reputó por gran pecado².

Estos ejemplos son estupendos, ¿no es verdad? Pues oid á san Pablo, que viene á decirnos una cosa todavía mas espantosa, y es, que se pueden hacer actos de virtudes las mas heroicas, como son hablar el idioma de los Ángeles, conocer los misterios mas secretos, obrar los milagros mas asombrosos, dar todos los bienes á los pobres, convertir todo el mundo á la fe, sufrir voluntariamente la muerte mas cruel, y no obstante ¡ah! y no obstante estar privado de la caridad: *Si linguís hominum loquar, et Angelorum, etc... charitatem autem non habuero*³. ¿Cuántas veces sucede, en efecto, que uno hace excelentes obras de piedad estando en desgracia de Dios, y siendo esclavo de grandes vicios? Mirad á los fariseos: ¿véis gente mas llena de orgullo, mas dominada de la avaricia, mas tocada de la envidia, mas esclava de sus pasiones? Con todo hacian cosas tan buenas, que honrarian á muchos cristianos. Ellos pagaban diezmo hasta de las yerbas de su jardin, ellos pasaban largas horas haciendo oracion en el templo, ellos daban grandes limosnas á los pobres, ellos en fin ayudaban con frecuencia y austeridad. Si deseais saber ahora cuál era el valor de estas obras tan santas en la apariencia, escuchad á Jesucristo que va á decirlo: ¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que bajo un exterior piadoso y santo ocultais un

¹ Act. v, 5, 10. — ² Luc. xviii, 14. — ³ I Cor. xiii, 1, 2, 3.

corazon lleno de malicia, semejantes á ciertos sepulcros que, siendo muy blancos y hermosos por defuera, de dentro están llenos de corrupcion y horror : *Væ vobis Scribæ et Pharisei hypocritæ : quia similes estis sepulchris dealbatis* ¹.

¡Oh á cuántos de vosotros, cristianos míos, se podría aplicar esta comparacion del Salvador! Vosotros, como los escribas y fariseos, haceis muchas cosas que revelan un gran fondo de virtud y piedad : de tiempo en tiempo os dais á la oracion, os acercais á los Sacramentos, asistís á la misa y demás ejercicios religiosos, y haríais escrúpulo de ver una necesidad sin remediarla. Estas obras son laudables, no lo niego ; pero delante de Dios no tienen mérito ni valor alguno, porque de nada proceden menos que de la caridad. Pero si no proceden de la caridad, me diréis, ¿de qué otro principio pueden proceder?—¡De tantos otros principios pueden proceder, cristianos!... Pueden proceder de la costumbre, la que hace que seais muy puntuales en practicar lo que de mucho tiempo venís haciendo, no obstante los vicios que os afean : pueden proceder del respeto humano, el que hace que se cumpla exteriormente con los deberes de buen cristiano por no incurrir en la nota de libertino : pueden proceder del deseo del interés, el que hace que se practiquen algunas obras buenas solo por la ganancia temporal que de ella resulta : pueden proceder... ; qué sé yo de cuántos principios bajos y humanos pueden proceder! Lo cierto es que Jesucristo asegura, que en el dia de la cuenta se separará el trigo de la paja, es decir, se hará distincion entre las obras que habrán sido buenas en la realidad, y las que solo lo habrán sido en la apariencia. ¡Qué sorpresa para aquellos que, contando con sus buenas obras, oirán de la boca de su Juez este terrible decreto : Re-

¹ Matth. xxiii, 27.

tiraos de mí, obradores de iniquidad : *Discedite à me, qui operamini iniquitatem* ¹!—¡Cómo, Señor! ¿habeis olvidado tantas acciones santas que nos visteis practicar? Tantas oraciones, tantos Sacramentos, tantas limosnas... ; qué, Señor, qué! ¿nada de esto merece vuestra aprobacion?—No, dirá, que mientras vuestras manos practicaban el bien, vuestros corazones estaban llenos de iniquidad : no, que mientras me servíais en la apariencia, me ultrajábais en el fondo del alma : no, que lo que menos buscábais en vuestras buenas obras era mi gloria y mi honor. Id á buscar quien os recompense el bien que habeis hecho, mas por complacer á otros, que por agradecerme á mí : *Discedite à me, qui operamini iniquitatem*. Ya lo oís, cristianos, y lo oís de unos labios mas autorizados que los míos : no todo el bien que se hace procede del amor de Dios, no todas las acciones buenas serán premiadas en el cielo. ¡Qué impresion deberia hacer en vosotros esta verdad!

Pero mas espanto deberia aun causaros aquel oráculo que el Salvador dirige contra los que, no ejercitándose en obras buenas, presumen no obstante estar poseidos de la caridad : Todo árbol que no produce buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego : *Omnis arbor que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur* ². No dice : todo árbol que produce frutos malos, sino todo árbol que no da frutos buenos : *Que non facit fructum bonum*. No dice que será mirado como un árbol inútil, sino que será cortado : *Excidetur*. Y no cortado simplemente, sino arrojado al fuego : *In ignem mittetur*. Sirvaos esto de aviso, cristianos ; y procurad obrar todo el bien que podais, haciéndolo puramente por Dios ; que solo el que hagais así, y no otro, será recompensado en el cielo, donde deseo veros. Amen.

¹ Matth. vii, 23. — ² Ibid. 19.

DOMINGO DE TRINIDAD.

Breve como es el evangelio de este día, ofrece materia para predicar sobre cuatro asuntos diferentes, de los cuales no sabríamos decir cuál sea el de mayor importancia y utilidad. Estos asuntos son: la necesidad de la instrucción cristiana, el misterio de la santísima Trinidad, las grandes obligaciones que el Bautismo impone al cristiano, y el gran pecado que hace quien falta á estas obligaciones.

La necesidad de la instrucción cristiana se deduce del texto: Euntes ergo docete omnes gentes, y se propone así: «Nada mas expresa y frecuentemente inculcado por Dios, que la obligación que hay de instruirse á fondo en las doctrinas de la Religión. Si subimos al tiempo de la ley natural, veremos que obligaba severamente á los padres á enseñarlas á sus hijos, y que mandaba rigurosamente á los hijos aprenderlas de la boca de sus padres; queriendo que por medio de la enseñanza doméstica, ya que entonces no habia otra, el conocimiento de las cosas religiosas se perpetuase en las familias, y pasase de una á otra generacion. Si nos fijamos en el tiempo de la ley escrita, hallaremos que Dios nada encargaba mas á su pueblo que instruirse bien en su ley. «Ó Israel, le decia por boca de Moisés, observa los preceptos de tu Dios, grábalos en tu corazón, y medítalos de día y de noche. Y para que nunca se te borren de la memoria, escríbelos en lugar donde siempre los tengas á la vista. Cuando fueres de viaje, ellos te acompa-

ñen: cuando durmieres, ellos te guarden; y cuando despertares, ellos sean el primer objeto de tus meditaciones¹.» ¿Y qué diré del tiempo de la ley de gracia, en que dichosamente vivimos? A fin de que todo el mundo tenga noticia clara de su religión, crea apóstoles, evangelistas y doctores: los llena del espíritu de sabiduría, entendimiento y consejo; y los envía, como dice el evangelio de hoy, á enseñar á todas las gentes, haciendo de esta enseñanza el principal objeto de su sublime ministerio y de su alta misión: Euntes ergo docete omnes gentes. ¿Con qué empeño, pues, debemos aprender las materias de esta religión, que los Apóstoles han tenido orden de enseñarnos? ¿Cuánta será la necesidad de instruirnos en los puntos esenciales que ella contiene? Esto es precisamente lo que hoy vengo á manifestaros.»—En seguida se dirá á la letra el cuerpo de la plática que se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 15.

El misterio de la santísima Trinidad se infiere del otro texto: Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, y se propone en la forma siguiente: «La santísima Trinidad... hé aquí un misterio que jamás hubiéramos llegado á saber, si la fe no nos lo hubiese descubierto. Que hay un Dios, que este Dios es único, simplicísimo, perfectísimo, independiente, inmutable, eterno, justo, etc... esto podemos conocerlo con sola la luz natural; pero que este Dios único y simplicísimo subsista en tres personas realmente distintas, de las cuales la una no sea la otra, y no obstante todas tres sean una misma naturaleza, una misma esencia, un mismo Dios, este, vuelvo á decir, es un misterio que supera nuestra inteligencia, y solo ha podido sernos descubierto por la revelación. Si Jesucristo no hubiese dicho en términos expresos que en Dios

¹ Deut. vi, 6, 7, 8, 9.

«hay una persona que es Padre, otra que es Hijo, otra que es Espíritu Santo, ¿hubiera habido filósofo alguno que hubiese llegado á descubrirlo? De seguro que no. La misma sublimidad de este inefable misterio hace que, aun despues de sabido, no se pueda hablar de él sino con mucha oscuridad; porque aunque se sabe, no se comprende; y aunque se comprendiese, nos faltarían palabras para explicarlo. Pero, como por otra parte es el misterio fundamental de nuestra Religion, y todo cristiano debe estar suficientemente instruido en él, so pena de condenacion eterna, os hablaré de él á mi modo, haciendo que lo entendais hasta donde puede y debe ser entendido.»— Luego se predicará el cuerpo de la plática que hay en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 58.

El asunto sobre las grandes obligaciones que el Bautismo impone al cristiano se saca del mismo texto Baptizantes... etc., y se encabeza con el siguiente exordio: «Hoy, cristianos, celebramos el principal misterio de nuestra santa Religion, cual es el de la santísima Trinidad, ó el de un Dios único, pero subsistente en tres personas realmente distintas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo. No es mi ánimo entrar en la explicacion de este incomprensible misterio, porque sé que todo cuanto podria decir de él no lo sacaria de la majestuosa oscuridad en que Dios lo tiene escondido: lo que intento es, recordaros las grandes obligaciones que teneis para con la santísima Trinidad, en cuyo nombre fuisteis bautizados, y hechos cristianos: Baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.»—Aquí se echa el cuerpo de la plática que hay en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 260.

Véase ahora el cuarto asunto indicado arriba, y que insertamos á continuacion.

Gran pecado del que viola las promesas del Bautismo.

Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. xxviii, 19).

El evangelio de hoy refiere la orden que Jesucristo dió á sus Apóstoles de diseminarse por todo el mundo, instruir á todos los hombres en la verdadera fe, y bautizarlos en nombre de la santísima Trinidad: *Euntes ergo*, etc. No tomaré pié de este texto para detallaros ni los admirables efectos que el Bautismo produce en quien lo recibe, ni las tremendas obligaciones que son consiguientes á su recepcion, porque sobre esto os supongo suficientemente instruidos desde vuestra niñez: lo que intento es, ponerlos á la vista toda la enormidad del pecado que comete quien, habiendo prometido solemnemente á Dios cumplir las tales obligaciones, tiene el descaro de violar sus promesas.

En el Bautismo, fieles, se celebra un contrato muy formal y solemne entre Dios y nosotros, cual contrato encierra cláusulas de mútua obligacion, y promesas recíprocas que espontáneamente se hacen las partes contratantes. Dios por su parte se obliga á crearnos de nuevo en la justicia, á restablecernos en los derechos perdidos por la culpa, á hacernos dichosos en esta vida con la comunicacion de su gracia, y, supuesta nuestra fidelidad, eternamente bienaventurados con la participacion de su gloria: nosotros por la nuestra le hacemos una promesa pública, solemne, irrevocable de renunciar al demonio y á sus obras, de aborrecer el mundo y sus pompas, de no tener otro señor que Dios, otro modelo que Jesucristo,

otra fe que la de su Evangelio, otra esperanza que su bondad, ni otro deseo que su gloria. Dios por su parte nos eleva al grado mas alto de dignidad á que puede aspirar el hombre, pues el Padre nos adopta por hijos, Jesucristo nos recibe por hermanos, y el Espíritu Santo nos consagra por sus templos: nosotros por la nuestra le juramos guardar la sumision y obediencia que exige una filiacion tan gloriosa, mantener la union y concordia que pide una fraternidad tan santa, conservar la pureza y candor que requiere una consagracion tan divina.

¿Qué es, pues, un cristiano que viola estas promesas y juramentos? Es un vil perjuro, que falta á la fidelidad prometida á Dios Padre; es un infame desertor, que rompe los sagrados vínculos que le unen con Dios Hijo; es un abominable sacrilego, que deshonra y profana villanamente la morada y el templo del Espíritu Santo. ¿Puede concebirse mayor iniquidad? Si estais atentos á lo que voy á decir, veréis que no.

Vosotros sabeis, cristianos, que en vuestro bautismo, al verter el sacerdote sobre vuestra cabeza el agua sagrada, dijo: Yo te bautizo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡Qué hubo dicho! No bien sus labios hubieron proferido estas palabras, cuando Dios tomó respecto de vosotros la cualidad de padre, vosotros fuisteis declarados por sus hijos adoptivos, y quedásteis destinados á reinar algun dia en el cielo á su lado; no habiendo ya cosa alguna que pueda privaros de esta dicha sino vuestra infidelidad. ¡Oh, qué beneficio fue este! En reconocimiento de un beneficio tan grande, por medio de unas solemnes palabras que en vuestro nombre pronunciaron entonces vuestros padrinos, y que despues vosotros mismos habeis ratificado mil veces en vuestras con-

fesiones, comuniones y demás actos religiosos, prometisteis á Dios amarle como á vuestro padre, serle en todo hijos obedientes y sumisos, y sostener con una vida santa el decoro de tan excelsa filiacion. No importa que hayais relegado al olvido tan solemnes promesas: Dios hará que os acordeis de ellas algun dia, llevándoos por testigos la Iglesia ante cuyo sagrado ministro las pronunciásteis, al Ángel tutelar del templo en que las proferisteis, y la misma pila bautismal junto á la cual las empeñásteis.

¿Quereis entre tanto conocer cuán enorme sea el pecado del que viola estas promesas? Suponed que un rey tan bueno como poderoso baja de su trono, sale de su corte, emprende un viaje, y se encamina ¿á dónde? á la mas distante de sus provincias, para librar á un vasallo culpable que gime bajo la opresion de un poderoso tirano. Llega al lugar de la tiranía, penetra en la cárcel do gime el infeliz, y ve, ¡qué horror! ve á un desgraciado tendido sobre el lodo, cargado de cadenas, cubierto de llagas, y próximo á espirar. Enternecido el bondadoso monarca, le alarga amigablemente la mano, le enjuga las lágrimas, le cura las heridas, le suelta las cadenas, le vuelve la libertad; y cubriéndole con vestidos preciosos, le conduce á su propio palacio, le adopta por hijo, le admite á su mesa, parte con él su trono y su corona, diciéndole: Reina á mi lado: solo quiero que tengas por mí sentimientos de buen hijo, así como yo he tenido por tí entrañas de piadoso padre. ¡Ah! hondamente conmovido el hombre en vista de tanta bondad, se arroja á los piés de su bienhechor, le da gracias por tan insignes beneficios, y le jura por cuanto hay de mas santo en el cielo y en la tierra que tendrá en él el vasallo mas fiel, el hijo mas sumiso, el súbdito mas obediente y obsequioso. Pero ¿qué? despues de un breve tiempo de sumision y fidelidad, este hombre sacado de la esclava-

vitud, arrancado de la miseria, elevado á tanta gloria, colmado de tantos beneficios, deserta de la casa de su libertador, vuelve á su antiguo tirano, le vende de nuevo su libertad, toma la librea de su primera servidumbre, combate bajo sus banderas, y declara una guerra abierta á su bienhechor, á su padre, á su rey. ¿Qué pensais, cristianos, de este hombre? ¡Ah! es un mónstruo, diréis, que merece la execración de la humanidad que deshonra: la tierra no tiene cavernas bastante profundas para ocultar tanta infamia, la muerte bastante rigor para castigar tamaña perfidia, el infierno...

Callad, imprudentes, callad, que hablais contra vosotros mismos, y de vuestra misma boca sale el decreto de vuestra condenacion. Vosotros sois este hombre, cuya infamia no bastarian á ocultar las entrañas de la tierra, cuya perfidia no llegarían á expiar los rigores de la muerte, y cuya ingratitude seria merecedora de todo un infierno. ¿En qué estado os hallábais cuando el Señor se dignó adoptaros por hijos? ¿Qué iba á ser de vosotros? ¡Ah! el infierno iba á ser vuestro destino, y el demonio vuestro eterno verdugo. Compadecido el Señor de tanta desgracia, os arrancó del poder de vuestro tirano, os dió la libertad, os tomó por hijos, os destinó á reinar con él en un mismo trono. ¿Y vosotros qué habeis hecho? Despues de haberle jurado eterna fidelidad por tan insignes favores, le habeis abandonado, habeis tomado la librea de vuestra antigua esclavitud, os habeis alistado bajo las banderas de su capital enemigo, le habeis declarado guerra abierta y sin tregua. Él creia hallar en vosotros unos hijos sumisos, unos vasallos obedientes, unos campeones dispuestos á defender con valentía sus intereses y su gloria; y se ha encontrado ¿con qué? con unos hijos díscolos, con unos vasallos sin freno ni sujecion, con los peores de sus enemigos.

Despues de esto, ya no me admiro de que el grande Após-

tol haya estampado en una de sus cartas esta espantosa proposicion: «Es imposible que los que una vez han sido iluminados, que han gustado el don del cielo, han participado «del Espíritu Santo, se han alimentado con la palabra divina «y con la esperanza venidera, y despues de todo esto han caído en la culpa, es imposible, digo, que se renueven por la «penitencia'.» ¡Qué, Señor! ¿el templo de vuestra misericordia ya no se abrirá mas al pecador bautizado? ¿La enormidad de los pecados cometidos despues de su bautismo le ha cerrado por siempre las puertas de vuestra clemencia? Léjos de nosotros, cristianos, un error tan contrario á la bondad de Dios, y tan formalmente proscrito por la Iglesia. La puerta de la reconciliacion os queda abierta, ¿quién puede dudarlo? pero esta reconciliacion, dice el santo concilio de Trento, no podréis ya lograrla por medio de una gracia enteramente gratuita, cual fue la del bautismo; sino por una gracia que Dios no os concederá sin que de vuestra parte medien grandes trabajos y muchas lágrimas: *Sine magnis nostris laboribus et fletibus*. ¡Ah! que un cristiano que ha manchado la estola de su bautismo, no puede limpiarla sino con las lágrimas de sus ojos, unidas á la sangre del Redentor. ¡La sangre del Redentor!... mas ¡ay! que faltando á sus promesas, se ha divorciado con él, y ha roto los vínculos que le unian á su sagrada Persona: nueva circunstancia que agranda la enormidad de su pecado.

¿Cuál seria, ó fieles, vuestro horror, si oyéreis decir de alguno que ha renegado de Jesucristo para hacerse mahometano? ¿que ha abandonado su culto para declararse apóstata? Pues sabed que es apóstata de Jesucristo todo el que, despues de su bautismo, comete el pecado. ¡Y qué! Para ser

¹ Hebr. vi, 4, 5, 6.

apóstata ¿acaso se requiere que se declare con palabras el pensamiento de rebelion? No; basta, y aun sobra, que se declare con los hechos, ya que estos son mas significativos que las palabras mismas. ¿Qué pedia Antíoco á los siete hijos Macabeos para hacerlos desertores y apóstatas? ¿Declaraciones? ¿juramentos? ¿palabras? Nada de esto: solo les pedia la transgresion de las leyes patrias, solo exigia que comiesen ciertas carnes prohibidas por el código hebreo: tan solo hubiesen hecho esto, se hubiera entendido que renegaban de la ley de Moisés, y abjuraban la religion del Dios de Israel. No es, por lo tanto, la declaración de los labios, sino el testimonio de los hechos lo que constituye un desertor de Jesucristo. Cualquiera transgresion grave de sus leyes, un robo, una venganza, una impureza, etc., basta para tanto. Porque ¿cómo reconocer y adorar al legislador, si se desconoce y se pisa su ley?

Hablemos con franqueza, cristianos, y discurremos todos juntos amigablemente. ¿Qué nombre daríais á un religioso que con una conducta profana deshonorase el instituto que ha profesado? No digo que lo deshonorase con palabras, criticando su regla, hablando mal de sus constituciones, murmurando de sus miembros; sino que lo deshonorase con sus escándalos, con su conducta mundana, con su vida licenciosa. ¿No le llamaríais desleal á Dios, afrenta de su Orden, oprobio del hábito que lleva, apóstata de la regla de su santo fundador? Cuidado ahora que el peso de esta censura no venga á caer todo sobre vosotros. ¿Sois acaso vosotros menos obligados á Jesucristo de lo que es obligado el religioso al fundador de su instituto? ¿Las santas leyes del Evangelio obligan por ventura menos que las reglas del claustro? ¿Son tal vez menos fuertes los votos del Bautismo que los de la profesion monástica? Héos, pues, iguales con aquel mal religioso, héos cómplices de su delito, y reos de la misma apostasía.

Si bien ¿qué digo la misma? Aquel religioso desprecia su regla, vosotros despreciáis el Evangelio, base y fundamento de todas las reglas: él deshonra su Orden, vosotros deshonorais una religion de la que se derivan todas las religiones: él quebranta las leyes sancionadas por un hombre particular, vosotros fallais á las leyes impuestas por el Hijo de Dios. Y si él deshonra el hábito que viste, vosotros deshonorais al mismo Jesucristo, de quien fuísteis revestidos en vuestro bautismo, como dice san Pablo: *Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis*¹. Así va ello, cristianos míos. El Cristianismo es un grande orden religioso, y aun el primero, el origen, el modelo de todos los órdenes monásticos; y cada bautizado es un religioso muerto al mundo, y sepultado con Jesucristo, como asegura el mismo Apóstol: *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem*². El Evangelio es su regla, la Iglesia es su claustro, el carácter bautismal su hábito, Jesucristo su fundador. ¿Qué deberá, pues, decirse del que quebranta los votos del Bautismo? La consecuencia es óbvia, y vosotros teneis bastante inteligencia para concluir, que el violar las promesas del santo Bautismo es una desercion verdadera y solemne.

Todavía es mas: es una profanacion horrible del templo místico del Espíritu Santo. Dios se conduce con nosotros del mismo modo que lo hace un gran rey con un suntuoso palacio que ha levantado para su habitacion, en el cual, apenas acabado, hace grabar en la fachada sus armas reales, á fin de que conste á todo el mundo que aquella es una habitacion régia, y todos la miren con el respeto y veneracion que merece. Así Dios ha formado nuestra alma para que sea la real

¹ Gal. iii, 28. — ² Rom. vi, 4.

morada de su grandeza, asegurando él mismo en las Escrituras santas, que le es mas grata esta habitacion que la de los mas soberbios edificios. A este palacio, acabado por la creacion, imprime él sus armas, su imágen y sus títulos mediante el Bautismo, por el cual, como dice san Pablo, somos declarados templos del Espíritu Santo, su santuario y su trono: *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis*¹?

¿Qué respeto, cristianos, qué veneracion deberíais tener á vosotros mismos, sabiendo que sois consagrados á Dios como templos místicos, y que no podeis hacer ningun pecado sin profanar horriblemente la morada del Espíritu Santo? Vosotros no podeis pisar un cáliz consagrado sin cometer un horrendo sacrilegio, no podeis hacer una accion indigna en una iglesia sin haceros reos de una profanacion horrible; y eso que tanto el cáliz como la iglesia no tienen mas que una consagracion exterior. ¿Cuál delito será, pues, hacer un mal uso de la propia alma, siendo ella consagrada á Dios por una uncion tan santa, tan íntima como la del Bautismo? ¿Y cuál será el castigo de tan enorme delito? Si Baltasar, por haber profanado los vasos consagrados á Dios, vió que una mano terrible escribia en la pared el decreto de su muerte, el cual se ejecutó la noche siguiente²; si Antíoco, por haber violado el templo de Jerusalem, fue castigado tan severamente de Dios, que no se puede leer sin horror lo que la Escritura refiere de su castigo³; ¿qué castigo no debe temer el que con el pecado profana su propia alma, mas santa que todos los vasos sagrados, y que el mismo templo de Jerusalem?

¿Qué castigo debe temer?... Oid un hecho de la historia, y despues os lo diré. De Juliano Apóstata se cuenta, que era

¹ I Cor. iii, 16. — ² Dan. v, 25. — ³ II Mach. ix.

tal el odio y aversion que despues de su apostasía tenia al nombre cristiano, que nada sentia tanto como el haber sido bautizado, y nada deseaba con mas ardor que poder borrar de su alma el sagrado carácter bautismal. Instigado de este deseo, ¿qué hizo el bruto? La accion mas bestial y salvaje que imaginarse pueda: recogió en una gran caldera la sangre todavía humeante de los animales que acababa de sacrificar al inmundo ídolo Cibeles; y entrando en ella, se bañó de cabeza á piés, creido de que con aquel baño asqueroso y sacrilego lograria desbautizarse, y borrar de su alma el carácter de cristiano. ¿Qué os parece de la ocurrencia? Fue digna del insigne bestia que la concibió, ¿no es verdad? Pues oid ahora un consejo que voy á daros; y por muy impío que os parezca, os suplico que lo adopteis. Primeramente os aconsejo, que borreis con amargas lágrimas y con una confesion sincera y dolorosa todos los pecados cometidos despues de vuestro bautismo, por manera que no quede ningun vestigio de ellos en vuestra conciencia. Y si este consejo no merece vuestra aceptacion, tomad este otro: ved si hallais medio para desbautizaros, ved si se os ofrece algun recurso para arrancaros del alma ese carácter de cristianos que llevais. ¡Ay de vosotros, si compareceis en el tribunal de Dios con el santo Bautismo en la frente! ¡Ay de vuestra alma, si se presenta allá con el carácter bautismal! ¡Qué cargos tan severos! ¡qué sentencia tan terrible! ¡qué condenacion tan espantosa!... ¿Diré que será mas severa que la de Cain?... ¿mas horrible que la de Pilatos?... ¿mas espantosa que la de Judas?... Si lo digo, tal vez no me excederé; porque prescindiendo de algunas circunstancias que pudieron agravar su culpa sobre la vuestra, es cierto que la vuestra, considerada absolutamente, es mayor que la suya, por cuanto habeis pecado faltando á las solem-

nes promesas que voluntariamente hicisteis en el bautismo ; habeis pecado con mas conocimiento, con mas ingratitud, con la mayor perfidia é infidelidad. Sírvaos este aviso para llorar pronto vuestras infidelidades, enmendarlas en lo sucesivo, y manteneros fieles á Dios hasta la muerte. Amen.



DOMINGO INFRAOCTAVA DE CORPUS.

Este domingo, que es el segundo despues de Pentecostes, y que siempre cae dentro la octava de Corpus, siendo como una continuacion de esta gran festividad, está todo dedicado en honor de Jesucristo residente en la sagrada Eucaristía. Como esta materia es abundantísima, y por mas que se predique sobre ella nunca podrá ser agotada, el cura elegirá hoy la que le pareciere mas útil al pueblo, haciendo depender la eleccion de lo que hubiere predicado el jueves anterior. Suponiendo que en dicho dia habrá predicado sobre la institucion de la Eucaristía, valiéndose al efecto de alguno de los sermones que sobre esto pusimos en el primer tomo de la presente obra, ¿en qué asunto podrá fijarse hoy? Desde luego nos ocurren cuatro, que corresponden perfectamente al evangelio de este dia, y son : los frutos de la buena comunión, las disposiciones para comulgar dignamente, las injurias que Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y la comunión frecuente.

Si se quiere predicar sobre los frutos de la buena comunión, se tomará el texto : Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos, y se comenzará el discurso del modo siguiente : « Comiendo un cierto dia el Salvador en casa de uno de los principales fariseos, y en compañía de otros convidados, uno de « estos, que seria persona de gran piedad, exclamó : ¡ Dichoso « el que logrará asistir al convite que Dios hará á sus escogidos « en el reino de los cielos ! Beatus qui manducabit panem in reg-

nes promesas que voluntariamente hicisteis en el bautismo ; habeis pecado con mas conocimiento, con mas ingratitud, con la mayor perfidia é infidelidad. Sírvaos este aviso para llorar pronto vuestras infidelidades, enmendarlas en lo sucesivo, y manteneros fieles á Dios hasta la muerte. Amen.



DOMINGO INFRAOCTAVA DE CORPUS.

Este domingo, que es el segundo despues de Pentecostes, y que siempre cae dentro la octava de Corpus, siendo como una continuacion de esta gran festividad, está todo dedicado en honor de Jesucristo residente en la sagrada Eucaristía. Como esta materia es abundantísima, y por mas que se predique sobre ella nunca podrá ser agotada, el cura elegirá hoy la que le pareciere mas útil al pueblo, haciendo depender la eleccion de lo que hubiere predicado el jueves anterior. Suponiendo que en dicho dia habrá predicado sobre la institucion de la Eucaristía, valiéndose al efecto de alguno de los sermones que sobre esto pusimos en el primer tomo de la presente obra, ¿en qué asunto podrá fijarse hoy? Desde luego nos ocurren cuatro, que corresponden perfectamente al evangelio de este dia, y son : los frutos de la buena comunión, las disposiciones para comulgar dignamente, las injurias que Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y la comunión frecuente.

Si se quiere predicar sobre los frutos de la buena comunión, se tomará el texto : Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos, y se comenzará el discurso del modo siguiente : « Comiendo un cierto dia el Salvador en casa de uno de los principales fariseos, y en compañía de otros convidados, uno de « estos, que seria persona de gran piedad, exclamó : ¡ Dichoso « el que logrará asistir al convite que Dios hará á sus escogidos « en el reino de los cielos ! Beatus qui manducabit panem in reg-

«no Dei¹. De esta expresión tomó pie el Salvador para referir la siguiente parábola : Hubo un hombre rico, que dispuso una gran cena, y convidó á muchos. Llegada la hora de cenar, envió su criado á decir á los convidados que compareciesen, por cuanto la mesa estaba ya preparada. Los convidados, en vez de acudir pronto, dieron excusas por no asistir ; y bien que las excusas eran frívolas, el resultado fue que no asistieron. Indignado el señor, y justamente picado de este desaire, hizo llamar á otros, asegurando que ninguno de los primeros se sentaría mas en su mesa. ¿Qué pensais, cristianos, quiso indicar el Salvador con esta parábola? Segun el sentido literal, quiso hacer comprender á los judíos que, habiendo ellos sido los primeros llamados á la gracia del Evangelio, y rehusado recibirla, sería dada á los gentiles, como realmente lo fue. Segun el sentido moral, la gran cena es el reino del cielo, al que todos los hombres están destinados ; pero del que la mayor parte serán excluidos por sus culpas. Segun el sentido en que hoy toma la parábola la Iglesia, el convite á que muchos no quieren asistir, es el que Jesucristo nos ha preparado en la sagrada Eucaristía. De este convite celestial se retraen muchos, no obstante las continuas instancias que se les hacen para que asistan : ¿y por qué? Porque no reflexionan los admirables frutos que produce en el alma ; que si lo reflexionasen, no es de creer se hiciesen tanto de rogar. Recordémosles, pues, los grandes frutos de la sagrada Comunión, y veamos si se hacen mas solícitos de recibirla.» — Dicho este exordio, tómese el cuerpo de la plática puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 293.

Tratándose de formar asunto sobre las disposiciones que se requieren para comulgar dignamente, se tomará el mismo texto

¹ Luc. xiv, 13.

de arriba, y se comenzará diciendo : «Hoy, domingo infraoctava de Corpus, el evangelio nos refiere aquella parábola en la que Jesucristo, tomando la persona de un gran señor que dispuso una magnífica cena para obsequiar á sus amigos, nos manifiesta sus vivísimos deseos de que los cristianos se lleguen á la cena sagrada que él les tiene dispuesta en el Sacramento del altar. Estos deseos son tan grandes é intensos, que se indigna contra los ingratos que rehúsen presentarse, amenazándoles con nada menos que con la eterna exclusion del reino de los cielos : Dico autem vobis, quòd nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cœnam meam. No penseis por esto, cristianos, que Jesucristo desee vengais á recibirle á todo trance, y de cualquier modo que sea ; pues, á fin de evitarlo, él mismo nos advierte, que habiéndose un cierto convidado presentado de un modo inconveniente, fue sacado con ignominia del convite, y arrojado á las tinieblas exteriores. Lo que quiere es que vengais, y vengais con las disposiciones que reclama la santidad del alimento que venís á recibir, y que son indispensables para que os aproveche. Cuáles sean estas disposiciones es lo que va á ser objeto de mi discurso.» — Aquí se toma el cuerpo de la plática puesta en la pág. 284 del tomo 1.º del Catequista orador.

Quando se quiera hablar de las injurias que se hacen á Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, tómese el mismo texto : Homo quidam fecit cœnam magnam, y hágase la siguiente introducción : «Al ver la bondad inefable con que Jesucristo ha instituido el augusto Sacramento del altar, el amor que en él nos descubre, las gracias que en él nos dispensa, llegando al extremo de hacerse él mismo nuestro alimento, ¿quién no creería que los cristianos le corresponden con un amor, si no igual al suyo, que no es posible, á lo menos bastante para manifestarle su agradecimiento? Y sin embargo no es así : muy

«léjos de corresponder con amor á sus bondades, se las pagan «con la mas detestable ingratitud. Tres clases de personas se «muestran señaladamente ingratas á Jesucristo en el Sacramen- «to del altar : las que no lo frecuentan, porque lo hallan insti- «pido ; las que lo reciben sin fervor, porque se familiarizan de- «masiado con él, y las que comulgan en pecado, porque no ha- «cen de él un justo discernimiento. ¿Y es posible esto? me diréis. «—Parece que no, cristianos ; pero todo cabe en la miseria del «hombre. Por lo que vengo á decir quedaréis convencidos de «que verdaderamente así pasa, y de que Jesucristo sufre en la «Eucaristía las mayores injurias de parte de aquellos mismos «á quienes se da en alimento.»—Siga inmediatamente el cuer- po de la plática del Catequista orador, que comienza en la página 300 del tomo 1.º

La frecuente comunión.

Misit servum suum hora cœnæ dicere invitatis ut venirent... Et cæperunt simul omnes excusare. (Luc. xiv, 17, 18).

Un dia que el Salvador comia en casa de un fariseo en com- pañía de otros convidados, refirió una parábola que la Iglesia nos recuerda hoy, porque expresa al vivo lo que pasa entre los cristianos. Dijo el Salvador, que habiendo un gran señor dispuesto una magnífica cena para obsequiar á sus amigos, los llamó por medio de su criado, diciéndoles que acudiesen pron- to, por cuanto la mesa estaba ya preparada : *Misit servum suum hora cœnæ dicere invitatis ut venirent*. Vosotros tal vez cree- ríeis que los convidados, correspondiendo á tan honrosa invi- tacion, lo dejaron luego todo para asistir ; pero no fue así : muy al contrario, comenzaron á excusarse todos, alegando cada

cual el pretexto que primero le ocurrió : *Et cæperunt simul om- nes excusare*. El uno dijo que habia comprado una casa de cam- po, y que deseaba ir á verla : el otro, que acababa de adqui- rir un par de bueyes, y queria probarlos : el otro, que era re- cientemente casado, y no queria separarse de su mujer. Estas excusas, como veis, no podian ser mas insulsas ; sin embargo ellas bastaron para que nuestros hombres se creyesen dispen- sados de asistir.

¿Y no es esto, cristianos, lo que pasa entre nosotros? ¡Ay de mí! El Señor de cielo y tierra ha dispuesto en la Eucaris- tía una cena perenne, en la que os ofrece por alimento su mis- mo cuerpo y su propia sangre : nosotros, que somos sus sier- vos y ministros, os invitamos en su nombre á asistir con fre- cuencia á este convite sagrado ; y no así simplemente, sino reiterando uno y otro dia la invitacion, haciéndoos ver con la razon y la autoridad la necesidad, la conveniencia y el pro- vecho. Y vosotros ¿qué haceis? Para cada razon buscáis una salida, para cada autoridad un efugio, para cada excitacion un inconveniente. Examinemos hoy vuestras salidas, vues- tros efugios y vuestros inconvenientes ; y veamos si, enfren- te de los poderosos motivos que os persuaden la frecuente co- munion, son de algun peso ó valor.

El primer motivo que hay para darse á la frecuente comun- ion, es el ser ella una prenda de salvacion eterna. ¿Quién lo dice? Jesucristo, cuya palabra es indefectible. Yo soy el pan vivo, dice, que he bajado del cielo : quien coma este pan, vivirá eternamente : *Ego sum panis vivus qui de caelo descen- di. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum*¹. Por

¹ Joan. vi, 50, 51.

esto en los primeros siglos de la Iglesia casi todos los cristianos fueron santos, y pocos, poquísimos se condenaron, porque en aquel dichoso tiempo los fieles comulgaban todos los dias, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: *Quotidie... sumebant cibum cum exultatione, et simplicitate cordis*¹. ¿Y á qué debe atribuirse el que hoy dia el vicio abunde tanto entre los cristianos, y sean tantas, tantísimas las almas que se condenan? Creo debe en gran parte atribuirse á que son pocos, poquísimos los que frecuentan el Pan eucarístico; pues, como dice Jesucristo, si no se come este Pan divino, no se logra la vida eterna: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis*².

Hé aquí, fieles, un motivo que debería bastar por sí solo para que todos procuráseis frecuentar la sagrada comunión lo mas que os fuese posible; pero vosotros, resueltos á no recibirla mas que una ó dos veces al año, hallais desde luego una salida. Nosotros, decís, de buena gana comulgaríamos con frecuencia; mas no nos consideramos dignos de tanto honor.—Antes que todo os respondo, que cuando os recomendamos la frecuencia de la comunión, no hablamos de la comunión diaria ó casi diaria, la cual solo puede recomendarse á personas muy perfectas y espirituales: sino de la comunión en ciertos domingos y festividades del año, mas ó menos frecuente, segun lo dictaren la oportunidad, el fervor y las obligaciones de cada uno.

Si me decís que ni para esta frecuencia de comuniones os reputais dignos, entonces os diré: ¿quién hay en el mundo que, hablando en rigor, lo sea? No hay criatura alguna que, tratando de comulgar, no deba reputarse indigna de hacerlo. Si el Santo mas ilustre de la Iglesia hubiese de recibir el sa-

¹ Act. II, 6. — ² Joan. VI, 53.

grado cuerpo de Jesucristo, sin duda diria, y lo diria con toda verdad: *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibirlos. Si el Serafin mas eminente del cielo hubiese de comulgar, es cierto que diria, y lo diria con razon: *Domine, non sum dignus*. Señor, indigno soy de tanta dicha. ¿Lo diré? Si la misma Madre de Dios hubiese de recibir la sagrada Comunión, es cierto, ciertísimo que en su corazón repetiría aquella humilde expresión que dijo cuando el Verbo eterno se hizo hombre en sus entrañas: *Ecce ancilla Domini*: Hé aquí la esclava del Señor. ¡Ah! cristianos, yo sé bien que todos somos indignos de comulgar, y por esto la Iglesia ha querido que en el acto de hacerlo, tanto los sacerdotes como los seglares, dijésemos tres veces: *Domine, non sum dignus*. Pero el reconocer nuestra indignidad, ¿ha de ser motivo para retraernos de la sagrada Comunión? Si la indignidad no consiste en ser esclavos de la culpa mortal, no: de lo contrario nadie debería acercarse á recibir la sagrada Eucaristía, y de consiguiente en vano hubiera instituido Jesucristo este gran Sacramento. Oid lo que sobre el particular dice san Francisco de Sales en su *Introducción á la vida devota*: Dos clases de personas, dice, deben comulgar con frecuencia: los perfectos, para adquirir mayor perfección; y los imperfectos, á fin de enmendarse, y hacerse perfectos: los fuertes, para no venir á hacerse flacos; y los flacos, para hacerse fuertes y robustos: los sanos, para no caer enfermos; y los enfermos, para hacerse sanos.

Vosotros dejais de comulgar, cristianos, porque, como decís, os considerais indignos de ello; pero ¿por ventura, manteniéndoos apartados por largo tiempo de la mesa sagrada, os hallais despues mas dignos y mejor dispuestos? Durante el largo intervalo que dejais pasar de una comunión á otra, ¿acaso os aplicais á corregir vuestras fallas, para que cuando lle-

que el día de comulgar, seais mas puros, mas santos, mas perfectos? ¡Ah! que sucede todo lo contrario: cuanto mas tiempo os absteneis de la Comunion, tanto mas imperfectos, miserables y pecadores os hallais; verificándose lo que dice el mismo san Francisco de Sales, que absteniéndose de comulgar, es verdad que no morís de indigestion y ahito, pero morís de hambre y exinanicion. ¿Sabeis lo que sospecho? Sospecho que no es el conocimiento de vuestra indignidad lo que principalmente os retrae de la comunion, sino otra cosa. Vosotros sabeis que para comulgar frecuentemente seria menester introducir alguna reforma en vuestras costumbres, cortar ciertas afecciones demasiado terrenas, llevar una vida mas regular, mas espiritual, mas cristiana; y como no quereis hacer esto, por eso tomais el partido de no comulgar. Entre tanto va viniendo el tiempo de cuaresma, en que os es preciso comulgar, so pena de incurrir en la indignacion de la Iglesia, y pasar por hombres sin piedad ni religion: ¿y qué sucede entonces? que ordinariamente haceis una mala comunion; pues se puede asegurar sin temor de equivocarse, que la mayor parte de los que no comulgan sino una vez al año, profanan el cuerpo del Redentor con un horrible sacrilegio.

Otro motivo hay para frecuentar la Comunion, y es el respeto debido á la grandeza y majestad del Señor que os convida. Si un rey de la tierra os convidase á comer frecuentemente en su mesa, y os hiciese entender que de no aceptar el convite se tendrá por desairado, lo recibirá como un desden y una desatencion, y tendrá por ello un gran disgusto, ¿no os consideraríais como personas faltadas de educacion y honor, si no correspondiéseis á una invitacion tan honrosa? Pues permitidme os diga, que, retrayéndoos de la Comunion, no os acreditais de muy finos y atentos para con el Rey de cielo y tierra. Él os convida á comer frecuentemente el Pan eu-

carístico, diciéndoos: Venid, amigos, comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y embriagaos en este convite, que os ofrece mi amor: *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi*¹. Él os da á entender que no corresponder á esta invitacion, lo reputará por una desatencion, por un desprecio, por una injuria capaz de provocar su enojo: *Iratus pater familias*². Él os amenaza con llamar á otros, sustituirlos en vuestro lugar, y excluirlos por siempre de su mesa: *Nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit cœnam meam*³.

Y vosotros ¿qué respondeis á esta invitacion, á esta protesta, á esta amenaza? Desde luego, decís, aceptaríamos un convite tan honroso, si no se atravesase por medio un inconveniente que nos retrae. Démonos á la frecuencia de Sacramentos, ¿qué sucederá? que al punto serémos el blanco de los chismes, críticas y censuras de esas gentes que tienen por sistema murmurar de cuantos comulgan frecuentemente, espiando y publicando sus defectos, sus imperfecciones y sus flaquezas.—En efecto, hay desgraciadamente entre nosotros una porcion de libertinos, que tomando motivo de los defectos que notan en ciertas personas que comulgan con frecuencia, extienden su mordacidad á cuantos tienen esta santa costumbre, por justos é inocentes que sean. Todo el celo de esta gente maligna se reduce ¿á qué? á hacer en la Iglesia de Dios lo que hacian antiguamente los hijos del gran sacerdote Helí, quienes retraian á los hombres del sacrificio, por el cual pecado fueron reprobados de Dios: *Erat ergo peccatum puerorum grande nimis coram Domino: quia retrahebant homines à sacrificio Domini*⁴. Ó bien, si quereis, renuevan entre nosotros lo que los fariseos practicaban entre los judíos, á quie-

¹ Cant. v, 1. — ² Luc. xiv, 21. — ³ Ibid. 24.

⁴ II Reg. ii, 17.

nes el Salvador decia con indignacion: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres el reino del cielo; pues ni vosotros entráis en él, ni dejais que entren los que quisieran entrar! *Vos enim non intratis, nec introeuntes sinitis intrare*¹. En efecto, no contentos estos con mantenerse ellos separados de la sagrada Comunión, trabajan cuanto pueden para retraer á los demás, atropellando á las personas de bien sobre sus comuniones, censurando su vida, publicando sus mas pequeños defectos, no perdonándoles nada, y haciéndoles un crimen de todo. ¡Qué temeridad! San Agustín con todas sus luces no se atrevia á desaprobár el uso de la comunión diaria; ¿y unos hombres completamente legos en materia de religion censuran sin vacilar las comuniones que algunos hacen cada semana ó cada mes? El santo concilio de Trento deseaba que los fieles comulgasen sacramentalmente cada dia al tiempo de la misa: *Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis missis fideles... Eucharistiae perceptione communicarent*²; ¿y estos por el contrario, quisieran que solo se comulgara una vez al año?

No creais que por esto yo pretenda justificar todas las comuniones frecuentes: hay comuniones frecuentes que deploro, y que me parecen mas propias para escandalizar que para edificar. Lo que digo es, que criticar indistintamente á todos los que comulgan con frecuencia, y, por algunas flaquezas que tal vez se notan en ellos, tronar contra los directores que se lo permiten, como lo hacen ciertas personas mundanas, es cosa que supone ó una malicia insigne, ó una ignorancia deplorabile. Y por todo cuanto pueden decir esos maliciosos ó ignorantes, ¿vosotros, cristianos míos, habeis de privaros de la frecuente comunión? No: lo que debeis hacer es, vivir con

¹ Matth. xxiii, 13. — ² Conc. Trid. sessio. 22, cap. 6.

tal regularidad, que ellos no puedan clavar el diente en vuestra conducta; y si por flaqueza humana incurris en algunas faltas ó flaquezas, y ellos os las echan en cara, decidles que con la frecuencia de comuniones confiais iros corrigiendo de ellas, pues que Jesucristo ha instituido este Sacramento para que sea como una medicina contra las flaquezas humanas: decidles, que cuanto mas defectuosos sois, tanta mas necesidad teneis de comulgar, así como cuanto mas débil está un hombre, tanto mas indispensable le es el tomar á menudo alimento: decidles, en fin, y decídselo con el santo concilio de Trento, que Jesucristo quiere que recibais la santa Comunión, como un antídoto que os purifique de las culpas cotidianas, y os preserve de las mortales: *Sumi autem voluit sacramentum hoc... tamquam antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemur*¹. Así, así es como debeis proceder, y no venirnos con que no osais comulgar mucho, por temor de que la gente díscola os murmure.

Otro motivo hay para acercaros con frecuencia á este Sacramento, y es ser él el medio mas poderoso para llegar pronto á un alto grado de virtud y santidad. Así como es propio del alimento material nutrir el cuerpo, engordarlo, y hacerlo crecer; así es propio de este alimento espiritual nutrir el alma, hacerla adelantar en la vida espiritual, y conducirla pronto á una estrecha union con Dios. De ahí es que el mismo Concilio suplica á todos los fieles por las entrañas de la misericordia de Dios, que se dispongan para recibir frecuentemente este Pan divino, que debe ser la vida de sus almas, y ha de servirles de viático durante el tiempo de esta vida, hasta que lleguen á la patria celestial, donde se alimentarán con la vista clara de aquel Señor á quien ahora reciben bajo los

¹ Conc. Trid. sessio. 13, cap. 2.

sagrados velos de la Eucaristía : *Paterno affectu admonet sancta Synodus, hortatur, rogat, et obsecrat... ut omnes... hæc sacra mysteria ea animi devotione venerentur, ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint* ¹.

A este poderoso motivo ¿qué es lo que podeis oponer? Nuestros negocios, diréis, nuestras ocupaciones, nuestros cuidados terrenos, que no nos dejan tiempo para prepararnos como convendría para la santa Comunión. — ¿Vuestros negocios?... ¿vuestras ocupaciones?... ¿vuestros cuidados terrenos?... Esta fue precisamente la excusa que alegaron los que fueron convidados á la cena de que se habla en nuestro evangelio : *Villam emi, jugam boum emi quinque, uxorem duxi*. Pero ¿cómo consideró el Señor esta excusa? Como un falso pretexto que ellos solo aducian para ocultar la ninguna voluntad que tenían de asistir : *Et nolebant venire* ². Aun cuando fuese realmente así, que vuestros quehaceres temporales fuesen tantos, que apenas os dejasen tiempo para la frecuencia de Sacramentos, no seria admisible semejante excusa, puesto que un cristiano no debe preferir los bienes temporales á los eternos, ni abandonar los intereses del alma por los intereses de este mundo. Pero ¿es realmente así que las atenciones terrenas os roben todo el tiempo? Aprovechad el que desperdiciáis en bagatelas y nulidades : economizad el que empleáis en juegos, parlerías, paseos, visitas y otras cosas de poca ó ninguna utilidad ; y os quedará, no solo el suficiente, sino de sobra para hacer cuanto es menester para comulgar digna y frecuentemente.

Yo espero que lo haréis así, y que en adelante tendré la satisfaccion de ver la mesa del Señor mas frecuentada de lo que ha sido hasta ahora. No os diré que vengais á comulgar

¹ Conc. Trid. sessio. 13, cap. 8. — ² Matth. xxii, 3.

tantas ó cuantas veces, pues en esto debeis ateneros á lo que os prescriba un sábio y celoso director ; pero sí os recordaré que no hay pretexto alguno que pueda autorizaros para diferir por mucho tiempo la santa Comunión. Al contrario, todo debe incitaros á recibirla las mas veces que os sea posible, seguros de que es el medio mas eficaz para vivir cristianamente, lograr una muerte santa, y aseguraros la posesion de la gloria. Amen.

DOMINGO TERCERO DESPUES

DE PENTECOSTES.

A la simple lectura del evangelio de hoy no hay quien no comprenda lo que la Iglesia exige de sus ministros en el presente domingo. Exige que, despues de haber explicado al pueblo en los dos domingos precedentes los dos principales misterios de nuestra Religion, á saber, el de la Trinidad y el de la Eucaristia, prediquen á los fieles las infinitas misericordias de Dios, á fin de inducirlos á una conversion pronta y verdadera. ¿Qué otro objeto puede tener la tiernísima parábola que hoy nos hace leer?

Sobre esta parábola se pueden componer diferentes asuntos, los que sin embargo deben encaminarse á un mismo fin, cual es inducir á los pecadores á aprovecharse pronto de la suma bondad que Dios muestra para con ellos. Entre los pecadores unos esperan poco de la misericordia de Dios, y otros esperan demasiado, siendo rarísimos los que no dan en uno de estos dos extremos: extremos que, distando mucho entre sí, llevan al mismo término, que es obstinarse en el pecado. Los que esperan poco, se obstinan; porque se figuran que para ellos ya no hay apelacion ni recurso: los que esperan demasiado, se obstinan igualmente; porque les parece que pueden diferir su conversion por todo el tiempo que les plazca. Es menester combatir estos dos errores, y combatirlos con celo y energía, pues son los dos principales escollos en que suelen naufragar casi todas

las almas que se condenan. A los que esperan poco, digaseles que por muchos y muy grandes que sean sus pecados, no han de dudar un punto de la misericordia de Dios, si acuden pronto á ella. A los que esperan demasiado adviértaseles que por muy grande que sea la misericordia de Dios, no tienen que contar con ella, si van difiriendo su conversion. Como ninguno de estos asuntos se trata ex professo en el Catequista orador, en vez de remitir allá á los curas, como tenemos de costumbre, se los ponemos aquí completos y acabados.

Suma bondad de Dios respecto del pecador.

Quis ex vobis homo, qui habet centum oves: et si perdiderit unam ex illis, nonne... vadit ad illam... donec inveniat eam? (Luc. xv, 4).

Esta fue la respuesta que el Salvador dió á algunos escribas y fariseos que, animados de un celo maligno, murmuraban de él porque trataba amigablemente con los pecadores. ¿Hay alguno entre vosotros, les dijo, que teniendo cien ovejas, si perdiera una, no deje las noventa y nueve en el desierto, y no corra tras la que ha perdido, hasta que logra encontrarla? ¿Hay alguno que, habiéndola encontrado, no la cargue amorosamente sobre sus hombros, y que, al llegar á su casa, no convoque á sus amigos y vecinos, para que tomen parte en la satisfaccion que siente por tan feliz hallazgo? *Quis ex vobis homo*, etc. Pues si vosotros haceis todo esto por una bestia de poco valor, ¿no podré yo conversar con los pecadores, á fin de volverlos al camino de salvacion? Yo os declaro que la conversion de un solo pecador causa mas alegría á los Angeles del cielo, que la perseverancia de noventa y

nueve justos que no necesitan de penitencia. *Dico vobis, quòd ita gaudium erit in cælo, etc.*

¡Qué prueba tan sensible, cristianos, de la suma bondad de Dios respecto del pecador, del gran deseo que tiene de su conversion, y de la inefable satisfaccion que experimenta cuando la consigue! Para darnos Jesucristo una idea todavía mas clara de esto, luego de haber proferido la parábola que acabais de oír, pronunció otra todavía mas tierna y expresiva, cual es la de un padre que recibió con los brazos abiertos á un hijo pródigo y dissipador que, arrepentido, fué á echarse á sus piés. De esta parábola, que es lo mas tierno que se lee en el Evangelio, quiero servirme hoy para hacer comprender al pecador cuán grande es la bondad de Dios respecto de él, y cuán grande su malicia, si no corre inmediatamente compungido á arrojarse á los piés de un Padre tan bueno. He dicho que la parábola es tierna: y creo no la acabaré, sin que hayan corrido algunas lágrimas de vuestros ojos.

Deseoso el buen Salvador de darnos una muestra sensible al par que interesante de la suma bondad de que Dios usa con el pecador, ya esperándole á penitencia, ya llamándole con su gracia, ya recibéndole á su amistad, dijo la parábola que voy á referir, haciendo de paso sobre ella alguna ligera paráfrasis para su mayor inteligencia y declaracion. Hubo un hombre muy noble y rico que, teniendo dos solos hijos, se esmeró en darles una educacion buena, noble y virtuosa, cual correspondia al rango de su familia. Los dos jovencitos correspondian perfectamente al cuidado y solicitud de su buen padre, pues al paso que iban creciendo en edad, crecian tambien en sabiduría y en virtud. El buen padre se complacia mucho de esto, y contaba que sus dos hijuelos serian con el tiem-

po el honor de su familia, la gloria de su casa, y el consuelo de su vejez. Así lo discurría el bondadoso hombre, cuando hé aquí que un dia, y cuando él menos lo sospechaba, se le presentó el mas pequeño, y con pocas pero resueltas palabras le dijo: Padre, dadme la parte de hacienda que me corresponde, pues quiero partir. Sorprendido el buen padre con esta imprevista novedad, mudó de repente el semblante, sintió que le faltaba el aliento, y estuvo un buen rato sin saber qué contestar. Recobrados un poco despues el aliento y la serenidad, ¿qué has dicho, hijo? contesta, ¿que quieres partir? ¿Y á dónde?... ¿y con quién?... ¿y por qué?—Yo estoy resuelto, respondió el hijo, dadme luego la parte de legítima que me pertenece. Pero escucha, replicó el afligido padre, y dime: ¿qué novedad es esa? ¿qué motivo hay para tomar una resolucion tan nueva y extraña? ¿es que algun criado te ha faltado al respeto?... ¿es que tu hermano te ha dado algun disgusto?... ¿es que te falta alguna cosa?... Dilo, habla, explícate.— Nada de eso, contestó el desatentado jóven, es solamente que quiero partir. Aquí no pudo contenerse mas el tiernísimo padre, y prorumpiendo en un gran llanto, ¡ah, hijo! exclamó, ¡ah, hijo! ¿así te portas con un padre que tanto te ama? ¿Quieres acabarme la vida?... ¿quieres llevarme antes de hora al sepulcro?... Dejad todo esto, dijo el jóven en tono áspero y resuelto, y dadme luego lo que me corresponde, pues resueltamente quiero partir. Viendo el buen padre que no habia medio de ablandar aquel corazon de piedra, abrió sus cofres, le pagó al contado su legítima, y le despidió.

Viéndose el desaconsejado jóven con tanto dinero, ¿qué hizo? Se fué á un país lejano, donde, libre de toda sujecion, pudiese vivir con mas libertad. Llegado allá, se entregó á la vida mas licenciosa y libertina que jamás se haya visto: danzas, banquetes, teatros, juegos, mujeres... hé aquí todas sus

ocupaciones. Pero, como gastaba mucho, y no ganaba nada, presto voló todo el dinero. Entonces fue menester vender los ricos vestidos y algunas prendas de valor que habia llevado de la casa paterna; mas, agotado luego tambien esto, se vió reducido á la última miseria. Para mayor desgracia suya vino á aquel país una gran carestía, y él, por no morir de hambre, no tuvo mas recurso que salir al campo, y ponerse al servicio de un rústico labrador, quien le envió al bosque á guardar cerdos, sin otro salario que algunas bellotas para comer. ¡Pobre jóven! paréceme que le estoy viendo sentado allá debajo una encina, rodeado de su inmundo rebaño, cubierto de hediondos andrajos, triste, pálido, pensativo, transido del hambre que le devora, y no puede satisfacer. ¡Pobre jóven! no puedo mirarte... mi vista se resiste á contemplar tanta miseria... el corazon se rasga en vista de tan deplorable situacion.

Pero padre, diréis vosotros, harto le compadece, muy bien le está todo el mal que sufre. ¿Por qué huir de su casa? ¿por qué abandonar á su buen padre? ¿por qué darle un disgusto tan acerbo y atroz? Si padece, que padezca: todavía mereceria peor.—¿Sí eh?... pues vosotros, sin pensarlo, habeis pronunciado vuestra sentencia. Porque ¿quién es este hijo ingrato, rebelde y disipador? Eres tú, pecador mio, tú mismo eres: y Jesucristo, bajo la figura del hijo pródigo, no hizo otra cosa que retratarte á tí, y formar anticipadamente el triste cuadro de tu perversidad y obstinacion. ¿Qué digo? si bien lo consideras, verás que tú has sido todavía mas perverso que él. El hijo pródigo huyó de la casa paterna, dando con esto á su padre un disgusto capaz de quitarle la vida. ¿Y tú? tú has huido de los brazos de Dios, y has hecho cosas que, si él hubiese sido capaz de sentimiento, indudablemente le habrian causado la muerte. El hijo pródigo disipó en vicios

unos bienes que á su padre debian haberle costado poco, pues, como noble que era, es regular los hubiese heredado de sus mayores. ¿Y tú? tú has disipado los tesoros de la gracia, que á Dios le costaron la sangre y la vida. El hijo pródigo deshonró á su padre con su vida licenciosa; mas al menos tuvo la prudencia de no hacerlo en su misma patria, y se fué á un país donde no era conocido. ¿Y tú? tú has deshonrado á Dios en su misma presencia, á la vista de su pueblo, y en el seno de su propia familia. El hijo pródigo, en fin, escarmentó con la desgracia, comprendió con el tiempo el mal que habia hecho sustrayéndose de la autoridad de su padre, y volvió á él compungido y humillado. ¿Y tú? tú ha muchos años que vives apartado de Dios, y aun no piensas en convertirte á él.

Y con todo ¡ah! con todo su bondad te sufre, te aguarda y te espera. Pudiera él, si hubiese querido, haber tomado cien veces venganza de tí; y para vengarse, cuenta que no habia de hacer mas que dejar obrar las causas segundas. En aquella enfermedad ¿sabes?... tú naturalmente debias morir; mas, viendo el Señor que si morias entonces tu alma iba á hundirse en el infierno, detente, dijo á la muerte, detente, y perdónale por esta vez. En aquella tempestad las nubes tenian un rayo que iba directamente encaminado á tí; mas, sabiendo el Señor que si morias en aquellas circunstancias tu condenacion era segura, lo desvió amorosamente, y lo dirigió á otra parte. Todas las criaturas, por el instinto natural que tienen de vengar los insultos hechos á su Criador, se le han presentado muchas veces, pidiéndole permiso para quitarte la vida, y diciéndole lo que Abisai dijo al rey David cuando oyó los insultos que le dirigia el vil Semei: Dadme licencia, señor, y cortaré la cabeza á ese perro miserable que os insulta. *Quare maledicit canis hic mortuus domino meo regi? Vadam, et am-*

*putabo caput ejus*¹. *Vadam*, le ha dicho el fuego, permitidme, y le pulverizaré con mis llamas : *vadam*, le ha dicho el agua, dadme permiso, y le sumergiré en mis olas : *vadam*, le ha dicho la tierra, hacedme una insinuacion, y le sepultaré en mis entrañas. Y el buen Padre ¿qué les ha respondido? Como el piadoso David, les ha dicho : *Dimittite eum*² : no, no quiero que le toqueis ni un pelo de la ropa : quiero quede intacta su vida ; que si ahora muriese, yo sé á dónde iria á parar. ¡Oh bondad! ¡oh paciencia de mi Dios, qué grande y admirable eres!

Pero si la bondad de Dios muestra ser grande en esperar al pecador á penitencia, todavía se manifiesta mayor en llamarle. Del padre del hijo pródigo no se lee que hiciese ninguna diligencia para hacerle volver á su casa. Hizo cuanto pudo para impedir su salida, empleó consejos, avisos, súplicas, lágrimas, suspiros, todo ; pero una vez hubo pasado la puerta, le abandonó á su propia suerte, sin enviarle ni un criado que se informase de su situacion, ni un amigo que le indujese á reconciliarse con él, ni una persona que en su nombre le dijese que todavía se acordaba de que le era padre.

¿Y Dios? ¡Ah, pecador mio, si lo reflexionases! Dios, mas compasivo contigo que aquel padre con su hijo, no ha cesado, ni cesa todavía, de hacer medios y diligencias para que vuelvas á sus amorosos brazos. ¿Qué no ha hecho por sí mismo? Mediante una luz vivísima que ha encendido en tu alma te ha hecho ver, no una, sino infinitas veces, el gran disgusto que le diste pecando, la suma ingratitud que mostraste huyendo de su paternal seno, los males sin cuento que vendrán sobre tí si no vuelves pronto á él. ¿Qué no ha hecho por el ministerio de sus Ángeles? Mediante unas inspiracio-

¹ II Reg. xvi, 9. — ² Ibid. 10.

nes que mas de una vez han venido á perturbarte el sueño, te ha representado vivamente la deformidad de tu pecado, la severidad de su justicia, la infelicidad de tu estado actual, y los grandes tormentos que te aguardan en el otro mundo. ¿Qué no ha hecho por medio de sus predicadores? Mediante unas palabras que él mismo les ponía en los labios, te ha hecho saber que él te aguarda, te busca, te llora ; y que si vuelves pronto á él, le encontrarás tan bueno y amoroso como le dejaste. ¿Podía Dios mostrarse mas bueno y clemente contigo? ¿Podrás tú resistir por mas tiempo á su clemencia y bondad?

Volvamos al hijo pródigo, y aprende la gran leccion que va á darte. Mírale allá en el bosque, transido del hambre, consumido de la miseria, triste, afligido, pensativo, y en ademán de querer tomar alguna resolucion. Ya, sentado debajo de un árbol, llora y lamenta su desgracia ; ya se levanta un poco animoso, y se pone en actitud de emprender un viaje ; ya vuelve á sentarse, y se pone á llorar de nuevo. ¡Infeliz de mí! va diciendo, ¡á qué situacion tan triste me ha conducido mi deseo de libertad! ¡Cuántos criados en casa de mi padre abundan de todo, mientras yo perezco aquí de hambre y de miseria! ¿Y querré aun continuar así?... ¡Ah! no es posible pueda yo llevar por mucho tiempo una vida tan miserable como esta. Si no tomo pronto una resolucion, voy á morir como una bestia en medio de estas selvas. Mas ¿qué haré?... ¿Volveré á mi padre? ¡Ay que le tengo sumamente ofendido y disgustado! ¡Qué deshonor para él, si me le presentase con estos súcios andrajos encima! ¡Qué vergüenza para mí con solo dejarme ver en la ciudad!... Mas yo no puedo continuar así : es menester cobrar ánimo, y hacer la prueba : el padre siempre es padre... ¿Quién sabe si aguarda á que yo vaya á humillármele? ¿Quién sabe si todavía se

acuerda de mí, y me conserva algun afecto en su corazon? Y cuando así no sea, me parece que esta misma miseria le ha de mover á piedad. ¡Es tan bueno!... ¡es tan padre!... Yo por mi parte nada omitiré de cuanto pueda aplacarle: me le arrojaré á los piés, le pediré perdon de mi culpa, le suplicaré me admita en su casa, no en cualidad de hijo, que no lo merezco, sino en cualidad de criado.

Dicho esto, se levanta animoso, abandona el rebaño, y sin decir nada á su amo, emprende el camino para su patria. Despues de un largo viaje, llega á la ciudad, y á la vista de la casa paterna; y llega precisamente en tiempo que su padre estaba en el terrado tomando el fresco. Por casualidad tiende el padre la vista á lo largo del camino, y á lo léjos ve á un jóven andrajoso, pálido, macilento, que de flaco apenas puede andar. Su vista le despierta la memoria de aquel hijo que desde mucho tiempo habia perdido, y algo enternecido exclama: ¡Ah! á semejante miseria estará tal vez reducido aquel mi desgraciado hijo... El pobre jóven, que tambien ha visto á su padre, se va acercando poco á poco, sin atreverse á levantar los ojos de vergüenza. Tanto se acerca, que el padre, fijando mas en él la atencion, se imagina ver la fisonomía de su hijo, bien que notablemente alterada. Por de pronto no sabe persuadirse sea él en realidad; pero, mirándole una y otra vez, ¡él es! exclama, sí, ¡él es! Decir esto, y dejar el terrado, y correr escaleras abajo, y salir al encuentro del miserable jóven, todo es obra de un solo momento. El hijo, viendo venir al padre á su encuentro, no sabe qué hacerse, si le aguarde ó si huya; mas, notando que viene con los brazos abiertos, y no dudando ya de su amor, prorumpe en un gran llanto, se pone de rodillas en medio del camino, y con palabras interrumpidas de sollozos: ¡Ah, padre! le dice, ¡ah, padre! he pecado contra el cielo y contra vos... Mas iba á

decir; pero el bondadoso padre no le da tiempo: le echa los brazos al cuello... le abraza... le besa... le vuelve á besar... y... ¡ah hijo! le dice, ¡ah hijo de mi corazon! ¿y es verdad que aun eres vivo? ¿es verdad que has vuelto? ¿es verdad que te estrecho en mis brazos? ¡Dichoso dia! ¡dichosa hora! ¡dichoso momento!... ¡Hola! dice á los criados, que habian acudido á presenciár aquel tiernísimo espectáculo, id pronto, unos á buscar el mas precioso vestido que haya en mis cofres, otros á llamar músicos, otros á convidar los parientes y amigos, otros á disponer un convite; pues quiero celebrar con una gran fiesta la vuelta de este mi hijo, que creia muerto, y he recobrado vivo: *Mortuus erat, et revixit.*

¿Qué decís, oyentes míos? ¿qué os parece de esta historia? ¿oísteis jamás otra tan tierna?... Pues sabed que es la misma imágen de la bondad, amor y ternura con que Dios recibe al pecador; y que Jesucristo, al referirla, no tuvo otro intento que darnos una idea de la amable acogida que el pecador halla en Dios, cuando vuelve á él arrepentido de sus culpas. ¡Ah! no bien este buen Padre ve venir de léjos á este su hijo extraviado, cuando movido á compasion, le sale al encuentro con los brazos abiertos para estrecharle á su amoroso seno: *Cùm autem adhuc longè esset, vidit illum pater ipse, et misericordia motus est, et occurrens cecidit super collum ejus*¹. Sin cási darle tiempo para confesar su culpa, y expresar su dolor y arrepentimiento, le admite en su gracia y amistad, lo mismo que si nunca le hubiese ofendido: *Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor*². Y lleno de alegría por su penitencia, le restituye el vestido de la gracia santificante, el anillo de las virtudes infusas, el calzado de las obras buenas que habia hecho antes de su prevaricacion:

¹ Luc. xv, 20. — ² Ezech. xviii, 22.

*Citò proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum ejus, et calceamenta in pedes ejus*¹. Y como si toda su felicidad dependiese de la conversion de este pecador, convida á todos los Angeles y Santos del cielo á que le dén la norabuena por ella, y la celebren con músicas, cánticos y vítores.

¡ Ah! si con tanta bondad recibe Dios al pecador arrepentido, ¿ qué tardais, caros pecadores, á convertirlos á él? Como el hijo pródigo, decid pronto, y decidlo con resolucion: *Surgam, et ibo ad patrem meum*². ¿ Por qué quiero yo continuar en mi infeliz estado? ¿ Qué es lo que me detiene de convertirme á Dios con todo el corazon? Él me espera, él me llama, él me busca. ¿ Dejaré que siempre me busque en vano, sin jamás poderme hallar? No: yo mismo iré á encontrarle, me arrojaré á sus piés, le suplicaré me admita de nuevo en su casa, no ya con el honroso título de hijo, que ciertamente no merezco, sino con el dictado de siervo, que harto honroso será para un pecador tan ingrato como yo: *Surgam, et ibo ad patrem meum*. Sí, Padre amoroso, sí: aquí teneis un hijo pródigo que tiempo há se apartó de Vos, pero que ya vuelve contrito y humillado. Recibidle, abrazadle, cubrid la desnudez con que se os presenta, adornadle con los preciosos vestidos de vuestra gracia, para que logre habitar eternamente en vuestra dichosa casa del cielo. Amen.

¹ Luc. xv, 22. — ² Ibid. 18.

El no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.

Quis ex vobis homo, qui habet centum oves... (Luc. xv, 4).

Deseoso el Salvador de darnos una idea de la gran misericordia de Dios para con los pecadores, se sirvió de tres comparaciones á cual mas tierna y expresiva. ¿ Qué hace un hombre, dijo, cuando, despues de haber perdido una oveja muy amada, y haberla buscado por montes y cerros, logra hallarla? ¿ Acaso la maltrata? ¿ por ventura la entrega al lobo? No, que la carga amorosamente sobre sus hombros, y lleno de alegría la conduce al aprisco: *Imponit in humeros suos gaudens*. Pues lo mismo hace mi Padre con el pecador arrepentido. ¿ Qué hace una mujer cuando ha encontrado la joya que habia perdido, y que todo el dia ha estado buscando con gran diligencia? ¿ Por ventura la tira á la calle? No, que la pone en buen resguardo, y ruega á las vecinas que le dén la norabuena por el hallazgo: *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram*. Pues lo propio hace mi Padre con el pecador penitente. ¿ Qué hizo el padre del hijo pródigo, cuando este fué á pedirle perdon de haber huido de su casa? ¿ Acaso le dió con las puertas en la cara? ¿ por ventura le entregó en poder de la justicia? No, que le abrazó tiernamente, y puso en olvido sus pasadas faltas: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum*. Pues otro tanto hace mi Padre con el pecador que vuelve á él compungido. ¿ Cosa estupenda! cristianos: esta gran misericordia, que

deberia ser un estímulo para convertirse pronto á Dios, no suele ser mas que un motivo para diferirlo. Ya que Dios es tan misericordioso, dicen los pecadores, que perdona al hombre en cualquier dia que se convierta, sigamos pecando; que tratando con un Dios tan bueno, no hay que temer. — ¿No hay que temer? Pues yo temo mucho. No temo que Dios no os perdone el dia que os convirtais sinceramente á él; lo que temo es que este dia no llegará, y que vuestra conversion quedará en solo proyecto. ¿Y sabeis por qué lo temo? Porque sé que la conversion, diferida por poco tiempo, es ya incierta: diferida hasta la vejez, es muy difícil: diferida hasta la muerte, es moralmente imposible. De lo que infiero, que el no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.

Antes de entrar en las pruebas de las tres verdades que acabo de sentar, quisiera, pecadores, que contestáseis sinceramente á una pregunta. ¿Qué es lo que pensais hacer? ¿Teneis intencion de convertirnos algun dia á Dios, y mirar por vuestra salvacion; ó bien estais resueltos á seguir siempre así, sin cuidaros ni de conversion, ni de alma, ni de cielo? Decidlo francamente: ¿cuál de estos dos extremos adoptais? Tenemos intencion de convertirnos, me diréis, y para hacerlo solo esperamos una ocasion favorable.—¿Una ocasion favorable esperais? ¿Y cuál será esta ocasion? ¿Será la vejez? ¿será al tomar estado? ¿será cuando venga alguna mision, ó se presente un confesor desconocido? Sea lo que se quiera, en todos estos casos vosotros remitís la conversion á un tiempo que ha de venir, es decir, haceis depender la suerte eterna de vuestra alma de la contingencia, de la casualidad, del acaso. ¿Y si esta contingencia, esta casualidad y este acaso no os salen favorables?... Quiero decir, ¿si ese tiempo venidero

no llega para vosotros?... ¿Qué entonces?... Entonces adios conversion, adios alma, adios cielo.

Padre, diréis, sin duda llegará este tiempo, puesto que todavía somos bastante jóvenes. — Si al mismo tiempo me dijérais, y lo dijérais con verdad, que tambien sois bastante justos y virtuosos, estaria en su lugar vuestra esperanza, y el argumento seria procedente, ya que el mismo Dios señala por premio de la virtud una vida larga y duradera: *Audi, fili mi, et suscipe verba mea, ut multiplicentur tibi anni vitæ*¹. Pero siendo pecadores, ¡ah! lo mas regular es que la muerte os coja en flor, y que sean muy contados los años de vuestra vida. Y no tomeis esto por burla, porque es una amenaza muy formal que Dios os hace en cien lugares de la Escritura santa. ¿Qué dice en el libro de los Proverbios? Que los años del impío serán recortados: *Anni impiorum breviabuntur*². ¿Qué en el de los Salmos? Que los malvados no llegarán á la mitad de sus dias: *Non dimidiabunt dies suos*³. ¿Qué en el de Job? Que los pecadores suelen morir antes de tiempo: *Sublati sunt ante tempus suum*⁴. ¿Qué en el del Eclesiástico? Que no se difiera la conversion de un dia á otro, á fin de que la dilacion no acelere el dia de la venganza, haciéndolo llegar antes del tiempo prefijado: *Ne tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subitò enim veniet ira illius*⁵.

Segun esto ¿habrémos de decir que el no convertirse pronto á Dios hace llegar la muerte antes de hora? Un suceso que refiere la Escritura nos lo dirá. Llama Dios á Noé, y le dice: Oye, hombre justo, oye la determinacion que he tomado. Viendo que la malicia de la raza humana va creciendo de dia

¹ Prov. iv, 10. — ² Ibid. x, 27. — ³ Psalm. lrv, 24.

⁴ Job, xxii, 16. — ⁵ Eccli. v, 3.

en día, he resuelto exterminarla con un diluvio universal; bien que, antes de ejecutarlo, dejaré pasar ciento y veinte años, para ver si entre tanto se convierte á mí, y hace penitencia: *Eruntque dies illius centum viginti annorum* ¹. Estas palabras las dijo Dios á Noé cuando precisamente este patriarca cumplia los quinientos años de su edad: *Cum quingentorum esset annorum* ²; y de consiguiente, parece que en buena aritmética el diluvio no debia venir hasta que el mismo Noé hubiese cumplido los seiscientos y veinte años. Sin embargo, no bien hubo llegado á los seiscientos, cuando hé aquí que de improviso se rompen las fuentes del abismo, ábrense las cataratas del cielo, y comienza el fatal diluvio: *Anno sexcentesimo vitæ Noe... rupti sunt fontes abyssi magnæ, et cataractæ cæli apertæ sunt* ³. ¿Y los otros veinte años que Dios dijo dejaria pasar antes que llegase la gran catástrofe? Estos veinte años, responde san Jerónimo, Dios los borró de la cuenta, porque, viendo que los hombres no se convertian á él despues de un siglo, creyó inútil esperarles por mas tiempo ⁴.

Decid ahora, pecadores, que siendo todavía bastante jóvenes, tiempo suficiente os queda para convertirlos á Dios. ¡Insensatos! ¿Qué tiene que ver la juventud en el asunto que tratamos? ¿No puede Dios cansarse de esperaros, apresurar el castigo, y enviaros la muerte antes del tiempo regular, como lo hizo con los pecadores del tiempo de Noé? ¿No puede recortar algunos años del tiempo que naturalmente debierais vivir, y quitaros de en medio antes de llegar á la mitad de vuestros días, como os lo tiene amenazado en mil lugares de la Escritura? Pues suponed ahora que lo hace... ¿qué va á ser de vuestra conversion? ¿qué de vuestra alma? Vuestra

¹ Gen. vi, 3. — ² Ibid. v, 31. — ³ Ibid. vii, 11.

⁴ Alap. in cap. vi Gen.

conversion va á quedar en solo proyecto, y vuestra alma va á hundirse en el infierno.

Mas supongamos, y no será suponer poco, que atravesando felizmente las diferentes edades de vuestra vida, llegais salvos á la vejez, que parece ser la época que tralais de hacer memorable con vuestra conversion. ¿Habeis calculado alguna vez todas las dificultades, todos los inconvenientes, todos los obstáculos que entonces se os presentarán? Yo sí que los tengo calculados, y os aseguro que se me representan tales, que dudo mucho los llegueis á superar.

El primer obstáculo os vendrá de parte de vosotros mismos. Vosotros ahora creéis que lo mismo será llegar á la vejez, que cambiarse de repente vuestra voluntad, amansarse como por encanto vuestras pasiones, arrancarse por sí mismos vuestros malos hábitos, abandonaros precipitadamente vuestros vicios, hacerseos aborrecible la culpa, amable la virtud, y de consiguiente facilísima la conversion. Vosotros lo creéis así, pero yo os aseguro que cuando venga el caso experimentaréis todo lo contrario. Lo que experimentaréis será, que vuestra voluntad está mas aferrada en el mal, que vuestras pasiones son mas fieras, vuestros hábitos mas arraigados, vuestro entendimiento mas ciego, vuestro corazon mas duro, vuestro libre albedrío mas flaco para tomar ninguna buena resolucio. ¿Tendréis bastante coraje para acometer y superar todas estas dificultades? Ahora luchais con una dificultad, entonces habréis de luchar con ciento: ahora sois esclavos de cien pecados, entonces lo seréis de mil: ahora contais cuatro ó seis años de mala costumbre, entonces contaréis treinta ó cuarenta. Pues si ahora hallais difícil vuestra conversion, ¿qué será entonces? ¿qué será?...

¿Cómo lo haréis para ablandar esa voluntad, que á fuerza

de pecar se habrá hecho dura como el hierro? ¿Cómo para arrancar esos vicios, que, como árboles envejecidos, habrán metido sus raíces por todos los senos de vuestra alma? ¿Cómo para dominar esas pasiones, que con el tiempo se habrán hecho mas fuertes é indomables? ¿Cómo para desvanecer las tinieblas del entendimiento, que habrán crecido á medida que habréis ido pecando? ¿Cómo, en fin, para compungirse corazón, que estará poco menos obstinado que el de un demonio? ¡Ah! que no tendréis resolución para tanto; y entonces, sufriendo un cruel desengaño, veréis que el primer obstáculo en que tropezais, sois vosotros mismos.

La segunda dificultad os vendrá de parte de Dios. ¡Qué dice! padre, me parece os oigo exclamar, ¿de parte de Dios dificultad? ¿Quién oyó jamás semejante expresion? Nosotros creemos todo lo contrario, y esperamos que Dios entonces nos auxiliará con una gracia mas abundante y eficaz de lo que ha hecho hasta ahora. — ¿Eso esperais? Pues os digo, que para alimentar una tal esperanza es menester haberse vendido el seso. Es decir, segun vuestra opinion, que Dios tanto mas pronto vendrá entonces á ayudaros, cuanto por mayor tiempo vosotros le habréis ofendido: ¿no es verdad? Es decir, segun vuestros cálculos, que la gracia divina tanto mas abundante y poderosa será, cuanto mas obstinadamente vosotros habréis abusado de ella: ¿no es esto? Eso sí que es discurrir con finura, y lo que propiamente se llama comprender las cosas con perfeccion. ¡Qué lástima no supiesen esta doctrina los santos Padres que enseñaron, que cuanto mas el hombre peca, tanto mas Dios se aparta de él, y á veces se aleja tanto, que es sumamente difícil hallarle, segun aquello que dijo Jesucristo: Yo me retiro, vosotros me buscaréis; y no me hallaréis, sino que moriréis en vuestro pecado: *Ego vado,*

et queretis me, et in peccato vestro moriemini ¹! ¡Qué desgracia no hubiese oido esta nueva teología el gran Tomás de Aquino cuando escribió, que Dios suele retirar sus gracias á proporcion del abuso que se hace de ellas, y que quien abusa del talento que se le ha dado, merece se lo quiten, y ordinariamente así sucede! ¡Ah! pecadores, ¿es posible alimenteis semejantes ilusiones? Haced, haced que la vejez os coja en vuestros desórdenes, vosotros sabréis decirme si las gracias son entonces mas abundantes que al presente, si la conversion es entonces mas fácil y hacedera.

La tercera dificultad provendrá de parte de las cosas que indispensablemente se deben hacer para convertirse de veras á Dios; y que si no se hacen, la conversion no es otra cosa que apariencia, ilusion y mentira. Para que la conversion sea real, no basta blanquear la tumba por parte de fuera, quiero decir, no basta tomar aquel exterior decente y comedido que naturalmente se toma en la vejez, por muy libertino y desenfrenado que se haya sido en la juventud: es menester limpiar el sepulcro por parte de dentro, esto es, arrancar de cuajo todos los vicios del alma, detestarlos con sumo dolor, confesarlos con toda sinceridad, quitar ocasiones, reparar escándalos, hacer penitencia, y penitencia proporcionada al número y gravedad de los pecados cometidos. ¿Y seréis hombres para hacer todo esto? ¡Cómo habeis de serlo, no estando ni poco ni mucho acostumbrados á tales cosas! Os sucederá, no lo dudeis, os sucederá lo que aconteció al pastorcillo David, cuando el rey Saul le vistió á lo militar, para que fuese á luchar con el gigante filisteo. Viendo el pobrecito que con tantas fornituras militares encima no podia dar un paso,

¹ Joan. viii, 21.

¡eh! dijo al Rey, por Dios quítame estos embarazos, que no puedo moverme: *Non possum sic incedere* ¹.

Hé aquí lo que os sucederá cuando en la vejez trateis, si es que lo tratáis, de convertirlos á Dios. Como no estaréis acostumbrados á ninguna de las cosas que son indispensables para una sólida conversion, como no sabréis prácticamente lo que es mortificar una pasion, contradecir un apetito, hacer un acto de dolor, practicar una virtud, resistir una tentacion, ¡eh! diréis, yo no puedo hacer tanto: *Non possum sic incedere*. Si para convertirme á Dios es menester todo esto, renuncio por ahora á mi conversion, vamos tirando así, aguardemos á que venga la última enfermedad, y verémos si entonces la cosa es mas factible.

Para que veais si es muy factible la conversion en la última enfermedad, no necesito mas que ponerlos á la vista lo que ordinariamente sucede en aquella ocasion. Mas quisiera que no consideráseis el caso como ajeno, porque esto le quitaria mucho de su importancia; sino como propio, suponiendo que ya os hallais en aquella enfermedad que será la inmediata precursora de vuestra muerte. Las enfermedades, por muy graves que sean, no suelen presentarse con un carácter imponente y amenazador: al principio no son mas que un dolor de cabeza, un insomnio, una inapetencia, una pesadez, un deajo, un no se sabe qué. Así es que en los primeros dias no se les da importancia, no se conciben temores, no se entra en cuidados ni sospechas. ¡Oh dias mal aprovechados, cuánta y cuánta falta vais á hacer! Se llama al médico... ¡ay! ¿y por qué no se llama tambien al confesor, que es tanto ó mas necesario que aquel? Se llama al médico... Lo que es

¹ I Reg. xvii, 39.

por ahora, dice este, la enfermedad no ofrece síntomas del todo alarmantes; puede ser cosa de consideracion, y puede no serlo: es menester aguardar... entre tanto tome el enfermo esta medicina en tanta dosis.— ¡Dios mio! ¡cuánto mejor fuera que se le ordenasen algunas dosis de penitencia!— Pero el dolor de cabeza no cesa, la calentura aumenta, el mal arrecia. Vengan nuevos médicos, vengan consultas, vengan... ¿Qué? ¿los Sacramentos? Estos sí que convendria viniesen luego. ¡Ah! el enemigo se ha descubierto... es una enfermedad mortal... el caso es del todo desesperado. Aprisa, aprisa llamar un confesor, que no se pierdan momentos, que venga lo mas pronto que pueda: *Multiplicatæ sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt.*

Vamos, pecador carísimo, ya estais en el punto que deseábais para convertirlos á Dios, ya ha llegado aquel momento solemne en que, segun tantas veces habeis dicho, haréis vuestra conversion: á ver, á ver cómo os lucís. Comenzad... no digo bien, acabad presto una buena confesion: una confesion que, al paso que repare todas las que habeis hecho malamente en vuestra vida, borre todas las picardías de vuestra infancia, todas las impurezas de vuestra juventud, todas las injusticias de vuestra virilidad, y todos los sacrilegios de vuestra vejez. ¿La habeis ya acabado? Aprisa, aprisa, que la muerte viene corriendo, y está por llamar á la puerta. Pero ¡santo Dios, qué es lo que oigo! Vos, pecador carísimo, me hablais de mujer, de hijos, de hacienda, de testamento, y otros asuntos de familia. ¡Buen tiempo á fe mia para tratar de tales cosas! Pronto, pronto despachar la confesion, que las puertas del tribunal de Dios ya están abiertas. Examinar la conciencia, concebir dolor, formar propósito, decir los pecados, y recibir la absolucion, todo ha de ser obra de pocos instantes.

Que necesitais descanso... que os deje en paz... que no estais para nada... Eso ya me lo sabia yo, que en este lance no estaríais para nada, y por esto fue el deciros tantas veces que os previniéseis con tiempo. Pero el lance ha llegado, vos estais ya en el apuro, y no hay mas sino ver cómo podréis salir de él. Tanto si necesitais descanso como si no, tanto si estais para algo como si no lo estais, es preciso disponer para una buena confesion; advirtiéndole que si por poca aplicacion le falta alguna cosa esencial, los demonios se os llevan.

¿Qué me decís?... ¿que os confesaréis como podréis, y valga lo que valiere? Pues lo mismo os respondo yo; os absolveré como podré, y valga lo que valiere la absolucion. Vos dudais de la bondad de vuestra confesion, y yo todavía dudo mas del valor de mi absolucion. Pero ya que no estais para confesaros circunstanciadamente, levantad á lo menos el corazón á Dios, y pedidle perdon de vuestros pecados. ¿Lo habeis hecho? Pues *ego te absolvo*: lo que valdrá esta absolucion no sabria decirlo: vos lo sabréis antes de mucho: en el tribunal de Dios os lo dirán.

Decidme, cristianos, una conversion hecha del modo que acabo de pintar ¿puede ser sólida? ¿puede ser satisfactoria, ni para quien la hace, ni para quien la presencia? Pues no dudeis que poco mas ó menos así son todas las que se hacen en la última enfermedad. ¿Qué dieta, pues, la prudencia? Dicta que, ya que la conversion diferida un solo dia es dudosa, diferida para la vejez es difícil, diferida para la última enfermedad es moralmente imposible, la hagais luego, pronto, hoy mismo. Este es el único medio de asegurar el perdon, conseguir la gracia y alcanzar el cielo. Amen.

DOMINGO CUARTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Este domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca milagrosa, y llamábasele así á causa de la pesca que los Apóstoles hicieron por orden del Salvador, y cuyas circunstancias nos refiere el evangelio de este dia. En él leemos varias cosas muy dignas de notarse, cuales son: la orden que Jesucristo dió á san Pedro de conducir su barquilla á alta mar, la respuesta que este le hizo, el fruto de su obediencia, la eleccion que el Salvador hizo de él y sus compañeros para ser pescadores de almas, la fidelidad de estos, y su vocacion. Entre los varios asuntos que se pueden formar sobre el presente evangelio, sobresalen por su importancia y utilidad los tres siguientes: la providencia de Dios, los efectos del pecado en el alma, y la política del propio interés.

El primero se deduce del texto que dice: Concluserunt piscium multitudinem copiosam; y se arregla del modo siguiente: « ¡Lo que tiene, cristianos míos, el fiarse de la providencia de Dios! San Pedro habia gastado una noche entera en pescar: habia empleado tiempo, paciencia y trabajo; y no obstante no habia logrado coger un solo pez: Per totam noctem laborantes, nihil cepimus. Viendo esto el Salvador, le mandó tender otra vez las redes: obedeció el Apóstol, confiando únicamente en la palabra de su Maestro; y fue tanta la abundancia de peces que cogió esta vez, que las redes se rom-

Que necesitais descanso... que os deje en paz... que no estais para nada... Eso ya me lo sabia yo, que en este lance no estaríais para nada, y por esto fue el deciros tantas veces que os previniéseis con tiempo. Pero el lance ha llegado, vos estais ya en el apuro, y no hay mas sino ver cómo podréis salir de él. Tanto si necesitais descanso como si no, tanto si estais para algo como si no lo estais, es preciso disponer para una buena confesion; advirtiéndole que si por poca aplicacion le falta alguna cosa esencial, los demonios se os llevan.

¿Qué me decís?... ¿que os confesaréis como podréis, y valga lo que valiere? Pues lo mismo os respondo yo; os absolveré como podré, y valga lo que valiere la absolucion. Vos dudais de la bondad de vuestra confesion, y yo todavía dudo mas del valor de mi absolucion. Pero ya que no estais para confesaros circunstanciadamente, levantad á lo menos el corazón á Dios, y pedidle perdon de vuestros pecados. ¿Lo habeis hecho? Pues *ego te absolvo*: lo que valdrá esta absolucion no sabria decirlo: vos lo sabréis antes de mucho: en el tribunal de Dios os lo dirán.

Decidme, cristianos, una conversion hecha del modo que acabo de pintar ¿puede ser sólida? ¿puede ser satisfactoria, ni para quien la hace, ni para quien la presencia? Pues no dudeis que poco mas ó menos así son todas las que se hacen en la última enfermedad. ¿Qué dieta, pues, la prudencia? Dicta que, ya que la conversion diferida un solo dia es dudosa, diferida para la vejez es difícil, diferida para la última enfermedad es moralmente imposible, la hagais luego, pronto, hoy mismo. Este es el único medio de asegurar el perdon, conseguir la gracia y alcanzar el cielo. Amen.

DOMINGO CUARTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Este domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca milagrosa, y llamábasele así á causa de la pesca que los Apóstoles hicieron por orden del Salvador, y cuyas circunstancias nos refiere el evangelio de este dia. En él leemos varias cosas muy dignas de notarse, cuales son: la orden que Jesucristo dió á san Pedro de conducir su barquilla á alta mar, la respuesta que este le hizo, el fruto de su obediencia, la eleccion que el Salvador hizo de él y sus compañeros para ser pescadores de almas, la fidelidad de estos, y su vocacion. Entre los varios asuntos que se pueden formar sobre el presente evangelio, sobresalen por su importancia y utilidad los tres siguientes: la providencia de Dios, los efectos del pecado en el alma, y la política del propio interés.

El primero se deduce del texto que dice: Concluserunt piscium multitudinem copiosam; y se arregla del modo siguiente: «¿Lo que tiene, cristianos míos, el fiarse de la providencia de Dios! San Pedro habia gastado una noche entera en pescar: habia empleado tiempo, paciencia y trabajo; y no obstante no habia logrado coger un solo pez: Per totam noctem laborantes, nihil cepimus. Viendo esto el Salvador, le mandó tender otra vez las redes: obedeció el Apóstol, confiando únicamente en la palabra de su Maestro; y fue tanta la abundancia de peces que cogió esta vez, que las redes se rom-

«pian, y dos barquillas casi se iban á fondo por el gran peso :
«Rumpebatur autem rete... Et impleverunt ambas navicu-
«las, ita ut penè mergerentur. ¿Veis, cristianos, lo que re-
«sulta de dejarse conducir de la Providencia divina? Vosotros,
«como san Pedro, os lamentais no pocas veces de que, despues
«de haber empleado grandes trabajos y diligencias para procu-
«raros los bienes de este mundo, os quedais con las manos va-
«cías, sin haber conseguido nada : Per totam noctem laboran-
«tes, nihil cepimus. ¿Por qué sucede esto? Las mas veces su-
«cede, porque contais mucho con vosotros mismos, y poco ó
«nada con la providencia de Dios : porque quereis hacer las
«cosas vosotros solos, como si no hubiese una Providencia uni-
«versal que todo lo preside, todo lo gobierna, y todo lo dirige.
«La fe de esta Providencia adorable debe ser el norte de todo
«cristiano mientras vive en este mundo, y es por esto que trato
«de instruiros en ella, haciéndola el objeto de la presente ins-
«trucción.» — Tómese ahora el cuerpo de la plática puesta en
el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 66.

El asunto sobre los efectos que el pecado produce en el alma,
se infiere del texto que dice : Præceptor, per totam noctem la-
borantes, nihil cepimus; y se le da la siguiente introduccion :
«Hoy tenemos en el evangelio un hecho histórico que da mate-
«ria para formar reflexiones muy serias y saludables. Habien-
«do llegado Jesucristo al mar de Genesaret, vió en la playa dos
«navecillas que acababan de llegar de la pesca, y cuyos due-
«ños, que eran algunos de los Apóstoles, se ocupaban en la-
«var las redes. Dirigiéndose á san Pedro, le mandó que botase
«de nuevo las dos navecillas al agua, que las condujese á alta
«mar, y que allí tendiese otra vez las redes : Duc in altum, et
«laxate retia. Señor, le respondió san Pedro, haré gustoso lo
«que Vos mandais, bien que creo será inútil la diligencia, pues
«toda la noche hemos estado pescando, sin que hayamos cogi-

«do un solo pez : Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.
«Hizo no obstante lo que Jesucristo le mandaba; y esta vez fue
«tan feliz, que las dos navecillas quedaron llenas de pescado :
«Impleverunt ambas naviculas. ¿Qué significa, cristianos, el
«haber gastado san Pedro inútilmente una noche entera en pes-
«car? Significa el ningun mérito de las obras buenas que hace
«el hombre en estado de culpa mortal. El que obra algun bien
«en estado de culpa, significado por la noche, por muy remar-
«cable que este bien sea en sí, puede lamentarse con san Pe-
«dro, diciendo : Per totam noctem laborantes, nihil cepimus :
«habiendo hecho muchas cosas en sí muy buenas, nada he ga-
«nado para el cielo; porque el pecado ha hecho que todas fue-
«sen vanas, estériles y sin fruto. Así podria lamentarse este in-
«feliz, y con harta razon; porque, en efecto, el pecado es de
«una naturaleza tan maligna, que despoja el alma de todo el
«bien que ha hecho, esteriliza todo el bien que hace, y la in-
«dispone para hacer en adelante bien alguno. Hé aquí tres ver-
«dades que me propongo demostraros, á fin de que, compren-
«diendo los fatales efectos que el pecado produce en el alma,
«le cobreis todo el horror y aversion de que es digno.» — Des-
pues se dice la plática que se halla en el Catequista orador, to-
mo 1.º, pág. 193.

El tercer asunto indicado arriba es de sumo interés, espe-
cialmente en poblaciones grandes, donde suelen ejercitarse el
comercio y la industria; y por esto lo pondremos aquí entero
del mejor modo que Dios nos dé á entender.

La política del interés propio.

Præceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus. (Luc. v, 5).

Reina hoy día una política, hija sin duda de las malas doctrinas que han cundido entre nosotros, la cual enseña, que todo hombre tiene derecho á procurar su bien particular por cualquiera clase de medios, y que todos los medios son justos, lícitos y honestos cuando sirven al propio interés. Según esta política, el perjurio y el fraude, el robo y el asesinato, la traicion y la perfidia, la estafa y la mala fe son cosas muy decentes y justas cuando se emplean, ó para obtener un puesto, ó para elevarse á una dignidad, ó para engrandecer la propia fortuna, ó para conducir á buen término cualquier negocio temporal. La Religion misma puede abrazarse ó renunciarse, según y conforme parezca convenir al interés particular. ¿Conviene para conseguir alguna cosa aparentar mucha piedad y religion? Se aparenta, aunque en el fondo se sea un ateo ó materialista. ¿Conviene hacer alarde de irreligion é impiedad? Se hace, por mas que en el interior se sienta lo contrario. Lo esencial es que el negocio vaya adelante, lo que importa es que sepa uno acomodarse á todo, y sacar partido de todas las circunstancias, imitando al célebre Alcibiades, de quien cuenta la historia, que era furibundo republicano en Atenas, rígido absolutista en Persia, extremadamente sóbrio en Esparta, y gloton insigne en Tracia. Y así como no se ha de reparar en los medios de procurar el propio bien, tampoco se debe escrupulizar en el modo de quitar los obstáculos que se oponen á su consecucion. Tengo, por ejemplo, un rival

que me disputa el empleo que yo pretendo, ¿qué hago para ponerle fuera de combate? Le levanto una calumnia. Hay quien, mas industrioso que yo, me arrebató la fortuna, ¿qué hago para quitarle de en medio? Le urdo una traicion. Tengo un acreedor que continuamente me molesta pidiéndome lo que le debo, ¿qué hago para deshacerme de él? Le entablo un pleito y le arruino. ¡Oh! dirá alguno, que la Religion, la justicia, la decencia reprueban un tal modo de proceder. Pero lo autoriza la política de mi interés, y esto basta.

¿Qué os parece, cristianos, de semejante política? Que es una política anticristiana, brutal, diabólica, sin duda lo comprendéis; pues para ello basta tener un poco de razon y de fe. Lo que tal vez ignorais, y aun quizá se os hará difícil de creer, es que esta política sea fatal y desastrosa á los mismos que la adoptan. Y sin embargo es así. Los que tienen por sistema buscar su fortuna y procurar su propia utilidad por toda clase de medios, aun los mas injustos y condenables, están tan léjos de conseguir su intento, que lo mas comun suele ser verlos empobrecidos y arruinados; pudiendo los desgraciados decir como, según refiere el evangelio de hoy, decía san Pedro: Despues de habernos fatigado mucho, no hemos conseguido nada de lo que buscábamos: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus*. Quiera Dios que el conocimiento de esta verdad os aparte de la práctica de esta política abominable.

Antes que todo quiero, oyentes míos, que veais cómo funciona esa malhadada política del propio interés, y de qué manera se conduce en la práctica. Entran los escribas y fariseos en sesion para discutir y deliberar sobre lo que ha de hacerse del inocente Jesús. Jesús, dice uno de ellos, llamado Nicodemos, obra muchos milagros: da vista á los ciegos, oi-

do á los sordos, salud á los enfermos y vida á los muertos. ¿Pues?... Pues, responden los otros, conviene que muera en una cruz : *Expedi ut moriatur*. ¡Extraña consecuencia! grita Nicodemus : si Jesús obra tales prodigios, lo consiguiente es que reconozcamos su divinidad, abracemos su doctrina, y acatemos su ley : esto es lo que dictan la razon y la justicia. Pero nuestro interés, contestan los otros, dicta otra cosa. Mirad : si Jesús queda libre, todo el pueblo creará en él : *Si dimittimus eum, sic omnes credent in eum*¹. De aquí resultará que nosotros ya no tendremos secuaces, y ya no habrá quien venga á consultarnos : nuestro partido quedará desacreditado, el número de nuestros admiradores disminuirá dia por dia, la plebe se nos sublevará, y al último vendrán los romanos y nos quitarán nuestros empleos y Estados : *Venient Romani, et tollent nostrum locum, et gentem*². ¿Qué dicta, pues, la buena política? Que Cristo vaya á la cruz : *Expedi ut moriatur*.— Pero él, dice Nicodemus, no ha infringido ley alguna, no ha hecho sino bien á todo el mundo.—No importa, conviene que vaya á la cruz : *Expedi ut moriatur*.—Pero su vida es inocentísima, irreprehensible, intachable.—Con todo, conviene que vaya á la cruz : *Expedi ut moriatur*.—Pero toda ley prohíbe matar á un inocente.—Si la ley lo prohíbe, nuestro interés lo manda : por tanto muera Cristo en una cruz : *Crucifigatur*.

¿Visteis jamás, cristianos, un modo de proceder mas brutal ó inícuo? Pues así es como ordinariamente se procede en nuestra culta y eminentemente ilustrada sociedad. No se atiende ya á si los medios de conseguir alguna cosa son justos ó injustos, honestos ó infames : lo que se mira es, si *expedit*, es decir, si conducen á la consecucion de lo que se desea ; y

¹ Joan. xi, 48. — ² Ibid.

con tal que conduzcan, basta. Conviene á mi decoro, dice aquel rico, que yo mantenga el fausto propio de mi posicion y de mi rango, y que no haya quien me meta el pié adelante en lujo y ostentacion ; pero como para esto no bastan las rentas propias, será menester suplirlo con las ajenas, oprimiendo al pobre, despojando á la viuda, atropellando al indefenso. Verdad es que la Religion condena tales medios ; pero ¿qué hacer? mi interés lo exige : *Expedi*. Conviene, dice aquel comerciante, que yo me haga rico dentro un breve plazo ; mas como no es posible conseguirlo por solos medios justos y legales, será necesario emplear la estafa, la usura y el fraude. No cabe duda que estas cosas se oponen á la justicia, á la probidad, y hasta á la misma decencia ; pero ¿qué remedio? mi interés lo manda : *Expedi*. Conviene, dice aquel ambicioso, que yo suba á aquel puesto ; pero como carezco de méritos y títulos para ello, habré de apelar á la adulacion, á la intriga, á la compra del empleo mismo. Conozco que esto desdice de un hombre honrado y que se estima en algo ; pero ¿qué recurso? mi interés lo quiere : *Expedi*. Conviene, dice aquel padre, que mis hijas hagan un buen partido ; mas como ni su hermosura ni su dote les favorecen mucho, convendrá darles libertad para que se lo proporcionen del mejor modo que ellas entiendan. Comprendo que esto es indigno de un padre cristiano ; pero ¿qué quereis? el interés lo ordena : *Expedi*. Conviene, dice aquella sirvienta, que yo vista de tal modo, que no haga mala figura al lado de mis compañeras ; mas como el salario no sufraga bastante, habré de recurrir á la infidelidad, al robo secreto, á la injusta compensacion. Sé que la ley de Dios me lo prohíbe ; pero ¿qué hay que hacer? el interés lo dispone así : *Expedi*.

Hé aquí, fieles, la gran política del dia, héla aquí en su traje propio y natural. Sus partidarios se imaginan que ella

es el gran medio de enriquecerse, encumbrarse y hacerse felices, cuando en realidad no es sino el gran medio de empobrecerse, arruinarse y hacerse desgraciados. ¿Quereis pruebas de esto? Escuchad, y os las daré muy convincentes. Reina un Dios, el cual, así como lo ha criado todo con su poder, así lo gobierna y dispone todo segun su voluntad. Sin su querer, no sopla un aire, no se agita una hoja, no se mueve una hormiga, no se abre una flor. Obran, sí, obran las causas segundas; pero obran con tal dependencia y sujecion á su voluntad, que de sus operaciones resulta precisamente aquello que él quiere y nada mas. Oid cómo se explica él mismo por Isaías. Sepan todas las gentes, dice, que yo soy el Señor del universo, que fuera de mí no hay otro Dios, y que sin mi consentimiento no se hace nada en el mundo: *Ego Dominus, et non est amplius*¹. Yo soy quien creo la luz, quien formo las tinieblas, quien doy la paz, quien suscito la guerra: *Ego... formans lucem, et creans tenebras, faciens pacem, et creans malum*². Contra mi voluntad no hay fuerza que valga, astucia que sirva, política que prevalezca: *Non resistet mihi homo*³. A mí solo está reservado dar riquezas al comerciante, engrandecimiento al noble, felicidad á las familias, consistencia á los Estados. Sépanlo todas las gentes, que en este mundo quien manda, quien gobierna, quien dispone soy yo, y no otro alguno: *Ego Dominus, et non est amplius*.

Puesto este principio, pregunto á los partidarios de la política del propio interés: ¿Cabe política mas desastrosa que la de querer conducir á buen término vuestros negocios, no solo sin contar para nada con aquel Dios de cuya voluntad depende el buen ó mal resultado de vuestras empresas, sino empleando medios que su equidad y justicia condenan? Vosotros

¹ Isai. XLV, 5. — ² Ibid. 7. — ³ Ibid. XLVII, 3.

contais mucho con vuestra sagacidad, industria y talento; pero ¿veis allá el mar? Lleno de furor y orgullo levanta sus entumecidas olas; y empujándolas una tras otra hácia la tierra, parece que viene á inundarla. Pero ¿qué? no bien llega á tocar la primera arena de la playa, cuando como si leyese escrito en ella el *De aquí no pasarás*, se amansa, se deliene, se retira. Viva imágen de lo que va á sucederos. Despues que habréis bien tirado vuestros planes, despues que habréis combinado sagazmente todos los medios, cuando parecerá que infaliblemente vais á conseguir el objeto de vuestros proyectos profundamente calculados, vendrá á desbaratarse todo en un momento; porque aquel Dios que con algunos granitos de arena sabe romper el ímpetu del mas fiero elemento, con un levísimo incidente sabrá descomponer vuestras combinaciones y designios.

Abrid la Escritura, y á cada paso veréis á Dios desbaratando los planes de los impíos, y como divirtiéndose en convertir en su propio daño el mal que intentaban hacer á los demás. Veréis á un Faraon que hace ahogar á todos los niños hebreos, á fin de acabar con esta raza; pero veréis tambien que la raza hebrea va siempre en aumento, y que quien muere ahogado es el miserable Faraon. Veréis á un Saul que maquina muerte alevosa al inocente David, á fin de que no reine en Israel; pero veréis igualmente que el trono de Israel es ocupado por David, y que quien recibe muerte ignominiosa es el desgraciado Saul. Veréis que el pueblo judío decreta muerte contra Jesús, á fin de impedir una invasion de los romanos; pero veréis al mismo tiempo que los romanos invaden el territorio de los judíos precisamente por haber dado muerte á Jesús. Veréis... pero ¿qué no veréis? Veréis á un Aman colgado del mismo palo que tenia preparado á Mardoqueo, á una Jezabel comida de los mismos perros que queria

engordar con la carne de los Profetas, á un Heliodoro afrentosamente azotado en el atrio del mismo templo que intentaba saquear. ¡Ah! que no hay sabiduría, no hay consejo, no hay política que valga contra aquel Dios que ha jurado confundir la sabiduría de los sábios, y llenar de oprobio y vergüenza la política de los políticos: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo*¹.

El usar de malas artes, dice el Espíritu Santo, es un medio tan poco apto para hacer la propia felicidad, que por el contrario es el camino mas seguro para arruinarse; pues el que las usa convierte contra sí el mal que intenta hacer á los otros, sin que comprenda de dónde le viene el daño: *Faciendi nequissimum consilium, super ipsum devolvetur, et non agnoscat unde adveniat illi*². Vos, hombre de empleo, os lamentais de que aquel émulo os ha arrebatado el puesto que teníais. Os equivocais, quien os lo ha arrebatado han sido los medios iníquos que empleásteis para obtenerlo: *Faciendi nequissimum consilium, super ipsum devolvetur*. Vos, comerciante, os quejais de que la infidelidad de vuestros correspondientes y dependientes ha arruinado vuestra fortuna. Errais, hermano, quien ha arruinado vuestra fortuna no han sido los dependientes y correspondientes, sino las injusticias y estafas que hicísteis para levantarla: *Faciendi, etc.* Vos, artesano, os lamentais de que vuestras manufacturas no tienen salida, y lo atribuíis á la mala condicion de la época que atravesamos. Os engañais, lo que os perjudica no es la época, sino los fraudes y engaños que acostumbrais hacer en las compras y ventas: *Faciendi, etc.* Porque, desengañarse, está escrito que quien apela á medios iníquos se perjudica á sí propio.

Con todo esto, diréis vosotros, vemos á muchos que por

¹ I Cor. i, 19. — ² Eccli. xxii, 30.

medios los mas injustos han llegado á adquirir grandes bienes, y disfrutan de lo que se llama felicidad.—¿Y qué queréis responder yo á esto? ¿Responderé, con David, que el engrandecimiento de estos es tan efímero y pasajero como el humo, el cual cuanto mas se dilata por el aire, mas se adelgaza y se descompone? *Inimici verò Domini... quemadmodum fumus deficient*¹. ¿Os diré que la fortuna de estos suele ser semejante á la de aquel impío que vió el mismo David, quien, habiéndose elevado sobre los cedros del Líbano, cayó de repente, desapareció, y ni siquiera dejó señal de su pasada gloria? *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani, et transivi, et ecce non erat*². Todo esto podria responder, y si menester fuese no me fallarian algunos ejemplos de actualidad con que comprobar mi contestacion. Pero prescindo de esto, y quiero conceder que conoceis hombres que por caminos torcidos han llegado á ser felices. ¿Qué, oyentes, qué? ¿Los reputais verdaderamente felices? ¿envidiais su suerte? Aguardad un poco, dejad que lleguemos al último acto de esta comedia, y veréis que la escena no ha sido así alegre y divertida en su principio, sino para ser mas trágica y horrorosa en el final. Ellos ahora engordan, es verdad: ellos se coronan de rosas, es cierto; pero engordan y se coronan como víctimas destinadas al suplicio eterno: *Saginantur ad mortem, coronantur ad supplicium*. Dios les concede de presente esta felicidad temporal en recompensa de algunas obras buenas que habrán hecho; pero esta misma felicidad temporal que les concede, es un indicio funesto de su presente abandono y de su eterna reprobacion. Si ellos fuesen desgraciados en sus empresas, esto mismo podria serles un medio para entrar en sí, y reconocer los peligros del camino que siguen; pero, pros-

¹ Psalm. xxxvi, 20. — ² Ibid. 35.

perando por medio de la iniquidad, marchan por él muy contentos, cual brutos que saltan y se alegran mientras se los conduce al matadero.

Si esto es así, como realmente lo es, los que pretenden prosperar por medios inícuos deben necesariamente venir á parar en uno de estos dos extremos, á cual mas desgraciado. Consiguen su intento, ó no lo consiguen: logran prosperar, ó no lo logran. ¿No? mal por ellos. ¿Sí? peor todavía. Mal si no lo logran, porque entonces pueden decir con aquellos impíos de la Escritura: *Lassati sumus in via iniquitatis*¹: hemos buscado nuestra dicha por el camino de la maldad, nos hemos fatigado buscándola, y no hemos podido hallarla. Peor si lo logran, porque entonces tienen un pronóstico casi cierto de su eterna reprobacion. ¿Qué se responde á este dilema? La respuesta, cristianos míos, la única respuesta que debeis darle, ha de ser renunciar á esa política del propio interés, y abrazar aquella que os enseña el Evangelio. Si quereis mejorar vuestra fortuna y la de vuestra familia, hacedlo en buen hora, que nadie os lo prohíbe; pero sea por los medios que dictan la equidad, la justicia y la buena fe. Que si por estos medios no podeis lograrlo, mas vale contentarse con poco, y conformarse con las disposiciones de la Providencia. Mejor es, dice el Espíritu Santo, poseer poco y con justicia, que poseer mucho y con pecados: *Melius est modicum iusto, super divitias peccatorum multas*². Ateneos á esta política cristiana, y nunca os apartéis de ella, que os aseguro es buena guía para ir al cielo. Amen.

¹ Sap. v, 7. — ² Psalm. xxxv, 16.

DOMINGO QUINTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Una simple mirada que se dé al evangelio de este dia, bastará para conocer que de él pueden sacarse cuando menos tres asuntos muy interesantes por su moralidad, á saber: la ira, el perdon de las injurias, y el carácter de la verdadera virtud. El primero se saca del texto: Ego autem dico vobis, quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio, y se comienza así: «Mucho tiempo habia que los fariseos, alterando la ley del Señor, é interpretándola á su gusto y capricho, pretendian que este precepto: No matarás, se limitaba á la sola prohibición del homicidio. Pero Jesucristo, que como Dios era el mismo legislador, y como hombre era el enviado para declarar el verdadero sentido de la ley, declaró abiertamente que el dicho precepto, no solo prohibia el homicidio, sino todo lo que conduce á él, como son la ira, la imprecacion y el odio: Audistis quia dictum est antiquis: Non occides... Ego autem dico vobis, quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio. Él mismo aseguró que la ira puede ser tal, que merezca sentencia de muerte, y de muerte eterna. ¡Ay, cristianos míos, qué poca atencion se hace en el mundo sobre esta doctrina de Jesucristo! ¿Cuál vicio mas comun que la ira? Pero ¿cuál vicio del que se haga menos caso? Pocas son las personas que hagan grande escrúpulo de los movimientos de ira á que á cada paso se dejan transportar, ni de las imprecacio-

perando por medio de la iniquidad, marchan por él muy contentos, cual brutos que saltan y se alegran mientras se los conduce al matadero.

Si esto es así, como realmente lo es, los que pretenden prosperar por medios inícuos deben necesariamente venir á parar en uno de estos dos extremos, á cual mas desgraciado. Consiguen su intento, ó no lo consiguen: logran prosperar, ó no lo logran. ¿No? mal por ellos. ¿Sí? peor todavía. Mal si no lo logran, porque entonces pueden decir con aquellos impíos de la Escritura: *Lassati sumus in via iniquitatis*¹: hemos buscado nuestra dicha por el camino de la maldad, nos hemos fatigado buscándola, y no hemos podido hallarla. Peor si lo logran, porque entonces tienen un pronóstico casi cierto de su eterna reprobacion. ¿Qué se responde á este dilema? La respuesta, cristianos míos, la única respuesta que debeis darle, ha de ser renunciar á esa política del propio interés, y abrazar aquella que os enseña el Evangelio. Si quereis mejorar vuestra fortuna y la de vuestra familia, hacedlo en buen hora, que nadie os lo prohíbe; pero sea por los medios que dictan la equidad, la justicia y la buena fe. Que si por estos medios no podeis lograrlo, mas vale contentarse con poco, y conformarse con las disposiciones de la Providencia. Mejor es, dice el Espíritu Santo, poseer poco y con justicia, que poseer mucho y con pecados: *Melius est modicum iusto, super divitias peccatorum multas*². Ateneos á esta política cristiana, y nunca os aparteis de ella, que os aseguro es buena guia para ir al cielo. Amen.

¹ Sap. v, 7. — ² Psalm. xxxv, 16.

DOMINGO QUINTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Una simple mirada que se dé al evangelio de este dia, bastará para conocer que de él pueden sacarse cuando menos tres asuntos muy interesantes por su moralidad, á saber: la ira, el perdon de las injurias, y el carácter de la verdadera virtud. El primero se saca del texto: Ego autem dico vobis, quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio, y se comienza así: «Mucho tiempo habia que los fariseos, alterando la ley del Señor, é interpretándola á su gusto y capricho, pretendian que este precepto: No matarás, se limitaba á la sola prohibición del homicidio. Pero Jesucristo, que como Dios era el mismo legislador, y como hombre era el enviado para declarar el verdadero sentido de la ley, declaró abiertamente que el dicho precepto, no solo prohibia el homicidio, sino todo lo que conduce á él, como son la ira, la imprecacion y el odio: Audistis quia dictum est antiquis: Non occides... Ego autem dico vobis, quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio. Él mismo aseguró que la ira puede ser tal, que merezca sentencia de muerte, y de muerte eterna. ¡Ay, cristianos míos, qué poca atencion se hace en el mundo sobre esta doctrina de Jesucristo! ¿Cuál vicio mas comun que la ira? Pero ¿cuál vicio del que se haga menos caso? Pocas son las personas que hagan grande escrúpulo de los movimientos de ira á que á cada paso se dejan transportar, ni de las imprecacio-

«nes que suelen ser el primer efecto de la ira no comprimida, ni del odio que es el término inmediato á que la ira conduce. «Semejantes á los fariseos, creen que el precepto : No matarás, se ha de entender así materialmente como suena, y que la ira, las imprecaciones y el odio ó no están formalmente prohibidos en él, ó solo lo están como faltas ligeras y de ninguna importancia. Para desvanecer esta preocupacion tan contraria á la doctrina del presente evangelio, vengo á demostraros la gravedad de estos tres pecados, de los cuales tan poco caso acostumbraís hacer.» Tómese ahora el cuerpo de la plática que está en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 154.

Los otros dos asuntos indicados arriba no se encuentran en dicha obra, y por esto los ponemos á continuacion.

Amor de los enemigos.

Vade prius reconciliari fratri tuo. (Matth. v, 24).

Es tanta la resistencia que el precepto de amar á los enemigos encuentra en el corazon humano, y tanta la oposicion que experimenta de parte de un gran número de cristianos, que en habiendo de tocar este asunto, los predicadores mas elocuentes desfallecen, desmayan, vacilan, y como dudosos del buen resultado, en vez de atacar á los refractarios de frente y con energía, acuden no pocas veces á los ruegos y á las súplicas, contentándose de obtener como una gracia, lo que tienen derecho de exigir como una deuda de justicia. ¿Lo creeréis, cristianos? Yo el ínfimo de los predicadores quiero proceder de un modo todo diferente, y vengo á hablaros del amor de los enemigos, no suplicándoos por las entrañas de

Jesucristo que los perdoneis, no ponderándoos el honor y la gloria que os resultará de perdonarlos, no haciéndoos ver los daños temporales que pudiera acarrearos una injusta venganza; sino intimándoos simplemente el precepto de Jesucristo, manifestándoos la estrechísima obligacion que teneis de cumplirlo, hasta que sea precepto suyo, por mas que el cumplirlo repugne á vuestra naturaleza, hiera vuestro amor propio, aje y abata vuestra soberbia y altanería.

¿Y desde cuándo para intimar un precepto de Dios tenemos que atemperarnos á la delicadeza de los oyentes, y examinar antes si les place ó no? Porque á la soberbia humana le repugna amar al enemigo ¿habrémos de proponerle con timidez este gran precepto? ¿habrémos de pedir su cumplimiento como quien pide una limosna? No, no: el Legislador ha hablado, acátese la ley: el precepto es terminante, cúmplase sin remision: Jesucristo ha dicho, que no tiene valor ningun sacrificio por grande que sea, si, acordándose el que lo ofrece de que tiene algun resentimiento contra su hermano, no va primero á reconciliarse con él: *Si offers*, etc., anatema al que no se rinda á esta declaracion. Así que, no espereis, cristianos, que yo me entretenga en proponeros las razones de utilidad y conveniencia que os persuaden el amor de los enemigos: dando por sentado que Jesucristo lo manda, me ocuparé exclusivamente en especificar las obligaciones que impone este mandamiento, rebatiendo de paso los pretextos que comunmente se alegan para eludir el cumplimiento.

El precepto de amar á los enemigos, expreso en diferentes lugares del Evangelio, tiene dos partes: una que mira á los afectos del corazon, y otra que corresponde al comportamiento exterior. En virtud de la primera somos obligados á

quitar de nuestro ánimo todo odio, todo rencor, todo deseo de venganza contra quien nos ofendió; no deseándole ningún mal, antes teniéndole el mismo afecto que le teníamos primero que nos ofendiese. No se nos manda, notadlo bien, que no sintamos en la parte inferior aquellos movimientos de resentimiento y repugnancia que naturalmente despierta la presencia ó la memoria de una persona que nos ha injuriado: lo que se nos manda es, que en la parte superior no demos consentimiento positivo á tales movimientos, antes procuremos ahogarlos y reprimirlos. En consecuencia de esto, no cumplen esta primera parte del precepto aquellos que, habiendo recibido una injuria, sufren, disimulan y callan; no porque la perdonen en su corazón, sino porque hay alguna cosa exterior que los retrae de la venganza, como son el valimiento del ofensor, el temor de la justicia, el respeto á alguna persona autorizada, etc. Así disimulaba Saul el odio que tenía á David, viendo que era muy amado de todo Israel: así disimulaba Esaú el rencor que llevaba á Jacob, temiendo la indignación de su padre, que aun vivía; y así disimulan no pocos cristianos, teniendo comprimido el odio dentro del corazón, no por otro motivo sino porque no les conviene manifestarlo exteriormente, y por medio de obras. Decid que no sea así...

No puede negarse, dicen algunos, que en el fondo del corazón conservamos un cierto odio y rencor contra nuestros ofensores, pero este odio y rencor no se dirigen á las personas, sino al pecado que hicieron injuriándonos. El objeto de mi aversión, dice la suegra, no es la persona de la nuera, sino su genio quisquilloso é insuportable. El blanco de mi odio, dice la nuera, no es la persona de la suegra, sino su carácter áspero é insufrible. La soberbia de aquel rico, dice el artesano; la doblez de aquel artesano, responde el rico; los

chismes de aquella vecina, dice la mujer; las murmuraciones de aquella mujer, contesta la vecina, son los objetos de nuestro justo rencor, no las personas, que perdonamos de buen corazón.— ¡Bien, oyentes míos, bien! esto sí que es saber aborrecer santamente y sin ofender á Dios; esto sí que es tener, como David, un perfecto odio á los iníquos, y cumplir al mismo tiempo la ley santa del Señor: *Iniquos odio habui, et legem tuam dilexi*. Pero ¿quereis decir que lo que aborreceis en el enemigo es precisamente el pecado, y no la persona? Yo temo que estais en grande ilusión. Si es el pecado lo que precisamente aborreceis en el prójimo, ¿por qué este mismo pecado no lo aborreceis en vosotros? ¿por qué tanto celo contra el pecado de quien os ofendió, y tanta indulgencia con el pecado con que vosotros teneis á Dios ofendido? ¿por qué? ¿por qué? Una de dos: ó debeis profesar un grandísimo odio á vuestros pecados, ó debeis confesar que no es tanto el pecado lo que aborreceis en los otros, cuanto el mismo pecador. ¿Qué respondeis á este dilema? ¡Ah! que es tan apremiante, que no deja camino por donde escapar.

Pero sigamos. Así como de la raíz brota la planta, y de la fuente nace el río; así del amor de caridad que, según el precepto de Jesucristo, debemos tener en el corazón por nuestros enemigos, han de brotar y manifestarse fuera ciertas señales exteriores que acrediten y den testimonio de esta misma caridad. Estas señales han de consistir en dos cosas, en no hacer cosa alguna que sea perjudicial al enemigo, y en darle muestras de benevolencia y de paz. Por lo primero estamos obligados á impedir en nosotros todo acto que pueda dañarle en la fama, en la hacienda ó en la vida; teniendo por pecado grave toda palabra y toda acción que pueda perjudicarle injusta y notablemente en alguna de estas tres cosas. Y digo en alguna de estas tres cosas, porque hay algunos que

si bien se guardan de atentar contra la vida y hacienda de su enemigo, no reparan en desgarrarle la fama con mil críticas y murmuraciones. Es cosa curiosa oír cómo se explican. Yo, dicen, soy cristiano, y no trato de volver mal por mal, ni injuria por injuria á quien tantas me ha hecho, pero no puede negarse que sea un hombre vil, infame, sin ley y sin Dios.

—Sobre este texto general se forma luego una larga disertación sobre la vida, hechos y costumbres del ofensor; no dejando circunstancia alguna, por mínima que sea, sin referir y comentar: se repasan escrupulosamente las travesuras de su infancia, se enumeran uno por uno los deslices de su juventud, se traen á colación todos los hechos públicos y secretos de su vida: se sacan á lucir sus padres, sus parientes, sus hermanos, y hasta sus antepasados ya difuntos: se dice lo que hay y lo que no hay, y todo al intento de hacerle objeto de la universal animadversión. Y cuando ya no se sabe qué mas decir, se concluye diciendo: Dios le perdone, así como le perdono yo. ¡Miserables! ¿así es cómo le perdonais? ¡Vaya un modo de perdonarle, rasgar sin piedad su reputación y su fama!

Pero esto, responden algunos, lo hacemos, no por mala voluntad, sino en justa defensa de nuestros derechos, ya que si no lo hiciésemos, nuestro émulo se haría mas atrevido é insolente. Ya que tocais esta especie, escuchad un hecho muy célebre que refiere la Escritura. Lleno de orgullo el rey Nabuco por una insigne victoria conseguida contra Arfaxad, envió embajadores á algunas de las naciones vecinas, haciéndoles entender que deseaba anexionarlas á su corona. Celosas estas de su libertad é independencia, respondieron que se hallaban muy bien del modo que estaban, y que no querían otro soberano que el suyo. Oída esta respuesta, se enfureció el allivo Rey, y por la majestad de su trono juró... ¿qué diríais

juró? ¿que se vengaría? no: juró que se *defendería* de aquellas naciones: *Juravit per thronum, et regnum suum, quòd defenderet se de omnibus regionibus his*'. Pero ¿qué defenderse!... ¿Acaso aquellas naciones intentaban invadir su reino, sitiarse á Nínive y derribarle del trono? Nada de esto: solo querían conservar su independencia, y mantener ilesos los derechos de su libertad; pero él el vengarse de esta justa resistencia lo llamaba defensa: *Juravit... quòd defenderet se*.

Heos aquí una imágen de la mayor parte de las defensas que se ven en el Cristianismo. Si por librarse de las vejaciones de aquel rico recurre un pobre oprimido al asilo comun de la justicia, vedle al punto montado en cólera, y jurar, no que se vengará, sino que se *defenderá* de aquel ultraje: *Juravit... quòd defenderet se*. Si á aquel noble rehusa un mercader entregarle nuevas mercancías hasta que le haya pagado las que le debe, vedle al momento enfurecido, y jurar, no que tomará venganza, sino que se *defenderá* de aquel insulto: *Juravit... quòd defenderet se*. Si á aquel deslenguado se le niega la entrada en casa ó en la conversacion, porque acostumbra mancharlo todo con su hablar indecente y atrevido, vedle al punto bramar de rabia y jurar, no que se vengará, sino que se *defenderá* de aquella afrenta: *Juravit... quòd defenderet se*. Si á aquel libertino le llama el párroco ú otro superior, y le da una correccion alenta y amorosa, vedle luego hecho un Nabuco y jurar, no que se vengará, sino que se *defenderá* de aquel bochorno: *Juravit... quòd defenderet se*. Ahora bien, cristianos, ¿os parece si en estos y otros casos semejantes está bien aplicado el nombre de *defensa*? ¿os parece si debe llamarse *defensa* el atacar á una persona solo por

injurias imaginarias? Pues de este género son muchas de las vuestras.

Mas supongamos que las injurias recibidas son reales y verdaderas: en este caso ¿no será lícita la defensa? Todas las leyes os la permiten, con tal que vaya acompañada de estas tres circunstancias: que la hagais sin odio y sin espíritu de venganza, que la hagais por medios lícitos y que estén prescritos por las mismas leyes, y que la hagais con el único fin de reparar el daño que se os ha hecho, ó de ponerlos á cubierto de nuevas injurias y ultrajes. Que si vuestra defensa la hiciéseis, ó con odio, ó por medios ilegales, ó para tener el bárbaro placer de ver deprimido, mortificado y abatido á quien os injurió, no seria una defensa cristiana, sino una venganza fiera y brutal.

Pasemos ya á tratar de la última parte del precepto evangélico, en virtud de la cual somos obligados á dar al enemigo algunas señales exteriores de la caridad, que he dicho debemos abrigar en el corazón. Estas señales deben ser las mismas que acostumbramos dar á cualquier otro que se halle en igual grado de proximidad respecto de nosotros, es decir, las mismas que damos á nuestros parientes si él es pariente, las mismas que damos á nuestros vecinos si él es vecino, las mismas que damos á nuestros paisanos si él es paisano nuestro. Y si le negásemos estas señales, no estaríamos libres de culpa, sobre todo si él nos las diese por su parte, y manifestase deseos de reconciliarse con nosotros. Sé que esta es la parte mas difícil del precepto, y que dar estas señales de benevolencia al enemigo es lo que mas cuesta al orgullo humano, lo que mas vivamente hiere el amor propio, y lo que mas irrita y exaspera la pasión. Yo perdono al enemigo, se dice, pero tratarle, pero hablarle, esto no. No le tengo ningun odio; pero tampoco quiero mas relaciones con él: no mas tratos, no

mas palabras, ni buenas ni malas.—¿Con qué no mas palabras, ni buenas ni malas? ¿Y no le teneis odio alguno? ¿Cómo se concilian estas dos cosas? La Escritura santa enseña, que el no decir palabra, ni buena ni mala, al enemigo, es indicio de odio, y de un odio muy profundo. Dos años estuvo Absalon sin hablar á su hermano Amnon, á causa del abominable incesto que este habia cometido con Tamar, pasando todo este tiempo sin decirle palabra ni buena ni mala: *Non est locutus Absalom ad Amnon, nec bonum nec malum*¹. ¿Y cuál fue el motivo de tan largo y riguroso silencio? Oidlo del Espíritu Santo: fue el odio profundo que le llevaba: *Oderat enim Absalom Amnon*². ¡Ah! cristianos, si fuese verdad que amáseis sinceramente á quien os ofendió, no dejaríais de manifestárselo con palabras atentas y benévolas, pues estas suelen ser el primer indicio del amor que se profesa á una persona.

No soy de un carácter tan austero, que no reconozca la dificultad que hay en cumplir en todas sus partes el precepto divino sobre el amor de los enemigos; antes confieso y declaro, que amar sinceramente á quien nos injurió, que no hacerle ningun mal ni de palabra ni por obra, que darle muestras de benevolencia y amor, es lo mas arduo y difícil que se puede exigir de la flaqueza humana. Sin embargo, si consideramos con san Agustín, que si por una parte el precepto es penoso, por otra será grande el premio que recibiremos: *Grave præceptum, sed grande præmium*: si reflexionamos que todos tenemos necesidad de que Dios nos perdone, y que él indudablemente nos perdonará, si nosotros por amor suyo perdonamos á nuestro prójimo: *Si enim dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester caelestis delicta vestra*³:

¹ II Reg. XIII, 22. — ² Ibid. — ³ Matth. VI, 14.

si hacemos atencion á que, como dice san Pedro Crisólogo, con solo perdonar generosamente las ofensas, alcanzaremos de Dios lo que apenas pudieron alcanzar otros con muchos años de llanto, ayuno y oracion, ¡ah! entonces este precepto, tan repugnante á nuestra naturaleza, se nos hará dulce y suave; y de buen grado admitiremos á nuestros enemigos á la reconciliacion y á la paz, para que Dios nos admita al cielo. Amen.

La religion de muchos cristianos comparada con la de los fariseos.

Nisi abundaverit justitia vestra plus quàm scribarum, et pharisæorum, non intrabitis in regnum cœlorum. (*Matth. v, 20*).

El Hijo de Dios nos da en el Evangelio una advertencia que nadie debe despreciar, porque versa sobre el punto mas esencial y delicado, cual es el de nuestra salvacion. Dice, pues, que si nuestra religion no es de mejor calidad que la de los escribas y fariseos, no entraremos en el reino de los cielos: *Nisi abundaverit*, etc. ¿Sabeis de qué calidad era la religion de los escribas y fariseos? En primer lugar, era una religion toda exterior y de pura fórmula: ellos la hacian consistir toda en la observancia de ciertas ceremonias legales, de las que eran celosos hasta el ridículo; pero se cuidaban poco ó nada del interior, el cual tenian lleno de perversidad y malicia. En segundo lugar, era una religion impura, que iba acompañada de muchos y muy enormes vicios: ellos eran muy rezadores, ayunadores, austeros y observantes del sábado; pero al mismo tiempo eran avaros, soberbios, envidiosos, crueles, vanos, fautores del crimen y opresores de la virtud. En

tercer lugar, era una religion de humor y capricho: ellos se habian formado un moral á su gusto, teniendo por bueno todo lo que favorecia sus inclinaciones é intereses, por mas que fuese contrario á la ley de Dios.

Esta era, cristianos, la religion de los escribas y fariseos; religion de sola apariencia, religion manchada con grandes y abominables vicios, religion basada sobre máximas las mas absurdas é inúctas. Pues bien, os dice Jesucristo, si la vuestra no es de mejor condicion, no habrá cielo para vosotros: *Nisi abundaverit*, etc.; que es como si dijese: si vuestra religion no nace del interior, si no excluye todo vicio y pecado, si no está en armonía con las santas máximas de mi Evangelio, vuestra condenacion es cierta, infalible, inevitable: *Non intrabitis in regnum cœlorum*. ¡Ay qué sentencia para muchos cristianos de nuestros dias! Hoy dia se ostenta bastante religion, pero en los mas solo es una apariencia exterior, va mezclada con muchos vicios, y está cimentada sobre principios que no son los del Evangelio. De lo que infiero, que es una religion falsa, farisáica, inútil para conseguir el cielo. Quiera Dios que á la exposicion de estas tres verdades abran los ojos los que tienen necesidad de abrirlos.

¡Buena cosa es por cierto, diréis, que los mas de los cristianos del dia solo tengan una religion superficial y aparente! Pues ¡qué! ¿ha habido jamás época alguna en que se viesen mas muestras de religion, y de religion verdadera, que en la actual? ¿Cuándo la palabra de Dios se ha predicado con mas celo, y oído con mas fruto? ¿Cuándo se ha visto tanto confesionario, tanta frecuencia de comuniones, tanta funcion religiosa, tanto libro espiritual, tanta congregacion, tanta cofradía, tanta multitud y diversidad de devociones y prácticas

piadosas? Se presenta un predicador de nombradía, y apenas la noticia de su llegada se ha difundido por el vecindario, cuando se suspenden las ocupaciones mas serias, se dejan los negocios mas urgentes, y todo el mundo, cual si estuviese poseído de una especie de delirio, va, corre, vuela á escuchar la voz del nuevo predicador. Se instala una nueva congregacion, y hé aquí que á vuelta de pocos dias ya cuenta el número de los congregantes por el número de los vecinos, no habiendo persona decente que no esté inscrita en ella. Se publica un nuevo libro espiritual, y ¡cosa particular! á los seis dias de su publicacion ya no hay doncella devota que no lo haya leído, mujer piadosa que no sepa dar razon de él, ni hombre cristiano que no lo hojee en los ratos libres. ¿ Pueden darse pruebas mas convincentes de religion, y de religion verdadera? — En el vuestro concepto tal vez no, pero en el mio sí.

Si esas cosas que me acabais de referir bastasen por sí solas para probar que vuestra religion es muy verdadera y maciza, sería necesario concluir que la de los escribas y fariseos todavía era mas maciza y verdadera que la vuestra, toda vez que en punto de exterioridades ellos os llevaban gran ventaja. ¿Cuál de vosotros reza tanto, ayuna tanto, pasa tantas horas en el templo, como el mas relajado de los escribas y fariseos? ¿Hay alguno entre vosotros que pueda decir, como decia uno de ellos, que por devocion ayuna dos veces la semana? *Jejuno bis in sabbato*¹. ¿Hay alguno que pueda gloriarse, como se gloriaba uno de ellos, de que da la mitad de sus bienes á los pobres, y si defrauda alguna cosa, restituye cuatro veces mas de lo que la tal cosa valia? *Dimidium bonorum meorum do pauperibus: et si quid aliquem defraudavi, reddo quadruplum*². Seguramente que no. Y sin embargo, oid

¹ Luc. XVIII, 12. — ² Ibid. XVIII, 8.

el juicio que de su religion formaba el Salvador. Vosotros, escribas y fariseos, les decia, sois semejantes á los sepulcros primorosamente labrados. ¿Veis un suntuoso sepulcro? ¡Qué bello! ¡qué bien adornado! ¡qué mármoles tan finos! ¡qué inscripciones tan ingeniosas! En lo que toca al exterior, nada falta, nada queda que desear. Pero levantad un poco la losa, ¿qué veis? huasos, gusanos, putrefaccion, horror. Pues así sois vosotros, continuaba el Salvador: por parte de fuera ¡oh! mucha religion, mucha piedad; pero en el corazon, todo perversidad, todo malicia: *Similes estis sepulchris dealbatis*¹. En punto de ayunos, rezos, genuflexiones, exterioridades y ceremonias, nadie os gana, nadie os mete el pié adelante; pero en punto de piedad interior, no sabeis lo que es. Quien os mire por defuera, se enamorará de vosotros; pero quien os conozca de dentro, apartará la vista de asco y horror: *Similes estis sepulchris dealbatis*.

Ved aquí, fieles, lo que son muchos en punto de religion. La perspectiva es bella y hermosa, mas el fondo es feo y abominable: atendiendo á lo que ellos exteriormente practican, mucha fe, mucha religion; examinando su espíritu, nada de virtud, nada de piedad. Mirad á ese hombre en lo exterior, ¿qué veis? Una perspectiva que encanta, un procedimiento que no revela sino religion y virtud. Penetrad en su interior, ¿qué veréis? Una conciencia depravada, un corazon corrompido, una alma muerta y sepultada bajo sus propias pasiones: *Similes estis sepulchris dealbatis*. Observad el comportamiento exterior de esa mujer, ¿qué notais? Devociones, rezos, cofradías, novenas, piedad. Entrad en su espíritu, ¿qué notaréis? Amor propio, orgullo, presuncion, odios, envidias, rencillas. Mirad á esa doncella en lo que aparece al defuera,

¹ Matth. XXIII, 27.

¿qué descubris? Sacramentos, estaciones, libros piadosos, sermones, visitas, virtud. Observad lo que tiene en el corazón, ¿qué descubriréis? Estimacion de sí misma, insubordinacion, apegos, encaprichamientos, amistades, y no de aquellas que se fundan en la caridad: *Similes estis sepulchris dealbatis*. ¿Y no es esto tener una religion de sola apariencia, como los escribas y fariseos?

Aquellos infelices, no solo tenian una religion aparente, que consistia en solas exterioridades, sino una religion impura, que iba acompañada de grandes vicios. Ellos juntaban en sí el bien y el mal, el vicio y la virtud, la piedad y el libertinaje; siendo á un mismo tiempo devotos y ambiciosos, austeros y soberbios, rezadores y crueles, modestos y vengativos, celosos de la ley y transgresores de su espíritu. Con este sistema de religion creian ellos poder contentar á Dios sin contradecir en nada sus inclinaciones, persuadiéndose torpemente que Dios, en atencion al bien que obraban, les disimularia el mal que hacian, y que los admitiria al cielo por algunas virtudes, sin tener en cuenta sus muchos vicios.

¿Y no es este el sistema que han adoptado un gran número de cristianos? Oidlos á ellos mismos, y os convenceréis. Nuestro sistema, dicen, es no ser ni del todo buenos ni del todo malos, sino hacer un poco de todo, un poco de bien y un poco de mal. Tomamos algunos placeres ilícitos, pero practicamos alguna mortificacion: defraudamos lo ajeno, pero damos una que otra limosna: murmuramos del prójimo, pero nos encomendamos á Dios: vamos á reuniones mundanas, pero asistimos á las funciones religiosas. Un poco de todo: un poco de bien y un poco de mal, y vaya lo uno por lo otro. ¿Qué sistema mejor que este? — Para condenarse confieso que es el mejor. Y digo el mejor, porque menos cierta seria vuestra condenacion si solo hiciéseis mal, que obrando un poco de

mal y un poco de bien. Esta proposicion parece absurda, pero en el sentido que la profiero es muy teológica y verdadera. Sentemos principios, y veréis como la demuestro.

Para que se condene un hombre, no es necesario que obre mal en todos los puntos que puede obrarse, basta que lo haga en uno solo. Este principio no es mio, es del apóstol Santiago, quien dice en su carta canónica: Cualquiera que observar toda la ley, pero faltare sustancialmente en un solo precepto, este tal se ha hecho reo de todos los demás: *Quicumque autem totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus*¹. ¡Cómo! diréis, ¿quién peca contra la castidad, por ejemplo, se hace reo de hurto, odio, homicidio, perjurio, blasfemia, etc.? — No se entiende así, sino que la inobservancia de un solo precepto le hace inútil el cumplimiento de todos los restantes, pues será igualmente condenado que si los hubiese violado todos.

La razon de esto es, porque aquel poco de mal que se hace faltando á un solo precepto, destruye y aniquila todo el bien que se practica observando fielmente los otros; sucediendo en esto lo que aconteció con aquella estatua colosal que vió en sueños el soberbio Nabucodonosor. Dicha estatua tenia la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés de barro. Sucedió que, desprendiéndose una piedrecita del monte, vino á dar en el pié de la estatua, y como lo tenia de barro, cayó luego al suelo; y con la caída ¡cosa extraña! el oro, la plata, el bronce y el hierro quedaron pulverizados, y perdiendo su forma, se convirtieron en tierra, porque aquel poco de barro que habia en los piés les comunicó su naturaleza y los hizo de su misma especie: *Tunc contrita sunt pariter ferrum,*

¹ Jac. II, 10.

*testa, aes, argentum, et aurum, et redacta quasi in favillam aestivæ areæ*¹. ¿Entendeis esta figura? Es una viva expresion de lo que sucede al que junta en sí un poco de mal con un mucho de bien, faltando gravemente en un solo precepto y cumpliendo con todos los demás. Aquel hombre es devoto, limosnero, justo, caritativo, observante de las fiestas: héos aquí unos metales bien preciosos, héos aquí mucho de bien. Pero al mismo tiempo es impuro: héos aquí un poco de mal, héos aquí un poco de barro, y este poco de barro comunica su vil condicion á todo aquel bien: *Redacta sunt quasi in favillam aestivæ areæ*. Aquella mujer pasa gran parte de la mañana al pié de los altares, reza, ayuna, recibe Sacramentos: héos aquí mucho de oro y plata, héos aquí mucho bien. Pero al propio tiempo es murmuradora: héos aquí el barro, héos aquí un poco de mal, y este poco de mal envilece y convierte en lodo todo aquel bien que practica: *Redacta sunt quasi in favillam aestivæ areæ*.

¿Quereis ver ahora como estos tales están mas expuestos á condenarse haciendo mucho bien y poco mal, de lo que estarian si obrasen mal en todo? Oídme. Si obrasen mal en todo, seria mas fácil que conociesen su infeliz estado, y que este conocimiento los llevase á una verdadera conversion; cuando ahora haciendo mucho bien y poco mal, confían en el bien que hacen, no les da cuidado el mal que practican, y en lo que menos piensan es en convertirse. Como no son tan libertinos como otros, como notan en sí muchas acciones buenas que no reparan en los demás, como oyen que la gente de bien los aplaude y los canoniza, forman un gran concepto de sí mismos, se coronan con sus propias manos, y ruegan por la conversion de los otros, cuando tienen necesidad de que los otros rueguen por

¹ Dan. II, 35.

la de ellos. De aquí resulta que se hacen incorregibles, y á semejanza de los escribas y fariseos, viven y mueren obstinados. ¿De qué manera vinieron á obstinarse aquellos miserables? Haciendo un poco de todo, practicando un poco de bien y un poco de mal. Tenian vicios, y poseian virtudes: frecuentaban el templo, y estaban llenos de soberbia: ayunaban mucho, y eran grandísimos avaros: pagaban fielmente los diezmos, y no tenian una chispa de caridad. Con este sistema de religion, con esta mezela de bien y de mal, se tenian por grandes santos, cuando no eran otra cosa que unos verdaderos réprobos. Por esto he dicho, que hacer un poco de bien y un poco de mal, es el mejor sistema para condenarse.

En fin, los escribas y fariseos se habian formado un moral á su gusto, teniendo por bueno, no precisamente lo que era conforme á la ley de Dios, sino lo que favorecia su temperamento, sus inclinaciones y sus caprichos. De aquí el practicar con gran cuidado las acciones que les acarreaban nombradía y reputacion, y omitir, ó hacer con negligencia, las que eran bajas ú ocultas: de aquí el entregarse con calor á las virtudes á que eran naturalmente inclinados, y no cuidarse de las que hallaban un poco difíciles ó repugnantes: de aquí, en fin, el poner sobre las espaldas de los otros cargas que apenas se podian llevar, y no querer ellos tocar con la punta del dedo siquiera cualquiera cosa que ofreciese alguna dificultad. Por manera que el poco ó mucho bien que hacian, no lo hacian en obsequio de Dios, y para agradarle; sino en obsequio de su propia voluntad, y para complacerse á sí mismos. Si ayunaban, era para que se les tuviese por hombres austeros y mortificados: si hacian limosna, era para que á son de trompeta se publicase su desprendimiento y generosidad: si se daban á la oracion, escogian para ello las plazas

y los lugares mas públicos, á fin de que la gente exclamase: ¡qué hombres tan fervorosos!

Esta era, fieles, la gran religion de los escribas y fariseos, y esta es tambien, no lo dudeis, la religion de una gran parte de cristianos: religion de conveniencia, de humor y de capricho: religion que consiste en hacer todo lo que se conforma con su genio y temperamento, y omitir todo lo que repugna á su gusto é inclinacion natural. Ese hombre es muy generoso con los pobres, muy pacífico con los enemigos, muy atento y benigno con cuantos le tratan: ¿por qué? Porque la generosidad, la calma y la cortesía son cosas que se acomodan perfectamente con su carácter é inclinacion. Pedidle que sea casto, que santifique las fiestas, que cumpla con los ayunos de la Iglesia, etc.: ya no tendréis hombre, porque la castidad, la religion, la penitencia son cosas que no se acomodan á su gusto. Esa mujer pasa largas horas en el templo, reza tres ó cuatro rosarios cada dia, confiesa y comulga cuando menos cada mes: ¿por qué? Porque así se lo inspira su humor ó antojo. Pedidle que no sea murmuradora, que viva en paz con la vecina, que sufra con paciencia las faltas de la familia, ó el genio del marido, etc.: ya no tendréis mujer, porque esto repugna á su genio altivo y quisquilloso. No es esta, fieles, la religion que agrada á Dios y conduce al cielo, sino aquella que nace del interior, que cumple todos los preceptos, y no hace distincion entre lo que agrada y lo que repugna. Sea tal la vuestra, y vuestro será el cielo. Amen.

DOMINGO SEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

En este domingo la Iglesia nos recuerda el segundo milagro de la multiplicacion de los panes, que obró el Salvador durante su vida evangélica. Dos veces Jesucristo multiplicó milagrosamente el pan para saciar á las turbas: una en el monte Tabor, y cerca el tiempo de la Pascua de los judios; otra en el desierto que confina con el mar de Galilea, y estando próxima la estacion de las mieses. Aquella nos la recuerda la Iglesia en el domingo cuarto de Cuaresma, á fin de dar á los curas ocasion de predicar sobre la comunión pascual de la que fue simbolo y figura: esta nos la trae á la memoria en el domingo presente, para que, en vista del cuidado que el Salvador mostró tener de los pobres, se anime á estos á conformarse con su penosa situacion, y se estimule á los ricos á socorrerlos con largueza.

Muchos son los sermones que podrian sacarse de este segundo milagro de la conversion de los panes, pues cada una de sus circunstancias, que son varias, da pié para un asunto diferente; pero los mas óbvios y naturales, y al mismo tiempo los mas conformes con el espíritu de la Iglesia, son los tres siguientes: los Sacramentos en general, las ventajas de la pobreza, y lo mucho que el ejemplo de los grandes influye en las costumbres públicas.

Cuando se quiera predicar sobre los Sacramentos en general,

y los lugares mas públicos, á fin de que la gente exclamase: ¡qué hombres tan fervorosos!

Esta era, fieles, la gran religion de los escribas y fariseos, y esta es tambien, no lo dudeis, la religion de una gran parte de cristianos: religion de conveniencia, de humor y de capricho: religion que consiste en hacer todo lo que se conforma con su genio y temperamento, y omitir todo lo que repugna á su gusto é inclinacion natural. Ese hombre es muy generoso con los pobres, muy pacífico con los enemigos, muy atento y benigno con cuantos le tratan: ¿por qué? Porque la generosidad, la calma y la cortesía son cosas que se acomodan perfectamente con su carácter é inclinacion. Pedidle que sea casto, que santifique las fiestas, que cumpla con los ayunos de la Iglesia, etc.: ya no tendréis hombre, porque la castidad, la religion, la penitencia son cosas que no se acomodan á su gusto. Esa mujer pasa largas horas en el templo, reza tres ó cuatro rosarios cada dia, confiesa y comulga cuando menos cada mes: ¿por qué? Porque así se lo inspira su humor ó antojo. Pedidle que no sea murmuradora, que viva en paz con la vecina, que sufra con paciencia las faltas de la familia, ó el genio del marido, etc.: ya no tendréis mujer, porque esto repugna á su genio altivo y quisquilloso. No es esta, fieles, la religion que agrada á Dios y conduce al cielo, sino aquella que nace del interior, que cumple todos los preceptos, y no hace distincion entre lo que agrada y lo que repugna. Sea tal la vuestra, y vuestro será el cielo. Amen.

DOMINGO SEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

En este domingo la Iglesia nos recuerda el segundo milagro de la multiplicacion de los panes, que obró el Salvador durante su vida evangélica. Dos veces Jesucristo multiplicó milagrosamente el pan para saciar á las turbas: una en el monte Tabor, y cerca el tiempo de la Pascua de los judios; otra en el desierto que confina con el mar de Galilea, y estando próxima la estacion de las mieses. Aquella nos la recuerda la Iglesia en el domingo cuarto de Cuaresma, á fin de dar á los curas ocasion de predicar sobre la comunión pascual de la que fue simbolo y figura: esta nos la trae á la memoria en el domingo presente, para que, en vista del cuidado que el Salvador mostró tener de los pobres, se anime á estos á conformarse con su penosa situacion, y se estimule á los ricos á socorrerlos con largueza.

Muchos son los sermones que podrian sacarse de este segundo milagro de la conversion de los panes, pues cada una de sus circunstancias, que son varias, da pié para un asunto diferente; pero los mas óbvios y naturales, y al mismo tiempo los mas conformes con el espíritu de la Iglesia, son los tres siguientes: los Sacramentos en general, las ventajas de la pobreza, y lo mucho que el ejemplo de los grandes influye en las costumbres públicas.

Cuando se quiera predicar sobre los Sacramentos en general,

tómese el texto: *Et accipiens septem panes... dabat discipulis suis, ut apponerent; y dése al sermón el exordio siguiente:*

«Viniendo el Salvador de la parte de Tiro y Sidonia, y encaminándose al mar de Galilea, fue tanta la gente que se le juntó, que llegaron á formar el número de cuatro mil personas. Aquella piadosa turba, ávida de escuchar la divina palabra que él predicaba en los diferentes lugares de su tránsito, fué siguiéndole hasta entrar en un gran desierto, donde nada había para comer. Viendo el bondadosísimo Salvador el apuro de aquella pobre gente, llamó aparte á sus discípulos y les dijo: *verdaderamente me dan lástima estos pobrecitos; porque tres días há que me siguen sin tomar alimento; y si los envío en ayunas á sus casas, temo que van á desfallecer en el camino. Señor, respondió uno de ellos, ¿acaso tratáis de alimentarlos á todos? Sabed que son aproximadamente cuatro mil, y que á cuatro mil hombres no se les alimenta así fácilmente, y mucho menos en un desierto. ¿Cuántos panes teneis con vosotros? preguntó el Salvador. Siete, le respondieron. Pues estos bastarán, dijo él con acento tierno y bondadoso. Luego dispuso que toda la gente se sentase en tierra; y tomando él los siete panes, puso en acción su poder creador, es decir, aumentó la cantidad de manera, que bastaron para saciar cumplidamente á todos. Este rasgo de bondad que el Salvador hizo para socorrer la necesidad corporal de aquellos pobres judíos ¿no os despierta la memoria de otro rasgo de bondad todavía mas admirable, que el mismo Salvador ha hecho para ocurrir á las necesidades espirituales de nuestras almas? ¿Quién puede recordar la multiplicación de los siete panes, sin que luego le ocurra la institución de los siete Sacramentos, hecha por Jesucristo para que no desfallezcamos en la vida espiritual? ¿Qué sería de nosotros, si el Salvador no hubiese instituido los siete Sacramentos? ¡Ah! desfalleceríamos en cuanto al alma, y moriríamos*

«espiritualmente de inedia y exinanición. Vosotros tal vez no comprendéis todo el valor de este inestimable beneficio, y cumplé á mi ministerio hacer que lo comprendáis, dándoos de él una minuciosa explicación.» —Tómese en seguida la plática puesta en la pág. 249 del tomo 1.º del Catequista orador.

Los otros dos asuntos indicados arriba son de mas interés de lo que parece á primera vista, por cuanto el uno corta de raíz la codicia, que, segun san Pablo, es el gérmen de todos los males: *Radix enim omnium malorum est cupiditas; y el otro va á cerrar el manantial de donde se derivan todos los males morales que aquejan á la sociedad.*

Ventajas de la pobreza.

Cùm turba multa esset, nec haberent quod manducarent. (Marc. VIII, 1).

Dice hoy el Evangelio que, al pasar Jesucristo de Tiro y Sidonia al mar de Galilea, se le juntaron como unos cuatro mil judíos, y le siguieron sin comer por espacio de tres días, ocupándose únicamente en recoger el pan de la divina palabra que por todas partes iba repartiendo. Pregunto, cristianos: ¿quiénes eran aquellos judíos que tan de corazón se juntaron al Salvador? ¿Eran los escribas? ¿eran los fariseos? ¿eran los ricos, los magnates, los príncipes del pueblo? No, que estos ni se asociaban con Jesucristo, ni escuchaban su voz, ni creían en su doctrina; antes le desdeñaban, le aborrecían, le hacían el blanco de su odio y desprecio. La turba que con tanta abnegación y piedad le seguía, se componía toda de gente vulgar, plebeya, pobre y sencilla, como lo indica claro el Evangelio: *Cùm turba multa esset, nec haberent quod manducarent.*

Segun esto ¿habrémos de decir que Jesucristo solo encuentra secuaces entre el vulgo y la gente pobre? Yo no quiero tocar esta cuestion, que tiene algo de delicada y peligrosa; me contento con solo preguntar: ¿Quiénes son entre nosotros los que muestran alguna piedad, los que dan señales de tener un poco de religion, los que en algun modo se acreditan de secuaces de Jesucristo? ¿Son los ricos? ¿son los grandes? ¿es la gente acomodada? Vosotros, que sabeis quiénes son ordinariamente los que vienen á oír la divina palabra, quiénes los que frecuentan Sacramentos, quiénes los que asisten á las funciones religiosas, quiénes los que se dan á los ejercicios de piedad, y quiénes los que no se avergüenzan de las prácticas cristianas; vosotros digo, que sabeis todo esto, no necesitais de que yo conteste á la pregunta. Lo que sí diré, y lo diré en voz muy alta, es, que si se quiere encontrar algo de fe, algo de cristianismo, algo de religion, algo de virtud, algo de piedad, es menester buscarlo entre la plebe, entre el vulgo, entre la gente pobre y menesterosa.

De esta deplorable verdad infero una proposicion que debe servir de gran consuelo á los pobres, y es, que su situacion es mil veces preferible á la de los ricos; y que mas vale sufrir la desnudez y las privaciones de Lázaro, que vestir la púrpura y tener la mesa espléndida del Epulon del Evangelio. Sé que esta proposicion excitará la risa de los codiciosos, así como excitó la de los fariseos el oír decir á Jesucristo, que los pobres de espíritu son bienaventurados: *Audiebant autem omnia hæc Pharisei, qui erant avari: et deridebant illum*¹; pero rian cuanto quieran, yo no me quedaré sonrojado por esto, antes bien repetiré con Jesucristo, que el ser pobre es una verdadera dicha: *Beati pauperes*. ¿Por qué? Porque la po-

¹ Luc. xvi, 14.

breza lleva tres ventajas inapreciables: en vida quita muchas ocasiones de ofender á Dios, en la muerte ahorra grandes dolores y disgustos, y en la eternidad proporciona grandes premios y recompensas. Paso á las pruebas de estas tres verdades, advirtiéndooos antes, que por pobres no entiendo precisamente los de solemnidad, sino todos los que, siendo de escasa fortuna, apenas tienen lo suficiente para comer y vestir medianamente, satisfacer sus deudas, colocar la familia, etc.

Por muy humilde y apurada que sea la situacion de los pobres de que hablo, deben ellos estar mas contentos, que si viviesen en una deliciosa abundancia; y léjos de prorumpir en quejas y murmuraciones contra la Providencia, como acostumbran, deben bendecir y besar amorosamente la mano que los mortifica y humilla. ¿Por qué? Porque Dios por medio de la pobreza les cierra el ancho camino que conduce á la perdicion, y les abre la senda estrecha que lleva á la vida eterna. ¿Qué favor tan señalado haria á un loco quien le quitase la espada, que en un acto de furor podria sepultar en su seno? ¿Qué beneficio tan insigne haria á un niño inocente quien le impidiese el jugar con un fiero leon, que él creyese ser un animal doméstico é inofensivo? Pues este mismo favor y beneficio hace Dios á aquellos á quienes priva de las riquezas terrenas, pues les quita casi todos los medios de pecar, y los aparta amorosamente de todo aquello que principalmente podria perderlos.

¿Cuántos medios de ofender á Dios, cuántas ocasiones de condenarse tienen las personas ricas y acomodadas! Todo favorece á sus pasiones, todo se brinda á sus inclinaciones y apetitos, y todo conspira á precipitarlas en las mas enormes maldades; porque, como dice el Espíritu Santo, al dinero to-

do le obedece, todo le dobla la rodilla, todo le responde : *Sí. Pecunie obediunt omnia* ¹. No hay apetito, no hay pasión, no hay capricho que no pueda muy fácilmente contentar quien tiene dinero en la mano. ¿Se quieren placeres impuros? Haya dinero, y no faltarán luego mil hermosuras venales que dirán : aquí estamos para servirte : *Pecunie obediunt omnia*. ¿Se quiere tomar injusta venganza de un enemigo? Dése dinero, y no faltarán testigos falsos, fiscales injustos, jueces corrompidos que respondan : Aquí nos tienes á tu disposición : *Pecunie obediunt omnia*. ¿Se quiere satisfacer la voluptuosidad, la codicia, la ambición, la gula, el odio? Haya dinero, y todas estas cosas se nos vendrán por sí mismas á la mano : *Pecunie obediunt omnia*.

Ó pobres, á quienes Dios misericordiosamente ha negado estos fáciles y poderosos medios de hacer mal, bendecid mil veces su misericordia y bondad, y no ceséis de darle humildes gracias. Vosotros, presumiendo tener un corazón insensible á los halagos de las riquezas, acostumbráis decir : ¿Por qué Dios nos ha hecho pobres? ¡Ah! si nos hubiese dado los bienes que ha dado á tal y á tal ricos, sin duda haríamos de ellos un mejor uso. En vez de emplearlos, como ellos, en vicios y locuras, los emplearíamos en aliviar al pobre, en socorrer la viuda, en proteger al huérfano y desamparado. ¡Oh qué contentos serviríamos entonces á Dios! ¡Oh qué puntuales y exactos seríamos entonces en cumplir todos los deberes cristianos! ¡Oh qué alegres iríamos partiendo el tiempo entre hacer limosnas y encomendarnos á Dios, entre consolar enfermos y visitar iglesias!—Vosotros lo creéis así, hermanos míos, pero yo os digo que no os conocéis bien. Si Dios os hubiese dado las riquezas que ha dado á otros, tal vez y

¹ Ecles. x, 19.

aun sin tal vez haríais de ellas el mismo uso que ellos hacen ; y en lugar de emplearlas en obras de misericordia, como ahora suponéis, las emplearíais en fomentar el vicio y el libertinaje.

¿Qué no? escuchad. Si ahora, no obstante vuestra pobreza, no dejáis de seguir en todo lo posible el lujo, la vanidad y los placeres mundanos ; si ahora gastáis en un solo día de fiesta todo lo que con gran fatiga ganáis en una semana entera ; si ahora, en teniendo con que pasar algunos días, abandonáis el trabajo, y os dais al reposo, á la holganza, á las comilonas y borracheras, ¿qué sería si dispusiérais de grandes riquezas? Decidlo : ¿qué sería? ¡Ah! es mas que probable que, como el Epulon del Evangelio, solo pensaríais en comer, beber y vestir bien, sin acordaros de tantos pobres Lázaros que quisieran aprovechar las migajas de vuestra mesa ; es moralmente cierto que, á imitación de aquel rico brutal de quien habla san Lucas, diríais á vuestra propia alma : Ya ves, alma mía, que todo te sobra ; de consiguiente come, bebe, regálate, y no cuides de otra cosa : *Anima, habes multa bona... comede, bibe, epulare* ¹. ¿Y no es una gran ventaja de la pobreza el preservar en vida de estos sentimientos bajos brutales, y de todos los delitos que les son consiguientes? Pero aun tiene otra, que es ahorrar grandes penas y angustias en la muerte.

Yo sé que, atendiendo á la disposición natural del hombre, el morir es amargo ; pero sé tambien que entre el amargor que la proximidad de la muerte causa al rico, y el amargor que causa al pobre, hay gran diferencia, una diferencia inmensa. Esta diferencia la tenemos bien palpada los que por razón de nuestro ministerio debemos estar al lado de los mo-

¹ Luc. xii, 19.

ribundos, sean ricos, sean pobres. Cuando conviene anunciar á los primeros que la vida se les acaba, que la muerte está próxima, que la hora de salir de este mundo va á sonar, ¡oh Dios! ¡qué lance tan apurado es este! Apenas se encuentra quien quiera tomar sobre sí el triste encargo de comunicarles la noticia, porque todos conocen cuán cruel, cuán atroz, cuán insoportable les va á ser. ¡Y qué rodeos, qué circunloquios, qué frases tan misteriosas no conviene buscar, para hacerles entender lo que casi se quisiera que no entendiesen! Y cuando, no obstante lo oscuro y anfibológico de las expresiones, ellos comprenden que se les habla de morir, ¡ay Dios mio! ¡qué sentimiento, qué desconsuelo ordinariamente es el suyo! Como Agag, rey de Amalec, ¡qué! exclaman, ¡qué! ¿yo he de morir? ¿así viene la muerte cruel á separarme de mis haciendas, de mi casa, de mis tesoros? *Siccine separat amara mors* ¹? ¡Ay qué dolor! ¡ay qué pena tener que dejar en un solo momento el bienestar de este mundo!— Este dolor, cristianos, esta pena suelen ser tan grandes, que en los primeros momentos les hacen perder el tino; y el primer trabajo que ordinariamente tenemos es consolarlos, animarlos, hacer que se sujeten á las disposiciones de Dios, y acepten la muerte con conformidad y resignación.

Nada de esto sucede de ordinario con los pobres: á estos les decimos franca y sencillamente que les queda poco tiempo de vida, que se dispongan para morir, y que estén prontos á partir de este mundo. Ningun reparo tenemos en darles esta noticia, porque desde luego conocemos que no ha de serles muy sensible. En efecto, ellos comunmente la reciben con cierta indiferencia é impassibilidad, y aun á veces con marcada satisfaccion y alegría, regocijándose de que Dios venga

¹ I Reg. xv, 32.

al fin á librarlos de las miserias de esta vida, en la que no hallan cosa que no les sea triste y amarga. Así como la golondrina á la entrada del invierno abandona cantando el nido que tiene pegado al techo, porque con su instinto natural conoce que va á librarse de una estación fría y nebulosa, y va á pasar á un clima mas benigno y templado; así los pobres abandonan alegres este mundo miserable, porque saben lo que han sufrido en él, y alimentan la esperanza de que pasarán á una región mas dulce y apacible.

Y en verdad, ¿qué dejan en este mundo que pueda hacerles amarga la salida? ¿Acaso placeres? No, que el mundo no ha tenido para ellos sino hiel y ajeno. ¿Acaso diversiones? No, que ellos estaban acostumbrados á no ver mas que objetos tristes, y á no oír otra cosa que lamentos y suspiros. ¿Por ventura posesiones? No, que apenas tenían algunos piés de tierra agreste, que hacían productiva á fuerza de regarla con el sudor de su frente. ¿Tal vez mueblaje espléndido, ó mesa deliciosa? No, que todo su equipo consistía en cuatro trastos viejos y derrotados, y su alimento ordinario eran unas legumbres mal condimentadas. No dejando, pues, en este mundo cosa alguna que no les fuese amarga y desabrida, ¿cómo consideran ellos la muerte? Como un puerto en su naufragio, como un asilo en sus tribulaciones, como un término de sus penas; y por esto, lejos de perturbarse, dicen á Dios como el santo Elías mientras huía de la impía Jezabel: Basta, Señor, basta de padecer, apresuraos á sacarme de un mundo que solo ha tenido para mí espinas, cruces y amarguras: *Sufficit mihi, Domine, tolle animam meam* ¹.

Que si esta calma y tranquilidad que la pobreza proporciona en la muerte no fuese bastante para induciros á llevar-

¹ III Reg. xix, 4.

la con paciencia y resignacion, oid otra ventaja mucho mas apreciable, cual es, que ella os merecerá en la eternidad grandes premios y recompensas. Y aquí me habeis de permitir que os descubra mi interior. Cuando veo á un pobre que lleva con impaciencia y despecho los males que Dios le envia, me compadezco de él, y digo para mí: Hé aquí un necio, que se affige y se incomoda de su misma felicidad. Si él fuese capaz de descorrer el velo que le oculta el porvenir; si él pudiese conocer los premios que Dios tiene reservados á los pobres de espíritu; si él supiese decirse aquello que el santo Tobías decia á su hijo: Verdad es, hijo mío, que ahora llevamos una vida pobre y atribulada; pero ánimo, que si tememos á Dios, tendremos despues grandes bienes en el cielo: *Pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus si timuerimus Deum*¹: si él, digo, pudiese hacer estas reflexiones, — ¿y quién se lo impide? —; por cuán dichoso se tendria! En vez de quejarse del rigor aparente con que Dios le trata, le bendeciria mil veces por la bondad que usa con él, haciéndole ahora pobre para que despues sea bienaventurado.

Cuando José hijo de Jacob vió que sus hermanos le despojaban, le maltrataban, é iban á venderle á los ismaelitas, ¿qué dolor no tuvo? ¿qué lágrimas no vertió á fin de enternecerlos? ¿qué súplicas, qué ruegos, qué exclamaciones no empleó para conseguir que no ejecutasen tan bárbaro designio? Pero si entonces él hubiese sabido los grandes bienes que de su desgracia le iban á resultar, si hubiese conocido que aquella calamidad iba á encumbrarle en el punto mas alto de la gloria humana, si hubiese previsto que de aquel desastre le provendria el ser primer ministro de Faraon, virey de Egipto, señor de un dilatado imperio, y sobre todo el liber-

¹ Tob. iv, 23.

tador del pueblo hebreo, ¿creeis vosotros que hubiera llorado tanto? ¿pensais que hubiera empleado tantas súplicas, tantas lágrimas, tantos suspiros para librarse de aquella para él dichosa calamidad? No, que hubiera bendecido al cielo por depararle por tan extraño medio una tan gloriosa suerte.

Pero vosotros, pobres, no estais en el caso de José: vosotros sabeis, y lo sabeis por la fe, que son dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados; que son felices los que padecen, porque ellos serán llamados hijos de Dios; que son bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum*. Vosotros sabeis esto, lo creeis, y todos los dias lo estais diciendo: ¿y esto no obstante, os lamentais, y murmurais de Dios porque os ha hecho pobres? Ó no hay desatinos en el mundo, ó este es el mayor de todos. ¡Ah! cristianos, no olvideis que la pobreza es un camino muy bueno para llegar al cielo: no olvideis que Jesucristo prefirió la pobreza á las riquezas, y que, como dice san Pablo, siendo rico por naturaleza, se hizo pobre por eleccion: *Egenus factus est, cum esset dives*¹: no olvideis que el Espíritu Santo asegura que la paciencia de los pobres no perecerá eternamente: *Patientia pauperum non peribit in finem*²; no olvideis, en fin, que la pobreza os quita en esta vida muchas ocasiones de ofender á Dios, os ahorrará en la muerte grandes angustias y quebrantos, y os proporcionará magníficos premios y recompensas en la eternidad. Animados con estas verdades, y sabiendo por otra parte que tanto las riquezas como la pobreza han de durar poco, sufrid con paciencia y alegría la privacion de los bienes terrenos, imitando á los primitivos cristianos, de quienes escribe san Pablo, que sufrían con gozo el

¹ II Cor. viii, 9. — ² Psalm. ix, 19.

despojo de los bienes materiales, porque sabian que les aguardaban otros bienes mas excelentes, y que no perecerán jamás : *Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscetes vos habere meliorem et manentem substantiam*¹. Amen.

Tal es el pueblo cual es la grandeza.

Cum turba multa esset...
(*Marc. VIII, 1*).

Por lo que dice el evangelio de hoy se ve claramente que el pueblo judío no era tan malo como todo eso. Verdaderamente, un pueblo que por oír la voz de Jesucristo abandonaba sus negocios, sus intereses y sus casas; que, atraído de su predicación, se juntaba en número de muchos miles de personas, y le seguía por montes y cerros, sufriendo con resignación ejemplar el hambre, la sed y el cansancio; que por no privarse de su saludable doctrina, se arrastraba, dirélo así, en pos de él, hasta llegar á desfallecer por el camino, rendido del hambre; ya lo veis, cristianos, un pueblo de este carácter no puede decirse que fuese de mala calidad. Lo que le faltó á aquel pueblo fue el buen ejemplo de sus príncipes y magnates. Si estos, en vez de inspirarle desconfianza y odio contra el Salvador, hubiesen sido, como debian, los primeros en creer en él y abrazar su doctrina, tal vez el pueblo judío hubiera sido el pueblo mas religioso del mundo. Verdad es que despues mudó de sentimientos, y que todo el respeto y amor que en un principio mostró á Jesucristo, al último se cambió en desprecio y en odio; pero ¿por qué? porque sus

¹ Hebr. x, 31.

prohombres le extraviaron y le pervirtieron. Ver uno y otro dia que los escribas y fariseos combatian su doctrina, denigraban su persona, y levantaban contra él las mas negras calumnias; oír continuamente que le llamaban blasfemo, sedicioso, endemoniado, enemigo del César y del Estado; ver y oír esto, y verlo y oírlo de aquellos cuya alta posición daba gran peso á sus palabras y ejemplos; ¡oh! esta era una tentación demasiado fuerte para que el pueblo supiese resistirla; y quien tenga algun conocimiento de la flaqueza humana no se admirará de que aquel pueblo, tan dócil y adicto á Jesucristo en un principio, al fin pidiese á gritos su sangre y su muerte.

Grandes que me escuchais, reflexionad bien esto, y pasaos del gran bien y del gran mal que vuestra conducta puede hacer en el pueblo. Vosotros sois en el pueblo cristiano lo que los escribas y fariseos eran en el pueblo de Israel, es decir, los modelos y los reguladores de sus costumbres. El pueblo será siempre lo que seais vosotros: será religioso y pio, si vosotros fuéreis pios y religiosos; será desmoralizado y libertino, si vosotros fuéreis libertinos y desmoralizados. Porque tengo para mí, y confío demostrarlo, que tal es el pueblo cual es la grandeza. Sé, ó grandes, el respeto y miramiento que os debo, pero sé tambien la libertad que me concede mi alto ministerio: lo que quiere decir, que, sin fallaros á la atención que os es debida, os diré con libertad cuanto os convenga saber.

Un juicio muy severo, dice el Señor, tengo preparado á los grandes: usaré de alguna misericordia con los pobres y los pequeños, pero juzgaré con todo rigor y severidad á los poderosos y á los ricos: *Judicium durissimum his, qui præsunt, fiet. Exiguo enim conceditur misericordia. potentes autem po-*

*tenter tormenta patientur*¹. ¿Por qué una tal diferencia? ¿por qué misericordia para los pequeños, y rigor para los grandes? ¿Será porque Dios mire á los grandes con cierta prevenicion? ¿será porque la grandeza sea para él un título odioso y detestable? No, cristianos: *Pusillum et magnum ipse fecit, et æqualiter cura est illi de omnibus*²: él es el autor de todos los estados: él ha criado al grande y al pequeño, así como ha criado los grandes cedros que coronan el Líbano y el humilde hisopo que vegeta en el profundo valle: él cuida del grande igualmente que del pequeño, así como cuida del luminoso astro que gira por el cielo igualmente que del miserable reptil que se arrastra por el polvo: *Pusillum et magnum ipse fecit, et æqualiter cura est illi de omnibus*. Pues si para Dios tanto es el rico como el pobre, lo mismo el grande que el pequeño, ¿por qué asegura que juzgará á aquellos con mas rigor? Porque sus pecados son de mas consecuencia, puesto que, vistos por el público, este se siente como arrastrado á imitarlos.

Sí, hombres ricos y poderosos, vosotros sois como aquellos espectáculos públicos que, llamando la atencion y excitando la curiosidad del vulgo, tienen fijas sobre sí sus miradas continuas: sois como aquella ciudad edificada sobre un monte muy alto, la cual, como dice Jesucristo, no puede estar oculta, porque su misma posición la descubre: *Non potest civitas abscondi supra montem posita*: sois como aquellas antorchas colocadas sobre altos candelabros, cuya misma luz las pone de manifiesto. Quiero decir, que vuestra conducta, por el alto puesto que ocupáis, está á la vista de todo el pueblo; que vuestras acciones, así las buenas como las malas, así las grandes como las pequeñas, llaman mucho la atencion

¹ Sap. vi, 7. — ² Ibid. 8.

del vulgo, pasan de boca en boca, y se habla de ellas en las calles, en las casas y en el secreto de las familias; que nada hay privado en vuestra vida, ó, por mejor decirlo, que vosotros no teneis vida privada, porque todos vuestros procedimientos, aun los mas secretos, pasan al dominio público, haciéndose notorios á todo el mundo.

¡Oh qué posición tan excelente la vuestra para contribuir á que el pueblo sea moralizado y religioso! Sin que trate de adularos, me permitiré decir que mas puede hacer por la moralidad pública uno solo de vosotros, que cien personas del vulgo, por muy ejemplares que se las quiera suponer. Ellas podrán ser muy buenas en sí, pero poco ó nada podrán hacer para que los otros lo sean; porque su posición baja y oscura hace que sus ejemplos no brillan, que sus virtudes no resaltan, que sus buenas obras apenas llaman la atención de nadie. Su piedad, por muy grande que sea, solo brilla dentro la limitada esfera de su familia, y rarisimas veces el resplandor sale fuera del umbral de su propia casa. Pero por lo que toca á vosotros, si sois buenos y ejemplares, no lo sois para vosotros solos, sino que contribuís á que otros muchos lo sean; porque la alta posición que teneis en la sociedad da á vuestros ejemplos un lustre, un peso, una autoridad, que casi necesariamente inducen á la imitación.

Mirad lo que sucedió con el pueblo de Israel. Necesitando Moisés gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas para la construcción del tabernáculo, invitó las doce tribus á hacer un acto de desprendimiento y generosidad, diciendo pero simplemente que cada uno ofreciese al Señor aquella prenda que le dictase su particular devoción. Afortunadamente en aquel entonces los grandes y ricos de Israel eran muy religiosos y pios, y acudiendo los primeros al llamamiento de Moisés, entregaron las piedras mas preciosas que tenían, jun-

to con gran cantidad de aromas y aceite : *Principes verò obtulerunt lapides onychinos, et gemmas... aromataque et oleum*¹.

¿Lo creeréis, señores míos? No bien la plebe supo este acto de desprendimiento de sus príncipes, cuando corrió á ofrecer dones en tanta abundancia, que Moisés se vió precisado á moderar su generosidad, y á poner tasa á sus larguezas : *Cuncti filii Israel voluntaria Domino dedicaverunt*².

No lo dudeis, hombres ricos y poderosos, el pueblo tiene ahora el mismo instinto que tenia en tiempo de Moisés, y el ejemplo de sus prohombres le hace ahora la misma impresion que le hacia entonces. Vea el pueblo que vosotros sois los primeros en honrar á Dios, en cumplir los preceptos de la Iglesia, en huir los vicios, en condenar los escándalos ; y yo os aseguro que no tardará en imitaros. Esos espectáculos públicos y peligrosos quedarán para él desacreditados, desde el dia que vosotros no los autoriceis con vuestra presencia : esas modas ruinosas serán proscritas, desde el momento que vosotros las renunciéis : ese hablar irreligioso é indecente desaparecerá por completo, tan pronto como vosotros lo desterreis de vuestra boca : ese espíritu de indiferencia, de incredulidad y libertinaje dejará de ser de moda, desde el instante que se os vea cristianos mas decididos, creyentes mas fervorosos, hombres de mas religion y piedad. En fin, la fe, la piedad, la justicia, la moralidad, y todas las virtudes cristianas recobrarán sus derechos, tan pronto como vosotros las protejais con vuestra autoridad, y las enseñeis con el ejemplo.

Y si quereis saber la razon de todo esto, os la daré. El pueblo, aunque puesto en una esfera bastante humilde y oscura, no deja de tener algo de presuncion, de vanidad y de orgullo ; y esta presuncion, y esta vanidad, y este orgullo

¹ Exod. xxxv, 27, 28. — ² Ibid. 29.

consisten en querer ser como vosotros en alguna cosa, ya que no pueda serlo en todo. Él ve que no puede igualaros en riquezas, en autoridad, en representacion : ¿qué hace? Procura imitaros en lo que puede, se esfuerza en ser semejante á vosotros en todo aquello que le permite la desigualdad de fortuna y condicion. ¿Inventais vosotros una moda? hé aquí que luego el pueblo la adopta. ¿Aumentais vuestro lujo? ahí está el pueblo que tambien aumenta el suyo. ¿Os dais á este ó aquel placer? ya viene el pueblo corriendo á saborearse tambien en él. Es que, como acabo de deciros, el pueblo mira como una cosa que halaga su vanidad el seguir vuestras huellas, y marchar sobre vuestros ejemplos en todo lo que permite su posicion. Y como su posicion, cualquiera que sea, no le impide imitaros en el bien y en el mal, de ahí es que, si vosotros sois buenos, religiosos y pios ; el pueblo es pio, religioso y bueno : y si vosotros sois desmoralizados, impíos y libertinos ; el pueblo es impío, libertino y sin moralidad.

Segun esto ¿habrémos de decir que la conducta de los grandes y de los ricos es el termómetro de la moralidad pública, y que á ellos debe atribuirse principalmente esa general corrupcion de costumbres que afrenta nuestro siglo, y le hará pasar por siglo ignominioso ante las generaciones venideras? Señores, os he prometido hablar de vosotros con decoro, y no trato de faltar á mi palabra ; pero no por esto dejaré de decir que si el pueblo viese buenos ejemplos donde debería verlos, no seria tan malo como es ; y si no viese el escándalo entronizado donde debería ver asentada la virtud, seria mucho mejor de lo que es. El pueblo español no es de mala condicion : así como ningun otro pueblo le gana en honradez, cordura, hidalguía, inteligencia y valor ; así tampoco ningun otro le aventaja en bondad, en fe, en religion y en catolicismo. Lo

que le falta á este pueblo, la única cosa que le falta es, tener buenos ejemplos á la vista, y hallar excelentes modelos que imitar. Désele esto, proporciónesele esto, y, lo digo con noble orgullo, el pueblo español será el mejor pueblo del mundo.

Ó ricos, ó nobles : vosotros podeis, vosotros debeis dar á este pueblo lo que tanto le falta, y tanto necesita : en vuestra mano está hacer de él un pueblo grande por su virtud, ilustre por su piedad, esclarecido por su religion. Este pueblo fija la mirada en vosotros, os reputa por modelos de cultura é ilustracion, y está pronto á marchar por el camino que con vuestros ejemplos le traceis. ¡Oh qué ocasion tan bella se os presenta para satisfacer vuestra noble ambicion! Vosotros aspirais á ser grandes y á immortalizar vuestros nombres, haciéndolos pasar con gloria de una á otra generacion. Vuestras aspiraciones van á quedar cumplidamente satisfechas, si, aprovechando la buena disposicion en que se halla el pueblo con respecto á vosotros, sabeis levantarlo á un alto grado de virtud y moralidad. Entonces, no solo apareceréis grandes á los ojos de la generacion presente, sino que vuestros nombres se pronunciarán con respeto y honor en las edades venideras. Vosotros moriréis, pero no morirá vuestra fama : vosotros bajaréis á la tumba, pero no bajarán á ella vuestras virtudes, sino que vivirán por muchos siglos en la memoria de los hombres, y serán religiosamente conservadas por la fiel tradicion. Y la Religion, sí, la Religion, agradecida por el bien que le habréis hecho, grabará en vuestra tumba aquel hermosísimo epitafio del Eclesiástico : Aquí yacen unos hombres que, habiendo sido tan ilustres por sus virtudes como por sus títulos y riquezas, consiguieron gran gloria en el siglo que vivieron. Sus cuerpos están sepultados en paz, y sus nom-

bres vivirán eternamente : *Homines divites in virtute... in generationibus gentis suæ gloriam adepti sunt. Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et nomen eorum vivit in generationem et generationem*¹. Amen.

¹ Eccli. XLIV, 6, 7, 14.

DOMINGO SÉPTIMO DESPUES

DE PENTECOSTES.

El evangelio de este día contiene los últimos periodos del admirable sermón que Jesucristo predicó sobre el monte. Despues de haber dado en él documentos muy saludables sobre la oración, limosna, ayuno, amor del prójimo y perdon de las injurias, concluyó con estas palabras: Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego. De estas palabras sacaremos dos asuntos que, tanto por su novedad como por su doctrina, pueden ser de grande efecto, y son: el uno sobre la dirección de las obras á Dios, y el otro sobre los motivos por que Dios difiere á veces el castigo de los pecadores. Hélos aquí:

Dirección de las obras á Dios.

Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. (Matth. vii, 19).

Que el árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego, es decir, que el cristiano que no hace obras buenas, será borrado del número de los elegidos, y servirá de pábulo á las llamas eternas, cosa es tan clara y sabida, que no hay cristiano que la ignore. Lo que ignoran muchos, y tal vez muchos de entre vosotros, es lo que se requiere para que las obras sean buenas, y nos libren de esta desgraciada suer-

te. Las obras morales, fieles mios, son como los frutos: así como hay frutos que son muy bellos y agradables á la vista, pero no tienen ninguna sustancia ni sabor; así hay obras que son muy buenas en la apariencia, pero en el fondo no tienen ningun valor ni bondad.

Para que una obra moral pueda llamarse buena, no basta que lo sea en general y considerada en su especie; es menester que se le dé una bondad individual y práctica, animándola con una recta intencion, haciéndola con un fin honesto, dirigiéndola á mayor honra y gloria de Dios. Haced todas las obras buenas que querais: rezad, ayunad, dad limosna, frecuentad Sacramentos, practicad penitencias: si esto no lo dirigís á Dios; antes bien al hacerlo os proponéis algun fin humano y torcido, podrá parecer muy bueno á los hombres, que solo ven el exterior; pero no lo parecerá á Dios, que escudriña el corazon y penetra las intenciones. ¡Oh qué teología tan necesaria de saberse es esta! ¡Cuánto bien se pierde por no dirigirse á Dios! ¡cuántas obras, muy santas en sí, se convierten en pecados, por no estar animadas de un fin recto y de una sana intencion! Yo, pues, vengo á ocuparme de esta dirección de todas nuestras obras á Dios, haciéndoos ver que es necesaria, que es útil, y que es fácil.

Para demostrar que tenéis obligacion de dirigir todas vuestras obras á Dios, y probarlo con un argumento muy sencillo, pero que no admita contestacion ni réplica, necesito saber antes si me concedéis esta proposicion.— Todos nuestros sentidos y potencias las hemos recibido de Dios, y Dios es su legítimo Señor y Dueño.— ¿Me la concedéis? Pues oid cómo discurro. Si Dios es el legítimo Dueño de nuestros sentidos y potencias, lo es tambien de todos los actos que ellos produ-

cen, porque es un principio inconcuso del Derecho, que el dueño de una cosa es señor y dueño de todo lo que de ella nace. ¿De quién es la yerba que crece en el campo? ¿No es del amo del campo mismo? ¿A quién pertenece el corderillo que nace de la oveja? ¿No pertenece al dueño de la misma oveja? Pues ¿á quién pertenecerán todos los pensamientos, palabras y acciones que producen nuestras potencias? A Dios, que ha sido su autor, y es su legítimo dueño. Y advertid que, así como el que se apropia una cosa contra la voluntad de su legítimo señor comete un latrocinio; del mismo modo quien no dirige á Dios todo cuanto piensa, dice y hace, es reo de hurto y de injusticia.

En una sola suposicion podria no ser robo el no dirigir á Dios algun pensamiento, palabra ú obra; y seria cuando él, despojándose de sus derechos, consintiese en que la consagrásemos, ó bien á nosotros mismos, ó á alguna criatura. Pero ¿puede hacerse una tal suposicion? No, porque él mismo nos ha declarado que lo quiere todo para sí, y que no consiente en que demos cosa alguna á otro. Amarás á tu Señor Dios, nos ha dicho, y le amarás con todo el corazon, con toda el alma, y con todas las fuerzas: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua*¹.

¿Y cómo podrá cumplirse este precepto, que es el máximo de todos los preceptos, si en el obrar nos proponemos otro fin que Dios? ¿Se ama á Dios con todo el corazon, cuando no se consagran á él todos sus afectos? ¿Se ama á Dios con toda el alma, cuando ella se reserva algun acto, y lo dedica á alguna criatura contra el orden de la caridad que el mismo Dios ha establecido? ¿Se ama á Dios con todas las fuerzas, cuando se le excluye positivamente de una sola accion? No,

¹ Matth. xxii, 37.

y por esto enseña santo Tomás que no puede observarse fielmente el precepto de amar á Dios, sin dirigir á él todas las obras: *Præceptum charitatis impleri non potest, nisi etiam omnia referantur in Deum*¹.

La bondad de nuestras acciones depende esencialmente del fin con que las hacemos, por manera que por muy santa que sea una accion, si no la hacemos con un fin recto, queda inútil y manchada. Muy frondosa y lozana era la hiedra bajo cuya sombra se puso á dormir el profeta Jonás; pero porque un pequeño gusano, disponiéndolo así Dios, vino á clavar el diente á su tronco, hé aquí que en un instante desapareció toda la lozanía y el verdor, y quedó seca y marchita: *Et paravit Deus vermem... et percussit hederam, et exaruit*². Lo que hace el gusano á una frondosa planta, es lo que hace un mal fin á una accion muy honesta y hermosa; pues la transforma de tal modo, que viene á ser odiosa al mismo Dios. Porque, notad bien esto, mas agradece Dios una intencion recta sin la obra, que una grande obra sin la recta intencion.

¿Y qué mucho que Dios abomine las buenas obras hechas por mal fin, cuando el mismo mundo, tan ciego y malo como es, las desprecia y las detesta? Yo observo que en el mundo se juzga siempre de la bondad ó malicia de una accion, por el fin bueno ó malo que en ella se descubre ó se supone. Sea un hombre muy dado á hacer limosna: si el mundo sospecha que la hace por vanidad, ya no le llama misericordioso, sino soberbio y vano. Sea un hombre que se consagre todo al bien público: si da motivo para suponer que lleva la intencion secreta de hacerse rico ó adquirir fama, ya no se le tiene por hombre caballero y generoso, sino por hombre ambicioso y avaro. Vosotros mismos, cristianos, ¿haceis gran caso de los

¹ D. Thom. 1, 2, art. 10, ad 2. — ² Jon. iv, 7.

cumplimientos que os hacen ciertos prójimos, de las alabanzas que os dan, de los regalos que os ofrecen? No, porque en ello descubris un fin oculto y una intencion siniestra. Haced como hizo Job con aquellos amigos impertinentes que fueron á consolarle en su desgracia. ¡Qué cosas tan hermosas le dijeron! ¡qué bellas máximas le enseñaron! Uno le decia, que era necesario sujetarse á las disposiciones de Dios: otro, que los males son medios ordenados á nuestra salvacion: otro, que son una purificacion del alma: otro, en fin, que el mejor remedio en las desgracias es la paciencia. Pero á pesar de tan sábias y piadosas amonestaciones, Job no se dió por satisfecho de sus amigos, antes les llamó amigos molestos é insoportables. ¿Y por qué? Porque en todas sus palabras descubria un fin siniestro. Temian ellos que aquel hombre atribulado, que acababa de perder todo cuanto poseia, les pidiese alguna cosa; y por esto se esforzaban en persuadirle que tuviese paciencia, que llevase con ánimo la pobreza, que se conformase con su desnudez; todo al intento de no tener ellos que subvenirle con nada. Y que este fuese el fin malicioso de sus santos consejos, bien se lo declaró el mismo Job cuando les dijo: ¿Y cuando os he pedido yo alguna cosa? Sosegaos, no temais; que yo en medio de mi pobreza nada os pido, y nada quiero de vosotros: *Numquid dixi: afferte mihi, et de substantia vestra donate mihi?* Ahora bien, cristianos, si los mismos hombres estiman en nada las acciones buenas que no procedan de un recto fin, ¿podrá estimarlas en algo aquel Dios que penetra los corazones, y mas atiende á la intencion con que se hace una cosa que á la cosa misma?

Pero parece cosa dura, pensaréis vosotros, que Dios lo quiera todo para sí, sin consentir que se forme un solo pen-

¹ Job, vi, 22.

samiento, ni se diga una sola palabra, ni se haga una sola accion que no sea dirigida á su mayor gloria. Parece que en esto es demasiado exigente.—¡Ah! fieles, tan léjos está Dios de mostrarse en esto sobradamente exigente, que se manifiesta sumamente liberal y generoso. Verdad es que él quiere ser el fin de todos nuestros pensamientos, palabras y obras; pero, contento con la sola gloria exterior que de ellos le resulta, nos cede generosamente á nosotros mismos toda la utilidad, todo el mérito y todo el premio. ¿Y sabeis qué premio tiene él preparado á cada una de las acciones que hacemos en gracia, y con el fin de que contribuyan á su gloria? ¡todo un cielo!

Y cuenta que este gran premio lo merecemos, no solo con las acciones grandes y difíciles, sino tambien con las mas comunes y triviales, con tal que, como he dicho, las hagamos por Dios. Porque él juzga del valor de las cosas, no tanto por lo que son en sí, cuanto por el buen fin con que se hacen. Mas valor tiene delante de él una pequeña limosna dada por amor suyo, que el distribuir toda la hacienda á los pobres por otro fin. Mas merece un simple cristiano diciendo tres palabras de edificacion para gloria suya, que el mas famoso misionero predicando muchos y excelentes sermones con otro intento. Mas meritorio es rechazar por amor suyo un pensamiento impuro, que observar perpétua virginidad por otro motivo. Parece imposible que la recta intencion pueda comunicar tanto mérito á las obras pequeñas, pero es realmente así. ¿Qué puso la viuda del Evangelio en el gazofilacio del templo? un solo dinerillo. Sin embargo, como lo puso con la intencion de honrar á Dios, Jesucristo la elogió sobre cuantos ponian en él cuantiosas sumas. ¿Qué dejaron los Apóstoles por seguir á Jesucristo? una miserable barquilla. Con todo, como la dejaron con la mas pura intencion, el Salvador les aseguró que en cambio recibirian el cielo.

Sigamos, y descubriremos otras utilidades del santo uso de dirigir las obras á Dios. No solo esta santa práctica hace dignas del cielo nuestras acciones menudas y triviales, sino que santifica y hace merecedoras del mismo premio aquellas funciones bajas y groseras que nos son comunes con las bestias. Come un cristiano, y come para gloria de Dios: bebe, y bebe en honor suyo: respira, y respira con el intento de agradarle. ¿Lo creeréis? Este cristiano, comiendo, bebiendo y respirando, adquiere un mérito que será menester todo un cielo para recompensarlo dignamente. Si me preguntais cómo puede ser que unos actos tan viles y materiales sean de tanto valor delante de Dios, que quiera premiarlos con todo un cielo, yo os preguntaré á mi vez: ¿cómo puede ser que un mármol que yacía olvidado en el lodo adquiriera tanta estima que venga á ser colocado en el museo de un príncipe? Es, me diréis, porque una mano hábil lo ha labrado, y ha formado de él una bellísima estatua. Pues la misma respuesta os doy yo: los actos animales son meritorios para el cielo, porque la buena intencion los saca de su condicion vil y grosera, los levanta á un orden sobrenatural, y los hace santos y meritorios.

Conozco que esto os admira; pero escuchad, y oiréis cosas que todavía os admirarán mas. A favor de la recta intencion podemos dar gloria á Dios y merecer el cielo, no solo con las acciones que hacemos despiertos y en plena vigilia, sino tambien con las que hacemos dormidos y estando sepultados en el mas profundo sueño. ¿Que no lo creéis? Suponed que hubiese un hombre tan perdido é impío, que al tiempo de ponerse á dormir dijese en su interior: Formo intencion y quiero que todos los movimientos que haré esta noche, que todas las palpitations de mi corazon y todas las pulsaciones de mis arterias sean otras tantas ofensas de Dios: ¿no es verdad que

esta intencion perversa y diabólica las haria tales, y que este desgraciado durmiendo cometeria un sinnúmero de pecados gravísimos? Pues por la razon de contrarios, un cristiano que antes de cerrar los ojos al tiempo de acostarse, diga con el pensamiento: Quiero y formo intencion que todos los movimientos que haré durante el sueño, que todas las palpitations de mi corazon, todas las pulsaciones de mis arterias, todas las respiraciones de mis pulmones, y hasta los fantasmas extravagantes que forme mi imaginacion, sean dirigidos á la gloria de Dios: no hay duda alguna que esta intencion santa santifica todos estos actos; y que el tal cristiano durmiendo honra á Dios, y adquiere grandes méritos para el cielo. ¿Y no fue en sueños que Salomon pidió á Dios el don sublime de la sabiduría, y lo alcanzó? ¿No era durmiendo que la esposa de los Cantares hacia funcionar su corazon como si estuviese despierta, reproduciendo en sueños los actos de amor de Dios que acostumbraba hacer durante el dia? *Ego dormio, et cor meum vigilat*¹.

En vista de esto ¿habrá quien no reconozca la grandísima utilidad que lleva la piadosa práctica de referir todas las obras á Dios? ¿Habrá quien quiera privarse de los grandes méritos que puede acumular de dia y de noche, velando y soñando, trabajando y comiendo, por no poner en uso esta santa práctica? Pero ¿cómo será posible, diréis vosotros, tener siempre fijo el pensamiento en Dios, para enderezar á su gloria todos y cada uno de los actos de nuestra vida?—Conozco, cristianos, todo el peso de la dificultad, y por esto, despues de haberos demostrado que la direccion de todas las obras á Dios es necesaria y útil, pasaré ahora á haceros ver que es una cosa sumamente fácil.

¹ Cant. v, 2.

Sé que una continua y siempre actual elevacion de nuestro espíritu á Dios no es posible mientras vivamos en este mundo ; así como no es posible dirigir actualmente á él todas las acciones que hacemos, como enseña el angélico Doctor : *Omnia actu referre in Deum non est possibile in hac vita, sicut non est possibile quòd semper cogitetur de Deo*. Pero si no es posible, tampoco es necesario ; pues hay una direccion que los teólogos llaman virtual, la cual basta para que todo cuanto se hace vaya encaminado á Dios, aunque no siempre se esté pensando en él. ¿Por ventura cuando vais de camino estáis siempre pensando en el término de vuestro viaje? No, que os distraeis muchísimas veces, ora hablando con una persona, ora admirando la belleza de la campiña, ora entrando en una posada, etc. ¿Y dejais por esto de marchar hácia el punto que os propusisteis al salir de casa? No, porque, á pesar de estas distracciones, continúa virtualmente en vosotros aquella primera resolucion que formásteis cuando os pusisteis en camino. Pues aquí teneis nuestro caso. Nuestra vida no es otra cosa que un continuo viaje : nuestro término es el cielo, nuestro fin es Dios. Para marchar hácia este término y este fin, no es menester que á cada paso que damos levantemos la mente á Dios, y la tengamos fija en él de una manera inmoble y extática ; basta que nuestro espíritu conserve su primera direccion hácia el Criador, no retractándola, ó con un acto expreso de la voluntad, ó con la adherencia viciosa á alguna criatura. En lo restante podemos aplicarnos á todas las incumbencias de la vida, á todos los actos de nuestra profesion, á todas las necesidades de nuestro cuerpo, sin que esto impida el que todo vaya dirigido á Dios.

Si quereis saber ahora en qué ocasiones debe un cristiano renovar la intencion de hacerlo todo por Dios, os lo explicaré con un ejemplo natural. ¿Habeis parado alguna vez la aten-

cion en aquella misteriosa flor vulgarmente llamada girasol? Como si estuviese enamorada del hermoso astro que le ha dado el nombre, tiene siempre vuelta la cara hácia él, siguiendo constantemente su curso. ¿Está el sol en el Oriente? Allá tiene vuelta ella la cara. ¿Sube el sol algunos grados sobre el horizonte? Ella levanta tambien la cabeza para mirarle. ¿Declina el sol al Ocaso? Ella inclina tambien la cabeza por no perderle de vista. ¿Se hunde el sol en el hemisferio inferior? Hé aquí que ella, como si quisiese llorar la ausencia de su astro amado, inclina tristemente la cabeza hácia la tierra, encoge las hojas que forman su elegante corona, y se está toda la noche como inclusa y sepultada en sí misma. Pero ¿qué? no bien despunta otra vez el sol en la parte de Oriente, cuando ella, cobrando nuevo vigor y nueva vida, se vuelve graciosamente á él, y ya no deja de contemplar su hermosura hasta que de nuevo vuelve á ponerse.

Aquí teneis, fieles, una bellísima imágen de lo que debe hacer un buen cristiano. Como el girasol, debe seguir siempre al eterno Sol de justicia, con la intencion, virtual á lo menos, de agradarle en todos sus actos ; pero al comenzar el dia, al dar principio al curso de sus operaciones diarias, debe renovar la intencion de hacer por Dios todo cuanto hiciere hasta la noche siguiente. Y si durante el dia levantase algunas veces el pensamiento y el corazon á él, renovando la santa intencion formada por la mañana, ¡ah! ¿quién sabrá decirme el nuevo mérito y valor que adquiririan todas sus obras?

Fieles míos muy amados, os suplico que no tengais esta plática por demasiado mística ó espiritual, y solo buena para predicarse á monjas. La doctrina que en ella os he enseñado, no solo es necesaria á los que profesan perfeccion, sino á todos los cristianos en general ; pues ella descubre el im-

portante secreto de hacer meritorias nuestras obras. No olvideis que todo lo que se hace por Dios, aunque en sí sea pequeño, vale mucho; y todo lo que no se hace por él, aunque en sí sea grande, no vale nada. Por otra parte, hacerlo todo por Dios es la cosa mas fácil, pues para ello no se requiere mas que un simple acto de la voluntad, ó sea la simple intencion. ¿Qué de méritos no habréis adquirido al fin de la vida, si sabeis adoptar la santa práctica de dirigir todas vuestras obras á Dios! Entonces veréis que no hay pensamiento, palabra ni accion que no sea magníficamente recompensada en el cielo. Amen.

¿Por qué Dios difiere á veces el castigo del pecador?

Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. (*Matth. vii, 19*).

Todo árbol, dice Jesucristo en el presente evangelio, que no da buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego. Esta expresion metafórica no quiere significar otra cosa sino que todo pecador será separado del cuerpo de los elegidos, y servirá de leña á las llamas voraces del infierno. Al oír este espantoso trueno, salido de la boca del Salvador, no parece sino que luego ha de estallar el rayo, es decir, que lo mismo ha de ser pecar un hombre que enviarle Dios el castigo; pero no siempre sucede así. Dios difiere no pocas veces el castigarle, y aun permite que vaya prosperando en este mundo. A nosotros se nos figura que lo mejor seria que Dios le exterminase pronto, dándole un castigo ejemplar y severo; pero Dios, que lo entiende mejor que nosotros, le deja vivir difi-

riendo su castigo de dia en dia. ¿Sabeis por qué? Para hacer brillar con esta dilacion tres de sus principales atributos, cuales son: la sabiduría, la misericordia y la justicia.

Porque, en efecto, difiriendo Dios el castigo del pecador, manifiesta una sabiduría muy profunda, una misericordia muy grande, y una justicia muy severa. Manifiesta una sabiduría muy profunda, porque de esta dilacion sabe sacar grandes é inestimables bienes: manifiesta una misericordia muy grande, porque con esta dilacion concede al pecador tiempo y oportunidad para convertirse: manifiesta una justicia muy severa, porque con esta dilacion le prepara un castigo mas espantoso y terrible. Pasemos á las pruebas de estas tres verdades, cuyo conocimiento no podrá menos que despertar en nosotros sentimientos de admiracion, de temor y de reconocimiento.

San Agustin se admiraba en un principio de que, siendo Dios infinitamente sábio y poderoso, tolerase el mal en este mundo; pero despues que hubo examinado con mas detenimiento este punto de teología, confesó que la sabiduría de Dios en nada resplandece mas que en esta tolerancia, porque descubrió que de ella sabe sacar grandes y muy apreciables bienes: *Deus*, dice el Santo, *nullo modo sineret malum in operibus suis, nisi esset adeo omnipotens, ut beneficeret etiam de malo*¹. Nosotros nos admiramos tambien de que, siendo Dios infinitamente santo, tolere al pecador y vaya difiriendo su castigo; pero si examinamos bien este punto, habrémos de confesar que en esta dilacion manifiesta Dios una sabiduría muy profunda, porque hallarémos que de ella sabe sacar grandes y muy preciosos bienes.

¹ Apud D. Thom. 1 part. quæst. 2, art. 3.

¿De qué bienes no estaria privada la Iglesia si Dios hubiese exterminado luego á ciertos pecadores? Si hubiese herido de muerte á Magdalena cuando ella estaba engolfada en los desórdenes del mundo, ¿seria hoy el modelo de penitencia? Si hubiese quitado del mundo á san Pablo al tiempo que, lleno de rabia, perseguia á la Iglesia, ¿esta misma Iglesia hubiera tenido en él un tan insigne apóstol? Si hubiese exterminado á Agustino mientras estaba sumergido en los excesos de su mocedad, ¡buen Dios! ¡qué doctor tan famoso hubiera perdido la Religion! ¡De cuántos tesoros de sabiduría hubiera quedado privada! ¡Cuántos herejes la hubieran insultado impunemente, los cuales ahora han sido derrotados con los golpes de su sapientísima pluma!

Verdad es, diréis, que fue un gran bien el que Dios tolerase á estos pecadores, porque se convirtieron despues, y fueron grandes lumbreras de la Iglesia. Pero de muchos pecadores que Dios sufre, y nunca llegan á convertirse, ¿qué bienes pueden resultar?—Muchísimos y muy grandes, porque, dado que ellos se pierdan, no dejarán de hacer mientras vivan muchas acciones buenas, que contribuirán admirablemente á la gloria de Dios y al bien de su prójimo. ¿Por qué pensais conserva Dios la vida á ciertos pecadorazos, de cuya conversion no hay ninguna probabilidad? Se la conserva por uno de estos tres motivos : ó porque quiere servirse de ellos para hacer algun bien á algunas almas muy amadas de él, como se sirvió de Judas para aliviar á muchos pobres y enfermos; ó porque quiere valerse de ellos para castigar á otros pecadores, como se valió de los romanos para castigar á los judíos; ó, en fin, porque trata de darles un castigo tan severo y ejemplar, que sirvan de leccion y escarmiento á todo el mundo.

¿Por qué Dios difirió por tanto tiempo el castigar á Fa-

raon, á aquel fiero perseguidor de su pueblo, sino para que, quedando anegado miserablemente en el mar Rojo, el castigo fuese mas ejemplar y visible, y conociese todo el universo por qué y de dónde le venia el golpe? Si Dios le hubiese castigado luego que comenzó á despreciar sus órdenes intimadas por Moisés, como su malicia no se habria hecho bastante pública, el castigo no se hubiera atribuido á la venganza divina, sino á una casualidad; y de consiguiente no hubiera producido efecto. Pero ver que Dios esperó á descargarle el golpe precisamente cuando su obstinacion se habia hecho tan pública que nadie podia dudar de ella, ¡ah! esta fue una leccion que hizo abrir los ojos á muchos. Igualmente, si Dios diese un castigo pronto á ciertos pecadores, el tal castigo no serviria á nadie de escarmiento, porque no se sabria de dónde ni por qué les viene el mal; pero esperando á que su malicia se haya hecho notoria á todos, todos conocerán la causa y el motivo de su desgracia, y tal vez no faltará quien se aproveche de la leccion, y se convierta. ¿Y quién no ve que en esto brilla de un modo muy admirable la infinita sabiduría de Dios?

Pero brilla tambien en ello su infinita misericordia. Cosa es que asombra ver que, pudiendo Dios vengarse luego del pecador, calla, sufre, y va retardando su castigo. Y cuando al fin se ve como precisado á castigarle, aun entonces no suele hacerlo todo de un golpe, sino dándole antes algunos avisos, á fin de que hasta en tal extremo tenga tiempo para volver en sí, y arrepentirse. Es que Dios, tanto para edificar como para destruir, procede de un modo todo contrario al nuestro. Nosotros para edificar necesitamos mucho tiempo, y para destruir con poco tenemos bastante. Dios al contrario, en menos de un segundo pone un gran edificio en pié; y si despues quiere destruirlo, suele emplear en ello muchos dias. Seis dias le bastaron para formar esta gran máquina del uni-

verso, sin decir con san Agustín, que la formó en seis instantes; y otros tantos quiso emplear en destruir la pequeña ciudad de Jericó. ¿Es que Dios tiene menos poder para destruir que para crear? No, cristianos: es que cuando destruye ó castiga, lo hace con cierta repugnancia, y como á pesar suyo, y por esto procede lentamente y muy despacio; y cuando ejerce su misericordia, lo hace con satisfaccion y de buen grado, y por esto lo ejecuta como corriendo.

Cuando quiso destruir al género humano con el diluvio universal, lo hizo, como dice la Escritura, con cierta tristeza y amargura, y como tocado del mas vivo dolor del corazón: *Tactus dolore cordis intrinsecus*¹. Por esto no envió repentinamente aquella calamidad á los hombres, sino poco á poco, y como quien tenia gran pena de hacer lo mismo que estaba haciendo. Primero les avisó anticipadamente de la catástrofe ciento y veinte años antes que sucediese, diciéndoles por medio de Noé, que él cambiaria de proyecto, si ellos mudaban de vida. Luego este santo Patriarca comenzó la construccion del arca, y en ella empleó los ciento y veinte años sobredichos, á fin de que los hombres, admirados de verle construir aquel colosal navío, le preguntasen el motivo de su construccion, y oyesen de su misma boca la gran desgracia que les iba á suceder, si no hacian penitencia. Finalmente, habiendo espirado el plazo, Dios abrió las cataratas del cielo, y las lluvias comenzaron á caer. Pero ¿cómo? ¿en grande abundancia, para que en pocas horas quedasen anegados todos los hombres? No, sino lentamente y por espacio de cuarenta dias, á fin de que tuviesen tiempo para arrepentirse; y ya que no les era posible escapar de la muerte temporal, procurasen al menos evitar la muerte eterna, como efectivamente lo hicieron

¹ Gen. vi, 6.

ron muchos. ¿Quién, al ver la lentitud con que Dios procede cuando trata de castigar á los pecadores, no reconocerá en ella los inefables tesoros de su infinita misericordia? ¿Quién, en vista de una misericordia tan grande, no sentirá vivamente haberle ofendido, y no se apresurará á reconciliarse con él?

Sabiendo el rey Saul que el bondadoso David, á quien perseguia encarnizadamente, habia tenido dos veces proporcion de matarle, y no obstante no le habia hecho daño alguno, quedó tan avergonzado de sí mismo, y tan prendado del carácter pacífico é inofensivo de David, que no pudo menos de llorar su bárbaro comportamiento para con él, y asegurarle que en lo sucesivo se conduciria de un modo muy diferente. Tú eres mejor que yo, le dijo con los ojos arrasados de lágrimas, pues, no habiéndote yo hecho sino mal, tú no me has vuelto otra cosa que bien: *Justior tu es quàm ego: tu enim tribuisti mihi bona, ego autem reddidi tibi mala*¹. ¡Ah! pecadores, á quienes Dios va difiriendo misericordiosamente el castigo, salvándoos tantas veces la vida, cuantas pudiera él justamente quitárosla, ¿hasta cuándo abusaréis de su bondad? ¿hasta cuándo haréis burla de su paciencia? ¿Es que habeis llegado al extremo de mofaros de él como aquel impío que preguntaba en tono de irrisión y de befa: He pecado, ¿y qué castigo me ha dado Dios por esto? *Peccavi, et quid mihi accidit triste*²? Aguardad, aguardad, que no dejará de venir el castigo. Verdad es que viene lentamente; pero yo os aseguro que cuanto mas tarde á llegar, mas terrible y espantoso será. Porque, en fin, así como en la dilacion del castigo resplandece la gran misericordia de Dios, brilla tambien en ella su severa justicia.

¿Sabriais vosotros decirme cuál es el peor castigo que la

¹ I Reg. xxiv, 4. — ² Eccli. v, 4.

justicia divina puede dar á un pecador obstinado? Es el no castigarle pronto, es el ir retardándole el castigo que merece. Esto, en mi concepto, es lo que mas declara cuán enfurecido está Dios contra el tal pecador, y cuán horrenda ha de ser su venganza el dia que llegue. Si Dios solo estuviese medianamente indignado contra él, le enviaria luego algun castigo temporal, á favor del cual tal vez se arrepentiria; pero porque su indignacion es muy grande, le deja en paz, permitiendo que vaya añadiendo nuevas culpas, á las que corresponderán nuevas y muy atroces penas. Este es, oyentes míos, el espantoso valicinio que el profeta David hace sobre esos infelices pecadores, á quienes el Señor va difiriendo el castigo. El Señor, dice, permitirá que vayan añadiendo iniquidad sobre iniquidad, y que no entren jamás en el camino de la salvacion, y cuando estará bien llena la copa de su ira y furor, entonces la verterá toda junta sobre ellos: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum: et non intrent in justitiam tuam... Effunde super eos iram tuam*¹.

Veamos, fieles, cómo se cumplen en la práctica estas terribles palabras: El Señor permitirá que vayan añadiendo iniquidad sobre iniquidad. Tú, doncella, eres en la parroquia lo que era Magdalena en Jerusalem, es decir, la piedra de escándalo de la juventud, y el lazo con que el demonio prende infinitas almas; y por mas que se te ha dicho que seas mas modesta y comedida, sigues como antes. ¿Cómo piensas tú que castigará Dios esos pecados que cometes y haces cometer? ¿Tal vez enviándote una enfermedad que te quite la hermosura y el atractivo? No, que esta seria una gracia de la que no eres digna: permitirá que vayas continuando en tus escándalos, que vayas conduciendo nuevas almas á la perdi-

¹ Psalm. LXVIII, 23, 29.

cion, y que no llegue jamás el dia de convertirme: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum: et non intrent in justitiam tuam*. Tú, jóven, tiempo há que vienes profanando los Sacramentos, confesándote malamente, y comiendo en pecado el cuerpo adorable del Salvador. ¿Cómo piensas tú que castigará Dios esos sacrilegios? ¿Enviándote una muerte desastrosa como á Judas? No, que esto tal vez seria mas bien un favor que un castigo: permitirá que añadas sacrilegios á sacrilegios, que acrescienes el número de tus profanaciones, y que no entres jamás en el camino de la conversion: *Appone*, etc. Vos, hombre ya anciano, desde vuestra juventud venís resistiendo á las inspiraciones de Dios que os dicen al corazon, que es menester hacer una confesion general, reparar tantos daños causados al prójimo, y restituir los bienes mal adquiridos. ¿Cómo pensais vos que castigará Dios tanta obstinacion y terquedad? ¿Quitándoos estos mismos bienes, y dejándoos pobre como Lázaro? No, que este seria un castigo misericordioso por el cual deberíais darle gracias: permitirá que continúeis resistiendo á su voz, que léjos de enmendaros, os hagais peor cada dia, y que llegéis á la muerte sin haber pensado en vuestra alma: *Appone*, etc. ¡Ah! tal vez mas de cuatro que me escuchan han cometido mas pecados que Faraon, sin que por esto hayan sido, como él, sumergidos en el mar Rojo. ¿Sabeis por qué? Porque les espera un mar de fuego.

Concluyamos diciendo, que Dios, difiriendo castigar al pecador, manifiesta una sabiduría profunda, una misericordia admirable, y una justicia espantosa. Sabiduría profunda, por los grandes bienes que á veces resultan á la Iglesia de esta dilacion: misericordia admirable, por los muchos pecadores que á veces se aprovechan de esta dilacion: justicia espantosa, por los horrendos castigos que á veces vienen tras de esta

dilacion. Y si vosotros, pecadores míos, deseais saber cuál de estos tres atributos resplandece en la paciencia que Dios está tomando con vosotros, os diré que todos tres juntos. Resplandece la sabiduría, porque Dios sabrá sacar de esta dilacion grandes y muy apreciables bienes, si no respecto de vosotros, respecto de otros, á quienes, ó entre tanto haréis algun bien, ó serviréis algun dia de ejemplo y de escarmiento. Resplandece la misericordia, porque está dispuesto á usar de ella con vosotros, si detestais pronto vuestras culpas, y borrais con verdadera penitencia todo lo pasado. Resplandece la justicia, porque si vais siguiendo como hasta aquí, os dará un castigo que espantará al cielo y á la tierra. Yo os aconsejo, yo os amonesto y os suplico, que aprovechándoos de esta dilacion, procureis poner os bien con Dios, á fin de que podais algun dia decir con el real Profeta : Cantaré las misericordias del Señor, y las ensaltaré por los siglos de los siglos : *Misericordias Domini in æternum cantabo. Amen.*

DOMINGO OCTAVO DESPUES

DE PENTECOSTES.

El evangelio de este dia consiste todo en una parábola extraída del capítulo xvi de san Lucas, que Jesucristo dirigió á sus discípulos y á una numerosa turba que le seguia. De esta parábola, que representa la ansiedad y turbacion de un cierto mayordomo que fue obligado por su señor á darle cuenta de su administracion, la que, segun parece, no era tan fiel y exacta como dicho señor hubiera deseado, hemos pensado deducir tres discursos morales muy útiles, y de los que casi no sabríamos á cuál dar la preferencia. Estos discursos son : 1.º sobre el exámen de la conciencia que debe preceder á la confesion : 2.º sobre el juicio particular : 3.º sobre el conocimiento de sí mismo.

Para formar el discurso sobre el exámen de la conciencia, se toma el texto : Ait autem villicus intra se : Quid faciam ? y se comienza así : «Hubo un hombre rico, dice el evangelio, que tenia un mayordomo que administraba su hacienda. Este mayordomo fue acusado ante su señor de que, en vez de cuidar sus intereses con celo y diligencia, los destruia y los dissipaba. Oida esta acusacion, llamó el señor al mayordomo, y le dijo : ¿Qué es lo que oigo de tí? Rinde cuentas de tu administracion. No bien oyó el infeliz mayordomo que habia á dar cuentas, cuando, acusado de su propia conciencia, y conociendo ser muy exacto lo que de él se habia dicho, comenzó á decir para sí : ¿Qué haré? Quid faciam ? Estoy per-

dilacion. Y si vosotros, pecadores míos, deseais saber cuál de estos tres atributos resplandece en la paciencia que Dios está tomando con vosotros, os diré que todos tres juntos. Resplandece la sabiduría, porque Dios sabrá sacar de esta dilacion grandes y muy apreciables bienes, si no respecto de vosotros, respecto de otros, á quienes, ó entre tanto haréis algun bien, ó serviréis algun dia de ejemplo y de escarmiento. Resplandece la misericordia, porque está dispuesto á usar de ella con vosotros, si detestais pronto vuestras culpas, y borrais con verdadera penitencia todo lo pasado. Resplandece la justicia, porque si vais siguiendo como hasta aquí, os dará un castigo que espantará al cielo y á la tierra. Yo os aconsejo, yo os amonesto y os suplico, que aprovechándoos de esta dilacion, procureis poner os bien con Dios, á fin de que podais algun dia decir con el real Profeta : Cantaré las misericordias del Señor, y las ensaltaré por los siglos de los siglos : *Misericordias Domini in æternum cantabo. Amen.*

DOMINGO OCTAVO DESPUES

DE PENTECOSTES.

El evangelio de este dia consiste todo en una parábola extraída del capítulo xvi de san Lucas, que Jesucristo dirigió á sus discípulos y á una numerosa turba que le seguia. De esta parábola, que representa la ansiedad y turbacion de un cierto mayordomo que fue obligado por su señor á darle cuenta de su administracion, la que, segun parece, no era tan fiel y exacta como dicho señor hubiera deseado, hemos pensado deducir tres discursos morales muy útiles, y de los que casi no sabríamos á cuál dar la preferencia. Estos discursos son : 1.º sobre el exámen de la conciencia que debe preceder á la confesion : 2.º sobre el juicio particular : 3.º sobre el conocimiento de sí mismo.

Para formar el discurso sobre el exámen de la conciencia, se toma el texto : Ait autem villicus intra se : Quid faciam ? y se comienza así : «Hubo un hombre rico, dice el evangelio, que tenia un mayordomo que administraba su hacienda. Este mayordomo fue acusado ante su señor de que, en vez de cuidar sus intereses con celo y diligencia, los destruia y los dissipaba. Oida esta acusacion, llamó el señor al mayordomo, y le dijo : ¿Qué es lo que oigo de tí? Rinde cuentas de tu administracion. No bien oyó el infeliz mayordomo que habia de dar cuentas, cuando, acusado de su propia conciencia, y conociendo ser muy exacto lo que de él se habia dicho, comenzó á decir para sí : ¿Qué haré? Quid faciam ? Estoy per-

«dido, se acabó para mí, mi señor va á echarme con un pun-
«tapié de su hacienda. Dominus aufert à me villicationem.
«¿Qué dices, hombre? Tu señor todavía no ha visto las cuen-
«tas, tú mismo no las has aun repasado, ¿y ya te cuentas per-
«dido? ¿ya te consideras fuera? No os admire esto, cristianos:
«el buen mayordomo sabia perfectamente lo que habia en su con-
«ciencia, conocia todas sus dilapidaciones en cuanto al núme-
«ro, á las especies y á las circunstancias: y por esto se conde-
«naba á sí mismo antes que le condenase su señor. ¿Y creéis
«vosotros, mis amados fieles, que, si cuando Dios os llama á
«darle cuentas en el tribunal de la Penitencia, vosotros lleváis
«bien examinados vuestros pecados, y, como nuestro mayor-
«domo, los conociésteis exactamente en el número, en las espe-
«cies y en las circunstancias, no os condenaríais en vuestro co-
«razon antes que llegáseis á los piés del confesor? ¿Por qué
«vuestras confesiones son tan frias, tan truncadas, tan super-
«ficiales, y de consiguiente tan infructuosas? Porque ordina-
«riamente las haceis, ó sin exámen alguno, ó con un exámen
«ligero, corrido y superficial. Aprended de nuestro mayordo-
«mo á averiguar bien lo que hay en vuestra conciencia antes de
«comparecer á dar cuentas en el tribunal de la confesion, y ve-
«réis con qué disposiciones tan diferentes os presentais. Para
«animaros á esto, vengo á hablaros de la necesidad del exámen
«para la confesion, de la materia de este exámen, y del modo
«con que debe hacerse.»—Tómese ahora el cuerpo de la plá-
«tica puesta en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 316.

Al discurso sobre el juicio particular se le dará por tema el
texto: Redde rationem villicationis tuæ; y se comenzará del
modo siguiente: «El evangelio que se acaba de leer es una pa-
«rábola muy notable que el Salvador predicó en cierta ocasion
«á una gran turba que le seguia. Hubo un hombre rico, les di-
«jó, que tenia un mayordomo, el cual fue acusado de que di-

«lapidaba sus bienes. Llamó el rico á su mayordomo, y le dijo:
«¿Sabes lo que me han dicho de ti? Me han dicho que disipas mi
«hacienda. De consiguiente, dame cuenta de tu administracion,
«que yo no quiero que administres mas mis bienes. Oida esta
«intimacion, dijo el mayordomo dentro de sí: ¿Qué haré? ¿có-
«mo lo haré ahora para ganarme la subsistencia? ¿Me pondré
«á cavar? No puedo. ¿Me iré á pedir limosna? La cara me
«caeria de vergüenza. No me queda otro recurso sino ver si
«logro entenderme con los que deben algo á mi señor, á fin de
«que, cuando sea separado de la administracion, me reciban
«en sus casas. Dicho esto, fué llamándolos á todos uno á uno,
«y haciéndoles una notable rebaja en sus deudas, logró que le
«admitiesen en su mesa. La Iglesia, fieles, nos hace leer hoy
«la parábola que acabais de oir, á fin de llamar nuestra aten-
«cion sobre la cuenta terrible que cada uno tendrá que dar á
«Dios al fin de su vida. Sabiendo ella que el medio mas pode-
«roso para arreglar nuestras costumbres es la meditacion sé-
«ria del juicio particular que Dios celebrará con nuestra al-
«ma luego que haya salido del cuerpo, nos lo pone hoy á la vista,
«tomando ocasion de la parábola del mayordomo infel. Entre-
«mos en la consideracion de este juicio espantoso, y reflexio-
«nemos cuál sea la situacion de una alma puesta á la presencia
«de su Juez, y dándole estrecha cuenta de todo el tiempo que
«ha estado en el cuerpo.»—Aquí se dirá la plática que se ha-
«lla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 156.

Véase ahora el otro asunto que indicamos arriba, y al que
hemos dado el siguiente título: ®

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA DE BILBAO

Conocimiento de sí mismo.

Ait villicus intra se: Quid faciam? (Luc. XVI, 3).

Si os dijese, cristianos, que hay una persona con la cual tratáis todos los días, todas las horas, todos los momentos, y que no obstante no la conocéis, ¿me creeríais?... Pues la hay en efecto. Es una persona muy amiga vuestra, muy familiar vuestra, muy íntima vuestra; y esto no obstante no la conocéis. Habla como vosotros, viste como vosotros, anda como vosotros, tiene el mismo gesto y fisonomía que vosotros; y con todo no la conocéis. Se sienta cada día con vosotros en la mesa, toma la misma comida, duerme en la misma cama, se alberga bajo el mismo techo, trabaja en el mismo taller: con vosotros entra, con vosotros sale, con vosotros se para, siempre os acompaña, nunca os deja; y sin embargo no la conocéis.

Yo os contemplo atónitos, cristianos míos, y como si leyese vuestro interior, estoy cierto que todos en este momento os estais preguntando: ¿Quién será esta persona tan íntima nuestra, y que no obstante no conocemos? ¿Quereis que os saque pronto de dudas y perplejidades?... Pues sois vosotros mismos. De tantas personas como tratáis, de tantas como conocéis, la vuestra es de la que teneis menos noticia; y tan poca, que se puede absolutamente decir que os es del todo desconocida. ¿Quién conoce su genio, su carácter, su temperamento y sus inclinaciones? ¿Quién comprende sus defectos, sus pasiones, sus miserias y sus flaquezas? ¿Quién está enterado de cuáles son sus vicios, cuáles sus hábitos, cuáles

sus costumbres, y cuáles sus pecados? ¿Quién no se hace ilusiones, teniéndose por muy otro de lo que realmente es?

El mayordomo infiel, de quien habla hoy el evangelio, al menos tenia esta buena calidad, que se conocia perfectamente, y sabia cuáles eran sus miserias y flaquezas: y por esto no bien entendió que se le iban á pedir cuentas de su administracion, se tuvo por perdido, y exclamó para sí: ¿Qué haré infeliz de mí? *Ait villicus intra se: Quid faciam?* Pero entre nosotros son tan pocos los que se conocen á sí mismos, que de ciento apenas podria contarse uno. Y no es ciertamente ni porque este conocimiento no sea muy necesario, ni porque falten medios para adquirirlo, ni porque no pueda hacerse de él un muy buen uso; antes me atrevo á decir, que entre los conocimientos humanos, el de sí mismo es el mas necesario de todos, el que mas fácilmente puede conseguirse, y del que puede hacerse un uso mas provechoso. Hé aquí tres verdades que vengo á demostrar.

El que no se conoce bien á sí mismo, y no sabe exactamente cuáles son sus defectos, sus pasiones y sus miserias, incurre en muchos desaciertos que le inducen á cometer grandes faltas, y comprometen en gran manera su eterna salvacion. El primer desacierto en que incurre es, que se entremete en muchos negocios para los cuales no tiene disposicion ni aptitud, y en los que, como es consiguiente, hace faltas muy remarcables, que por ser efecto de su incapacidad, no dejan de hacerle muy culpable delante de Dios.

¿De dónde provienen los mas de los delitos que se cometen en todos los estados, empleos y carreras? Provienden de que están ocupados por personas que para todo son aptas menos para el cargo que desempeñan. El uno está ejerciendo las al-

tas funciones del sacerdocio, cuando nunca debiera haber salido del estado de seglar; el otro es todo un padre de familia, cuando le convendría estar en una casa de correccion: este tiene el cargo de educar y enseñar la juventud, cuando no entiende jota de educacion ni ciencia; aquel está revisando causas y dando decisiones en el foro, cuando necesitaria aprender los primeros elementos de la jurisprudencia. ¿Cuántos, que tienen una propension declarada á la avaricia, desempeñan cargos que exigen sumo desinterés? ¿Cuántos, con un carácter flojo y condescendiente, entran en empleos que requieren gran teson y firmeza? ¿Cuántos, que carecen de experiencia y madurez, se ingieren en negocios que piden una madurez grande y una experiencia consumada?

No hay que admirarse de las muchas faltas que diariamente cometen: habiéndose ellos entremetido en tales asuntos sin conocer su incapacidad, y consultando mas su presuncion y capricho, que su mérito y aptitud, ¿pueden acaso dejar de cometerlas? Hé aquí lo que tiene el no conocerse. Si ese eclesiástico, antes de entrar en el sacerdocio, se hubiese estudiado bien, hubiera visto que sus inclinaciones eran del todo opuestas á la pureza y santidad que pide este estado; y ahora no lo deshonraria con su vida profana y licenciosa. Si ese padre de familias, antes de abrazar el matrimonio, se hubiese conocido bien, se hubiera convencido de que le faltaban todas las cualidades necesarias para resultar un buen casado; y ahora no seria el martirio de su consorte, el escándalo de sus hijos, y la eterna pesadilla de su párroco. Si... pero digámoslo todo en pocas palabras: el no conocerse á sí propio es causa de que casi todos los hombres están fuera de su lugar, ocupando puestos á los cuales Dios no les ha llamado, para los cuales no tienen aptitud, y en los cuales encontrarán probablemente su eterna condenacion.

Pero no es este el único mal que resulta de la falta de este conocimiento: el que no se conoce se expone á mil ocasiones de ofender á Dios, que tal vez evitaria con cuidado si se conociese. No hablo de esas ocasiones próximas que son pecados por sí mismas, y las que tanto el fuerte como el débil tienen obligacion de evitar. Hablo de esas ocasiones llamadas remotas, las cuales para unos tal vez no son mas que ligeras tentaciones, pero para otros son peligros inevitables, atendida su flaqueza y mala disposicion. Y bien: ¿qué hace el que no conoce su disposicion y flaqueza individual? So pretexto de que otros se ponen en tales ocasiones y no caen, tambien se mete confiadamente en ellas, y experimenta un triste naufragio.

Pongamos un ejemplo que sirva para todos los casos. Porque un jóven ha visto que otros entran en el teatro, leen romances, concurren al baile, y contraen ciertas relaciones amorosas, quiere imitarlos, creyendo, y tal vez de buena fe, que en esto no hay peligro notable. Pero ¿qué? no bien ha puesto el pié en la ocasion, cuando resbala lastimosamente, y da una caida mortal. Con el golpe de la caida abre los ojos, y entonces exclama admirado: ¡Quién habia de pensarlo!—Tú debias pensarlo. ¿No debias tú conocer mejor tus malas disposiciones? ¿no debias haberte apercebido de la flaqueza de tu virtud, de tu particular propension al mal, y del ardor de tus pasiones? Si tú, como era debido, te hubieses conocido mejor, hubieras comprendido que, aun cuando otros se metiesen en tales ocasiones, tú no debias meterte. Te hubieses conocido bien, y habrias evitado este mal.

Mas: el que no se conoce, no pide á Dios las gracias convenientes á sus necesidades espirituales, y de consiguiente no las recibe; y no recibéndolas, el resultado es condenarse. ¿A cuántos se podria decir lo que Jesucristo dijo á sus discí-

pulos pocos dias antes de subirse al cielo: Hasta ahora no me habeis pedido nada: *Usque modo non petistis quidquam* ¹? ¡Cómo! diréis; ¿nada hemos pedido á Dios?—Se entiende, nada de lo que mas os convendria. Muchas cosas habian pedido los discípulos al Salvador: san Pedro le habia pedido que le librase de ahogarse en el mar de Galilea, san Juan y Santiago le habian pedido las primeras sillas de su reino: otros apóstoles le habian pedido que consolase á la Cananea, porque iba tras de ellos suplicando. Y sin embargo el Salvador les dijo que no le habian pedido nada. ¿Cómo se entiende esto? Se entiende, nada de lo que mas les convenia alcanzar. No puede negarse que algo, y aun mucho, se pide á Dios; pero ¿se pide lo que convendria pedir? ¿se piden las gracias que mas convendria alcanzar? No, que así como no se conocen las propias enfermedades, tampoco se piden los convenientes remedios; resultando de aquí que se va viviendo siempre con los mismos males del alma, y al último se perece.

Omito, cristianos, una infinidad de otros males que necesariamente dimanar de la falta de conocimiento de sí mismo, como son, el ser orgulloso por no conocer la propia nada, el despreciar á los otros por no apercibirse de la propia miseria, el envidiar los bienes ajenos por no estar convencido de la propia indignidad, el impacientarse en las adversidades por juzgarse digno de mejor fortuna, el ser áspero, colérico y vengativo por creerse inmerecedor de ningún maltratamiento. ¿No basta lo dicho para que todos os convenzais de la gran necesidad de conoceros?

Sí, me diréis; pero es el caso que adquirir este conocimiento es cosa muy difícil, porque, como nos dice el Espíritu Santo, el corazon humano es de suyo perverso é insondable,

¹ Joan. xvi, 21.

¿y quién lo conocerá? *Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscat illud* ¹?—Convengo en que si quisiérais conoceros por vosotros mismos, os habia de ser muy difícil conseguirlo: pero no, si para ello consultais al prójimo; porque en este punto todos los hombres pueden seros maestros, los unos por medio de las palabras, y los otros por medio de las acciones.

Por medio de las palabras pueden ayudaros mucho á conoceros los directores, los amigos, y hasta vuestros enemigos mismos. ¿Qué luces no podria daros para ello un director hábil, experimentado y celoso? ¿Quién mejor que él podria poner ante los ojos todas vuestras imperfecciones, hacéros las notar bien una por una, y conduciros como por la mano en todas las vias oscuras de vuestro corazon? Pero es el caso, y caso bien lamentable, que vosotros por abreviar camino, ó bien os pasais sin director, ó bien buscáis uno que sea superficial, cómodo y complaciente; ó bien, usando con él de la mayor simulacion, le tapais la vista con un velo para que no pueda descubrir las llagas de vuestra alma. ¡Ah! ¿es así como os conducís en las enfermedades corporales? ¿Elegís vosotros al médico menos hábil? ¿Le ocultais vuestras dolencias? ¿Exigís de él que no las examine? ¿No le ayudais, por el contrario, á descubrir las causas del mal? ¿No le dais todas las señas posibles para que pueda descubrirlas? ¡Extraño encaprichamiento, querer mas quedarse enfermo en el alma, que recurrir á los medios eficaces de la curacion!

¿Qué luces no podríais tambien sacar, para el conocimiento de vosotros mismos, de los avisos caritativos de vuestros amigos, si les dejárais en libertad de dároslos con ingenuidad y franqueza? Si en vez de manifestar desagrado cuando os

¹ Jerem. xvii, 9.

los dan, mostráseis por el contrario gratitud y reconocimiento, ellos se animarian á hablaros con mayor claridad, os dirian francamente los defectos que notan en vosotros, y entonces sabríais exactamente lo que sois. Pero la desgracia es, y desgracia muy trascendental, que de los amigos solo admitís las lisonjas y las adulaciones, y no consentís en que os digan la verdad; y si llevados del deseo de vuestro bien tienen alguna vez la franqueza de decirla, pronto sigue un rompimiento.

¿Lo creeréis? Vuestros enemigos mismos, con las críticas que hacen de vosotros, podrian ayudaros mucho á conocerlos, si las escucháseis sin prevencion. Podrá suceder que muchas de ellas sean injustas; pero ¿cuántas habrá que son harto fundadas? Ellos, supongo, las hacen con el único fin de rebajaros; pero ¿qué os importa esto? Si álguien os descubriese un tesoro que sabe está oculto en vuestro campo, ¿os detendríais en examinar la intencion y el fin con que lo hace? ¿Por qué, pues, habeis de pararos en averiguar la intencion del que dice mal de vosotros? Sea buena ó sea mala su intencion, con tal que os descubra el mal que no conocíais, debeis quedarle agradecidos.

Tal vez me diréis que no teneis amigos que os avisen, ni enemigos que os censuren. — Suponiendo que ello sea así, ¿pensais que ya no os queda ningun medio para venir en conocimiento de vuestros defectos? ¿Cuántas veces son censurados en vuestra presencia los de vuestro prójimo? ¿Y quién os priva de tomar como dicho para vosotros lo que se dice de los demás? ¿Quién os impide hacer entonces esta reflexion: la pintura que se hace en mi presencia de las miserias de mis hermanos, es el verdadero retrato de las mias; las flaquezas que de ellos se refieren, son mis propias flaquezas; y los vicios que se les imputan, mas me tocan á mí que á ellos? ¿Quién

sabe, podríais añadir, si este hombre que explica los defectos de mi prójimo, lo hace con la idea de que yo me aperciaba de los míos; y si está aplicándome á mí lo que cuenta de los otros? Tal vez dice en tercera persona lo que no se atreve á decirme á mí mismo; mas cuando esté fuera de mi presencia, ¿no dirá con libertad lo que no osa decirme á la cara?

Ya veis, cristianos, que por medio de las palabras los hombres pueden ayudaros mucho á conoceros: añadid ahora lo mucho que pueden ayudaros con sus acciones, es decir, con las virtudes y los vicios que en ellos descubris. ¿Veis una virtud en vuestro prójimo? Poned desde luego la vista sobre vosotros, haced comparacion entre vosotros y el modelo que teneis delante, y pensad que es una luz que Dios os presenta, para que á su favor podais descubrir vuestras manchas. ¿Notais en el prójimo algun vicio? Ved el espejo en que podeis mirar vuestra propia fisonomía: él os representa fielmente lo que sois, ó al menos lo que seríais sin el auxilio de la gracia.

A mas de los medios dichos hasta ahora, aun os queda otro, y muy eficaz, para adquirir el conocimiento de vosotros mismos, y es estudiar bien vuestro propio corazon. Este estudio debeis hacerlo, no mirando el corazon en sí, porque, como llevamos dicho, es impenetrable; sino observando atentamente los movimientos que produce en vuestro exterior. Así como los médicos descubren las enfermedades secretas del cuerpo humano, observando los efectos exteriores que causan en el enfermo; así vosotros descubriréis las afecciones secretas de vuestro corazon, mirando atentamente las acciones que producen fuera. ¿Y no es por las señales exteriores que venimos en conocimiento de las disposiciones interiores de los demás hombres? ¿Por dónde conocemos que un hombre es avaro, ambicioso, lascivo, etc., sino por los indicios exte-

riores que nos da de estos vicios? Pues del mismo modo, por lo que observaréis en vuestro exterior, conoceréis los males de que adolece vuestro corazón.

Quisiera ahora hablaros extensamente del uso que debeis hacer del conocimiento de vosotros mismos; mas, viendo que el discurso ha salido mas largo de lo regular, por no fatigar vuestra atención, me limitaré á decir, que debeis servir de este conocimiento para conseguir dos virtudes, la humildad y la diligencia. La humildad, viendo las miserias de que estais llenos: la diligencia, procurando trabajar por correiros y enmendaros. Este es en compendio todo el fruto que debeis sacar de este conocimiento; fruto, no lo dudeis, que, si bien será un poco amargo de presente, lo hallaréis muy sabroso cuando gocéis de él en el cielo. Amen.

**DOMINGO NONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este día contiene dos pasajes históricos bien notables: el uno es el llanto que el Salvador hizo sobre la ciudad de Jerusalem al verla de lejos, mientras se encaminaba á ella para padecer muerte y pasión: el otro es el celo que el mismo Salvador mostró por la gloria del templo, echando á latigazos á los que lo profanaban haciéndolo teatro de sus tráficos y especulaciones. De estos dos pasajes se desprenden dos asuntos muy útiles á las almas, y que el cura no debe despreciar, y son, el uno sobre la muerte del pecador, y el otro sobre el respeto debido á los templos.

Para el primero se toman por base las primeras palabras del Evangelio: Cum appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam; y se empieza de este modo: «¡Qué espectáculo tan doloroso, feles míos, nos representa la Iglesia en el evangelio de este día! Jesucristo, el mas hermoso de los hijos de los hombres, el objeto de las complacencias de su Padre, el que forma la felicidad del cielo y la alegría de la tierra, llora mientras va á Jerusalem pocos días antes de su pasión. Aunque colmado de honor y de gloria, aunque llevado en triunfo en medio de las aclamaciones públicas, aunque acompañado de un numeroso pueblo que está loco de alegría por su venida, y canta sus alabanzas; ¡ah! él vierte lágrimas, él se entrega á la amargura y al llanto luego que pone la vista sobre aquella ciudad: Videns civitatem, flevit super illam.

riores que nos da de estos vicios? Pues del mismo modo, por lo que observaréis en vuestro exterior, conoceréis los males de que adolece vuestro corazón.

Quisiera ahora hablaros extensamente del uso que debéis hacer del conocimiento de vosotros mismos; mas, viendo que el discurso ha salido mas largo de lo regular, por no fatigar vuestra atención, me limitaré á decir, que debéis servir de este conocimiento para conseguir dos virtudes, la humildad y la diligencia. La humildad, viendo las miserias de que estais llenos: la diligencia, procurando trabajar por correiros y enmendaros. Este es en compendio todo el fruto que debéis sacar de este conocimiento; fruto, no lo dudeis, que, si bien será un poco amargo de presente, lo hallaréis muy sabroso cuando gocéis de él en el cielo. Amen.

**DOMINGO NONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este día contiene dos pasajes históricos bien notables: el uno es el llanto que el Salvador hizo sobre la ciudad de Jerusalem al verla de lejos, mientras se encaminaba á ella para padecer muerte y pasión: el otro es el celo que el mismo Salvador mostró por la gloria del templo, echando á latigazos á los que lo profanaban haciéndolo teatro de sus tráficos y especulaciones. De estos dos pasajes se desprenden dos asuntos muy útiles á las almas, y que el cura no debe despreciar, y son, el uno sobre la muerte del pecador, y el otro sobre el respeto debido á los templos.

Para el primero se toman por base las primeras palabras del Evangelio: Cum appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam; y se empieza de este modo: «¡Qué espectáculo tan doloroso, feles míos, nos representa la Iglesia en el evangelio de este día! Jesucristo, el mas hermoso de los hijos de los hombres, el objeto de las complacencias de su Padre, el que forma la felicidad del cielo y la alegría de la tierra, llora mientras va á Jerusalem pocos días antes de su pasión. Aunque colmado de honor y de gloria, aunque llevado en triunfo en medio de las aclamaciones públicas, aunque acompañado de un numeroso pueblo que está loco de alegría por su venida, y canta sus alabanzas; ¡ah! él vierte lágrimas, él se entrega á la amargura y al llanto luego que pone la vista sobre aquella ciudad: Videns civitatem, flevit super illam.

«¿Cuál puede ser el motivo de su llanto en un tiempo en que
«todo parece respirar alegría? ¿Es por ventura el pensamiento
«de los horribles tormentos que dentro poco habrá de sufrir en
«Jerusalén? No: él sufrirá porque querrá sufrir, y sufrirá con
«una santa alegría. Lloro sobre el estado deplorable de los mo-
«radores de aquella infeliz ciudad, que no habiendo querido
«reconocerle hasta entonces por su Mesías, todavía resistían
«tercos á su bondad y á sus gracias: llora por las grandes ca-
«lamidades que muy pronto debían caer sobre ellos en castigo
«de su endurecimiento y obstinación. ¡Oh, si tú, Jerusalén, va-
«diciendo con acento amarguísimo, oh, si al menos en este día,
«que es para tí un día favorable, reconocieses tú al que puede
«darte la paz!... Mas tú cierras voluntariamente los ojos á la
«luz, y muestras un corazón obstinado é insensible. ¡Ay! si su-
«pieses los males que pronto vendrán sobre tí. Vendrá un tiem-
«po, y ya no está muy lejos, en que tus enemigos levantarán
«una estacada en torno de tí, te sitián, te estrecharán por
«todas partes, destruirán tus casas, exterminarán tus mora-
«dores, no dejarán en tí piedra sobre piedra; y todo esto se-
«rá porque no has querido aprovecharte de la visita de tu Dios:
«Eò quòd non cognoveris tempus visitationis tuæ. No creáis,
«fieles, que nuestro Salvador haya llorado solamente sobre los
«infelices moradores de Jerusalén: ha llorado también sobre
«tantos cristianos ciegos y endurecidos, que resisten á su bon-
«dad, que rehusan sus gracias, y diferén convertirse á él. ¡Oh,
«si estos pudiesen ver lo que de presente no ven, pero que ex-
«perimentarán infaliblemente en la hora de su muerte! ¡Oh, si
«al menos en este día, que aun puede ser para ellos un día de
«bendición y de paz, conociesen ellos las angustias de que se
«verán cercados en aquella fatal y terrible hora! ¿Sería posi-
«ble que despreciasen la paz que todavía Dios les ofrece? ¿se-
«ría posible que no aprovecharan la visita que actualmente les

«hace la misericordia de Dios, y no se reconcilian con él?
«No, no sería posible. Pongámosles, pues, ante los ojos todas
«las angustias, todas las tribulaciones que les estrecharán en
«la muerte, si no aprovechan este día de visitación.»—Dígase
ahora la plática que se halla en el tomo 1.º de este Arte pas-
toral, pág. 190.

El segundo asunto que hemos indicado arriba, y que versa
sobre el respeto que es debido á las iglesias, puede llamarse
asunto fundamental; porque ¿qué puede esperarse de un pue-
blo que está sin respeto en el templo de Dios? Aunque la oca-
sion mas propia para tratar de esta materia parece ser el día
en que se celebra el aniversario de la Dedicacion de la iglesia
parroquial; sin embargo conviene que el cura, durante el curso
del año, llame la atencion de sus feligreses sobre este punto in-
teressantísimo, particularmente hoy que el evangelio ofrece una
tan bella ocasion para hacerlo. No quisiéramos que los curas
tratasen este punto con un estilo violento y estrepitoso, como
hemos observado que lo hacen algunos; sino con mucha calma
y moderacion, poniendo templadamente á la vista de sus feli-
greses las razones que deben inducirlos á portarse con decoro
en la casa de Dios. Estamos seguros que mejor partido saca-
rán con la moderacion y templanza, que con el estrépito y la
violencia. La plática que sigue pudiera tal vez servir de mo-
delo para acertar en el estilo que conviene adoptar en esta ma-
teria.

Respeto al templo.

Et ingressus in templum, cepit ejicere vendentes in illo, et ementes. (Luc. xix, 45).

Nada mas sorprendente que el suceso de que nos hace mención el evangelio de este dia. Despues de habernos representado á Jesucristo llorando á su entrada en Jerusalem, nos le muestra armado de un azote y castigando con severidad á los que profanaban el templo dedicado á la gloria de su Padre celestial. ¡Hecho sorprendente por cierto! ¿Cómo pudo ser que el que habia aparecido en el mundo con todos los caracteres de mansedumbre, paciencia y dulzura, se mostrase poseido de tal indignacion, que diese azotes á los que compraban y vendian en el templo, añadiendo á esta accion de severidad esta severisima reprension: ¡Indignos! mi casa es casa de oracion, y vosotros la haceis cueva de ladrones?

Vosotros, cristianos, sin duda comprendéis la razon: él quiso vengar el honor de su padre ultrajado en su propia casa, quiso castigar á los que le insultaban con el tráfico y el comercio, y quiso al mismo tiempo inspirarnos un santo horror á la profanacion de las iglesias, y enseñarnos á conducirnos en ellas con el decoro y respeto de que son dignas. Porque, si él reputó por un delito digno de severo castigo el profanar el templo de Jerusalem, donde solo se ofrecia á Dios la sangre de los toros y carneros, ¿qué delito será profanar los nuestros, en los que se le ofrece la víctima preciosísima de su unigénito Hijo?

Para que conozcais cuán gran pecado es profanarlos con irreverencias, os haré presentes tres circunstancias que con-

curren en ellos, y los distinguen de los lugares comunes y profanos. La primera es, que Dios los ha destinado exclusivamente para su gloria: la segunda, que todo cuanto hay en ellos es santo y digno de nuestra veneracion; y la tercera, que son el asilo donde acudimos siempre que queremos ó alcanzar alguna gracia particular, ó librarnos de algun castigo. Oidme.

Si Dios hubiese querido hacer valer todo su derecho, hubiera podido ordenar que toda la tierra fuese considerada como templo suyo, y que en todos los lugares estuviésemos con la cabeza descubierta, con la vista baja, con el semblante devoto, con el espíritu recogido, lo mismo que si estuviésemos dentro del *Sancta Sanctorum*. Y si así lo hubiese mandado, nadie podria quejarse, ni decir que exigia mas de lo que merece; porque ¿no seria justo que, ya que él está presente en todo lugar, nosotros le honrásemos donde quiera que nos hallemos, dándole muestras continuas de nuestro respeto y veneracion? Sí que lo seria, y por tal lo reputaba el santo David cuando estimulaba á su propia alma á honrar y bendecir al Señor en todos los lugares de la tierra: *In omni loco dominationis ejus, benedic anima mea Domino* ¹.

Pero no, Dios no ha querido ser tan exigente con nosotros: á nosotros nos ha dado toda la anchura de la tierra, para que la empleemos en cosas de nuestro provecho y utilidad; y para sí solo ha reservado ¿qué? un pequeño rincon, digámoslo así, ya que por tal puede reputarse el templo si se le compara con lo restante del globo. ¿Quién habia de pensar que los hombres no quedarian contentos con esta generosa particion? ¿A

¹ Psalm. cxv, 22.

quién se le habia de ocurrir que, codiciosos de lo poco que Dios se ha reservado sobre la tierra, cometiesen la incalificable injusticia de usurpárselo? Pues esto es lo que pasa. No bastan las plazas, no bastan las calles, no basta la tierra entera para divertirse, distraerse y tratar de asuntos terrenos; sino que es menester echar mano de las iglesias, y destinarlas á estas cosas indecentes y profanas. No sabria cómo calificar este atentado, si para ello no me suministrase ideas el atentado gravísimo que nuestros primeros padres cometieron allá en el paraíso. Oidlo.

Luego que el Señor los hubo criado, los llamó cerca de sí, y les dijo: ¿veis esa tierra toda engalanada de flores, toda cubierta de frutos, toda poblada de animales?... Pues os hago señores de ella, y quiero que todo cuanto hay en ella sirva, no solo para subvenir á vuestras necesidades, sino tambien para proporcionaros placeres moderados é inocentes. Todas las aves que vuelan por el aire, todos los peces que juegan en el mar, todos los animales que pueblan las selvas, todos los frutos que cuelgan de los árboles, todo, todo lo pongo á vuestra disposicion, y queda sujeto á vuestro absoluto dominio. Una sola cosa me reservo, y esta para memoria de que todo me lo debeis, y es el fruto de aquel árbol que veis plantado allá en medio del paraíso. Disfrutad á vuestro sabor de todo lo demás; pero no toqueis el fruto de aquel árbol: *Ex omni ligno paradisi comede: de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas*¹. Vosotros, cristianos, no sabeis concebir cómo, teniendo nuestros primeros padres tantos otros frutos con que satisfacer su apetito, cometieron la enorme maldad de comer precisamente aquel que les estaba prohibido, y no teneis bastantes palabras para reprobar su comportamiento; pero

¹ Gen. II, 16, 17.

¡buen Dios! ¿hicieron ellos más de lo que haceis vosotros cuando venís á profanar el templo?...

Vosotros veis en qué país tan bello y fértil os ha puesto el Señor. ¿Sabeis otro mas fértil y bello en Europa? Al ponerlos Dios en este país dichoso, parece que os dijo: ¿Veis esa España tan bella y rica? ¿veis esos mares que la rodean, formando de ella una península? ¿veis esas campiñas cubiertas de doradas mieses, esos montes poblados de olivos y cepas, y esas peñas preñadas de ricos metales? ¿Los veis?... Pues os hago dueños de este segundo paraíso, y es mi voluntad que todo cuanto hay en él sirva para vuestros usos y conveniencias. De tan rica y deliciosa posesion solo me reservo una parte muy pequeña, y esta es el templo que está destinado á mi culto. Disfrutad moderadamente de todo lo demás; pero guardaos de venir á profanar mi templo: *Ex omni ligno paradisi comede: de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas*. Decidme, cristianos: ¿podia Dios mostrarse mas generoso con vosotros? ¿podia hacer os pactos mas ventajosos y aceptables? Y sin embargo, ¿cómo los cumplís vosotros? ¡Ah! que á mas de uno se podria preguntar lo que un embajador de Israel preguntaba á un rey gentil, profanador del templo santo, á saber, si, no contento con la posesion de muchos pueblos, islas y provincias, trataba de despojar á Dios hasta de la única casa que tenia en un ángulo de la Palestina. Sí, fieles, á algunos de vosotros se les podria decir: ¡qué! ¿no bastan las plazas y casas para tratar de cosas profanas, no bastan las calles y tertulias para lucir los vestidos, no bastan los estrados y las salas de baile para daros citas y entreteneros en pensamientos impúdicos, que para tales cosas hayais de emplear hasta la iglesia? Si hasta de la iglesia despojais á Dios, decidme por favor: ¿qué otro lugar le queda en toda la tierra para recibir el culto y los homenajes de sus criaturas?

No olvideis, os ruego, que el templo es el lugar que Dios ha elegido para que en él sea particularmente exaltado su santísimo nombre, y que habita en él de un modo especial. Aunque en cierto sentido podría decirse que todo el universo es templo y casa de Dios, porque lo llena todo con su infinita esencia; sin embargo está fuera de duda, que el templo es su propia casa y habitacion, porque está en él de un modo particular, segun el testimonio irrefragable de la Escritura. Penetrado de esta verdad el santo David, tenía por escaso y mezquino el grande acopio de mármoles, cedros, oro y plata, que habia hecho para la construccion del famoso templo de Jerusalem. ¡Oh, Israel! decia, tú tal vez pensarás que esta abundante provision de maderas, mármoles y oro, es excesiva. Lo seria, en verdad, si se tratase de levantar un palacio á algun rey de la tierra. Pero advierte, Israel, que ahora tratamos de preparar una habitacion al mismo Dios: *Neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*¹. Aquí veis en qué estima tenia David el templo de Jerusalem, en el que Dios habia de habitar velado con una misteriosa niebla: ¿cuánto mas digno de honor lo hubiera juzgado, si hubiese habido de habitar en él sacramentalmente, como habita en los nuestros?

¡Ah! en nuestros templos no hay cosa que no sea santa, y que, mirada con la luz de la fe, no deba infundirnos respeto y veneracion. Vosotros estais bien convencidos de esto, fieles mios; y tanto lo estais, que sabríais persuadirlo á cualquier otro. ¿Qué haríais sino en el caso que, entrando un idólatra en esta iglesia, y deseando saber lo que significan los varios objetos que hay en ella, pidiese á alguno de vosotros una detallada explicacion? Estoy cierto que, prestándoos muy gustosamente á darle todas las explicaciones que desease, le

¹ I Par. xxix, 1.

diríais: *Leva oculos tuos, et vide*: mira y observa cuán santas y misteriosas son todas las cosas que hay aquí. ¿Ves esas estatuas colocadas sobre esos altares, y que llevan en la mano, cuál una palma, cuál una azucena, cuál una pluma? Son los retratos de nuestros mayores, que ilustraron nuestra Religion, unos con su sangre, otros con su pureza, otros con sus escritos: y los tenemos aquí, para que su vista nos estimule á seguir la gloriosa senda que con sus ejemplos nos trazaron. ¿Reparas esas mesas cubiertas con blancos y limpios manteles? Aquí nuestros sacerdotes ofrecen diariamente á Dios, no la sangre de animales, como, segun entiendo, hacen los vuestros; sino la sangre preciosa de su unigénito Hijo, la cual, siendo de un valor infinito, nos merece toda suerte de gracias y bendiciones. ¿Observas esa pila? Aquí, luego que hemos nacido, se nos lava con una agua misteriosa, la cual tiene tanta virtud y eficacia, que nos borra la culpa original, nos hace miembros de la Iglesia, hijos de Dios y herederos de su reino. ¿Ves esos que nosotros llamamos confesonarios? Aquí venimos á confesar nuestras culpas, cuando hemos tenido la desgracia de cometerlas; y el sacerdote, que está sentado y ocupa el lugar de Dios, nos absuelve de ellas, y nos perdona. ¿Reparas aquel púlpito? Desde allí se nos instruye en los deberes de nuestra Religion, y se nos reprende, si somos negligentes en observarlos. ¿Observas aquel tabernáculo ante el cual está ardiendo una lámpara? ¡Ah! allí está el tesoro mas rico que posee nuestra santa Religion; pues en él habita nuestro Dios hecho hombre, y oculto por nuestro amor bajo las especies de pan. ¿Qué mas te diré? El aire, el mismo aire que aquí respiramos, es todo misterioso y santo; pues infinitas veces ha sido santificado con el humo del sacro incienso, con los cánticos de la Iglesia, y con las oraciones de sus ministros. ¿Qué te parece, idólatra? ¿No

es verdad que este templo está todo lleno de cosas que hablan al corazón, y llenan de respeto el alma?— Así, fieles míos, así hablaríais indudablemente vosotros á un pagano que os pidiese la explicación de los varios objetos que hay en esta iglesia. ¿Y no es una lástima que cada día se os haya de advertir eso mismo que vosotros advertiríais á los demás? ¿No es un dolor que se os haya de recomendar un respeto, que vosotros sabríais recomendar á un turco?

No olvidéis además que el templo es el lugar que Dios ha especialmente deputado para escuchar nuestras oraciones, recibir nuestros votos, y derramar abundantemente sobre nosotros sus gracias y bendiciones. Bien persuadidos estais vosotros de esto; pues luego que queréis libraros de algun mal, ó conseguir algun bien, vuestro primer cuidado suele ser venir al templo á implorar las misericordias del Señor. Y sino decidme: cuando oís rumores de guerra ¿á dónde recurrís para obtener la paz? Al templo. Cuando la sequía asola vuestros campos, y la tierra os niega sus frutos ¿á dónde vais para conseguir la abundancia? Al templo. Cuando el aire inficionado os amenaza ú os diezma con una peste ¿á dónde correis para libraros del azote? Al templo. A este lugar santo enderezais naturalmente vuestros pasos, siempre que deseais ó evitar algun mal ó alcanzar algun bien; porque juzgais, y en efecto es así, que en este lugar, mas que en ningun otro, Dios atiende á vuestras oraciones y presta oído á vuestras súplicas, conforme él mismo asegura: *Aures meæ erunt erectæ ad orationem ejus, qui oraverit in loco isto* ¹.

Y en efecto: ¡cuántos bienes, cuántas gracias derrama incessantemente el Señor sobre los que vienen á implorar aquí su misericordia! Hablad, altares santos; hablad, paredes sa-

¹ II Par. vii, 15.

gradas; y publicad cuanto acostumbrais ver y presenciar. ¿No es verdad que cuantos gimen bajo el peso de alguna aflicción, acuden aquí á implorar las misericordias de Dios? ¿No es verdad que este buen Dios á todos escucha, á todos bendice, y á todos enjuga las lágrimas? ¿No es verdad que de sus piés nadie se levanta desconsolado, nadie se va descontento? ¿No es verdad que aquí el culpable encuentra perdon, el ignorante alcanza luz, el débil recibe fuerzas, el desamparado logra protección, el huérfano amparo, el desvalido auxilio, y el pobre paciencia?

Pues si así es, ¿cómo, amados míos, cómo os atreveréis á profanar con irreverencias este lugar de bendición? ¿cómo tendréis valor para corresponder con injurias y desacatos á las muchas gracias que el Señor aquí os dispensa? Dios, cediéndoos toda la tierra, solo se ha reservado el templo, como lugar exclusivamente dedicado á su culto: ¿y vosotros cometeréis la enorme injusticia de usurpárselo? Todo cuanto hay en el templo inspira recogimiento y devoción: ¿y vosotros os conduciréis en él de un modo indecente é irrespetuoso? Dios os dispensa en el templo todo género de bienes: ¿y vosotros cometeréis en él toda suerte de irreverencias? No lo espero de vuestra religión. Antes, si hasta al presente ha habido quien, como Heliodoro, ha tenido el atrevimiento de violar el lugar santo; espero que, arrepentido de sus profanaciones pasadas, procurará en lo sucesivo repararlas, mostrando un respeto mas profundo, y una devoción mas tierna. Amen.

DOMINGO DÉCIMO DESPUES

DE PENTECOSTES.

El evangelio de este dia consiste todo en una parábola que Jesucristo propuso á algunos que, teniéndose á sí mismos en opinion de santos, miraban á los demás con desprecio. Para su aviso y desengaño supuso el Salvador, que dos hombres habian subido á orar en el templo de Jerusalem, de los cuales el uno era fariseo, esto es, individuo de una secta que hacia alarde de gran virtud; y el otro era publicano, es decir, miembro de otra secta que se componia de lo mas desmoralizado que habia entre los judíos, por manera que decir publicano, era lo mismo que decir hombre pecador, estafalario y perdido. Estos dos hombres, pues, subieron á un mismo tiempo al templo de Jerusalem para hacer oracion: el fariseo, puesto en pié cerca del Sancta Sanctorum, y lleno de presuncion y orgullo, oró en esta forma: Os doy gracias, Señor, porque yo no soy ni ladrón, ni injusto, ni adúltero, como lo son los demás hombres, particularmente aquel miserable publicano que está allá bajo junto á la puerta del templo haciendo oracion. Yo ayuno dos veces la semana, y pago diezmo de todo lo que poseo. El publicano, puesto de hinojos, con grande humildad rogó de este modo: Dios mio, tened compasion de este gran pecador. El resultado de estas dos oraciones fue muy diverso, porque el publicano se levantó justificado, esto es, perdonado de todas sus culpas; y el fariseo se volvió á casa con todos los delitos que

habia venido: porque, así como Dios exalta á los humildes, abate á los orgullosos y soberbios.

Aunque el objeto principal de esta parábola es desarraigar de nuestro corazon el vicio de la soberbia, y cimentar en él la virtud de la humildad; sin embargo, sin hacer violencia al texto, se pueden componer sobre ella tres asuntos muy diferentes, cuales son: la murmuracion, el modo de confesar los pecados, y los respetos humanos.

Si se quiere hablar de la murmuracion, se tomará el texto: Deus gratias ago tibi, quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri; y se discurrirá así:

«Un fariseo, dice el evangelio de hoy, subió al templo de Jerusalem para hacer oracion, y puesto en él de pié, se puso á rogar de este modo: Os doy gracias, Señor, porque yo no soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros. Yo ayuno dos veces cada semana, yo pago diezmo de todo cuanto poseo, yo... ¡Calla! desvergonzado, que bastante has insultado ya á Dios y á los hombres. ¿Ese es modo de orar? ¿Así se habla á Dios? Gracias, Señor, que no soy como los demás hombres. ¿Cabe expresion mas atrevida y orgullosa? «Los demás hombres todos son ladrones, injustos y adúlteros. ¿Puede haber calumnia mas atroz? Yo ayuno dos veces la semana. ¿Es posible jactancia mas vil y mas baja? «¡Malvado! ¿de qué sirve que ayunes dos veces cada semana, «si al mismo tiempo despedazas la fama de tu prójimo? ¿Qué te aprovecha abstenerte de la carne de animales, si al propio tiempo comes carne humana? ¿si con tu pestilente boca laceras «la reputacion de tus hermanos? Gloriate y envanécete cuanto «quieras de tus ayunos hipócritas y fingidos, que ellos no te «ahorrarán el castigo que Dios tiene señalado á los detractores. Impio entraste en el templo, é impio saldrás de él; porque tu oracion se te imputa á pecado. Cristianos míos: no ol-

«vidar á este infeliz. Si, como él, quereis hacer brillar vuestras buenas obras á costa de la reputacion ajena, como él, «seréis condenados de Dios. Orad, ayunad, haced todo el bien «que querais : si con el ayuno, la oracion y demás obras buenas juntais la murmuracion, tendréis la paga que tuvo el fariseo, la del infierno. Esto no se os hará difícil de creer, si «haceis reflexion á que la murmuracion es un pecado sumamente grave, porque perjudica al prójimo en lo mas precioso «que tiene en el orden natural, y le causa perjuicios que muy «dificilmente pueden repararse. Estadme atentos, y os venceréis.»—Ahora sigue la plática que comienza en la página 235 del tomo 2.º del Catequista orador.

Para predicar de la confesion se tomará el texto : *Publicanus à longè stans, nolebat nec oculos ad cælum levare : sed percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori, y se dirá : «Un publicano, dice el evangelio de hoy, «es decir, un gran pecador, entró en el templo de Jerusalem «para orar : y entró tan avergonzado y compungido de sus culpas, que no se atrevió á meterse algunos pasos dentro la gran «nave, sino que se quedó junto á la puerta, temiéndose por indigno de pasar mas adelante. Allá, puesto de rodillas, sin «atreverse siquiera á levantar los ojos hácia el altar, y dándose «fuertes golpes al pecho, dirigió á Dios esta humilde y sencilla «oracion : Dios mio, apiadaos de este miserable pecador. ¿Lo «creeréis, cristianos? Agradó tanto al Señor aquella humilde «é ingénua confesion, que al punto le perdonó todos sus pecados, y le envió justificado á su casa. Entonces, fieles, para «obtener la remision de los pecados, bastaba confesarlos á solo «Dios ; pero hoy es otra cosa. Despues que Jesucristo ha instituido el sacramento de la Penitencia, no basta decir simplemente á Dios que se ha pecado, como bastó al publicano del «evangelio ; sino que es necesario declarar los pecados al sacer-*

«dote ; y tan necesario, que sin esto, pudiendo hacerlo, es imposible alcanzar de ellos el perdon. Lloradlos, detestadlos, «haced de ellos cuanta penitencia querais : si, pudiendo, no los «confesais, todo habrá sido inútil. Pero no consiste la cosa en «confesarse simplemente, sino en confesarse segun las reglas de «una buena confesion. Y si deseais saber cuáles son estas, estadme atentos, que vengo á explicarlo con precision y claridad.»—Aquí entra la plática que se halla en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 351.

Véase ahora el siguiente discurso sobre los

Respetos humanos.

Publicanus à longè stans... percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori. (Luc. xviii, 13).

Un fariseo y un publicano subieron al templo de Jerusalem para orar : y mientras el primero fué á colocarse junto al altar y enfrente del mismo *Sancta Sanctorum*, sin dignarse solamente doblar la rodilla ante la majestad de Dios que tenia delante ; el otro se quedó en la puerta del templo, y allá postrado en tierra, y sin temer las críticas y censuras de los demás concurrentes, se daba golpes al pecho, diciendo en altas voces : Señor, tened piedad de este infeliz pecador : *Publicanus autem à longè stans, ... percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori.*

¿Cuál de vosotros, cristianos míos, tendria valor para hacer el acto público de humildad que hizo aquel publicano? Si se os dijese, que en un dia solemne y de gran concurso os habiais de detener á la entrada de este templo, y que postrados allá, y sin levantar la vista, os habiais de herir el pecho,

diciendo á voz en grito : Dios mio, tened piedad de mí, infeliz pecador, ¿ no es verdad que responderíais, que no teneis bastante virtud para sufrir las burlas y sátiras que este acto de humildad os acarrearía? Ciertamente que lo responderíais, puesto que el respeto humano os tiene tan acobardados, que muchísimas veces os impide practicar otros actos de religion incomparablemente menos humillantes que el que supongo. ¿ Cuántos no frecuentais los Sacramentos por temor de lo que diría el mundo? ¿ cuántos no osais venir á ciertas funciones religiosas, ni practicar públicamente ciertos actos de piedad, porque teméis que os llamen fanáticos ó devotos?

Yo sé, fieles, que el mundo libertino tiene guerra declarada á la virtud, y que, si bien ahora no la persigue con armas, como en otro tiempo, la persigue con burlas, sátiras y desprecios, que es un género de persecucion todavía mas peligroso; pero sé tambien que el buen cristiano, muy léjos de rendirse en esta persecucion injusta y atroz, debe cobrar mas ánimo para cumplir con mayor fidelidad los deberes de nuestra santa Religion. ¿ Por qué? Por tres razones que van á ser toda la materia de la presente instruccion : 1.^a porque esta persecucion es muy honrosa : 2.^a porque es muy meritoria : 3.^a porque es muy útil y saludable.

La guerra que los impíos tienen declarada á las personas que profesan religion y piedad, no es de ahora : comenzó con el Cristianismo, y, lo que parece increíble, libró la primera batalla en la misma presencia de Jesucristo. Véase sino lo que sucedió á aquella ilustre señora de Jerusalem, llamada María Magdalena. Supo ella que el Salvador comia en casa de un ilustre fariseo llamado Simon, en compañía de otros muchos convidados ; y deseosa de darle un testimonio público de su

grande amor y piedad, se fué allá con un vaso de unguento precioso, y á la vista de toda la concurrencia lo vertió sobre su sagrada Persona. ¿ Y qué sucedió? Que al punto comenzaron algunos de los convidados á criticar desapiadadamente aquella accion, diciendo : *Ut quid perditio hæc* ¹? ¿ á qué viene ese desperdicio de un bálsamo tan precioso? — ¡ Ah! censores malignos, ¡ y qué maleado teneis el corazon! Esta misma señora, en el tiempo de sus locuras, gastó mas unguentos y pomadas que no se expenden en una perfumería, y todos callásteis : empleó en su cabello mas ámbar y drogas que no produce un bosque de la India, y todos lo aplaudísteis : gastó en vestidos, anillos y brazaletes mil veces mas de lo que vale el unguento que tanto os duele, y no tuvísteis una palabra de censura. Y porque ahora ha tratado de hacer este pequeño obsequio á Jesucristo, al instante salís diciendo, que esto es prodigalidad, que esto es despilfarrar el patrimonio : *Ut quid perditio hæc?*

No hay que admirarse de esto, dice san Pablo, porque lo propio sucederá á cuantos quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús : *Et omnes, qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* ². Mientras un rico gaste su patrimonio en paseos, en diversiones y en vicios, será aplaudido de muchos : el dia que haga un pequeño desembolso á favor de alguna iglesia ú hospital, mil lenguas malignas le censurarán sin piedad : *Persecutionem patientur*. Mientras una doncella sea divertida, traviesa, y no tenga lo que hoy se llaman *preocupaciones*, no le faltarán obsequios, aplausos ni vítores : el dia que trate de darse á la virtud y frecuencia de Sacramentos, será murmurada y perseguida, no solo de los extraños, sino tal vez de sus propios padres y domésticos : *Persecutionem*

¹ Matth. xxvi, 8. — ² II Tim. iii, 12.

patientur. Mientras un jóven sea inmoral y libertino, pasará por jóven de talento, de buen gusto y fina educacion : el dia que arregle su conducta, dirán que es un ignorante, un estúpido, un salvaje : *Persecutionem patientur*.

¿Y por cuál razon los mundanos persiguen así á las personas buenas, ó que desean serlo? Por una razon que las honra sobremanera, y es, porque con su conducta cristiana y ejemplar los avergüenzan y los condenan. Es que es cosa insufrible tener continuamente á la vista muchos espejos, que tanto si se quiere como si no se quiere, hagan ver las propias manchas. Ser deshonesto, y ver á todas horas personas que se conservan puras y castas : ser libertino, y presenciar continuamente como otros practican con fervor los actos de religion : verse esclavo del vicio, y reparar que otros están adornados de virtudes, ¡oh! esto es molesto, esto es insoportable. ¿Qué recurso queda para desahogar un tanto el mal humor? No otro que censurar la conducta de los que lo ocasionan : decir, por ejemplo, que aquel hombre frecuenta los Sacramentos, no por piedad, sino por hipocresía ; que aquella mujer ha dejado el mundo, no por virtud, sino por verse despreciada ; que aquel jóven no gasta en vicios, no por templanza, sino por avaricia, etc. Ved ahí, almas buenas, el motivo real y la verdadera causa de la persecucion que sufrís de parte de los mundanos. Si fuéseis como ellos, os dice Jesucristo, os amarian y os ensalzarian hasta las nubes ; pero como no sois de su gremio, por esto os detestan y os persiguen : *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret : quia verò de mundo non estis... propterea odit vos mundus*¹.

Esto, repito, os es sumamente honroso, y debería daros ánimo para sufrir los desprecios y críticas de los mundanos,

¹ Joan. xv, 19.

no solo con resignacion, sino hasta con un santo orgullo y alegría ; pero desgraciadamente muchos sois de un corazon tan pequeño, que, por no sufrirlos, dejais de hacer muchas obras buenas, y falta poco para avergonzaros hasta del nombre de cristianos. ¿Cuántos enmendaríais vuestra vida, y os convertiríais á Dios, si no os lo impidiesen las atenciones que quereis guardar con vuestros malos compañeros? ¿Cuántos frecuentaríais los Sacramentos, si no os detuviese el *qué dirá el mundo*? ¿Cuántos os hallais á veces en reuniones donde se tienen discursos contrarios á la Religion, á la honestidad ó á la fama del prójimo, y por no pasar por escrupulosos ó místicos, os estais callados sin osar decir : esta boca es mía? ¿Cuántos, en fin, habréis dejado la misa, mezclado en dias de ayuno, ido á lugares de perdicion, y hecho otras ofensas á Dios, solo porque no os llamasen fanáticos algunos perdidos, que os incitaban á aquellas cosas? Vino aquel compañero, jovencito, y te dijo : ¿Qué tanto ir á la iglesia? el dia de fiesta es para divertirse : vamos á tal casa. ¿Y tú? tú, porque no te llamase escrupuloso, respondiste : vamos. Vino aquella amiga, doncellita, y te dijo : ¿Aun no has rezado bastante, beata? Esta tarde quiero verte en el baile. ¿Y tú? tú, por no pasar por devota, contestaste : no haré falta.

Yo no comprendo, fieles, por qué habeis de ser tan complacientes con los mundanos. ¿Qué les debeis? ¿qué esperais de ellos? ¿qué os darán? ¿Acaso ellos son condescendientes con vosotros? ¿Dejan ellos de ser malos aunque vean que vosotros sois buenos? ¿Vienen ellos á la iglesia, frecuentan Sacramentos, aunque os lo vean hacer á vosotros? No, que en esto no os guardan la menor atencion. ¿Por qué, pues, habeis vosotros de guardársela á ellos? Que les complazcais en las cosas indiferentes, que os acomodeis á sus gustos en la parte que no son reprehensibles, está muy bien, y debeis hacerlo, no

solo por caridad, sino por política y buena educacion ; pero acomodaros á su gusto hasta en las cosas tocantes á la Religion ; y por no desairarlos, obrar contra las luces de vuestro entendimiento, contra los dictámenes de vuestra conciencia, y á veces hasta contra los deseos de vuestro corazon ; esto, fieles, si he de llamarlo por su propio nombre, diré que es cobardía, servilismo y bajeza.

Por lo que se ve, vosotros de ningun modo quisiérais chocar con la gente impía : quisiérais que os dejasen en paz, y aun que os aplaudiesen y alabasen ; pero si así fuese, ¿qué mérito tendríais en ser buenos? Suponed que la virtud, en vez de acarrearos desprecios y humillaciones, os granjease bendiciones y aplausos : en esta suposicion ¿quién quedaria deudor, Dios á vosotros, ó vosotros á Dios? Es evidente que vosotros á Dios, pues que el servirle os resultaria ventajoso hasta bajo el punto de vista temporal y terreno. Cuando ahora Dios en cierto modo queda deudor á vosotros ; pues, por una obligacion que él mismo generosamente se ha impuesto, debe premiaros los servicios que le haceis, no por motivo de gloria mundana, sino por puro amor. Por esto os dice Jesucristo en el Evangelio : Cuando por causa de mi nombre los hombres os aborrecieren y ultrajaren, alegraos y llenaos de júbilo, porque en el dia de la cuenta recibiréis por ello una recompensa muy grande en el cielo : *Beati eritis cum vos oderint homines... gaudete, et exultate, ... ecce enim merces vestra multa est in celo*¹.

En aquel dia, fieles mios, se trocarán los papeles : los desprecios y las irrisiones se cambiarán en obsequios y alabanzas ; y los mismos que al presente se mofan de vuestra virtud, serán admiradores de vuestra constancia. ¡Qué satisfac-

¹ Luc. vi, 22, 23.

cion la vuestra, cuando á la vista de todo el mundo reunido en juicio, estaréis, como dice el Sábio, con gran constancia contra todos los que os habrán deprimido y angustiado! *Stabunt justi in magna constantia adversus eos, qui se angustia-verunt*¹. ¡Ah! entonces estaréis contentos de haber sido escarnecidos y despreciados en este mundo ; porque en justo desagravio os aplaudirá Dios, os aplaudirán todos los elegidos, y os aplaudirán hasta esos mismos que al presente os insultan y escarnecen. Viendo ellos el cambio de vuestra suerte, siendo espectadores de vuestra exaltacion, dirán entre sí, llenos de desesperacion y angustia : *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam*² : nosotros necios teníamos la vida de estos por necedad y locura, nos reíamos de su fervor y devocion, y nos divertíamos á costa de su simplicidad. Mirad ahora, mirad como están colocados entre los hijos de Dios, y tienen parte en la dichosa suerte de los Santos : *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter Sanctos sors illorum est*³. Erramos, pues, sí, erramos en hacer burla de los que procedian mejor que nosotros : y en esto no lucimos por cierto el gran talento de que nos preciábamos : *Ergo erravimus... et sol intelligentiae non est ortus nobis*⁴.

Si esto no bastase, que debería bastar, para haceros tolerable la persecucion que sufrís de parte de los mundanos, os haré otra reflexion, y es, que dicha persecucion os es útil y conveniente. Mientras los malos os traten con desden, estais menos expuestos á que sus doctrinas os seduzcan, sus máximas os perviertan, y sus malos ejemplos os arrastren ; que si os halagasen, sabe Dios lo que sucederia. Los hijos de Israel, cautivos en Babilonia, se mantuvieron fieles á Dios, y se acordaron de su amada Sion todo el tiempo que fueron tratados

¹ Sap. v, 1. — ² Ibid. 4. — ³ Ibid. 5. — ⁴ Ibid. 6.

con dureza : mas tan pronto como sus vencedores dejaron el rigor, y les dieron un trato amigable y cordial, comenzaron á aficionarse á sus costumbres, tomaron gusto á su idolatría, y acabaron por abandonar completamente al verdadero Dios. ¡Cuántos hay entre vosotros de una virtud tan débil, que si los mundanos os acariciasen, no sabríais resistir á sus halagos y caricias, y os pervertiríais enteramente!

Nunca olvideis, cristianos, lo que hoy os he dicho sobre la guerra que los malos hacen á los que profesan virtud y piedad, á saber, que esta guerra les es muy honrosa, muy meritoria, y muy conveniente. Honrosa, porque no tiene otro motivo que el verse los malos confundidos y condenados por su conducta cristiana y edificante : meritoria, porque Dios no podrá menos que recompensarles generosamente la fidelidad con que le sirven en medio de todas las dificultades que experimentan : conveniente, porque así se libran de los peligros de perversion en que podria ponerlos el trato amigable de sus perseguidores. No olvideis tampoco aquello que Jesucristo os dice en el Evangelio : Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí : y si á mí, que soy vuestro maestro, me han perseguido los hombres, es natural os persigan á vosotros, que sois mis discípulos. No los temais empero : cualquiera cosa que os digan ó hagan, no os avergonceis de confesar mi nombre ; porque al que me confesare en presencia de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre celestial. Amen.

**DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

A la primera mirada que se da al evangelio de este dia, se presentan tres textos principales que se brindan á servir de tema para otros tantos puntos morales, que son : el abuso de la lengua, las ocasiones próximas, y el arte de santificarse con poco trabajo.

Para el primero sirven aquellas palabras : Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur rectè ; y se las comenta así : « ¡Cuán raro es, cristianos, encontrar personas á quienes se pueda aplicar en sentido moral lo que el presente evangelio « dice del mudo que curó Jesucristo, á saber, que hablaba bien ! « Loquebatur rectè. ¿ Dónde buscaréis una persona que tenga su « lengua tan ajustada, que no deslice en palabras inconvenientes ? ¿ La buscaréis en el mundo ? ¿ La buscaréis en el claustro ? ¿ La buscaréis entre la gente devota y espiritual ? Buscadla donde os agrade, responde el apóstol Santiago ; y doquiera que la encontréis, estad ciertos que os habeis encontrado con un justo, con un santo, con un dechado de perfeccion : « Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir ¹. Pero « sabed, añade el mismo Apóstol, que muy difícil ha de seros « encontrarla, por mas diligencias que hagais ; porque moderar la lengua en términos de que nunca se propase, cosa es tan dificultosa, que puede ponerse en el número de las imposibles : Linguam autem nullus hominum domare potest ².

¹ Jac. III, 2. — ² Ibid. 8.

con dureza : mas tan pronto como sus vencedores dejaron el rigor, y les dieron un trato amigable y cordial, comenzaron á aficionarse á sus costumbres, tomaron gusto á su idolatría, y acabaron por abandonar completamente al verdadero Dios. ¡Cuántos hay entre vosotros de una virtud tan débil, que si los mundanos os acariciasen, no sabríais resistir á sus halagos y caricias, y os pervertiríais enteramente!

Nunca olvideis, cristianos, lo que hoy os he dicho sobre la guerra que los malos hacen á los que profesan virtud y piedad, á saber, que esta guerra les es muy honrosa, muy meritoria, y muy conveniente. Honrosa, porque no tiene otro motivo que el verse los malos confundidos y condenados por su conducta cristiana y edificante : meritoria, porque Dios no podrá menos que recompensarles generosamente la fidelidad con que le sirven en medio de todas las dificultades que experimentan : conveniente, porque así se libran de los peligros de perversion en que podria ponerlos el trato amigable de sus perseguidores. No olvideis tampoco aquello que Jesucristo os dice en el Evangelio : Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí : y si á mí, que soy vuestro maestro, me han perseguido los hombres, es natural os persigan á vosotros, que sois mis discípulos. No los temais empero : cualquiera cosa que os digan ó hagan, no os avergonceis de confesar mi nombre ; porque al que me confesare en presencia de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre celestial. Amen.

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

A la primera mirada que se da al evangelio de este dia, se presentan tres textos principales que se brindan á servir de tema para otros tantos puntos morales, que son : el abuso de la lengua, las ocasiones próximas, y el arte de santificarse con poco trabajo.

Para el primero sirven aquellas palabras : Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur rectè ; y se las comenta así : « ¡Cuán raro es, cristianos, encontrar personas á quienes se pueda aplicar en sentido moral lo que el presente evangelio dice del mudo que curó Jesucristo, á saber, que hablaba bien ! « Loquebatur rectè. ¿ Dónde buscaréis una persona que tenga su lengua tan ajustada, que no deslice en palabras inconvenientes ? ¿ La buscaréis en el mundo ? ¿ La buscaréis en el claustro ? ¿ La buscaréis entre la gente devota y espiritual ? Buscadla donde os agrada, responde el apóstol Santiago ; y doquiera que la encontréis, estad ciertos que os habeis encontrado con un justo, con un santo, con un dechado de perfeccion : « Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir ¹. Pero « sabed, añade el mismo Apóstol, que muy difícil ha de seros encontrarla, por mas diligencias que hagais ; porque moderar la lengua en términos de que nunca se propase, cosa es tan dificultosa, que puede ponerse en el número de las imposibles : Linguam autem nullus hominum domare potest ².

¹ Jac. III, 2. — ² Ibid. 8.

«Esta sentencia de Santiago no quiere decir, que sea absolutamente imposible tener siempre la lengua dentro los justos límites, sino que es cosa que no se consigue sino con mucha dificultad, y á costa de gran cuidado y diligencia. Para enseñaros á evitar las faltas de la lengua vengo á manifestaros tres cosas : 1.^a la gran dificultad que hay en ello : 2.^a cuán necesario es procurarlo : 3.^a qué medios hay para conseguirlo.»—Ahora entra el cuerpo de la plática puesta en el Catequista orador, tomo 2.^o, pág. 212.

El punto sobre las ocasiones próximas se deduce de aquellas palabras : Et apprehendens eum de turba seorsum... y se pone el siguiente exordio : «Saliendo el Salvador de los confines de Tiro, vino por Sidonia hácia el mar de Galilea, atravesando un país llamado Decápolis, á causa de las diez ciudades que comprendia. En esta ocasion le presentaron un hombre que era sordo y mudo, suplicándole le impusiese la mano para curarle. ¿Qué hizo el Salvador? Apartó al paciente de la turba que se habia apiñado para presenciar el milagro de su curacion, y teniéndole á solas, metió el dedo en sus oídos, atocó su lengua con saliva, y dijo : Ephpheta, que quiere decir ábrete : y al punto se abrieron sus oídos, quedó suelta y expedita su lengua, de modo que hablaba perfectamente. Una cosa llama particularmente mi atención en esta curacion milagrosa, y es el separar Jesucristo al sordo-mudo de la multitud para curarle. ¿Habrá aquí algun misterio? Sin duda lo hay, y el misterio, en mi concepto, consiste en que con esta ceremonia quiso hacernos comprender, que no puede un pecador ser curado de sus culpas en el tribunal de la Penitencia, si primero no se aparta de las ocasiones próximas de pecar, figuradas por aquella turba. Bien sé que esta doctrina no agrada á los que viven enredados en ciertas ocasiones que no quieren cortar : bien me consta que los confesores que

«la aplican en el confesonario, y los predicadores que la enseñan en el púlpito son tratados de severos, escrupulosos y rigoristas; pero ¿qué hacer? la verdad se ha de decir, tanto si agrada como si molesta. Si vosotros me oís sin prevencion, veréis que la doctrina que enseña que, para ser perdonado en el tribunal de la Penitencia, es indispensable quitar toda ocasion próxima de ofender gravemente á Dios, es una doctrina cierta, verdadera, incontrastable.»—Tómese en seguida la plática que hay en el tomo 1.^o del Catequista orador, pág. 342.

El tercer asunto es el que ponemos á continuacion, y señalamos con el epigrafe de

Arte de santificarse con poco trabajo.

Benè omnia fecit. (Marc. vii, 37).

Este fue el corto, pero brillante elogio que las turbas hicieron del Salvador, en vista del milagro sorprendente que refiere hoy el santo Evangelio. Arrebatadas de admiracion al ver que con solo untar con un poco de saliva la lengua de un sordo-mudo, y proferir una palabra misteriosa, hizo que al momento oyese y hablase con la mayor soltura y expedicion, exclamaron entusiasmadas : Este hombre todo lo hace bien : Benè omnia fecit. ¡Y tan bien, cristianos, como lo hizo todo!

No solo hizo bien este milagro que le mereció tan bello elogio, sino que hizo bien todas las acciones de su vida santísima, no habiendo una sola que no la ejecutase con la mayor perfeccion. De todas cuantas practicó desde el instante de su encarnacion hasta el momento de su muerte, de todas cuantas hizo en su infancia, en su adolescencia, en su juventud, y durante los tres años de su vida evangélica, no hubo una,

una sola á la que no se pudiesen aplicar estas hermosas palabras del Evangelio : *Benè omnia fecit* : todo lo hizo bien.

¡Oh! si de nosotros pudiera decirse otro tanto!... ¡Si á imitacion de nuestro amable Salvador, supiésemos santificar todas nuestras acciones!... ¡Si, como él, procurásemos todos, cada cual en su estado, hacer con perfeccion lo mismo que hacemos!... ¡Qué santos seríamos! Porque, preciso es confesarlo, si no somos santos, y santos muy grandes, no es siempre por falta de obrar bien, sino por no obrar con perfeccion aquello que ordinariamente venimos obrando. El arte de santificarse no consiste en hacer mucho, ni en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer las acciones propias de nuestro estado de tal modo, que pueda decirse con verdad, que todas son bien hechas : *Benè omnia fecit*. Arte, como veis, bien sencillo, bien fácil, y que lleva muy poco trabajo. Mas para que lo veais mejor, vengo á manifestarlo por tres medios : 1.º probando que la santidad no consiste en lo que comunmente se piensa : 2.º haciendo ver que consiste en santificar cada uno las acciones propias de su estado ó profesion : 3.º enseñando por qué medios pueden santificarse las tales acciones.

Para demostrar que el santificarse es cosa que cuesta poco trabajo, es necesario desvanecer primero algunas preocupaciones que reinan en el mundo sobre la santidad. Unos creen que ella consiste en hacer cosas extraordinarias y admirables, como por ejemplo obrar milagros, convertir naciones enteras, y derramar la sangre en defensa de la fe : otros se persuaden que consiste en emprender diferentes especies de buenas obras, en darse á la penitencia, en rezar mucho, en practicar lo que hay de mas relevante en las máximas evangélicas : otros, en fin, se imaginan que, para ser santo y perfecto,

es necesario experimentar un fervor sensible, y hallarse siempre en un estado perenne de éxtasis, de arrobamiento y contemplacion. Nada de esto, fieles : como luego os demostraré, la santidad consiste esencialmente en desempeñar bien nuestras ocupaciones ordinarias, en hacer con perfeccion las acciones mas comunes y triviales, enderezándolo todo á la mayor gloria de Dios.

¡Y qué! me diréis : ¿no consiste la santidad en hacer cosas singulares, extraordinarias y ruidosas? No, porque si así fuese, muy pocos podrian ser santos. La ocasion de hacer cosas extraordinarias y singulares se ofrece rarísimas veces, y la santidad debe consistir en cosas que podamos hacerlas todos ; de otra suerte en vano nos diria san Pablo, que la voluntad de Dios es que todos seamos santos : *Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra*¹. Cada uno debe hallar en su estado y profesion los medios de santificarse : sin salir de él, debe cada cual tener á la mano cuanto ha menester para adquirir la perfeccion á que Dios le llama : el jornalero debe poder hacerse santo en su trabajo, igualmente que el magistrado en el foro, el comerciante en el tráfico, el padre de familia en los cuidados domésticos, y el eclesiástico en su ministerio. ¿Y cómo podria ser esto, si para santificarse fuese necesario hacer obras extraordinarias?

¿Cuántos Santos hallaréis que no hicieron cosa alguna que brillase á los ojos del mundo, y se santificaron en las condiciones mas humildes y oscuras? Sin hablar de tantos anacoretas que se han santificado secretamente en el fondo de los desiertos, y cuyas virtudes no sabrá el mundo hasta el dia del juicio ; sin hacer mérito de tantos religiosos que llegaron á la cumbre de la perfeccion en el retiro de los claustros, sien-

¹ I Thes. iv, 3.

do, mientras vivieron, como aquellas estrellas altísimas cuya luz y resplandor no llega á nosotros ; sin hablar de la Reina de todos los Santos, María santísima, en cuya vida no se encuentra ningun hecho chocante ni estrepitoso, ¿qué me decís de nuestro Salvador Jesucristo? ¿Dudais de que él llevó una vida santísima hasta la edad de treinta años, que fue el principio de su vida evangélica? Y bien ¿qué hizo él de notable en todo este tiempo? Que fuese notable á la vista de los hombres, no hizo nada, nada absolutamente. Retirado en Nazaret con la Virgen y san José, se ocupaba en las acciones mas bajas en la apariencia : él obedecía á sus padres, él pasaba los dias en el trabajo y en la oracion, él comia, él dormía, él conversaba, él en fin llevaba una vida que nada tenia que no fuese humilde y abyecto á los ojos del mundo. Pero, como hacia en todo la voluntad de su Padre celestial, no hubo ninguna accion que no fuese objeto de sus complacencias ; de modo que él no le agradó menos durante este tiempo de su vida oculta, que en los tres años de su vida evangélica, en los que obró milagros los mas sorprendentes. Ya veis, pues, que para ser santos no es necesario hagais cosas memorables é insignes : bastan las que vuestra posicion os permite hacer, con tal que las hagais en debida forma.

Pero al menos, me diréis, tendremos que hacer muchas cosas buenas, muchos ayunos, limosnas, devociones..., etc. Os engañais : la santidad no consiste en la variedad y multitud de acciones, sino en hacer fielmente el poco bien que podemos hacer en nuestro estado. ¿Qué habian hecho aquellos criados de quienes habla Jesucristo en el Evangelio? Habian negociado fielmente los pocos talentos que les confiara su señor, el uno cinco, y el otro tres : y no obstante, por haber sido fieles en este poco, su señor les recompensó como si hubiesen hecho mucho : *Quia super pauca fuisti fidelis, super*

*multa te constituam*¹. No os desconsoléis, pues, vosotros cristianos, á quienes Dios no ha dado las gracias que ha concedido á otros ; porque con tal que sepais usar bien de las que os ha concedido, obtendréis en el cielo una corona tan hermosa como ellos. Porque, como llevo dicho, no consiste la cosa en hacer mucho, sino en hacer bien lo poco que se puede.

Pero este poco, me diréis, convendrá hacerlo con un fervor muy tierno y una devocion muy sensible : ¿no es verdad?—Ni esto, carísimos : no es el fervor sensible en lo que consiste la santidad de nuestra vida, sino en la solidez de la caridad. ¿Por ventura está en nuestro poder el experimentar siempre un tal fervor? Dios lo da, y Dios lo quita cuándo, cómo y á quién le place. Se puede ser muy santo y perfecto, y experimentar al mismo tiempo un disgusto natural en todo lo que se hace por Dios. Preguntad á los Santos si tuvieron siempre ese fervor sensible que os parece esencial á la santidad, y os dirán que hubo de todo : un tiempo sí, y otro tiempo no : á veces gran sensibilidad y ternura, á veces gran repugnancia y sequedad.

Ya, pues, que la santidad no consiste ni en hacer obras admirables, ni en practicar muchas devociones, ni en sentir una devocion sensible ; ¿en qué dirémos que consiste? Digo que consiste en hacer todas las acciones propias de nuestro estado con tres circunstancias muy sencillas, que son hacerlas en gracia de Dios, hacerlas todas por Dios, y hacerlas en el tiempo, lugar y modo que Dios quiere. Hacerlas en gracia de Dios : este es el primer fundamento, y si este fundamento falta, viene abajo todo el edificio de nuestra santidad : porque, segun el oráculo de la misma Verdad eterna, en faltándonos la gracia, ya no permanecemos en Jesucristo, ya no estamos uni-

¹ Matth. xxv, 21.

dos á él, y de consiguiente ya no podemos dar frutos de vida eterna. Así como el sarmiento, nos dice el Salvador, no puede dar fruto si no está unido á la vid; así vosotros no podeis hacer obra alguna meritoria no estando unidos á mí por gracia y por caridad: *Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis*. ¡Oh, y cuánto bien se pierde por falta de esta primera condicion!...

Hacerlas todas por Dios. Si las hacemos por otro motivo, ó por vanidad, ó por interés, ó por capricho, ó por pura costumbre, ó por respeto humano, por muy excelentes que sean en sí mismas, Dios las mira ó con indiferencia, ó con desprecio. Toda la hermosura del alma cristiana, dice el Profeta, esto es, toda la santidad de su vida, se deriva de su interior y de la intencion que la hace obrar: *Omnis gloria ejus filie regis ab intus*¹. Si obra por Dios, es santa, aun cuando lo que obra sea muy trivial y pequeño: si no obra por Dios, es nada, aunque haga cosas las mas admirables y portentosas: *Omnis gloria ejus filie regis ab intus*. ¡Oh, cuántas obras buenas quedan inútiles por falta de esta recta intencion!...

Hacerlas todas en el tiempo, en el lugar y del modo que Dios quiere. Si cuando Dios quiere que trabajemos, nos vamos á la oracion; si cuando es tiempo de orar, acudimos al trabajo; si todo lo revolvemos y barajamos, haciéndolo, no en el tiempo, lugar y circunstancias que Dios quiere, sino en las circunstancias, lugar y tiempo que á nosotros se nos antoja, el mayor bien pierde su mérito y su valor; porque, como enseñan los teólogos, para que una obra sea completamente buena, no basta que tenga una bondad intrínseca y esencial; sino que es necesario el concurso de todas las cir-

¹ Joan. xv, 4. — ² Psalm. XLIV, 14.

cunstancias exteriores; de modo que en faltando una, la obra queda manca é imperfecta. Bueno es el orar; pero si yo oro cuando Dios quiere que estudie, mi oracion es defectuosa, porque le falta la circunstancia del tiempo. Bueno es el corregir; pero si yo corrijo con aspereza y destemplanza, mi correccion no tiene mérito, porque le falta la circunstancia del modo. Bueno es el dar instruccion; pero si yo voy á darla en las parroquias que no son mias, olvidando la que Dios me ha encargado, mi instruccion no puede ser grata á Dios, porque le falta la circunstancia de lugar. ¡Oh, cuántas acciones virtuosas quedan sin valor por no hacerse en el tiempo, en el lugar y del modo que Dios quiere!...

Si vosotros, cristianos, os penetráseis bien de esta doctrina, tal vez deploraríais amargamente todos los años de vuestra pasada vida. ¿Quién podria contar todas las acciones buenas que habeis hecho desde que entrásteis en el uso de la razon? Son tantas, que estoy por decir, que si las hubiéseis hecho todas con arreglo á las máximas que acabo de sentar, á estas horas todos seríais santos. Y no obstante, por haberlas hecho, unas estando privados de la gracia, otras por fines puramente humanos, otras en el tiempo, en el lugar, y del modo que Dios no queria, os hallais pobres, pobrísimos de méritos y de virtud. Deplorad estas pérdidas verdaderamente irreparables, y desde hoy comenzad á santificar todas vuestras acciones del modo que he dicho, seguros de que os bastarán para haceros santos, y obtener en el cielo la corona que Dios tiene prometida á la santidad. Amen. ®

**DOMINGO DUODÉCIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Del evangelio de este día deducimos tres asuntos de grande interés: uno sobre la gran dicha que cabe á los católicos por haber sido llamados á la verdadera Religión: otro sobre el módico precio á que Dios nos vende los bienes del paraíso; y el tercero sobre los títulos que Dios tiene para ser amado de nosotros.

El primer asunto se infiere del texto: *Beati oculi qui vident quæ vos videtis; y se propone así: «Estas fueron las palabras que el Salvador dijo á sus discípulos, al darle ellos cuenta de una expedición evangélica que venían de hacer, y en la que habían obrado grandes maravillas. Dichosos los ojos, les dijo, que ven lo que vosotros veis. Muchos reyes y profetas desearon vivamente ver lo que vosotros veis, y no lo consiguieron; y suspiraron por oír lo que vosotros oís, y no lo lograron. Estas palabras que Jesucristo dirigió á sus discípulos, ¿no puedo yo dirigirlas también á vosotros, mis amados fieles? Nacidos en el seno de la religión católica, instruidos en los misterios de la verdadera fe, fortificados con la gracia de los Sacramentos, ¿no puedo deciros que sois muy dichosos en ver lo que veis, y que vuestra dicha excede á la de muchos reyes y profetas? ¡Ah, fieles! entre los muchos beneficios de que la bondad divina os ha colmado, uno de los más distinguidos, y que debería ser el objeto de vuestra más tierna gratitud, es el haberos llamado á su verdadera Religión. ¡Oh, y qué beneficio ha sido este! Comparad vuestro estado con el de tantos pue-*

«blos infieles que ha habido desde el principio del mundo; comparadlo con el de los patriarcas y profetas que vivieron en tiempo de la ley natural y escrita; comparadlo con el de aquellos mismos que vieron y oyeron á Jesucristo: ¿qué hallaréis? Que Dios, llamándoos á su verdadera Religión, os ha preferido á una infinidad de pueblos bárbaros, os ha distinguido sobre los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, y no os ha hecho menos dichosos que aquellos á quienes el mismo Jesucristo anunció su Evangelio, y en cuya presencia obró tantas maravillas. Voy á ponerlos en evidencia estas tres verdades, seguro de que si teneis el corazón un poco sensible, no dejarán de excitar en vosotros sensaciones muy tiernas y afectuosas.»

Para hacer evidente la primera verdad, se harán tres cosas: 1.º Se hará una viva pintura del triste estado en que vivieron la mayor parte de los hombres antes de la venida de Jesucristo, y de la lamentable ceguera en que todavía viven muchos pueblos que no conocen al verdadero Dios, y á quienes no se ha anunciado el Evangelio. 2.º Se hará presente á los fieles que dichos pueblos se condenan irremisiblemente, porque se hallan fuera del arca de salvación, que es la religión católica; y que igual suerte les cabría á ellos, si Dios no los hubiese llamado á esta Religión. 3.º Se les hará comprender bien, que el haberles Dios llamado á su Iglesia no ha sido por haber previsto en ellos algún mérito particular, sino por pura misericordia suya; y que, por el contrario, si Dios, al designar en sus eternos decretos cuáles debían entrar á formar parte de su Iglesia, solo hubiese atendido á las buenas disposiciones personales de cada uno, es probable que muchos infieles hubieran sido preferidos, y ocuparían el lugar que ellos ocupan en el Cristianismo. Estas tres reflexiones, bien propuestas, no podrán menos que excitar tiernos afectos de reconocimiento y gratitud.

La segunda verdad se demostrará haciendo ver la gran diferencia que hay entre los favores que Dios hizo á su pueblo en el Antiguo Testamento, y los que nos dispensa á nosotros en la ley de gracia. Entonces, como dice san Pablo, todo se pasaba en figuras, que no eran sino sombras de lo que vemos cumplido en nuestros dias. ¿Qué era la circuncision? Una sombra imperfecta de nuestro Bautismo. ¿Qué las purificaciones legales? Simples figuras de nuestra Penitencia. ¿Qué el cordero pascual, el maná, el pan subcinericio? Débiles imágenes del gran sacramento de la Eucaristía. Hágase una detallada enumeracion de las principales ceremonias de los judíos, de sus sacrificios, sacramentos, fiestas y preceptos; y comparándolo todo respectivamente con las ceremonias, sacrificios, Sacramentos, fiestas y preceptos de la ley evangélica, se hará ver cuanto mas santas son nuestras ceremonias, cuanto mas precioso es nuestro sacrificio, cuanta mas eficacia tienen nuestros Sacramentos, cuanto mas augustos son nuestros misterios, y cuanto mas fáciles de cumplir nuestros preceptos, ya se atienda al número, ya se considere la calidad.

La última verdad se probará haciendo un cotejo entre nosotros y los que tuvieron la dicha de ver, oír, y aun tratar personalmente á Jesucristo. ¿Qué vieron ellos? ¿qué oyeron? Oyeron las palabras de vida que salian de la boca del Salvador, sus instrucciones, sus preceptos y sus consejos: vieron las acciones santísimas que hacia, las obras de caridad que practicaba, los prodigios que obraba en todas partes. Pero ¿no oímos nosotros todos los dias los mismos discursos de la boca de los predicadores del Evangelio? ¿No se nos hace la relacion mas exacta de su vida santísima, de sus acciones, de sus palabras y de sus prodigios? ¿No estamos tan ciertos de todo, como si lo hubiésemos visto con nuestros mismos ojos? Nosotros vemos por la fe todo lo que los Apóstoles vieron con la vista corporal,

y en esto les somos iguales; y además vemos cosas que ellos no pudieron ver, y en esto les aventajamos. ¿Vieron los Apóstoles lo que principalmente sirve de argumento incontrastable de la fe que les enseñó su divino Maestro? ¿Vieron el cumplimiento de muchas de sus profecias y predicciones? ¿Vieron la dispersion de los judíos, la predicacion del Evangelio en todo el universo, el establecimiento de la Religion sobre los escombros de la idolatría, y sobre todo esa estabilidad de la Iglesia, demostrada con diez y ocho siglos de combates y otros tantos de triunfos? No, los Apóstoles no vieron ninguna de estas cosas que tanto robustecen nuestra fe; y nosotros, mas dichosos que ellos en esta parte, las vemos, las experimentamos, y las estamos tocando con la mano.

Probadas estas tres verdades, se concluirá el discurso con una reflexion práctica, manifestando cuán culpables son los cristianos que no corresponden á la gracia de su vocacion, y cuán severamente serán castigados los que abusan de esta gracia.

El otro asunto, que es sobre lo poco que Dios exige de nosotros para darnos el cielo, se infiere del texto que dice: Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo? y se le da el siguiente exordio: «En ocasion que el Salvador tenia un coloquio familiar con sus discípulos sobre la dicha que les cabia por haber sido llamados á la luz del Evangelio, se levantó un doctor de la ley, y le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer yo para alcanzar la vida eterna? Esta pregunta la hizo el doctor, «no porque desease sinceramente saber de él qué era lo que debia practicar para conseguir el cielo, sino para probar hasta dónde llegaban sus luces y sabiduría: Tentans eum. Jesucristo le contestó: ¿Qué está escrito en la ley? ¿qué lees tú en ella? «Leo, respondió el doctor, estas notables palabras: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; y á tu prójimo como á ti mismo. Has res-

«*pondido muy bien, le dijo el Salvador: cumple esto, y conseguirás el cielo: Rectè respondisti: hoc fac, et vives. Aquí «teneis, fieles míos, todo lo que Dios exige de vosotros para daros el paraíso. ¿Puede exigiros menos? ¿puede ofrecer os el «cielo mas barato? Mas ¡ay de mí! que muchos ni á un precio «tan módico lo quereis aceptar. Entended, cristianos, que el «cielo no se da de balde, sino que es menester comprarlo, ofreciendo al menos el precio módico que Dios nos pide por él. Cuál «sea este precio, es lo que vamos á ver en la presente instrucción.»—Ahora se tomará la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 226.*

El tercer asunto es el que sigue con el título de

Dios infinitamente amable.

*Diliges Dominum Deum tuum
ex toto corde tuo. (Luc. x, 27).*

Es ciertamente una cosa muy sensible, que los predicadores nos veamos precisados á probar la obligacion que todo hombre tiene de amar á Dios, y que hayamos de probarlo, no al judío, no al infiel, no al bárbaro; sino á los cristianos, á los discípulos de la caridad, á los hijos del amor. Pero ¿cómo no hacerlo, viendo que el fuego del amor divino va apagándose de día en día entre nosotros, faltando ya poco para quedar enteramente extinguido? ¡Ay de mí! hubo un tiempo en que podia decirse, que toda la tierra estaba llena de templos, y que entre tantos no habia uno para el verdadero Dios; porque todos estaban dedicados, cuál á Júpiter, cuál á Venus, cuál á Marte, cuál á alguna otra deidad todavía mas abominable. ¿Y no podria decirse hoy con igual razon, que el

mundo arde todo en fuego de amor, y que de tanto amor no hay una sola chispa para Dios, porque se lo llevan todo las miserables criaturas?

Ó cristianos, que consagrais vuestro amor á las criaturas bajas y terrenas, y lo negais al que es infinitamente digno de ser amado, ¿qué he de hacer yo con vosotros para conseguir que ameis á vuestro Dios? Podria hacer os sentir todo el rigor del precepto divino que os manda, so pena de condenacion eterna, amar al Señor con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas: sí, podria... mas, prefiero seguir otro rumbo. Yo quiero probar si logro entenderme directamente con vuestro corazon, y ver si consigo triunfar de él despertando sus sentimientos. De vosotros solo quiero una cosa, y es que oigais con atencion lo que voy á decir, y que despues deis obrar libremente á vuestro propio corazon. ¡Ah! si lo teneis un poco sensible, si todavía es capaz de experimentar alguna tierna sensacion, si no está ya enteramente cerrado á todo afecto piadoso, yo confio que no sabrá resistir á la fuerza de estas tres verdades: Dios es infinitamente amable: Dios nos ama tiernísimamente: Dios desea mucho que le amemos. Repito, que hoy solo exijo de vosotros que me escuchéis con atencion.

Al querer hablar de la infinita amabilidad de nuestro Dios, se me viene naturalmente á la boca aquella enérgica pregunta que el arcángel Miguel dirigió á sus compañeros de gloria, viendo el horroroso cisma que el soberbio Lucifer habia suscitado contra Dios en el paraíso: *Quis ut Deus?* ¿Quién como Dios? Cual intrépido general que, habiendo de entrar en batalla con los enemigos de su príncipe, arenga á sus tropas,

las anima, las entusiasma, y al grito de ¡viva el Rey! las arroja sobre el ejército enemigo; así, todo enardecido de celo aquel Arcángel fidelísimo, iba gritando á sus compañeros: *Quis ut Deus?* Tronos, decia, Virtudes, Dominaciones, Potestades... oid la voz de vuestro general, y en vuestro altísimo entendimiento pesad bien el valor de esta simple palabra: ¿Quién como Dios? ¿Hay en todo el empíreo quien pueda competir con Dios en poder, en bondad, en hermosura y en gloria? ¿Quién tan poderoso como él?... ¿Quién tan bondadoso como él?... ¿Quién tan hermoso y glorioso como él?... *Quis ut Deus?*

Otro tanto digo yo á vosotros, mis amados fieles. ¿Quién como Dios? ¿Quién tan digno de ser amado como él? Record uno á uno todos los objetos que pueden excitar vuestro amor: ¿hay alguno tan amable como Dios? En cuanto á hermosura, *Quis ut Deus?* ¿quién tan hermoso como Dios? Su rostro es tan bello, que despues de seis mil años que los espíritus bienaventurados le están contemplando continuamente en el cielo, todavía no están saciados de mirarle, ni lo estarán en toda la eternidad. En punto de poder, *Quis ut Deus?* ¿quién tan poderoso como Dios? Es tan grande su poder, que con una sola palabra podria criar mil mundos incomparablemente mas grandes y hermosos que este, y con otra palabra podria destruirlos y aniquilarlos. En lo que toca á santidad, *Quis ut Deus?* ¿quién tan santo como Dios? Su santidad es tan perfecta, que el mas leve defecto le repugna infinitamente, y mas posible seria que la luz fuéese tinieblas, y el frio calor, que no que en Dios hubiese la mas ligera imperfeccion. Por lo que hace á sabiduría, *Quis ut Deus?* ¿quién tan sábio como Dios? Su sabiduría es tan vasta, que con un simplicísimo acto de su entendimiento penetra todo lo pasado, todo lo presente y todo lo por venir, no habiendo cosa alguna, ni

existente ni posible, que no sea perfectísimamente conocida de él. En cuanto á riqueza, *Quis ut Deus?* ¿quién tan rico como Dios? Sus tesoros son tan grandes, que, habiendo ya distribuido tantos y tantos á sus criaturas, él se queda tan rico como si no hubiese dado nada. En punto de...

Pero ¿qué hago yo? ¿pretendo acaso recorrer uno á uno sus infinitos atributos? Diré en pocas palabras todo lo que de él puede decirse con lengua humana. Dios es eterno, y en él no hay que buscar ni principio ni fin: Dios es inmutable, y en él no es posible hallar ni alteracion ni mudanza: Dios es inmenso, y á él ningun lugar le limita ni circunscribe. Él lo gobierna todo, y sin que dependa de nadie: él lo mueve todo, y sin que nada lo mueva á él: él lo provee todo, y sin que esto le cause fatiga alguna. Él causa todas las mudanzas, pero siendo siempre el mismo: él derrama infinitos bienes, pero quedando siempre igualmente rico: él descarga grandes castigos, pero quedando siempre pacífico. Él es grande, él es rico, él es santo, él es bello, él es sumo, él es Dios...

¿Qué os parece, fieles, de este Ser perfectísimo? ¿tiene derecho á nuestro amor?... ¿es digno de que le amemos?... ¡Lástima, diréis, que un Dios tan bello y perfecto no sea visto de nosotros! Él es sin duda muy amable en sí; pero, como en el estado presente nosotros nos gobernamos por los sentidos, no podemos, aunque queramos, amar tiernamente á un Dios que no se ve.—Ó Virgen de Sena, ¿habias visto tú á este Dios cuando su ardentísimo amor te hacia desfallecer con mortales deliquios? Ó Serafin del Carmelo, ¿habias tú visto á este Dios cuando su amor te hacia exclamar: *Muero porque no muero?* Vosotros, Santos y Santas, ¿le habíais visto cuando su amor os hacia dar en tales excesos, que á los ojos profanos parecian locuras? *Dios no se ve...* ¿Y qué, por ventura, para amar un objeto, es menester verlo con los ojos del cuer-

po? ¿Cuál de vosotros ha visto á Pablo y á Virginia, á Atala y á Cornelia, á Eneas y á Dido, y á otros tantos personajes imaginarios que la fantasía de los poetas hace figurar en las novelas? Y no obstante los amais; y tan apasionadamente, que la simple lectura de sus historias fingidas os hace verter lágrimas de ternura y compasion. *Dios no se ve...* Pero y sus bellísimas obras que tenemos á la vista ¿no nos hablan en alta voz de él y de sus infinitas perfecciones? Todo el universo ¿no es un cuadro sensible de su gloria y magnificencia? Cada criatura ¿no es un espejo en que reverbera la imágen de Dios invisible? *Dios no se ve...* Pero si le viésemos, ¿qué mérito tendríamos en amarle? Un Dios claramente visto destruiria nuestra libertad, y nosotros ya no seríamos libres de amarle ó no amarle; porque ¿cómo no amar á la misma bondad claramente vista? ¡Ah! si nuestro amor ha de ser un movimiento libre de nuestro corazon, y no un afecto necesario, preciso es que amemos á Dios sin verle. Bástenos saber que él es infinitamente amable, y que al mismo tiempo nos ama tiernísimamente.

Pero, ¿y es verdad, me diréis, que el Criador ama á la criatura, y que Dios pone su afecto en el hombre?—¡Ah! fieles: el solo preguntarlo es poner en problema si Dios es bueno; y preguntar si Dios es bueno es poner en duda si Dios existe. ¿Cómo seria Dios, si no fuese bueno? Y ¿cómo seria bueno, si no amase la obra maestra de sus manos? Ama un buen príncipe á sus súbditos, un buen padre á sus hijos, un buen pastor sus ovejas, un literato sus libros, el artista sus obras: ¿y Dios no amará al hombre que es su vasallo, su hijo, su oveja, su imágen y su obra predilecta? Nosotros miramos con particular afecto una casa que hayamos edificado con nuestros fondos, un árbol que hayamos plantado con nuestra mano, una flor que hayamos cultivado en nuestro jardin:

¿y Dios mirará con desden al hombre, á quien ha criado á su imágen y semejanza?

¡Ah! cristianos: todavía no existíamos; ¿qué digo? aun no existia el mundo, y Dios ya se ocupaba de mí, de vosotros, y de nuestro bien; pudiendo decirse que nos ama desde la eternidad: *In charitate perpetua dilexi te*¹. Sí, antes que fuésemos, cuando éramos nada, y primero que pudiésemos conocer su amor, él nos amaba, él nos tenia impresos en su tierno corazon, él se complacia en idear todo el bien que nos ha hecho con el tiempo. ¡Oh, Dios mio, qué clase de amor es el vuestro! Yo no sabria, yo no podria, aunque quisiera, amar un objeto en quien no descubriese ningun mérito para ser amado, ni hermosura, ni bondad, ni ingenio, ni ninguna de las cualidades que hacen amable una persona. Y Vos, Dios mio, Vos me amábais cuando no descubriais en mí cosa alguna que me hiciese amable, cuando yo aun no podia tenerla, porque era un puro nada. ¡Oh Dios de mi corazon! ya no preguntaré mas, qué especie de amor es el vuestro; sino qué especie de corazon es el mio, si no correspondo á un tal amor.

No solo Dios nos ha amado sin ningun mérito nuestro, sino que nos ha amado siendo nosotros sus enemigos. Y ¡con qué preferencia! Oidlo, fieles, y ved si jamás se ha visto cosa igual. Pecaron los Ángeles, es decir, los hijos primogénitos del Altísimo, y hé aquí que el primer instante de su pecado fue el de su irreparable ruina. Ninguna indulgencia, ninguna gracia, ninguna redencion hubo para ellos: *Nusquam enim Angelos apprehendit*². Peca el hombre, como si dijésemos, la criatura vilísima, y hé aquí que, por decreto del Padre, el Unigénito de Dios baja de lo alto del cielo para visitarle en

¹ Jerem. xxxi, 3. — ² Hebr. ii, 16.

las entrañas de su infinita misericordia, cargar sobre sí todo la pena que él merecia por su culpa, y morir en una cruz para reconciliarle con su Padre indignado. ¿Cuál padre sacrificó jamás á su hijo querido para salvar á un esclavo? ¿Cuál padre no daría todos los esclavos del mundo por salvar á su hijo, y mucho mas si aquellos fuesen esclavos desleales, pérfidos y traidores? Pues esto que jamás se ha visto, esto que parece imposible, Dios lo ha hecho con nosotros. Dios Padre nos ha amado tan desmedidamente, que por salvarnos á nosotros, siervos desleales y rebeldes, se encruceció, si puedo expresarme así, contra su inocentísimo y único Hijo, y le entregó á la muerte: *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*¹. ¡Oh qué pena! ¡oh qué envidia! ¡oh qué rabia causa á los Ángeles rebeldes este amor de preferencia con que Dios nos ha honrado! ¡Dios eterno! me parece les oigo exclamar, nosotros por un solo pecado irrevocablemente perdidos; ¿y el hombre cargado de culpas sobrevivir á nuestras penas? Para nosotros ninguna consideracion, ¿y para el hombre tanta indulgencia? Nosotros, criaturas nobilísimas, no haber tenido quien, haciendo el oficio de redentor, os ofreciese una sola súplica á favor nuestro, ¿y el hombre, lodo vil y despreciable, haber tenido por Redentor á vuestro mismo Hijo, quien ofreció por él su sangre y su vida? ¡Oh rabia!... ¡oh desesperacion!... Adoremos, fieles, con la frente inclinada la tremenda justicia de Dios sobre aquellas criaturas reprobadas, pero reconozcamos al mismo tiempo su inefable amor respecto de nosotros.

Este amor de Dios es tanto mas admirable, cuanto no puede proceder de mira alguna interesada, ni puede tener otra causa que su misma bondad. Que los hombres á veces nos

¹ Joan. iii, 16.

amen, nada tiene de particular; pues en esto mas se buscan á sí mismos que á nosotros. ¿Qué aman en nosotros los amigos de la tierra? Aman, no lo que somos, sino lo que valemos; no á nosotros, sino nuestras cosas: aman, por ejemplo, nuestra hermosura, nuestros bienes, nuestro poder, nuestro valimiento: *Non te, sed res tuas amant*, que dice san Gregorio papa. Y de que así sea, y de que todo el amor de los hombres sea un amor de especulacion y de cálculo ¿quereis una prueba? Haced que la rueda de vuestra fortuna dé una vuelta, quiero decir, que perdais la hermosura, las riquezas, el valimiento, el poder, etc., vosotros veréis como todo el amor de vuestros amigos se convierte en indiferencia, y tal vez en desprecio. El mismo Dios, no obstante su amabilidad infinita, ¿tendria sobre la tierra los pocos amigos que tiene, si no tuviese premios que darles, ni coronas que repartirles? Suponed que él cerrase el cielo y el infierno, y que hecho esto, dijese á los hombres: Ea, de hoy mas ni habrá cielo para los buenos, ni habrá infierno para los malos. Yo os agradeceré que me améis, pero tendréis que amarme con un amor puro y desinteresado, y sin que pueda esperar premio el que me ame, ni haya de tener castigo el que deje de amarme. Si Dios hablase á los hombres en estos términos, ¿conservaria por mucho tiempo los pocos amigos que cuenta? ¿No es cierto que á excepcion de pocas almas de una caridad muy fina, todo el mundo le volveria las espaldas?

Ó Dios mio, el amor que Vos nos teneis no es de esta especie. Vos nos amais, no por vuestro interés y ventaja, sino solo por nuestro bien. Porque ¿qué utilidad os lleva nuestro amor? ¿qué necesidad teneis Vos de nosotros? Cuando nosotros os aborreciésemos á muerte, ¿seríais Vos menos feliz? ¿seria por esto menor vuestra gloria? No, que siendo dichosísimo por Vos mismo, lo mismo es que os amemos ó que os

aborrezcamos : si os amamos, nada ganais ; y si dejamos de amaros, nada perdeis. Y no obstante ¡oh Dios bondadosísimo! Vos poneis en nosotros vuestro corazon, Vos nos amais tiernamente, y nos amais con un amor firme, estable y perenne.

¡Qué fácil es, cristianos, perder la amistad de los hombres! Basta una sospecha, un desaire, un nada para dividir dos corazones que antes formaban un solo corazon. Bien es verdad que en el mundo se hace mucho alarde de amor fiel, de amor constante, de amor duradero hasta la muerte : pero podeis creerme, católicos, las amistades hasta la muerte no son mas que puros romances. Ayer lo érais todo, y hoy no sois nada. ¿Habeis acabado de agradar á quien os ha jurado mil veces un amor eterno? Hé aquí que en un instante olvida todos sus juramentos. Ya podeis decir, ya podeis hacer : no agradaís y se acabó. Pero ¿por qué no agradar, no habiendo habido muchas veces cambio alguno en vosotros, y siendo hoy los mismos que érais ayer? No sé qué responderos, sino que el corazon humano es hecho así. No sabe estar fijo en un mismo objeto, es inconstante por naturaleza y condicion, se causa de amar siempre una misma cosa ; y si le preguntais ¿por qué ordinariamente acaba por aborrecer lo que amaba hasta con delirio? las mas veces no sabrá daros otra razon sino esta, *porque ya lo ha amado bastante*. Así son los hombres, cristianos ; y por esto nunca podemos contar con su amor con seguridad, siempre estamos expuestos á que á la mejor ocasion nos vuelvan las espaldas, y nos dejen. Vuestro amor, Dios mio, no es de esta naturaleza : respecto de Vos, yo no debo temer otra cosa que mi infidelidad. Yo sé que nunca seréis el primero en enemistaros conmigo, que vuestro corazon está en mis manos, y que jamás me negaréis vuestro amor, si primero yo no os niego el mio.

¿Qué mas, cristianos? ¡Ah! hay todavía otra cosa, que no

sé si podré decirla sin lágrimas. Aun cuando nosotros tengamos la vileza de abandonar á Dios, él por esto no deja de amarnos, antes parece que nuestra infidelidad aviva y enciende mas su amor. Como si perdiendo nuestra amistad lo perdiese todo, no omite diligencia, ni ahorra medio para conquistar de nuevo nuestro corazon. Quejas, ruegos, promesas, reprehensiones amorosas, todo lo emplea, todo lo pone en accion. Ya nos hace presentes sus beneficios pasados, ya nos recuerda el cariño con que siempre nos trató, ya nos pinta vivamente toda la fealdad de nuestro comportamiento, ya nos hace ver los males sin cuento en que va á sumirnos nuestra deslealtad. Y si consigue que le demos oidos, si logra que nos arrepintamos de nuestra ingratitud, ¡qué poco nos pide por ponerlo todo en olvido! ¡qué poco hemos menester para quedar amigos como antes! Un acento, un suspiro, una lágrima, un *peccavi* basta para que él se dé por satisfecho, y quede la cosa como si nada hubiese sucedido. ¿Son así los hombres?... ¿Aman con este desinterés, con esta constancia, con esta paciencia?...

No solo Dios nos ama del modo que acabais de ver, sino que desea sinceramente que nosotros le amemos : poco he dicho, nos pide nuestro amor con vivas instancias : mas diré, nos manda que le amemos so pena de incurrir en su enojo y en grandes castigos. Sí, fieles, todo un Dios se abaja á pedir nuestro amor, y á pedirlo como un favor, como una gracia, como una limosna. *Fili*, dice á cada uno de nosotros; *fili mi, præbe cor tuum mihi*¹ : dame, hijo mio, dame tu corazon. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué dignacion es la vuestra? ¿Qué vale, amor de mi alma, qué vale mi corazon, para que Vos os digneis pedírmelo? Vos Señor del cielo y de la tierra, yo

¹ Prov. xxiii, 26.

gusanillo despreciable, ¿y me pedís el corazón? *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*. Mirad, Señor, que vuestra bondad os hace olvidar vuestra grandeza, y que Vos os abajais conmigo hasta donde no se abajaria ningun hombre. No importa, dice: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*: Dame tu corazón. Lo quiero, te lo pido, y no estaré contento hasta que me lo hayas concedido.

¿Cuál de nosotros, amados míos, tendrá valor para negar el propio corazón á un Dios que nos lo pide con tanta instancia, que lo merece por tantos títulos, y que por obtenerlo hace valer el liernísimo epíteto de hijo? *Fili*. ¿Y qué mas se necesita para adherirnos á tan amorosa invitacion? ¿Queremos grandeza, hermosura, sabiduría, poder, santidad? En Dios se halla todo esto en un grado eminentísimo. ¿Queremos amor preveniente, desinteresado, generoso, paciente, firme, estable, eterno? Tal es el que Dios nos profesa. ¡Ah! quien no ama con todo el corazón á un Dios tan digno de ser amado ¿qué diré de él? ¿diré que es un ingrato? ¿diré que es un insensible? No: diré que es un aborto de la naturaleza, un ser degenerado, un monstruo semejante á los que habitan en el infierno. Que estos infames epítetos no hayan de aplicarse á ninguno de vosotros. Amen.

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Sin hacer violencia alguna al evangelio de este dia, se puede tomar pié de él para predicar sobre materias tan diferentes como lo son el escándalo, los peligros de quien peca en confianza de la confesion, y la confesion general.

Para predicar sobre el escándalo se echa mano del texto que dice: Occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longè; y el discurso se dispone así: «Yendo un dia Jesucristo á «Jerusalen, al entrar en una aldea que estaba situada en los «confines de Galilea y Samaria, le salieron al encuentro diez «hombres leprosos, quienes, parándose á lo léjos, por no atreverse á acercarse á él, levantaron la voz, diciendo: Jesús, «nuestro maestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador los vió, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y sucedió que cuando iban, quedaron curados. ¿Por qué pensais «vosotros que aquellos leprosos se detuvieron luego que vieron «al Salvador, sin atreverse á dar un paso mas? Fue porque, «como la lepra es un mal contagioso, la ley de los judios prevenia, que los que estuviesen atacados de esta enfermedad no «se acercasen á nadie, para evitar el peligro de comunicarla «con el roce. ¡Qué lástima, fieles, no haya tambien ahora una «ley que mande echar fuera de la sociedad á los muchos leprosos que viven entre nosotros! Quiero decir, á tantos escandalosos que con sus malos ejemplos comunican á los buenos el

gusanillo despreciable, ¿y me pedís el corazón? *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*. Mirad, Señor, que vuestra bondad os hace olvidar vuestra grandeza, y que Vos os abajais conmigo hasta donde no se abajaria ningun hombre. No importa, dice: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*: Dame tu corazón. Lo quiero, te lo pido, y no estaré contento hasta que me lo hayas concedido.

¿Cuál de nosotros, amados míos, tendrá valor para negar el propio corazón á un Dios que nos lo pide con tanta instancia, que lo merece por tantos títulos, y que por obtenerlo hace valer el liernísimo epíteto de hijo? *Fili*. ¿Y qué mas se necesita para adherirnos á tan amorosa invitacion? ¿Queremos grandeza, hermosura, sabiduría, poder, santidad? En Dios se halla todo esto en un grado eminentísimo. ¿Queremos amor preveniente, desinteresado, generoso, paciente, firme, estable, eterno? Tal es el que Dios nos profesa. ¡Ah! quien no ama con todo el corazón á un Dios tan digno de ser amado ¿qué diré de él? ¿diré que es un ingrato? ¿diré que es un insensible? No: diré que es un aborto de la naturaleza, un ser degenerado, un monstruo semejante á los que habitan en el infierno. Que estos infames epítetos no hayan de aplicarse á ninguno de vosotros. Amen.

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Sin hacer violencia alguna al evangelio de este dia, se puede tomar pié de él para predicar sobre materias tan diferentes como lo son el escándalo, los peligros de quien peca en confianza de la confesion, y la confesion general.

Para predicar sobre el escándalo se echa mano del texto que dice: Occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longè; y el discurso se dispone así: «Yendo un dia Jesucristo á «Jerusalen, al entrar en una aldea que estaba situada en los «confines de Galilea y Samaria, le salieron al encuentro diez «hombres leprosos, quienes, parándose á lo léjos, por no atreverse á acercarse á él, levantaron la voz, diciendo: Jesús, «nuestro maestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador los vió, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y sucedió que cuando iban, quedaron curados. ¿Por qué pensais «vosotros que aquellos leprosos se detuvieron luego que vieron «al Salvador, sin atreverse á dar un paso mas? Fue porque, «como la lepra es un mal contagioso, la ley de los judios prevenia, que los que estuviesen atacados de esta enfermedad no «se acercasen á nadie, para evitar el peligro de comunicarla «con el roce. ¡Qué lástima, fieles, no haya tambien ahora una «ley que mande echar fuera de la sociedad á los muchos leprosos que viven entre nosotros! Quiero decir, á tantos escandalosos que con sus malos ejemplos comunican á los buenos el

«vicio de que ellos están infestados. ¡ Oh, cuántas perversio-
«nes se evitarían! ¡ cuántas almas se robarían al infierno! Pe-
«ro, ya que Dios, por razones que él sabe, y nosotros debe-
«mos acatar, ha dispuesto que buenos y malos vivan juntos, no
«puedo hacer otra cosa sino dirigirme á los escandalosos mis-
«mos, y ver si consigo hacerlos un poco mas comedidos, po-
«niéndoles á la vista la malicia del escándalo, los daños que
«causa, y las obligaciones que le siguen.» — Sigue la plática
del Catequista orador, tomo 1.º, pág. 143.

El otro asunto, que es sobre los peligros de quien peca en
confianza de la confesion, puede ser de mucho efecto si el que
lo predica sabe manejarlo bien. Es cosa evidente, que casi to-
dos los que pecan, lo hacen por la confianza que tienen de que
se confesarán despues; que si no fuese por esto, apenas ningún
cristiano se atrevería á pecar. De modo que disminuirles esta
confianza, haciéndoles ver los peligros que la acompañan, es
cerrar el infierno á un sinnúmero de almas. Cuando, pues, se
quiera tratar este punto, que es interesantísimo, se tomará el
texto: *Ite, ostendite vos sacerdotibus; y se comenzará dicen-
do: «Id, mostraos á los sacerdotes.— Estas fueron las pala-
«bras que el Salvador dijo á diez leprosos, que le suplicaron
«los curase. No creais que los enviase á los sacerdotes para que
«estos los limpiasen de la lepra, pues los sacerdotes de la anti-
«gua ley no tenían poder alguno para esto; sino solamente pa-
«ra que declarasen si estaban limpios ó no, para lo cual tenían
«ellos señales ciertas é infalibles. Quien efectivamente los curó
«fue el Salvador: los sacerdotes no debían hacer mas que emi-
«tir su juicio sobre si estaban ó no curados, para los efectos
«que la ley prevenía, que eran continuar incomunicados, si la
«lepra continuaba; y poder volver al trato civil, si la lepra
«había desaparecido. En la ley de gracia no va así. Los sacer-
«dotes no solo declaran si el pecador está curado de sus culpas*

«ó no, sino que le curan efectivamente, en virtud de la potes-
«tad que Jesucristo les ha dado, siempre que él se presenta bien
«dispuesto al tribunal de la Penitencia. Por manera que si él
«se presenta con buena disposicion, su curacion es segura é in-
«falible. ¡ Oh qué remedio seria el sacramento de la Peniten-
«cia, si los hombres no abusasen de él! Pero la desgracia es,
«que este remedio muchos lo convierten en veneno. Confiados en
«que encontrarán el perdon de sus culpas siempre que vayan
«á confesarlas, no tienen reparo en cometerlas, pensando que
«ya las confesarán despues. Hagamos este pecado, dicen, que
«otro dia ya lo confesarémos. ¡ Oh, qué locura es esta, fieles
«mios! ¡ oh, qué desatino! ¿ Con qué, hagamos este pecado,
«y despues nos confesarémos? Falta saber si en realidad os
«confesaréis: dado que lo hagais, falta saber si lo haréis bien:
«y caso que lo hagais bien, queda por saber si por esto deja-
«réis de condenaros. Mi opinion es, que quien peca en confian-
«za de la confesion, se coloca en riesgo inminente de perderse
«eternamente. Las razones que voy á exponer, dirán lo que
«vale mi opinion.» — Sigue ahora el cuerpo de la plática que
hay en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 128.

La confesion general.

*Ite, ostendite vos sacerdoti-
bus. (Luc. XVII, 14).*

¡Qué cosa tan admirable, fieles, nos refiere el evangelio del
presente domingo! Yendo Jesucristo á Jerusalem algun tiempo
antes de su pasion, encontró por el camino diez leprosos, los
cuales, luego que se apercibieron de él, se pusieron á gritar
á grandes voces: Jesús, nuestro maestro, tened piedad de
nosotros. El Salvador, oyendo benignamente su oracion, les

respondió : Id, mostraos á los sacerdotes : *Ite, ostendite vos sacerdotibus*. Obedecieron ellos, y hé aquí que mientras iban quedaron perfectamente curados de su lepra.

¡Ay qué reflexion tan triste despierta este hecho histórico en mi entendimiento! Apenas puede darse un paso sin que se encuentren leprosos mucho mas dignos de compasion que los de nuestro evangelio, quiero decir, cristianos pecadores, cuya alma está infestada de una lepra tan asquerosa como antigua. ¡Cuántos habrá en esta parroquia! ¡cuántos tal vez en este auditorio! ¡Y qué les hemos de decir á estos miserables leprosos? No otra cosa que la que dijo el Salvador á aquellos que encontró por el camino : *Ite, ostendite vos sacerdotibus* : Id, desgraciados, id á encontrar un confesor, y manifestadle francamente todo lo que hay en vuestra conciencia. Y no creais que tal vez sea bastante manifestarle las culpas que habeis hecho desde la última confesion. Esto podrá ser suficiente, si teneis una certeza moral de que han sido buenas vuestras confesiones anteriores ; pero si hay razon fundada para presumir, como temo que en algunos la habrá, que las confesiones pasadas han sido malas, no teneis otro recurso, para curar de vuestra lepra, que emprender una confesion general. ¡Confesion general!... ¿Qué has dicho, lengua mia? Has pronunciado una cosa, que con solo su nombre descorazona, espanta y aterra. ¿Quién tiene coraje para una empresa tan ardua?... ¿Quién puede acometerla?... ¿Quién continuarla?... ¿Quién llevarla felizmente á cabo?...

Animarse, pecadores, animarse, que una confesion general no es cosa tan ardua que deba haceros desmayar. Si supiéseis las utilidades que ella lleva consigo, la necesidad que muchos teneis de ella, y la facilidad con que podríais hacerla, estoy cierto que no viviríais tranquilos hasta que la hubiéseis comenzado. Oidme con atencion ; y cuando habréis visto sus

utilidades, su necesidad, y el poco trabajo que lleva, tal vez no saldréis de aquí sin haber resuelto hacerla.

Si digo que una confesion general bien hecha vuelve el alma al estado dichoso en que se hallaba despues que hubo recibido el Bautismo, no diré nada que no sea exacto, y que no pueda muy fácilmente probarlo. ¿Cómo queda el alma despues que ha recibido el Sacramento del agua? Queda limpia de toda mancha, absuelta de toda culpa, libre de toda pena eterna y temporal. Pues de un modo semejante queda cuando ha hecho una confesion general buena ; queda purificada de todas sus culpas, revestida de su primitivo candor, adornada de su antigua belleza ; y si bien no siempre se le quita todo el reato de la pena temporal, siempre al menos se le disminuye en gran parte, y no pocas veces se le borra del todo.

Para haceros esto mas sensible, aduciré el hecho célebre de Naaman, que se refiere en el libro IV de los Reyes de Israel. Era el dicho Naaman ministro de guerra del rey de Siria, muy estimado de su soberano, y hombre sumamente poderoso y rico. Tenia empero la desgracia de estar cubierto de una asquerosa lepra. Habiendo entendido por medio de una niña samaritana que estaba al servicio de su señora que en Israel habia un profeta llamado Eliseo, que tenia el don de obrar milagros, pidió licencia á su rey para ir á encontrarle. Fué en efecto, y llevando consigo muchos criados, y además grandes tesoros para el Profeta. Este, que supo anticipadamente su venida, al oír que llamaba á su puerta, ni tan solo le dejó entrar ; sino que le hizo decir por su criado que se fuese al rio Jordan, que se bañase siete veces en sus aguas, y que de este modo quedaria limpio de su lepra. Viéndose Naaman así bruscamente tratado por Eliseo, se volvió lleno de

resentimiento y enojo, y comenzó á quejarse de él con sus criados, diciendo : ¿Visteis jamás un hombre mas rústico é impolítico que este profeta? ¿Dónde habrá aprendido la urbanidad? ¿Quién le habrá enseñado la buena crianza? Yo creía que, como hombre bien educado, saldria á recibirme, rogaria por mí á su Dios, y tocando mi lepra, me curaria. Pero él ni tan solo se ha dejado ver. Me hace decir por su criado que vaya á bañarme en el Jordan... ¡Hermoso remedio á fe mia!... ¿Por ventura los ríos que tenemos en Damasco no son mejores que todas las aguas de Israel?— Así iba marchando y murmurando, cuando algunos de sus criados se le acercaron, y le dijeron : Señor, ¿por qué rehusais hacer lo que os ha dicho el Profeta? Si él os hubiese prescrito un remedio muy difícil y costoso, sin duda lo practicaríais. ¿Por qué, pues, no practicais este, que es tan fácil? Bañarse en el Jordan no puede causar ningun mal, es cosa que la teneis á la mano, y además la misma limpieza de las aguas parece que os está brindando á ello. Aquietóse Naaman con estas prudentes observaciones de sus criados, bajó al río, y conformándose con el consejo de Eliseo, se bañó en él siete veces. ¡Cosa admirable, cristianos! A la séptima inmersión quedó tan limpio de lepra, que, como dice el texto sagrado, su carne apareció pura como la de un tierno niño : *Restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli*¹.

Hé aquí, fieles, lo que espiritualmente sucede en la confesion general. El que la hace baña su alma en las aguas saludables de la penitencia, no superficialmente y una sola vez, como acontece en las confesiones ordinarias, sino con un lavatorio universal, y repetido muchas veces : resultando de aquí, que el alma queda tan pura y limpia de pecados, como

¹ IV Reg. v, 14.

la de un inocente niño que acaba de recibir el Bautismo : *Restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli*. ¡Oh remedio eficaz! ¡oh medicina saludable! ¿Cuál de vosotros, amados míos, no querrá probar esta medicina y este remedio? Si, como Naaman,uviéseis por ineficaz este baño espiritual, y rehusáseis tomarlo, yo os haré la misma observacion que le hicieron á él sus criados : *Si rem grandem dixisset tibi propheta, certè facere debueras* : si se os prescribiese un remedio muy difícil y costoso, ciertamente debierais probarlo : ¿cuánto mas, proponiéndoseos un remedio tan fácil y suave como este?

Con la confesion general, no solo vuestra alma recobraría su primera hermosura, sino que vosotros repararíais todo el tiempo que habeis miserablemente perdido viviendo en pecado. El tiempo, fieles, es de suyo irreparable : pasado que ha, es imposible que vuelva. Sin embargo, Dios os promete por el profeta Joel, que os volverá los años que habeis perdido, y que han sido devorados de la langosta, del gusano y de la oruga : *Reddam vobis annos, quos comedit locusta, bruchus, et rubigo, et eruca*¹. ¿Qué años son estos? Bien debeis saberlo, pecadores, bien podeis conjeturarlo. Años perdidos y devorados de la langosta han sido los de la mocedad, que pasásteis en un olvido completo de Dios : años perdidos, y comidos del gusano han sido los de la juventud, que empleásteis en vicios y en pecados : años perdidos, y destrozados de la oruga han sido los de vuestra virilidad, que pasásteis en el abandono de todas las virtudes y obras buenas. ¿Cómo será posible recobrar estos años perdidos, si, una vez han pasado, ya es imposible que vuelvan? Esto, que físicamente es imposible, se logra moralmente con la confesion general. Quien

¹ Joel, II, 25.

hace esta confesion con verdadero espíritu de penitencia, retrocede con el pensamiento á sus años antiguos, los detesta en la amargura de su alma, y pasa la esponja, mojada en lágrimas, sobre todos ellos : *Recogitabo tibi*, dice á Dios con el rey Ezequías, *omnes annos meos in amaritudine animæ meæ* ¹. Y con esto logra recobrarlos en algun modo, haciéndolos de estériles fecundos, de vacíos llenos, y de culpables meritorios.

No está aun todo aquí, fieles, el bien que lleva una buena confesion general : á mas de reparar el tiempo perdido, es un medio eficacísimo para emplear santamente todo el resto de la vida. De esta confesion suele levantarse el alma con resoluciones mas fuertes, con propósitos mas eficaces, con deseos mas encendidos de llevar en adelante una vida enteramente nueva ; cual vida suele emprenderse con tal empeño y constancia, que los mas llegan á un grado muy alto de perfeccion. Esto sucede así, porque el alma tiene entonces una certeza cási mas que moral de haber alcanzado el perdon de sus culpas ; porque recibe una infusion de gracia mas abundante y mas llena ; porque experimenta una paz, una suavidad, una dulzura, que, siendo indicios claros de la nueva amistad contraida con Dios, la animan á crecer en su amor, y á perfeccionarse cada dia mas en la virtud. ¡Cuántos ejemplos podria presentaros de personas que, habiendo hecho una confesion general, no han vuelto á cometer ninguna culpa grave, antes han ido creciendo siempre en méritos y en santidad! Esto prueba que esta confesion, considerada en sí, lleva grandes ventajas y utilidades, y aunque no fuese sino por adquirir mayor perfeccion, á todos tal vez os seria conveniente hacerla. Pero no, que para muchos, no solo es útil y conveniente, sino de absoluta necesidad.

¹ Isai. xxxviii, 15.

¿Y quiénes son estos? Escuchad, que voy á nombrarlos á todos por órden, poniendo á cada cual en su propio lugar. Los primeros son los habituados : estos son una clase de pecadores que caen en pecados graves, no una que otra vez, no por sorpresa, no vencidos de alguna muy violenta tentacion ; sino con frecuencia, á sangre fria, por puro hábito ó costumbre, y las mas veces sin ser provocados por ningun objeto exterior. No pasa mes, no pasa semana, no pasa dia sin que una ó muchas veces ofendan á Dios en determinada materia. Todos estos tienen necesidad, necesidad absoluta de una confesion general por la razon que luego daré.

La tienen, en segundo lugar, los que han vivido largo tiempo en ocasion próxima de pecar. Hablemos claro. Hace tiempo, cristiano, que frecuentas aquel juego, aquella casa, aquella compañía, aquella diversion, etc., que han sido causas perennes de muchas y muy enormes culpas. Ni las amenazas de Dios, ni los gritos de la conciencia, ni las amonestaciones del confesor han podido conseguir que rompieses estos lazos. ¿Dudas tú de que te es indispensable una confesion general? ¿Y qué diré de tí, hombre rencoroso, que años há aborreces á quien te ofendió, sin que hayan logrado apagar tu odio ni las confesiones que has hecho, ni las comuniones que has recibido, ni las señales de reconciliacion y benevolencia que te ha dado tu ofensor? ¿No tendrás tambien necesidad de una confesion de todos estos años? Y vosotros, injustos poseedores de lo ajeno, que avisados cien y mil veces del confesor para que pongais lo que no es vuestro en poder de su legítimo dueño, nunca habeis hallado una hora oportuna para cumplirlo, ¿pensais poder prescindir de una confesion de todo el tiempo que habeis vivido así? Y los que por rubor ó malicia habeis callado vuestros pecados en la confesion, ó los habeis confesado sin haber precedido un diligente exámen,

ó sin llevar un verdadero dolor de haberlos cometido, ¿creéis poder pasar sin ella? No, no podeis pasar, y ahora os daré la razon. La razon es, porque todas las confesiones hechas en el tiempo que habeis vivido ó en el mal hábito, ó en la ocasion próxima, ó en odio del prójimo, ó reteniendo injustamente lo ajeno, ó callando pecados en la confesion, han sido infructuosas, nulas, sacrílegas, y no pueden repararse por otro medio que el de una confesion general.

¡Válganos Dios! diréis: ¿y usted, padre, cuenta por malas todas las confesiones que hemos hecho viviendo en el mal hábito, en la ocasion, en el odio, y poseyendo lo ajeno?—Sí, por malas las tengo, y mucho os ha de costar persuadirme lo contrario. Yo no sé cuáles fueron las disposiciones actuales con que hicisteis las tales confesiones, ni me consta si cuando prometisteis al confesor quitar el mal hábito, dejar la ocasion, restituir lo ajeno y reconciliaros con el prójimo, hablásteis con sinceridad ó no. Pero aunque nada de esto me consta, tengo una prueba incontestable de que no os confesásteis bien. La prueba es, que no se ha visto ningun fruto de vuestras confesiones. ¿Puedo yo creer que la medicina ha sido buena, si veo que el enfermo, habiéndola tomado muchas veces, no sana? ¿Cómo, pues, he de creer que vuestras confesiones han sido fructuosas, no habiendo habido en vosotros ninguna mudanza ni enmienda?

Pero nosotros, replicaréis, hasta ahora hemos vivido en buena fe sobre las tales confesiones.—¿En buena fe habeis vivido? ¿Y qué entendéis por buena fe? Buena fe, segun los teólogos, es un juicio prudente, bien que equivocado, que la persona se forma acerca de la bondad de una cosa. ¿Y podeis vosotros tener una persuasion fundada y prudente de la bondad de vuestras confesiones, no habiendo experimentado ningun efecto de la buena confesion? Pero demos que realmente

hayais vivido en buena fe, ¿qué por esto? Todo lo mas que la buena fe puede haber hecho es, que algunas confesiones no hayan sido sacrílegas, pero no ha podido impedir el que fuesen nulas. Y si nulas han sido, claro es que no os han quitado las culpas del alma, y de consiguiente que estais precisados á una confesion general.

Gustosamente, dirá alguno, haria yo esta confesion general, pues veo sus ventajas y conozco su necesidad; pero ¿debe de ser una cosa tan difícil!—Algo difícil es, no quiero disimularlo; mas no tanto como os figurais. ¿Y en qué consistiria la gran dificultad? ¿en recordar todos los pecados cometidos en tan largo tiempo? Si fuese necesario recordarlos todos individualmente, convengo en que esto seria difícil, y casi diré que seria imposible; pero ¿quién no sabe que en estas confesiones la cosa se arregla del mejor modo que se puede, quiero decir, que si no se puede hallar el número fijo de culpas, basta que se diga el tiempo que se ha vivido en pecado, expresando el número de culpas que poco mas ó menos se habrán hecho cada día, cada semana, ó cada mes? ¿Consistiria la dificultad en formar dolor de los pecados? Me atrevo á decir, que nunca es tan fácil concebir dolor, como cuando se trata de hacer una confesion general. Como que entonces la persona mira con una sola ojeada todas las culpas que ha caído en largos años, mas fácilmente se humilla, se compunge y se arrepiente, que no cuando solo ve uno ú otro pecado, como acontece en las confesiones particulares. El rey Ezequías se puso en cierta ocasion á recapacitar los pecados que habia hecho en todos los años de su vida. ¿Y qué resultó? Que luego experimentó en su corazon un dolor y arrepentimiento que jamás habia experimentado: *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ*¹.

¹ Isai. xxviii, 15.

¿Consistiría la dificultad en confesar lo mal hecho? Oid el consejo que voy á daros. Luego que os resolvais á hacer una confesion general; poned la vista en un buen confesor, advirtiendo que de la eleccion de confesor que haréis, puede depender el confesaros ó no confesaros bien. El confesor á quien elegiréis ha de ser un hombre dotado de celo y entereza, pero al mismo tiempo lleno de paciencia y caridad. Si no tiene entereza y celo, solo tratará de complaceros, y no os dirá lo que mas os conviene saber: si no tiene caridad, no se hará cargo de vuestra miseria, y os conducirá á la desesperacion. Mirad lo que sucedió á Judas. Habiendo vendido á Jesucristo por treinta dineros, concibió gran dolor de este pecado; y estimulado del remordimiento, fué á confesarlo ¿á quién diríais? A los escribas y fariseos. He pecado, les dijo, vendiendo la sangre del justo: *Peccavi, tradens sanguinem justum*¹. Pero como ellos no tenían entrañas ni piedad, le volvieron bruscamente las espaldas, diciéndole: ¿Qué nos importa á nosotros que hayas pecado? Tú te arreglarás: *Quid ad nos? tu videris*. Viéndose el infeliz tratado con tanta dureza, se desesperó, tomó un dogal, y fué á colgarse de un árbol. ¡Ah! si en vez de ir á confesar su pecado á los escribas y fariseos, hubiese ido á confesarlo á los Apóstoles, probablemente su confesion hubiera tenido un resultado muy diferente. Como que estos tenían caridad, le hubieran animado en aquel triste lance. Pedro, en particular, sin duda le hubiera dicho: No desmayes, Judas, no pierdas el ánimo; pues, aunque tu pecado es muy grave, nuestro Maestro es tan bueno, que indudablemente te lo perdonará. Yo tambien le he ofendido: ¡ay, y cuán gravemente! no ha seis horas que le he negado tres veces en su misma presencia. Y no obstante, con una mirada tierna que me ha dado, me ha hecho entender que quedo per-

¹ Matth. xxvii, 4.

donado. Tambien te perdonará á tí, no lo dudes, si, como yo, lloras humildemente tu pecado.—La gran desgracia de Judas fue errar en la eleccion de confesor. Fué á confesarse con hombres soberbios, altivos y destituidos de caridad, y estos le indujeron á la desesperacion.

Así que, amados míos, cuando trateis de hacer vuestra confesion general, dirigíos á un hombre, no del carácter de los escribas y fariseos, sino á un hombre, que, sin ser de esos confesores relajados que todo lo tienen por nada, y todo lo absuelven corriendo, sea paciente, discreto y caritativo. Él os oirá con calma, él os animará á confesar lo que os causa mas vergüenza, él os ayudará á recordar vuestras culpas, él os enseñará á formar dolor, él os dará los remedios para no volver á pecar, él, en fin, os enviará justos y consolados á vuestras casas. Y entonces sabréis decirme, si es verdad ó no que una confesion general es útil, ventajosa y saludable. Quiera Dios que podais decírmelo antes de mucho. Amen.

**DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este día es un párrafo del admirable sermón que Jesucristo predicó á las turbas en el monte. Parece que en dicho párrafo el Salvador se propuso inculcarnos tres máximas morales que, aunque expresadas en diferentes conceptos, casi vienen á decir una misma cosa, cuales son : la imposibilidad de servir á un mismo tiempo á dos señores que mandan cosas contrarias, el valor tanto físico como moral del alma humana, y la necesidad de procurar el reino del cielo con preferencia á cualquiera otra cosa. La primera máxima está expresada en aquellas palabras : *Nemo potest duobus dominis servire* : la segunda en aquellas otras : *Nonne anima plus est quàm esca?* y la tercera en aquellas con que acaba el evangelio, y son como una consecuencia lógica deducida de las antecedentes : *Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus.*

Cuando el cura trate de inculcar á sus feligreses la primera de estas máximas, cosa que debe hacer de tiempo en tiempo á fin de precaverlos del sistema, hoy día muy generalizado, que trata de conciliar el servicio de Dios con el del mundo, tomará por tema el primer texto arriba indicado, y dirá : «Una máxima esencialísima nos enseña nuestro Salvador en el presente evangelio, y esta máxima consiste, en que es de todo punto imposible servir á dos señores que tengan contrarios intereses, y de consiguiente contrarias voluntades : *Nemo potest*

«duobus dominis servire. Porque ¿qué hace un criado que esté «bajo las órdenes de dos señores que sean rivales entre sí? ¿Cómo se conduce por complacer á ambos? ¿Procura agradar «al uno? Por lo mismo se indisponen con el otro. ¿Sirve fielmente á este? Por el mismo hecho riñe con aquel : Aut enim «unum odio habebit, et alterum diliget : aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Esta es una doctrina tan clara, «que aun cuando no la hubiese enseñado Jesucristo, bastaría, «para saberla, el tener un poco de lo que se llama sentido común. Y sin embargo ¿cuántos cristianos la ignoran en la práctica? ¿Cuántos pretenden servir á un mismo tiempo á Dios y «al mundo, enemigos tan antiguos como irreconciliables, cumpliendo en parte la ley santa del primero, y siguiendo en parte las máximas perversas del segundo? ¿Cuántos, á semejanza de los maniqueos, colocan dos dioses contrarios en un mismo altar, y queman un poco de incienso á cada uno? Que lo «hagan, no es extraño ; pero sí lo es que, haciéndolo, piensen «ellos ir bien encaminados. Cumple á mi deber quitarles su ilusión, y hacerles comprender, que servir á Dios y al mundo «es un sistema absurdo, que no puede darles otro fruto que su «eterna condenación.» — Sigue ahora el cuerpo de la plática que hay en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 44.

Si el cura quiere predicar sobre el reino de Dios, tome el último texto apuntado arriba, y comience de este modo el discurso : «No podía Jesucristo inculcarnos con términos mas persuasivos la necesidad de buscar el reino de Dios con preferencia á todas las cosas de este mundo, que aquellos con que lo «hace en el presente evangelio. No andeis afanados, nos dice, «por las cosas de esta vida, ni por tener con que alimentar y «vestir vuestro cuerpo. ¿Veis las avecillas del cielo? Ellas no «siembran, ellas no siegan, ellas no entrojan ; y no obstante «Dios no las deja perecer de hambre. ¿Veis los lirios del cam-

«po? Ellos no trabajan, ellos no hilan, ellos no tejen, y con todo ni el mismo Salomon vistió jamás tan lindamente como uno de ellos. Pues si Dios tiene cuidado de alimentar los pájaros del cielo y de vestir el heno del campo, ¿cuánto mas cuidará de alimentaros y vestiros á vosotros, hombres de poca fe? ¿Acaso no sois vosotros mas amados de él que todas las aves y todos los lirios? Dejaos, pues, de vivir inquietos preguntando: ¿qué comeremos? ¿con qué nos cubrirémos? Esto lo hacen los gentiles, que no tienen fe ni confianza en la Providencia. Mas vosotros suspirad antes que todo por el reino de Dios, y dejad en parte vuestros cuidados terrenos: «Querite ergo primùm regnum Dei. Y en efecto, cristianos: «si no tenemos habitacion permanente sobre la tierra, si el paraíso es nuestra patria, si en el cielo debemos terminar pronto nuestra carrera, ¿á dónde han de dirigirse todos nuestros deseos, mientras vivimos en este mundo, sino á la consecucion de aquella gloria que es nuestro último fin, y debe formar nuestra eterna felicidad? Así vais á verlo.»— Sigue inmediatamente el cuerpo de la plática que comienza en la pág. 147 del tomo 1.º del Catequista orador.

Véase ahora el discurso que ponemos en seguida sobre el

Valor del alma humana.

Nonne anima plus est quàm esca? (Matth. vi, 25).

Quando tiendo la vista sobre la tierra, y veo esa prodigiosa variedad de cosas que hay en ella, la anchura inmensurable de los mares, la elevacion estupenda de los montes, la claridad agradable de las fuentes, la belleza exquisita de las flores, y la diversidad encantadora de tantos animales como

pueblan el agua, la tierra y el aire, pregunto en mi pensamiento: ¿para quién crió Dios ese palacio tan grande y tan bello? Y la fe me responde: *Para tu alma*. Al oír semejante respuesta, no puedo menos que bendecir á Dios, y como al hacerlo levanto naturalmente la vista al cielo, doy con otros objetos que todavía me arrebatan mas, cuales son la grandeza del firmamento, la hermosura de las estrellas, la claridad de los planetas, y el concierto verdaderamente admirable de sus movimientos. Encantado con la contemplacion de cosas tan bellas, vuelvo á preguntar: Y aquel palacio que descubro allá arriba ¿para quién lo ha formado Dios? Y la fe me responde: *Para tu alma*. Mas que atónito, levanto mi pensamiento hasta el empíreo para dar gracias á Dios, y allí se me ofrece otro espectáculo tan sorprendente, que en un instante me hace olvidar todo lo demás. Sobre un monte muy alto veo la nueva Jerusalem, que está adornada de indecible gloria. ¡Oh qué obra tan grande! ¡oh qué palacio tan bello! ¡oh qué edificio tan digno de la magnificencia de Dios! Mas decidme, Señor, ¿quién ha de habitar ese dichoso palacio? ¿Para quién lo habeis edificado? Y la fe me responde: *Para tu alma*.— ¿Para mi alma?... replico asombrado: ¡gran cosa, pues, debe de ser mi alma, cuando Dios ha criado para ella cosas tan ricas!

¿Si es gran cosa el alma? ¡oh, si lo comprendiéseis! cristianos, ¡oh, si lo comprendiéseis!... seguro es que la apreciaríais mas de lo que la apreciáis. Si la estimais tan poco, que la envileceis con culpas, y la haceis esclava de las mas inmundas pasiones, es porque no conoceis ni su noble naturaleza, ni su alta dignidad, ni su elevado destino. Conocedlo siquiera hoy, que, tomando yo pié de aquella enfática pregunta del Salvador: *Nonne anima plus est quàm esca?* vengo á descubrir os su valor, haciéndoos ver lo que es ella en el

orden físico, en el orden de la gracia, y en el orden de la gloria. Mirándola en el orden físico, os admiraréis de su nobleza: mirándola en el orden de la gracia, os pasmaréis de su dignidad: mirándola en el orden de la gloria, os asombraréis de su alto destino.

Para ponderaros la excelencia de nuestra alma, considerada en el orden puramente físico y natural, no diré con algunos filósofos y poetas antiguos, que ella es una partecita de la misma esencia y sustancia de Dios: *Divinæ particula auræ*. No, que para demostrar su excelencia, no hay necesidad de recurrir á mentiras, y mucho menos á mentiras que repugnan á la naturaleza de Dios, esencialmente una é indivisible. ¿Por ventura Dios no ha dado á nuestra alma bastantes prerogativas verdaderas y reales, que se le hayan de atribuir prerogativas fingidas y hasta absurdas? Ella lleva consigo tales títulos de nobleza y dignidad, que bastan por sí solos para ensalzarla sobre todo lo sensible.

Ella procede inmediatamente de Dios, nobleza suma y esencial; y si bien una tal prerogativa la tienen las demás criaturas, hay empero una gran diferencia. Las demás criaturas las formó Dios con la simple palabra *fat*: unas las formó de la nada, como los Ángeles y los cielos; otras de la tierra, como las bestias y las plantas; otras del aire, como las aves; y otras del agua, como los peces. Pero á nuestra alma ¿de dónde diríais la sacó? La sacó de su mismo corazón. Ved sino de qué modo refiere la Escritura la creación de nuestra alma. Queriendo Dios crear al hombre, dice, primero formó su cuerpo del lodo de la tierra: *Formavit... hominem de limo terræ*¹; y cuando el cuerpo estuvo ya organizado, y Dios

¹ Gen. 11, 7.

quiso darle alma, ¿qué hizo con él? le sopló á la cara, y de este soplo divino resultó el alma que le anima y le da vida: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem*. De suerte que, así como el soplo nace del corazón, así puede en cierto modo decirse, que nuestra alma ha salido del corazón amorosísimo de Dios. ¡Oh alma! ¡cuán poco te conocen los que te envilecen con culpas y pecados! ¡Oh! si te conociesen...

Con solo decir que Dios la ha hecho una sustancia toda espiritual, ¿no se dice cuanto es menester para tenerla en la mayor estima? ¿Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia que excede en precio y hermosura al oro y diamantes que brillan en las coronas de los reyes, al sol y demás astros que resplandecen en el firmamento, y á todas cuantas criaturas sensibles hay en el mundo. ¿Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia que se encuentra en la misma línea de los Ángeles, inmaterial como ellos, inteligente como ellos, inmortal como ellos, y como ellos capaz de conocer, no solo la naturaleza de las cosas materiales, no solo su propia naturaleza y excelencia, sino también la grandeza y las perfecciones de su mismo Hacedor. ¿Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia, que sin ser parte de la sustancia de Dios, como neciamente dijeron los antiguos filósofos, se le asemeja mucho, muchísimo, como que está formada á su imagen, según lo testifica la Escritura: *Faciamus hominem ad imaginem, et similitudinem nostram*¹.

Hagamos sino un cotejo, en el modo que es posible hacerlo entre Dios y la criatura. Dios es uno en esencia, el alma es una en naturaleza: Dios es trino en personas, el alma es trina

¹ Gen. 1, 26.

en sus potencias : Dios está todo presente en cada lugar del mundo, el alma está toda presente en cada parte de su cuerpo : Dios es eterno, el alma es inmortal : Dios tiene un dominio universal sobre todas las cosas ; el alma domina los peces del mar, los pájaros del aire, y las bestias de la tierra : Dios tiene presente todo lo que fue, todo lo que es, y todo lo que será ; el alma tiene una memoria que le recuerda lo pasado, un entendimiento que le descubre lo presente, y una previsión con la que conjetura lo por venir : Dios lo conoce todo, el alma conoce el movimiento de los cielos, la conjunción de los astros, la figura de la tierra, la virtud de las plantas, y el instinto de los brutos : ella forma leyes, inventa artes, descubre ciencias, y arranca uno á uno á la naturaleza todos sus secretos. ¿Qué me decís, cristianos, de esta hermosa imágen de Dios? ¿no es verdad que se parece muchísimo á su original? ¿no es verdad que, mirada no mas que bajo el punto de vista natural, ya es digna de que se la tenga en mucha estima? ¿de que no se la degrade con pecados? ¿de que no se la entregue al demonio por cualquiera bagatela?

Pero no es en el orden natural ó físico donde se muestra toda su dignidad y grandeza : es menester mirarla en el orden de la gracia, teniendo en consideracion el precio con que Dios la ha redimido. Vosotros sabéis que esta alma tan noble en su origen, tan perfecta y hermosa en su esencia, cayó de su primitiva grandeza, perdió toda su hermosura, y quedó hecha vil esclava del demonio. ¿Abandonó Dios esta obra de sus manos? ¿Consintió en que quedase en poder de su enemigo? ¡Ah! para que lo consintiese valia ella demasiado. Verdad es que por rescatarla era menester dar un gran precio, era necesario hacer un gran sacrificio ; pero Dios no se paró ni en precios ni en sacrificios. A semejanza de aquel merca-

der de quien habla el Evangelio, se desposeyó de todo cuanto tenía, y lo dió por precio de su rescate : *Vendidit omnia quæ habuit, et emit eam* ¹.

Mirad como deja la eterna morada de su gloria, y viene á esta tierra miserable á hacerse hombre semejante á nosotros. ¿Sabéis cuál es el objeto de este penoso viaje? Es el de redimir nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis*. Mirad como nace pobre en un establo, como, siendo de pocos dias, huye desterrado á Egipto, y como vive oculto, obediente y desconocido en la tienda de un humilde carpintero, ganando el sustento diario con el sudor de su frente. ¿Sabéis qué busca con estas humillaciones y molestias? Busca á nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*. Mirad como gasta los tres últimos años de su vida en ayunos, vigiliias, viajes y predicaciones, siendo en unas partes despreciado, perseguido en otras, y en muchas hecho el blanco del odio y de la maledicencia. ¿Qué es lo que le mueve á sufrir estos contratiempos? Es el deseo de rescatar nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*. Levantad ahora la vista al Calvario : ¿qué veis allá? Veis á un Dios coronado de espinas, desgarrado con azotes, traspasado con tres clavos, herido en el corazón con una lanza, pendiente de una cruz, y chorreando sangre por todas partes. Preguntadle con Isaías : *Quare rubrum est indumentum tuum* ²? ¿por qué, Señor, tantos tormentos, tanta sangre, tanta carnicería? ¡Ah, hijos! os responderá, ¡ah, hijos muy amados! todo es por rescatar vuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*.

¡Oh! y cómo puede él decir del alma lo que por boca de Isaías dijo de su viña amada : *Quid est quod debui ultra face-*

¹ Matth. xv, 46. — ² Isai. LXIII, 2.

re vineæ meæ, et non feci ei? Alma querida, alma muy apreciada, ¿qué debía, qué podía hacer yo por tí, que no lo haya hecho? Cuanto pude, cuanto supe, cuanto convino que hiciese ¡tú lo sabes! todo lo he hecho por tu amor: *Feci*. ¿Debia bajar del cielo, y hacerme hombre? *Feci*, lo hice: por tí vine á la tierra, por tí tomé carne humana, por tí nací niño en un pesebre, y por tí emprendí una carrera erizada de espinas y trabajos. ¿Debia buscarte con mil fatigas y afanes? *Feci*, lo hice: por tí oré, ayuné, sudé, suspiré y lloré infinitas veces. ¿Debia dar por tí todo cuanto poseia? *Feci*, lo hice: por tí subí á la cruz, por tí agonicé tres horas, por tí derramé hasta la última gota de mi sangre. Mira lo que he hecho por tí... mira la estima en que te tengo... Porque si es cosa clara, que aquello por lo que se sacrifica una cosa, se estima en mas que la cosa sacrificada, ¿no es evidente que yo te he estimado mas que mi vida, puesto que por tu amor la he sacrificado en una cruz? ¡Ah! si por un solo instante pudieses olvidar lo mucho que en mi concepto vales, levanta tus ojos á este madero, contéplame, y mira lo que me cuestas. — Dejó, cristianos, que vuestro corazon responda á estas tiernas expresiones de un Dios, que pondera con sus padecimientos el inestimable valor de vuestra alma; yo solo preguntaré: una alma que Dios ha creído digna de ser comprada con el precio infinito de su sangre, ¿qué destino debe naturalmente tener? ¿Por qué Dios habrá dado por ella la vida? ¿Será porque, acabado el breve curso de esta vida, vuelva á la nada de donde salió? ¿Será porque, en saliendo del cuerpo, vaya á aniquilarse en una tumba? Filósofos degradados, apologistas de la materia, en vano acumulais razones para persuadirnos que nuestra alma perecerá con el cuerpo, y que despues de esta vida todo estará

¹ Isai. v. 4.

acabado para nosotros. ¡Ah! mil razones mas filosóficas que las vuestras nos demuestran que vuestra alma es inmortal, y que está destinada á vivir en la eternidad. El grito general de la naturaleza, el consentimiento unánime de todos los pueblos, la facultad de pensar que nos distingue de los brutos, la libertad de que gozamos en todas nuestras acciones, la justicia de Dios que no debe dejar la virtud sin premio ni el vicio sin castigo, la filosofia, la fe, el sentimiento íntimo, todo nos dice, todo nos asegura que nuestra alma es espiritual, y que no será víctima de la muerte y de la corrupcion. Y cuando no tuviésemos ninguna de estas pruebas que acabo de indicar, ¿no bastaria, para demostrar su inmortalidad, el saber que ella es una hermosa imágen de Dios, y que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo? ¿Cuál es el pintor que se esmera en sacar una imágen perfectísima, solo por tener el gusto de destruirla luego de acabada? ¿cuál es el hombre que da todo cuanto tiene por redimir una prenda, que sabe ha de perecer tan pronto como vuelva á sus manos?

No, fieles, Dios no ha criado nuestra alma solo para que vea y disfrute de la vida presente, sino para que viva y reine con él por toda la eternidad. Bien claro lo dice ese disgusto y fastidio que encuentra ella en todo lo que es limitado y caduco. ¿Y que no lo observais? Nada de cuanto hay en esta vida puede saciarla, nada es capaz de llenar cumplidamente sus vastos deseos: todo lo encuentra pequeño, todo insípido, todo raquílico y vano. Dadle riquezas... no la sacian. Dadle honores... no la aquietan. Dadle placeres... no la satisfacen. Siempre agitada, siempre inquieta, suspira por un bien infinito que la llene y la sacie. ¿Habrá de fatigarse siempre en vano? ¿Tendrá que correr siempre tras de una sombra fugitiva? ¿Tendrá que suspirar continuamente por un bien que la arrebatara, sin poderlo jamás conseguir?

Si así fuese, con razon podria ella quejarse de Dios, y decirle : Dios omnipotente, si mi inmortalidad no es mas que un sueño, si esta que se llama vida ha de ser mi último fin, si he de suspirar por un bien que no hay en la naturaleza, si debo un dia volver á la nada cuya sola idea me horroriza, ¿por qué criarme? ¿por qué hacerme sufrir? ¿por qué darme esta inclinacion irresistible hácia un bien infinito y eterno? Ó dadme la inmortalidad, ó arracad de mi seno este deseo que con vuestra misma mano sembrásteis. Tales, oyentes, serian los justos desahogos de nuestra alma, si Dios no le hubiese señalado la inmortalidad por dote, y una vida eternamente feliz por término. Pero no, que Dios no se burla del hombre. Él nos ha dado este deseo innato de una vida eterna y dichosa, y él nos la tiene preparada despues de esta vida infeliz y mortal. Él nos tiene destinados á vivir con él, á reinar con él, á ser eternamente dichosos con él. ¿Puedese concebir un destino mas alto y noble que este? ¿Lo tienen mas alto y noble los Santos, los Ángeles, María santísima, el mismo Dios?

Hé aquí, fieles, cuánta es la excelencia del alma, ya se la considere en el orden natural, ya se la mire en el orden de la gracia, ya se la contemple en el orden de la gloria. ¿La creáis vosotros tan noble y excelente? No, que si tal la hubiéseis creído, ni la hubiérais manchado con culpas, ni degradado con torpezas, ni envilecido con vicios, ni vendido al demonio por un vil precio. ¡Ah! tratadla al menos en adelante con mas miramiento y consideracion. Ya que es una hermosa imágen de Dios, cuidado en mantenerla limpia de toda culpa : ya que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo, cuidado en no entregarla de nuevo al demonio : ya que ha sido criada para el cielo, cuidado en no privarla de tan glorioso destino. Amen.

**DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este domingo consiste en una relacion detallada que hace san Lucas de un esclarecido milagro obrado por Jesucristo cerca la ciudad de Naim, donde resucitó al hijo de una viuda, vecina de aquella ciudad, al tiempo que era llevado al sepulcro. Cuáles sean los asuntos morales que mas naturalmente pueden sacarse de este milagro, fácilmente se conocerá atendiendo á una circunstancia que nota expresamente el mismo evangelio, cual es, que el difunto era jóven : Adolescens. De esta sola circunstancia es evidente que pueden deducirse muy bien estos tres puntos : la necesidad de estar siempre preparados para morir, la obligacion de comenzar á servir á Dios desde la primera edad, y el mal hábito, ó sea el pecado de costumbre.

Para el primero se tomará el texto : Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ ; y se dirá : «Hoy tenemos en el evangelio el espectáculo de un muerto que conducian á enterrar en ocasion que Jesucristo llegaba á la pequeña ciudad de Naim. No creáis que el difunto fuese algun viejo, algun decrepito, ó algun hombre gastado por una larga enfermedad habitual ; era un jóven de salud vigorosa, de complexion robusta, de temperamento fuerte y sano. ¿Qué pretende la Iglesia con ponernos á la vista el cuadro de un hombre conducido al sepulcro en la flor de sus años? Es fácil comprenderlo : pretende recordarnos la fragilidad de nuestra vida, la brevedad

Si así fuese, con razon podria ella quejarse de Dios, y decirle : Dios omnipotente, si mi inmortalidad no es mas que un sueño, si esta que se llama vida ha de ser mi último fin, si he de suspirar por un bien que no hay en la naturaleza, si debo un dia volver á la nada cuya sola idea me horroriza, ¿por qué criarme? ¿por qué hacerme sufrir? ¿por qué darme esta inclinacion irresistible hácia un bien infinito y eterno? Ó dadme la inmortalidad, ó arracad de mi seno este deseo que con vuestra misma mano sembrásteis. Tales, oyentes, serian los justos desahogos de nuestra alma, si Dios no le hubiese señalado la inmortalidad por dote, y una vida eternamente feliz por término. Pero no, que Dios no se burla del hombre. Él nos ha dado este deseo innato de una vida eterna y dichosa, y él nos la tiene preparada despues de esta vida infeliz y mortal. Él nos tiene destinados á vivir con él, á reinar con él, á ser eternamente dichosos con él. ¿Puedese concebir un destino mas alto y noble que este? ¿Lo tienen mas alto y noble los Santos, los Ángeles, María santísima, el mismo Dios?

Hé aquí, fieles, cuánta es la excelencia del alma, ya se la considere en el orden natural, ya se la mire en el orden de la gracia, ya se la contemple en el orden de la gloria. ¿La creáis vosotros tan noble y excelente? No, que si tal la hubiéseis creído, ni la hubiérais manchado con culpas, ni degradado con torpezas, ni envilecido con vicios, ni vendido al demonio por un vil precio. ¡Ah! tratadla al menos en adelante con mas miramiento y consideracion. Ya que es una hermosa imágen de Dios, cuidado en mantenerla limpia de toda culpa : ya que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo, cuidado en no entregarla de nuevo al demonio : ya que ha sido criada para el cielo, cuidado en no privarla de tan glorioso destino. Amen.

**DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este domingo consiste en una relacion detallada que hace san Lucas de un esclarecido milagro obrado por Jesucristo cerca la ciudad de Naim, donde resucitó al hijo de una viuda, vecina de aquella ciudad, al tiempo que era llevado al sepulcro. Cuáles sean los asuntos morales que mas naturalmente pueden sacarse de este milagro, fácilmente se conocerá atendiendo á una circunstancia que nota expresamente el mismo evangelio, cual es, que el difunto era jóven : Adolescens. De esta sola circunstancia es evidente que pueden deducirse muy bien estos tres puntos : la necesidad de estar siempre preparados para morir, la obligacion de comenzar á servir á Dios desde la primera edad, y el mal hábito, ó sea el pecado de costumbre.

Para el primero se tomará el texto : Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ ; y se dirá : «Hoy tenemos en el evangelio el espectáculo de un muerto que conducian á enterrar en ocasion que Jesucristo llegaba á la pequeña ciudad de Naim. No creáis que el difunto fuese algun viejo, algun decrepito, ó algun hombre gastado por una larga enfermedad habitual ; era un jóven de salud vigorosa, de complexion robusta, de temperamento fuerte y sano. ¿Qué pretende la Iglesia con ponernos á la vista el cuadro de un hombre conducido al sepulcro en la flor de sus años? Es fácil comprenderlo : pretende recordarnos la fragilidad de nuestra vida, la brevedad

«é incertidumbre de nuestros dias, y la necesidad de estar siempre dispuestos para morir y dar cuentas á Dios. Comprendo que este recuerdo no ha de ser muy grato á los amadores del mundo, á los idólatras de su cuerpo, á los que no se hallan dispuestos para comparecer delante del supremo Juez. Pero ¿puedo yo separarme de la intencion de la Iglesia? ¿puedo yo dejar de hablar de la necesidad de estar siempre preparados para morir, por no herir la delicadeza de algunos, que sin duda serán los que mas necesidad tienen de esta advertencia? No, fieles, yo no puedo hacerlo sin oponerme á la intencion de la Iglesia, sin faltar á lo que exige de mí el ministerio pastoral, y sin perjudicaros á vosotros mismos en los mas preciosos intereses. ¿Y qué os diré para induciros á una pronta preparacion para la muerte? Esta sencilla proposicion: Quien no se dispone para morir mientras está en salud, puede estar moralmente cierto que morirá indispuerto, y de consiguiente condenado.»— Para probar esta proposicion se sentará por principio, que no se muere sino de uno de estos tres modos: ó de una muerte repentina, como sucede en un naufragio, en un combate, en una apoplejía completa, etc.; ó de una muerte, no que pueda llamarse repentina, pero sí muy precipitada y pronta, como acontece en las enfermedades agudas que en pocas horas, ó al menos en pocos dias, llevan á los extremos de la vida; ó de una muerte lenta, y precedida de una enfermedad bastante larga para tener tiempo de pensar en sí y disponer los negocios del alma. Es evidente que morir del primer modo, despues de haber vivido siempre en pecado; es morir réprobo, ó á lo menos morir con muy poca esperanza de salvacion. Es igualmente claro que morir del segundo modo, habiendo vivido siempre en la culpa, es morir condenado, á no ser que Dios haga un milagro, como lo hizo con el buen ladron, á quien concedió la gracia rarísima de convertirse cuando ya estaba agonizando

sobre la cruz. Es tambien cierto que morir del último modo, despues de haber pasado la vida en los delitos, generalmente hablando es morir impenitente, ó al menos salir de este mundo con una penitencia muy dudosa; ya que dudosa, y muy dudosa es la penitencia que se hace en los extremos de la vida. De lo que resulta, que de cualquier género de muerte que se muera, si el cristiano no se ha preparado estando en salud, es moralmente cierto que morirá indispuerto. Dejamos á la discrecion de los curas ensanchar estos tres pensamientos del modo que juzquen mas conveniente. Nosotros nos abstenemos de hacerlo, porque la materia es óbvía y trivial.

Para el segundo asunto se tomará el texto: *Adolescens, tibi dico, surge*; y se discurrirá de este modo: «Iba Jesús, dice el evangelio, á una ciudad de Galilea llamada Naim, é iban con él sus discipulos y una gran multitud de pueblo. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera á un difunto para enterrarle, y este era hijo único de una viuda, la cual, acompañada de un gran séquito, seguía el féretro llorando. Viendo el Salvador su afliccion, se compadeció de ella, y le dijo: *Mujer, no llores. Y haciendo parar á los que llevaban el ataúd, llamó al difunto, diciéndole: Joven, levántate, que yo te lo mando: Adolescens, tibi dico, surge.* No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando el difunto se incorporó quedándose sentado, y se puso á hablar. ¿Qué quiere decir, cristianos, que todos los muertos que resucitó el Salvador eran jóvenes, y no se lee que resucitase ningun viejo? ¿Habrá en esto algun misterio? Sí que lo hay, y muy grande; y es que el tiempo mas favorable para merecer la vida eterna, de la que son figura aquellas resurrecciones, es la juventud; de modo que quien en esta edad comienza á servir de veras á Dios, tiene una certeza moral de su eterna salvacion. Esta verdad me induce naturalmente á hablaros de la obligacion que hay

«de servir á Dios desde la primera edad, y de las grandes ventajas que resultan del cumplimiento de esta obligacion.»— Sigue el cuerpo de la plática puesta en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 82.

El mal hábito.

Et resedit qui erat mortuus,
et cepit loqui. (Luc. vii, 15).

Al acercarse Jesucristo á una ciudad de Galilea llamada Naim, encontró un cortejo fúnebre que conducía á un difunto á la última morada. El tal difunto era un mancebo á quien la muerte habia segado en flor, sin que tuviese en cuenta ni la lozanía de sus años, ni la fuerza de su robustez, ni el vigor de su temperamento y complexion. Era hijo único de una pobre viuda, la cual, como podeis suponer, sentia vivísimamente su muerte, y la lloraba con lágrimas irremediables. Viendo el Salvador su desconsuelo, tuvo de ella compasion, y la dijo: Mujer, no llores. Y haciendo parar á los que llevaban el ataúd, dijo al difunto: Joven, te mando que te levantes. ¡Cosa admirable! Inmediatamente el difunto se sentó, y comenzó á hablar: *Et resedit qui erat mortuus, et cepit loqui.*

Si vosotros, cristianos, comparais esta resurreccion con otra que el mismo Jesucristo obró en la persona de Lázaro, desde luego notaréis entre una y otra una gran diferencia. Para resucitar á este joven, Jesucristo no empleó mas que esta simple palabra, *Surge*; pero para resucitar á Lázaro lloró, suspiró y dió un grito muy alto. ¿Por qué este diferente modo de obrar? Para enseñarnos, fieles, que hay mucha dife-

rencia entre un cristiano muerto á la gracia por uno ú otro pecado actual, y otro que, añadiendo al pecado actual el mal hábito, ha contraido la costumbre de pecar. Aquel resucita fácilmente á la gracia, no necesitándose muchas veces mas que un simple llamamiento de Dios; pero este se resiste á la resurreccion, y para lograrla no bastan á veces grandes gritos y llamamientos. ¡Oh si yo supiese pintaros los horribles efectos que el mal hábito produce en el hombre, los obstáculos que opone á su conversion, y la imposibilidad moral de recobrar la gracia en que le coloca! ¡Qué cuidado tendríais en no contraerlo! ¡qué horror os causaria el haberlo contraido! ¡qué diligencias haríais para extirparlo! Pues, aunque no presumo pintarlo con sus verdaderos colores, haré sin embargo tres cosas: os explicaré cómo se forma en nosotros el mal hábito: os haré ver los tristes efectos que produce una vez está formado: os indicaré los medios por los cuales se puede desarraigar.

¿Cómo se forma, pues, en nosotros el mal hábito, ó lo que es lo mismo, la costumbre de pecar? Oidlo. En la infancia por lo comun todos tenemos el corazon bueno, dócil, flexible, y naturalmente inclinado á Dios. El vicio, ó no lo conocemos, ó lo conocemos tal como realmente es, es decir, feo, abominable, digno de huirlo, y ordinariamente lo huimos. La virtud se nos presenta con su fisonomía propia y natural, esto es, hermosa, amable, digna de ser abrazada, y por regla general la abrazamos. En aquella dichosa edad una manzana que hurtemos á la madre, es cosa que alarma nuestra conciencia; una palabra poco comedida que digamos á otro niño, es cosa que pone en agitacion nuestro espíritu; una accion menos decorosa que hagamos en la iglesia, es cosa que nos hace acelerar el dia de la confesion. ¡Ay Dios! ¿y por qué no

nos morimos en sazón tan buena? ¿por qué una muerte prematura no viene á segarnos en flor, y antes que el hermoso lirio de nuestra inocencia quede agostado por el calor de las pasiones? ¡Cuántos pecados, cuántas bajezas, cuántos castigos nos ahorráramos!

Pero de un día á otro nos mudamos de tal modo, que no parecemos los mismos. Un mal compañero que los padres no han tenido cuidado de desviar, una pasioncilla que el maestro no ha sabido corregir, un mal ejemplo que dentro ó fuera de casa se nos ha dejado ver, hé aquí lo que ordinariamente comienza á apartarnos del buen camino, y nos echa en la senda de la perdición. No quiero decir que nos hagamos malos de un golpe, no: al principio el pecado nos hace miedo, nos resistimos á cometerlo, y por algun tiempo estamos balanceando entre el sí y el no. Pero despues de una resistencia mas ó menos larga, al fin cedemos, consentimos, damos el salto mortal, y por primera vez perdemos la gracia, á Dios y el cielo. Con el golpe de esta primera caída nuestra alma despierta, abre los ojos, ve y considera lo que ha hecho. ¡Oh Dios! ¡qué espanto es el suyo! Se horroriza de sí misma, se estremece de su debilidad, no halla expresiones bastante severas para reprenderse y acusarse. No descansa, no sosiega, no vive hasta que ha ido á descargarse de su peso en la confesion. El confesor apenas sabe qué decirle para consolarla: tal es su desconsuelo, tal su aflicción, tal su quebranto. En fin la alienta, la anima, la absuelve.

Pero ¿qué? apenas repuesta del primer susto, se vuelve hácia el objeto que la hizo caer. Nueva caída, nueva culpa, nueva confesion; pero caída que ya se siente menos, pero culpa que ya no hace tanto horror, pero confesion no ya tan pronta, dolorosa y humilde como la primera. ¿Qué es esto, alma infeliz? ¡Qué ha de ser! Es que ya comienza á brotar la

primera semilla, es que el mal hábito empieza ya á formarse. Adelante, que no tardará en venir otra embestida de la carne, y tras de ella otro pecado. ¡Oh! dice entonces, esto es muy molesto tener que acudir al confesor cada semana. Sigamos así; y sean los que fueren los pecados que en el entretanto cometa, los confesaré todos de una vez, ya que la absolucion lo mismo borraré mil que uno.—¿Todos los confesarás de una vez? Pero y aquel desasosiego, aquella impaciencia por confesarte luego que hubiste cometido el primer pecado, ¿dónde está?—Ahora, dice, ya es otra cosa. Aquella fue la primera culpa, y era natural que hiciese mas impresion y temor; mas ahora ya comienzo á conocer que el pecado tambien puede cometerse sin temor y sin susto.—Y sobre todo, respondo yo, puede cometerse sin susto ni temor, cuando la repetición de culpas ha ya quitado la vergüenza, y formado aquello que se dice mal hábito, ó costumbre de pecar.

Pero ¿sabrias tú decirme á qué abismo se ha echado una alma que ha contraído este hábito ó mala costumbre? Óyelo, óyelo, y si todavía te resta algo de fe, no dejarás de horrorizarte. El alma que ha contraído el hábito de pecar, se halla en una imposibilidad moral de convertirse; porque el mal hábito se opone poderosa y constantemente á su conversion. Por muy pecadora que sea, no deja ella de conservar algunos buenos sentimientos que de tiempo en tiempo se le despiertan; por muy abismada que esté en el mal, no deja de levantar de vez en cuando sus ojos al cielo, y de formar sus pensamientos de convertirse á Dios. ¡Ah! estos sentimientos son muy buenos en sí, y podrian conducirla á una verdadera conversion, si no hallasen obstáculo. Pero hay atravesado un obstáculo terrible, y es el mal hábito que ha contraído. Este mal hábito la hace resistir á todos los buenos deseos de su corazón, á todos los gritos de su conciencia y á todos los movimientos

de la gracia. La gracia la excita á salir del vicio, y el mal hábito la retiene en él : la gracia la llama, y el mal hábito no la deja responder : la gracia le ofrece el perdon, y el mal hábito no le permite aceptar el ofrecimiento. En este estado infeliz el pecador hace algun movimiento para salir de la culpa, pero la mala costumbre no le deja adelantar un paso : da algunas miradas hácia el cielo, pero la mala costumbre la tiene inmóvil en sus cadenas : se vuelve un poco hácia Dios, pero la mala costumbre la hace volver luego á su centro. Ella ve buenos ejemplos que la enamoran, oye sermones que la conmueven, siente en sí misma grandes deseos de confesarse, convertirse y emprender una vida cristiana; pero viene la mala costumbre, ahoga estos sentimientos, trastorna estos planes, y deja sin efecto todas las resoluciones. ¿Cabe un tirano mas cruel?

¡Ay! cristianos, y todo esto es muy verdadero, y todo esto nosotros lo palpamos todos los días en el confesonario. ¿Cuántas veces nos sucede decir á un pecador : hijo mio, es menester renunciar á ese comercio infame, es necesario separarse de esa persona que os pierde : yo os lo aconsejo, yo os lo suplico, yo os lo mando de parte de Dios? ¿Y qué responden á esto? Padre, nos dicen, yo quisiera, yo lo deseo, pero no puedo. — ¿No puedes?... Haz un esfuerzo, recurre á Dios, llama á María santísima. — No puedo, padre, no puedo. — ¿Pero no ves, hijo, que te vas á la perdicion eterna? ¿no comprendes que esta es una soga con que el demonio te tiene prendido? — Sí, lo veo, lo comprendo; pero no puedo. — ¿Y por qué no puedes? — Porque el hábito de pecar que he contraído, es mas fuerte que todas las resoluciones que yo puedo formar. — ¡Y qué! ¿piensas vivir y morir así? — Allá lo veremos, padre; lo que es por ahora el mal hábito gana, vence, triunfa. — ¿Lo entendeis, cristianos? Esto os

dice, que es menester velar mucho; porque si llegais á caer en alguna mala costumbre, tal vez no hallaréis quien os saque de ella, tal vez no sabréis dejarla, aunque querais.

Comprendo, dirá alguno, que en el fuego de la juventud, que en la fuerza de la edad, que en el calor de las pasiones ha de ser difícil quitar un mal hábito; pero con el tiempo el hombre se hace mas cuerdo, conoce mejor las cosas, y entonces lo renuncia todo de una vez. — No repetiré aquí lo que otras veces he dicho contra la vanidad de esa pretension; solo diré lo que dice el Espíritu Santo acerca del pecador habituado. Las malas costumbres de su juventud, dice, penetrarán en sus huesos, y le acompañarán hasta la tumba : *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus, et cum eo in pulvere dormient*¹. Esto quiere decir, que en la vejez sus malos hábitos tienen la misma fuerza que en la juventud, de suerte que aunque él sea muy anciano, y no tenga ya ni fuerzas, ni vigor, ni energía; no obstante en lo que toca á la perversidad del corazón, á la malicia de la voluntad, él es siempre jóven, fuerte y robusto.

¿Y que no vemos todos los días á ciertos viejos, que teniendo ya un pié dentro del sepulcro, son tan blasfemos, tan impuros, tan brutales como pudieron serlo en la juventud? ¿Cuántos hay que, no pudiendo ya cometer las torpezas de la mocedad, se indemnizan de esta privacion revolviéndolas brutalmente en su memoria? ¿cuántos que conservan el amor á la concubina, tan decrepita ya como ellos mismos, hasta el fin de la vida, y aun se acuerdan de ella en su último testamento? ¿Cuántos que ni en su última enfermedad quieren ver á su enemigo, ni restituir lo ajeno, ni despedir la amiga, ni abstenerse de los manjares y bebidas á que se acostumbra-

¹ Job, xx, 11.

ron desde jóvenes? ¿Y diréis que, si bien es difícil dejar el mal hábito cuando se es mozo, se deja fácilmente cuando se va entrando en edad?

Los que todavía no habeis contraído malos hábitos, alerta con ellos. Velad mucho sobre vosotros mismos, por temor de que no contraigais alguno sin advertirlo. Desde el momento que os apercibais de que caéis frecuentemente en un mismo pecado, por ligero que os parezca, arracadlo luego, y antes que eche mas hondas raíces. Sobre todo en vuestras confesiones registrad esrupulosamente el fondo de vuestro corazón, y parad la atención en aquellas culpas á que os sentís mas inclinados, y que cometéis con mas facilidad. Cuando las habréis notado bien, no os pareís aquí, sino haced un esfuerzo saludable sobre vosotros mismos, arracadlas de vuestro espíritu, á cualquier precio que sea. No ahorréis pena, trabajo ni diligencia por desalojar de vuestro corazón un enemigo tan temible, que pretende establecerse en él; seguros de que si lo logra, pronto llamará á otros, y despues no sabréis cómo hacerlo por libraros de ellos.

Por lo que hace á vosotros que habeis ya caído en este espantoso precipicio, ¿qué podré deciros? ¡Ah! tal vez sería mejor que yo emplease mis lágrimas en pedir á Dios vuestra conversion, que no que gaste palabras en persuadiros y exhortaros. No lo digo porque desespere enteramente de vuestra enmienda y conversion, sino porque sé, y deseo que vosotros tambien lo sepais, que es muy dificultosa. Sí, dificultosa es, pero no imposible; y sin duda la conseguiréis, si poneis en práctica los medios que voy á indicar.

Antes que todo, haceos cargo que san Pablo llama el mal hábito cuerpo del pecado: *Corpus peccati*¹. Esta expresion

¹ Rom. vi, 6.

es muy significativa, y os indica la táctica que debeis observar en combatirlo. En la guerra una cosa es el cuerpo del ejército, y otra cosa son las alas. El cuerpo, ó llamémosle centro, es la parte que está al medio; las alas son las partes que defienden los lados. Para derrotar un ejército no basta destruir las alas, es menester descomponer el centro ó el cuerpo; porque mientras este permanezca entero, irá enviando siempre á las alas nuevas tropas, que llenarán las bajas de las que hubieren sucumbido. Pues bien: en el pecado suele haber tambien dos cosas, el cuerpo y los miembros. El cuerpo es el hábito que está dentro, los miembros son los actos que se producen fuera. No basta cortar los actos, es menester destruir el hábito: porque mientras este permanezca intacto, irá enviando refuerzo á los miembros, y será causa de nuevas culpas.

El hábito se destruye por el mismo estilo que se formó. Él se formó á fuerza de repetir actos malos de una misma especie: por ejemplo, el hábito de jurar se formó con la repeticion de muchos juramentos, el de robar con la multiplicacion de muchos robos, el de fornicar con la repeticion de muchas deshonestidades, etc. Pues, por la razon de contrarios, con la frecuencia de actos opuestos se destruirá mas ó menos pronto el hábito pecaminoso: con la frecuencia de mortificaciones corporales se destruirá el hábito de la impureza, con la multiplicacion de limosnas el de la codicia, con la repeticion de rezos el de la blasfemia, etc.

Para combatir de este modo y con buen resultado el mal hábito, es menester mucha decision; porque él no acostumbra ceder á una voluntad débil, floja y lánguida. Yo quisiera enmendarme, dice un pecador habituado.— ¡Quisiera!... ¿y por qué no dices *quiero*? ¿Qué significa esa palabra *quisiera*? En buena gramática no significa otra cosa que un deseo de en-

mendarse, una enmienda ideal, imaginaria, y en solo proyecto. ¡*Quisiera!*... es decir que todavía no quieres, ó cuando mas, que solo tienes una voluntad á medias, indecisa, irresuelta. ¡Ah! si realmente quieres salir del mal hábito, no has de decir *quisiera*; sino *quiero*: y dicho esto, manos á la obra, no vacilar, no esperar, no perder el tiempo en deseos y en proyectos. Porque cuanto mas tardarás, mas hondas raíces habrá el hábito echado en tu corazon, y mas difícil te será arrancarlo.

El hábito, dicen los teólogos, es una cualidad fuertemente pegada á la persona, una disposicion terca y tenaz, que no se separa sino á duras penas: *Qualitas difficilè mobilis*. Esto quiere decir, que al hábito se le ha de quitar todo lo que puede favorecerlo, y se le ha de aplicar todo lo que puede contrariarlo. Y así, afuera ocasiones exteriores, que suelen ser las que lo conservan y lo fomentan: afuera aquel juego, que conserva el hábito de blasfemar; afuera aquella amistad, que mantiene la costumbre de fornicar, etc. De este modo, y esperándolo todo de la gracia de Dios, que nunca falta á los que la piden, triunfaréis del mal hábito, y os veréis libres de esa fatal costumbre que infaliblemente os conduciría á la eterna perdicion. Amen.

DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Lo primero que llama la atencion en el evangelio de este dia, es la cuestion que el Salvador propuso á los fariseos sobre la observancia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. Como desde luego se ve, este texto brinda á predicar de un asunto muy necesario, especialmente en parroquias industriales ó fabriles, cual es la santificacion de las fiestas. Este asunto puede proponerse en esta forma: «Refiere el evangelio, que comiendo Jesucristo con algunos fariseos en un dia de sábado, estos espiaban todas sus acciones, y observaban maliciosamente cuanto hacia, para ver si hacia algo que fuese contrario á lo que ordenaba la ley sobre abstenerse en tal dia de toda obra servil. Jesucristo, que conocia perfectamente las malas intenciones de sus enemigos, habiendo visto delante de sí á un hombre hidrópico, preguntó á aquellos maliciosos, si era licito curar á un enfermo en el dia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. A cual pregunta no habiendo ellos querido, ó mejor dicho, sabido contestar, él curó al enfermo, y le despidió. ¿Por qué Jesucristo propuso esta cuestion á los fariseos? ¿Dudaba por ventura él de que era permitido practicar una obra de caridad en dia de fiesta? Nada menos: la cuestion se la propuso á fin de enseñarles, que la santificacion de las fiestas no consiste en es-

mendarse, una enmienda ideal, imaginaria, y en solo proyecto. ¡Quisiera!... es decir que todavía no quieres, ó cuando mas, que solo tienes una voluntad á medias, indecisa, irresuelta. ¡Ah! si realmente quieres salir del mal hábito, no has de decir *quisiera*; sino *quiero*: y dicho esto, manos á la obra, no vacilar, no esperar, no perder el tiempo en deseos y en proyectos. Porque cuanto mas tardarás, mas hondas raíces habrá el hábito echado en tu corazon, y mas difícil te será arrancarlo.

El hábito, dicen los teólogos, es una cualidad fuertemente pegada á la persona, una disposicion terca y tenaz, que no se separa sino á duras penas: *Qualitas difficilè mobilis*. Esto quiere decir, que al hábito se le ha de quitar todo lo que puede favorecerlo, y se le ha de aplicar todo lo que puede contrariarlo. Y así, afuera ocasiones exteriores, que suelen ser las que lo conservan y lo fomentan: afuera aquel juego, que conserva el hábito de blasfemar; afuera aquella amistad, que mantiene la costumbre de fornicar, etc. De este modo, y esperándolo todo de la gracia de Dios, que nunca falta á los que la piden, triunfaréis del mal hábito, y os veréis libres de esa fatal costumbre que infaliblemente os conduciría á la eterna perdicion. Amen.

DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Lo primero que llama la atencion en el evangelio de este dia, es la cuestion que el Salvador propuso á los fariseos sobre la observancia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. Como desde luego se ve, este texto brinda á predicar de un asunto muy necesario, especialmente en parroquias industriales ó fabriles, cual es la santificacion de las fiestas. Este asunto puede proponerse en esta forma: «Refiere el evangelio, que comiendo Jesucristo con algunos fariseos en un dia de sábado, estos espiaban todas sus acciones, y observaban maliciosamente cuanto hacia, para ver si hacia algo que fuese contrario á lo que ordenaba la ley sobre abstenerse en tal dia de toda obra servil. Jesucristo, que conocia perfectamente las malas intenciones de sus enemigos, habiendo visto delante de sí á un hombre hidrópico, preguntó á aquellos maliciosos, si era licito curar á un enfermo en el dia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. A cual pregunta no habiendo ellos querido, ó mejor dicho, sabido contestar, él curó al enfermo, y le despidió. ¿Por qué Jesucristo propuso esta cuestion á los fariseos? ¿Dudaba por ventura él de que era permitido practicar una obra de caridad en dia de fiesta? Nada menos: la cuestion se la propuso á fin de enseñarles, que la santificacion de las fiestas no consiste en es-

«tar ocioso y pasar el día sin hacer nada, como ellos pensaban, «sino mas bien en ejercitarse en obras de caridad y religion. «; Oh, cuántos cristianos participan de la opinion, ó mejor diré, de la ignorancia de los fariseos, creyendo neciamente que «los días de fiesta solo son para divertirse y holgar! No, fieles, las fiestas no han sido instituidas para esto, sino para «santificarlas, conforme nos lo dice Dios en el libro del Éxodo: «Memento ut diem sabbati sanctifices. Y si deseais saber cómo «han de santificarse, oidme atentos, que voy á declararlo con «toda la exactitud que conviene.»—Siga el cuerpo de la plática que hay en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 68.

A mas del texto sobredicho, hay otro que puede tomarse por tema de una plática sobre la santa Misa, y es aquel que está concebido en estas palabras: *Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco. Esta plática puede empezarse del modo siguiente: «Fue un día Jesucristo invitado á comer «en casa de uno de los principales fariseos, y fueron convidados tambien, sin duda para hacer mas ilustre el convite, algunos escribas y doctores de la ley. No obstante que ya antes de «sentarse á la mesa, el Salvador los dejó bien humillados, pues «no supieron qué responder á una cuestion muy sencilla que les «propuso sobre la observancia del sábado; hubo de humillarlos «todavía mas cuando, al llegar la ocasion de tomar asiento, y «viendo que escogian los primeros puestos, creyó conveniente «darles una leccion de política y urbanidad, explicándoles cómo «debían conducirse en un convite. Dejando ahora á los fariseos, y sacando del hecho que acabo de referir lo que pueda ser útil para vuestra edificacion, deseo enseñaros cómo «debeis conducir os cuando sois convidados á asistir á un convite mucho mas noble y espléndido que el que refiere el evangelio, cual es el de la santa Misa. Mas como para esto es menester conocer á fondo lo que es la Misa, cuáles son sus fru-*

«tos, y cuáles los medios de conseguirlos, por esto lo haré objeto de la presente instruccion.»—Siga el cuerpo de la plática puesta en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 76.

La humildad cristiana.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur. (Luc. XIV, 11).

Para instruccion y aviso de algunos fariseos descorteses y soberbios, que tomaban los primeros puestos en un convite al que se hallaba presente el Salvador, dijo este la siguiente parábola: Cuando fueres convidado á alguna mesa, no te sientes en el primer lugar, no sea que entre los convidados haya alguno mas digno que tú, y viniendo el que os convidó á tí y á él, te diga: Cede tu lugar á este; y entonces sufras la vergüenza de ser puesto en el último lugar. Al contrario, cuando fueres llamado á algun convite colócate en el lugar último y á la cola de los demás convidados, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba; y entonces te veas honrado en presencia de todos los que estuvieren á la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será exaltado: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.*

Esta parábola que he recitado literalmente, y tal como salió de la boca de Jesucristo, no tiene otro objeto que hacer nos ver la grande importancia de la virtud de la humildad. Muchos la miran como una virtud frívola, despreciable y solo buena para gente pequeña y vulgar, siendo esta tal vez la razon de que apenas sea conocida en el mundo; pero Jesucristo declara en el evangelio de hoy, que es una virtud esen-

cial, necesaria, absolutamente indispensable para salvarse. Tenga el mundo cuanta prevencion quiera contra la humildad, mírela como virtud de escaso ó ningun valor : yo trato hoy de ponerla en el lugar que le corresponde, erigirle un altar, y darle toda la importancia que merece. A este objeto manifestaré tres cosas : su naturaleza, su necesidad y sus motivos.

¿En qué consiste, pues, la humildad? Hé aquí una pregunta que muy pocos cristianos sabrían contestar, y eso que la humildad es la virtud fundamental del Cristianismo. Muchos tomando la apariencia por la realidad, y la sombra por el cuerpo, piensan que la humildad consiste en usar un traje ordinario, en llevar la cabeza algo caída sobre el pecho, en tener habitualmente los ojos bajos, en hablar con voz baja y melosa, en hablar de sí con desprecio, en decir que se es un gran pecador, y cosas semejantes. No diré que estas cosas no puedan ser indicios de humildad, y de una humildad muy sólida y verdadera ; pero así como pueden ser señales de humildad, pueden ser también, y no pocas veces son, efectos de una soberbia oculta, ó por mejor decirlo, pueden ser la misma soberbia disfrazada con el manto de la humildad. Y que así sea en muchos, dice el Profeta, es fácil probarlo : no hagáis mas que decirles una palabra humillante, y que hiera un tantico su amor propio, y luego veréis qué humareda levantan : *Tange montes, et fumigabunt*¹. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la humildad no consiste esencialmente en nada de lo dicho.

¿En qué consiste pues? Consiste en un conocimiento íntimo de nuestra bajeza y de nuestra nada, á favor del cual nos

¹ Psalm. CLXIII, 5.

despreciamos á nosotros mismos, nos abstenemos de buscar los aplausos de los hombres, sufrimos resignados sus desprecios, referimos todo el bien que tenemos á Dios, deseando sinceramente que á él solo se dé todo el honor y toda la gloria. Esta definicion se comprenderá mejor, recorriendo los tres grados de humildad ; siendo de advertir que esta virtud, así como todas las otras, admite mas y menos, esto es, puede poseerse con mayor ó menor perfeccion.

El primer grado es, reconocer que de nosotros mismos no somos nada, y que si algo tenemos de bueno, es de Dios ; complacernos en este conocimiento, despreciarnos en nuestro interior, no apetecer la gloria humana, alegrarnos de que Dios lo sea todo, y nosotros no seamos nada. Este es el primero y el mas bajo grado de la humildad, por manera que quien no posee este, está enteramente destituido de esta virtud. Así, pues, los que se atribuyen á sí mismos las buenas cualidades que tienen, los que se envanecen de ellas en su interior, los que en el bien que hacen buscan los aplausos de las criaturas, los que no lo refieren todo á la gloria de Dios, no conocen ni en poco ni en mucho la humildad ; y son como Lucifer, que pretendia escalar el trono de Dios, y sentarse en el mismo lugar del Altísimo.

El segundo grado, que es como una emanacion natural del primero, consiste, no ya solamente en despreciarnos á nosotros mismos, sino en sufrir con paciencia que los otros nos desprecien, que formen de nosotros el mismo concepto que nosotros formamos, y nos traten como realmente merecemos. Este segundo grado es mas difícil que el primero ; porque si bien conocemos que somos nada, no suele sentársenos bien que los otros lo juzguen del mismo modo, y sentimos que nos muestren el desprecio de que nosotros mismos nos confesamos dignos.

El tercer grado de humildad, y que es como su complemento y última perfeccion, va mas adelante; pues no se contenta con sufrir con resignacion las humillaciones y los desprecios, sino que los desea, los busca y se complace en ellos. Debo advertir que Dios no nos obliga á tener una humildad tan heroica y perfecta, ni exige de nosotros que vayamos á buscar afrentas y humillaciones, y aun menos que nos complazcamos en ellas. ¡Dichoso el que ha llegado á este último grado de perfeccion, y que, como los Apóstoles, se alegra de sufrir contumelias por el nombre de Jesucristo! Pero lo que es un precepto, no lo hay; porque Dios, teniendo en cuenta nuestra fragilidad y miseria, no ha querido obligarnos á una cosa tan ardua y heroica. Para cumplir con el precepto de la humildad bastan estas tres cosas: 1.^a que reconozcamos que de nosotros mismos no somos nada, y que cuanto hay de bueno en nosotros es un don gratuito de Dios: 2.^a que no hagamos ostentacion vanidosa de las buenas prendas que Dios nos ha dado, ni busquemos por ellas el aplauso de las criaturas, sino que deseemos sinceramente que de Dios sea toda la gloria: 3.^a que suframos con santa resignacion los desprecios que nos vengan de fuera, diciendo con los hermanos de José: *Meritò hæc patimur*, bien merecidos los tengo.

La humildad, tal como la acabo de explicar, no es una virtud de puro consejo, sino absolutamente necesaria para conseguir la salvacion. Y para daros de ello una prueba que no admita apelacion ni réplica, bastará aducir las palabras del mismo Jesucristo. Disputaban entre sí los discípulos sobre cuál de ellos habia de tener la primacia sobre los otros. ¿Qué hizo el Salvador para cortar aquella cuestión tan impertinente como vana? Llamó á un muchacho que estaba allí cerca, y poniéndole en medio de ellos, les dijo: ¿Veis á este niño? Pues yo os declaro, que si vosotros no os haceis semejantes

á él, deponiendo esos sentimientos de presuncion y orgullo que manifestais, no entraréis en el reino de los cielos: *Nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum*¹. Tal vez me diréis que Jesucristo, ordenándonos hacernos semejantes á los niños, no pretendió precisamente que los imitésemos en la humildad, sino en otras virtudes propias de la infancia, como son la ingenuidad, la dulzura, el desinterés, etc. No diré que él no intentase recomendarnos todas estas virtudes; pero es cierto que la que principalmente nos recomendó, y de la que particularmente hablaba entonces, era la humildad. Pues ved lo que inmediatamente añadió: El que fuere humilde como éste niño, este será el primero en el reino de los cielos: *Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic major est in regno cælorum*². Que es como si dijera: ser dulce, sencillo y desinteresado como este niño, es cosa buena y muy laudable; pero ser humilde como él, es cosa de absoluta necesidad para quien quiera tener parte en mi gloria.

La razon de esto es, porque, como dijo la Virgen en su famoso cántico, Dios ha acostumbrado siempre precipitar de su alto puesto á los soberbios, y levantar de su estado abyecto á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*. Ya puede una criatura ser grande, noble y excelente: desde el momento que Dios descubre en ella el humo de la soberbia, la humilla, la confunde, la abate: *Deposuit*. Ya puede ser baja, pecadora y miserable: tan pronto como Dios advierte en ella sentimientos de verdadera humildad, le da su mano, la levanta con su gracia, y la conduce á un alto grado de gloria: *Exaltavit*. ¿Qué hizo con los Ángeles, criaturas tan nobles y perfectas, luego que notó en ellos los prime-

¹ Matth. xviii, 3. — ² Ibid. 4.

ros síntomas de arrogancia y orgullo? *Deposuit*, los arrojó de su presencia, los precipitó de los altos tronos que ocupaban, y los soterró en lo mas profundo del abismo. ¿Qué hizo con Adán, hombre enriquecido con tantos dones, tan pronto como vió en él los primeros indicios de la soberbia? *Deposuit*, le derribó de su alta esfera, le despojó de todos sus dones y privilegios, y le redujo á la condicion mas abyecta y miserable. ¿Qué hizo con David, hombre tan santo y perfecto, desde el instante que vió que se levantaban en su espíritu pensamientos de jaectancia y presuncion? *Deposuit*, le dejó de su mano, le permitió una caída vergonzosa, y le hizo conocer prácticamente su miseria y su nada.

Y no hay que admirarse de que Dios sea tan severo con los soberbios, porque de todos los pecados la soberbia es el que tiene con él una oposicion mas formal y directa. A él solo pertenece toda la gloria, porque él es el solo grande, el solo bueno, el solo santo; y todas las criaturas delante de él no son mas que lodo, basura y nada. Y por esto declara por Isaías, que toda la gloria ha de ser suya, que toda la quiere para sí, y que jamás la cederá á otro: *Ego Dominus... gloriam meam alteri non dabo*¹. ¿Y qué hace el soberbio? Que-riendo para sí la gloria, atribuyéndose á sí mismo lo que ha recibido de su Criador, mirándose como el autor de su mérito y el artesano de su fortuna, disputa en algun modo al Altísimo el título de soberano, se esfuerza á echarle de su trono, y pretende ponerse en su lugar. Subiré al cielo, dice como Lucifer, y seré semejante al Altísimo: *In cælum conscendam, ... similis ero Altissimo*². ¿Cabe presuncion mas intolerable? ¿Es extraño que Dios le tenga tanto odio y tanta aversion?

Pero tanto como Dios detesta á los soberbios, otro tanto se

¹ Isai. XLII, 8. — ² Ibid. XIV, 13, 14.

complace con los humildes. No parece sino que la humildad es la única virtud que le hace amable una criatura; y que para él cualquiera otra virtud, sin la humildad, es humo, es vanidad, es nada. ¿Quiénes son en efecto los que él mira con mas agrado? ¿son los mas castos? ¿son los mas sóbrios? ¿son los mas penitentes? No, son los mas humildes, son los que se desprecian á sí mismos, y conservan siempre de sí una baja estimacion. ¿A quién pensais, pregunta él mismo, miraré yo con ojos de piedad y benevolencia? *Super quem respiciam?* Al que se considera pequeño, y es humilde de espíritu: *Super pauperulum, et contritum spiritu*¹. ¿Y de dónde proviene, diréis, que Dios ame á los humildes con preferencia á todos los demás? El Espíritu Santo os da la razon; y es porque estos son los únicos que le honran verdaderamente, ya que á él refieren la gloria de todo lo que son y poseen: *Quoniam ab humilibus honoratur*.

No nos será muy difícil alcanzar esta virtud tan grata á Dios, si atentamente consideramos los grandes motivos que tenemos para practicarla. El primero es nuestra bajeza, nuestra miseria y nuestra nada; porque, como dice un profeta, si nosotros nos miramos bien, en nuestro mismo ser hallaremos motivos de humildad, y humildad la mas profunda: *Humiliatio tua in medio tui*². ¿Qué hemos sido? ¿qué somos? ¿qué seremos? En el pasado, en el presente, en el porvenir ¿hay cosa que no nos humille y no nos confunda? Bien que tengamos algunas cosas buenas y laudables: ¿son nuestras? ¿son fruto de nuestra industria? ¿han salido de nuestro fondo? ¿Qué tienes, pregunta san Pablo, que no lo hayas recibido de Dios? *Quid autem habes quod non accepisti*³? Supon que Dios te quitase todo lo que graciosamente te ha dado, ¿qué

¹ Isai. LXVI, 2. — ² Mich. VI, 14. — ³ I Cor. IV, 7.
16 T. III.

te quedaria? De bueno nada. Pues si todo lo que tienes de bueno, tanto en el orden natural como en el de la gracia, es un puro don de Dios, ¿cómo te ensoberbeces de ello cual si fuese una cosa exclusivamente tuya? *Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis*¹?

Otro motivo hay para humillarnos, y es el ejemplo de Jesucristo; quien, siendo Dios verdadero, y en todo igual al Padre, se humilló, se empequeñeció hasta tomar la forma de esclavo, como dice san Pablo: *Qui cum in forma Dei esset... semetipsum exinanivit... humiliavit semetipsum*². La humildad fue siempre su virtud favorita, su amiga predilecta, su inseparable compañera. De ninguna otra virtud nos ha dicho expresamente que la aprendiésemos de él, sino de la humildad. Él nos ha dado ejemplo de todas las virtudes, y en todas quiere que le imitemos; pero respecto de la humildad ha añadido la exhortacion al ejemplo, diciéndonos: Aprended de mí á ser humildes: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*³. No nos ha dicho: aprended de mí á hacer milagros, sino á ser humildes de corazon.

Otro motivo de la humildad, y que deseo lo mediteis despacio, es, que sin ella no hay virtud sólida y verdadera. Tú me preguntas, escribia san Agustin á un amigo suyo, tú me preguntas, cuál es la virtud que puede facilitarte la adquisicion de todas las otras, y conducirte con seguridad á la gloria; y yo te respondo, que es la humildad. Esta es la virtud, mi caro amigo, que yo deseo ames con todo el corazon, porque es la única que puede proporcionarte lo que deseas. Lo he meditado bien, lo tengo bien reflexionado: y puedo asegurarte que el primer camino que hemos de tomar para llegar al cielo es la humildad, el segundo es la humildad, el

¹ I Cor. iv, 7. — ² Philip. ii, 6, 8. — ³ Matth. xi, 29.

tercero es la humildad: y todas las veces que me preguntares cuál es el camino que conduce á la gloria, siempre te responderé que es la humildad. Todo otro camino es falso, es peligroso, y conduce á un precipicio.

¿Qué mas puede decirse, fieles, en recomendacion de esta virtud? ¿qué mas debo añadir para hacerla amable á todos? Voy á concluir con aquel excelente aviso de san Pedro: *Omnes invicem humilitatem sectate*¹: amemos todos una virtud tan grata á Dios, tan recomendada de Jesucristo, y tan conforme á nuestra miseria y á nuestra flaqueza: *Omnes*. Todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, démonos á la práctica de una virtud que todo, como es debido, lo refiere á la gloria de Dios, que es el solo digno de honor y alabanza: *Soli Deo honor et gloria*. Amen.

¹ I Petr. v, 5.

DOMINGO DÉCIMOSÉPTIMO DESPUES

DE PENTECOSTES.

No tenemos ánimo de poner aquí todos los asuntos morales que podrian formarse sobre el evangelio de este domingo ; pues resultarian tantos , cuantos son los textos que contiene. Nos limitaremos á señalar tres , que nos parecen ser los que descuelan sobre los otros por su importancia é interés. El primero es sobre la suavidad de la ley evangélica , el cual se infiere del texto : *In his duobus mandatis universa lex pendet, et Prophetæ ; y se dispone así : « ¡Cuánto se equivocan los que piensan que la ley de Jesucristo es dura é insoportable ! ¡ Cuán injustos son los que se quejan del rigor y aspereza de la ley evangélica ! Que los judíos se quejasen del grave peso de su ley, no es de admirar ; porque sabemos la multitud de preceptos que el Señor les habia impuesto. Los teólogos , que han contado diligentemente todos aquellos preceptos , nos aseguran , que los afirmativos eran trescientos sesenta y cinco , es decir , tantos cuantos son los días del año ; y los negativos doscientos diez y ocho , esto es , tantos cuantos son los miembros del cuerpo humano , para que se verificase que los judíos llevaban la ley impresa en todos sus miembros. Que una ley, repito , que abrazaba nada menos que quinientos setenta y nueve capítulos , se tuviese por insoportable , no hay que admirarlo ; y por tal la reconoció el Príncipe de los Apóstoles cuando declaró , que la ley de Moisés era un yugo que ni él ni sus antepasados habian*

*« podido soportar : Quod neque patres nostri , neque nos portare potuimus ¹. Pero ¿puedese decir lo mismo de la ley de gracia ? Al que ose decirlo le preguntaré : ¿cuántos preceptos abraza nuestra ley ? Segun la respuesta que el Salvador dió á un doctor de la ley, propiamente hablando no abraza mas que dos , que son amar á Dios y amar al prójimo , porque á estos dos se reducen todos los que tenemos que cumplir : Diliges Dominum Deum tuum... Diliges proximum tuum... « In his duobus mandatis universa lex pendet. ¿Y una ley que solo comprende dos preceptos , y dos preceptos tan fáciles como estos , habrá quien se atreva á calificarla de dura y pesada ? ¡ Ah ! cristianos : para cumplir esta ley no se necesita mas que un poco de voluntad : y el desgraciado que no la cumpla , y en consecuencia se condene , no será merecedor de que le tengamos la menor compasion ; pues se condenará por su gusto , y por no haber querido someterse á una ley la mas benigna y suave de cuantas se han promulgado á los hombres. « Yo voy á ponerlos á la vista la suavidad de esta ley , á fin de animaros á su exacto cumplimiento. »— Esta idea general se hará evidente por tres medios : 1.º manifestando que la ley evangélica es suave en sí misma , por razon del número y calidad de sus preceptos ; pues , como hemos dicho , todos sus preceptos pueden reducirse á dos , y estos sumamente fáciles. Se aplicará el texto : *Jugum meum suave est , et onus meum leve ; y se explicará en qué sentido se dice , que Arcta est via quæ ducit ad vitam. 2.º Haciendo ver que la gracia de Dios aun hace mas fácil el cumplimiento de dichos preceptos , la cual gracia abunda en nosotros por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo , como dice san Pablo. 3.º Poniendo á la vista la gran recompensa que Dios tiene preparada á los que guardan fielmente su ley,**

¹ Act. xv, 10.

cual recompensa hace ligera y suave cualquiera dificultad que se encuentre en el cumplimiento.

El segundo asunto es sobre la caridad del prójimo manifestada por las obras, cual asunto se deduce del texto: Diliges proximum tuum, sicut te ipsum; y se propone del modo siguiente: «A dos solos capítulos se reduce toda la ley evangélica, según el oráculo infalible de Jesucristo, que son amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Habiendo ya hablado del amor de Dios en uno de los dos capítulos precedentes, debo hablar hoy del amor del prójimo, el cual, propiamente hablando, no es mas que una extensión del mismo amor de Dios. Para daros una explicación completa de este precepto, me bastará comentar las palabras con que está redactado en el presente evangelio: pues ellas expresan la necesidad de este amor, el objeto y el modo. Amarás, dice, á tu prójimo como á ti mismo: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. Diliges, amarás: aquí tenemos la necesidad, pues esta palabra amarás, según la significación gramatical, no anuncia un simple consejo, sino un precepto riguroso. Proximum tuum: aquí descubrimos el objeto, y se nos anuncia que debemos amar á todo el que sea nuestro prójimo, sin hacer distinción entre amigos y enemigos, ni entre paisanos y extranjeros. Sicut te ipsum: aquí se nos declara el modo con que debemos amarle, que no ha de ser otro que aquel con que nos amamos á nosotros mismos. Entremos ahora en una explicación mas detallada de la necesidad, objeto y modo con que debemos cumplir el precepto de amar á nuestro prójimo.»— La necesidad se probará con estos ú otros textos semejantes: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem¹. — Omnes autem vos fratres estis². — Sumus invicem membra³. — In

¹ Joan. xv, 12. — ² Matth. xxiii, 8. — ³ Ephes. iv, 25.

hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem¹. El objeto se explicará, manifestando lo que se entiende por esta palabra prójimo, para lo cual se hallará todo lo necesario en cualquier autor de moral. El modo se mostrará diciendo, que debemos amar al prójimo del mismo modo que nos amamos á nosotros mismos. ¿Y cómo nos amamos? Quisiéramos que nadie nos hiciese mal alguno, que nadie nos perjudicase en el cuerpo, en la reputación, ó en los bienes; quisiéramos que se nos socorriese en nuestras necesidades, que se nos disimulasen nuestras faltas, que se tomase parte en nuestras aflicciones, etc. Pues hagamos otro tanto con el prójimo: Omnia ergo quæcumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis².

El tercer asunto es el que ponemos en seguida, sobre el cual llamamos la atención de los curas, por juzgarlo de mucho interés en las actuales circunstancias.

Hombre de bien y sin religion no puede ser.

Magister, quod est magnum mandatum in lege? (Matth. xxii, 36).

Quien de antemano no hubiese conocido á los fariseos, y solo los hubiese juzgado por el hecho que nos refiere el presente evangelio, ¡qué juicio tan errado habria formado de ellos! Al ver que se congregaban en casa de uno de los principales doctores de la ley, que congregados iban procesionalmente á encontrar al Salvador, y que por medio de uno que llevaba la voz de todos le preguntaban, cuál era el prin-

¹ Joan. xiii, 35. — ² Matth. vii, 36.

principal precepto de la ley de Dios, ¿no hubiera creído cualquiera que eran hombres de mucha probidad, y que solo deseaban instruirse en este punto de moral para cumplirlo con mas perfeccion? Pues á fe que se hubiera bien equivocado. Lo que menos intentaban era aprender cuál era el principal mandamiento de la ley : lo que intentaban era sorprender á Jesucristo en alguna expresion, y tomar de aquí algun pretexto para perderle. ¿Y qué podia importarles á ellos el que el primer mandamiento de la ley fuese este ó fuese el otro? Unos hombres que no tenían religion, que hacian causa comun con los saduceos y herodianos, que bajo un exterior decente y arreglado encubrian costumbres las mas detestables, ¿podian tener ningun interés en saber cuál era el primer precepto de la ley?

Hé aquí, fieles, lo que son muchos que entre nosotros quieren pasar por hombres de honor y probidad. Son hombres sin religion, no creen en Dios ó sienten mal de él, se mofan en público y en secreto de las verdades de nuestra fe, miran con lástima y desprecio á los que esperamos un cielo y tememos un infierno ; y sin embargo pretenden que los tengamos por hombres de bien, que fíemos en su honor y moralidad, que los honremos con nuestra amistad y confianza, que los consideremos como gente incapaz de hacer mal á nadie, y siempre dispuesta á hacer bien á todos. Pues yo digo, que hombre de bien y sin religion no puede ser, que no hay que esperar cosa buena de quien no teme á Dios, ni respeta las máximas de nuestra fe, ni hace caso de los preceptos evangélicos. Porque quien se burla de Dios ¿no se burlará con mas razon de los hombres? Quien no tiene ningun miramiento al Criador ¿lo tendrá á la criatura? Quien pisa las leyes escritas por el mismo Dios en todos los corazones ¿observará las leyes impuestas por hombres que reputa por sus iguales?

Repito que hombre de bien y sin religion no puede ser, y que no hay que esperar cosa buena de un impío, por mas que él afecte honor, moralidad y hombría de bien. Estadme atentos, y os convenceréis de esta verdad, cuyo conocimiento puede seros muy útil.

Si hemos de creer á la historia, la corte de Constancio Cloro, padre del gran Constantino, estaba compuesta de gentiles no menos que de cristianos. Queriendo un dia el Emperador hacer experimento de la moralidad de los adoradores de Jesucristo, y ver si transigian en cosa que afectase á su conciencia, los llamó á todos, y les declaró que en adelante no queria por servidores sino á los que adorasen á los ídolos ; y así que escogiesen una de dos cosas, ó sacrificar á Júpiter y á Saturno, ó renunciar sus empleos y salir inmediatamente de la corte. A una tal propuesta, hubo algunos que por no perder la gracia del Emperador abjuraron la religion cristiana, y abrazaron el culto de los dioses falsos ; pero hubo otros, y estos fueron los mas, que anteponiendo la propia conciencia á todo temor y respeto humano, se conservaron fieles á Dios, y prefirieron vivir desgraciados antes que mancharse con el crimen de apostasía. ¿Lo creeréis? Reteniendo entonces el sábio Emperador en su corte á los que habian preferido perderlo todo antes que renegar de su religion, y aun honrándoles con nuevas y mayores dignidades, privó de su gracia y de todo empleo á los que por conservar sus puestos tuvieron por nada el renunciar su fe ; concluyendo con esta memorable sentencia : ¿Cómo serán fieles á mí los que acaban de manifestarse infieles á Dios? *Quomodo fidem erga imperatorem servabunt, qui adversus Deum perfidi esse convincuntur* ?

* Orsi, Hist. eccl. an. 303.

Lo mismo, fieles, se ha de decir de esos hombres sin religion. ¿Cómo será fiel á su soberano un impío que rehusa someterse á Dios, fuente de toda soberanía? ¿cómo obedecerá á sus padres y superiores un libertino que desobedece al Autor de toda paternidad? ¿cómo mantendrá su palabra, guardará las leyes del matrimonio, respetará la propiedad y los derechos de las criaturas, quien no reconoce derechos mucho mas sagrados, legítimos y evidentes, cuales son los del Criador? *Quomodo fidem erga imperatorem servabunt, qui adversus Deum perfidi esse convincuntur?*

Sé, y lo confieso, que entre los impíos se ven algunas acciones honestas y laudables que no pueden censurarse, antes deben aplaudirse; siendo un error condenado por la Iglesia el decir con Bayo, que todas las obras de los infieles, aunque buenas en sí, son pecados. Pero esto solo prueba que el impío á veces es bueno como si dijéramos á despecho suyo, y que no siempre llega al extremo de borrar enteramente de su alma los principios de honestidad y justicia que la religion habia impreso en ella. Sucede tambien algunas veces que hacer una buena accion cuesta poco y puede valer mucho; y en estos casos convengo en que cualquier libertino sabrá mostrarse honesto y virtuoso. Pero haced que llegue un caso en que él esté precisado á escoger entre la virtud y el propio interés, ó bien un lance en que su interés personal le dicte cometer la mayor iniquidad: estad ciertos que la cometerá sin vacilar un solo instante.

Bien conocia esta verdad aquel taimado impío de Ferney, á quien todos conocemos bajo el nombre de Volter. Viendo un dia que sus compañeros de impiedad, á quienes habia convidado á comer en su casa, se desbocaban demasiado contra la Religion, ¡chiton! les dijo, no habéis tan alto; no quisiera yo que, oyendo alguno de los criados que andan por aquí

nuestras doctrinas, se le antojase obrar conforme á ellas, y se permitiese una noche venir á asesinarme en mi propio lecho. Por nuestra misma seguridad, cuando no hubiese un Dios, convendria inventarlo. — Tal era, fieles, la persuasion en que estaba aquel impío insigne, de que un hombre sin religion es capaz de todo. De aquí aquel cuidado que tenia de escoger por su procurador á un hombre religioso y lleno de temor de Dios; de aquí aquel temor que le hacia el dormir cerca de un ateo, á quien pudiese resultar útil cortarle la cabeza mientras él estaba durmiendo; de aquí aquellos avisos que daba á un rey amigo suyo, de que procurase ser servido por hombres que no estuviesen iniciados en los principios de su filosofía. ¡Oh leccion prudente y nada sospechosa!

Padres y madres, quien os advierte aquí que no tomeis por siervos sino á personas de religion y probada virtud, no es un devoto Tobías, el cual para apartar de su hijo todo peligro de perversion y escándalo, rehusaba convidar gente que no fuese de su misma religion, y no estuviese poseida del santo temor de Dios: *Educ aliquos de tribu nostra, timentes Deum, ut epulentur nobiscum*¹. Maridos, quien os avisa aquí que no confieis vuestras esposas á un epicúreo, no es un místico Abrahan, el cual viajando en Palestina con Sara su consorte, se recelaba de sus moradores, temiendo no le quitasen á él la vida para usurparle la mujer: *Cogitavi mecum, dicens: Forsan non est timor Dei in loco isto, et interficient me propter uxorem meam*². Ricos, quien os encarga aquí que no sigais las máximas de ningun libertino, no es un meticoloso Jetró, el cual aconsejaba á su yerno Moisés, que solo tomase consejo de hombres honrados y temerosos de Dios: *Provide vi-*

¹ Tob. II, 2. — ² Gen. XX, 11.

*ros timentes Deum*¹. No es, en fin, un santo Padre, un moralista rígido, un fanático declamador: es Volter, el impío por excelencia, el ateo por antonomasia, el maestro, el jefe, el patriarca de todos los impíos modernos. Y cuando un hombre como este, que debia saber bien cómo piensan, cómo hablan, y cómo obran todos los de su escuela, os advierte que no hagáis liga con ellos, ¿podeis vosotros desestimar su advertencia? No importa que en sus dichos y hechos afecten humanidad, filantropía, desinterés, lealtad, hombría de bien. ¿Por ventura pueden hacer otra cosa? Ellos saben que si mostrasen al defuera lo que son de parte de dentro, harian traicion á su propia causa, y vendrian á ser la execracion de todo el mundo. Pero bastante los descubre su conducta.

Privados del freno de la religion, ¿qué hay que pueda retraerlos de cometer cualquier delito, por execrable que sea? El honor, dicen ellos, el deseo de la propia estimacion. — ¡Pobre José, si por defenderse del terrible asalto que la mujer de su señor dió á su honestidad, no hubiese tenido otro escudo que el honor!... Verdad es que al oír la impúdica indicacion de su señora, la primera idea que se le presentó fue la del honor. Mi señor, que es tu marido, la dijo, ha tenido la bondad de acogerme en su palacio, y confiarme todo cuanto tiene en casa: ¿puedo yo corresponder á su bondad con una accion tan infame como la que me indicas? ¿Le pagaré con una traicion la hospitalidad, la confianza, el amor que se ha dignado dispensarme? — Mas observando luego que el sentimiento del honor era demasiado débil para precaverle de una accion que, aunque muy infame, quedaria en el mas inviolable secreto, ¿qué hizo? apeló al sentimiento religioso, que

¹ Exod. xviii, 21.

fue el único que le salvó en aquel delicado lance. ¿Cómo puedo yo, exclamó, cometer una maldad tan grande contra mi Dios? *Quomodo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum*¹?

Supongamos ahora que en el caso de José se encontrase uno de esos jóvenes honestos y honrados al estilo del mundo, pero destituidos de religion y temor de Dios. ¿Qué sucederia? Concederé que la gratitud, la hospitalidad, la confianza le hablarian á favor del marido ausente, y le harian vacilar por algunos momentos entre el sí y el no; pero le vendria luego al entendimiento alguna de aquellas máximas tan comunes entre los de su escuela. — Una infidelidad ignorada no hace ningun daño al marido. — Delito oculto no deshonor. — Lo que no llega á saberse es como si no fuese. Y hé aquí que al recuerdo de estas máximas comenzarian á desvanecerse las ideas de decoro, de honor, de estimacion, de fidelidad; y seguiria presto lo que no tengo necesidad de expresar.

¡Ah! que cuando el pundonor no es sostenido por el santo temor de Dios, como sucede en los impíos, tan léjos está de retraer al hombre de la perpetracion de un delito, que frecuentemente le arrastra á cometer nuevas y mayores maldades. Mirad á David. Estimulado de la lujuria, llama á su palacio á Betsabé mujer de Urías, y con palabras lisonjeras la induce á violar la fe conyugal. Ya está cometido el crimen, ya el cuerpo del delito comienza á aparecer, ya no puede tardar á hacerse público el embarazo de una esposa que tiempo há no ha visto á su marido, que salió para la guerra. ¿Qué haces, David? ¿qué resuelves? Mira que en esto va tu honor. ¿Sufrirás que todo Israel sea sabedor de tu bajeza? Ved, fieles, el partido que toma. Encerrándose en su gabinete, to-

¹ Gen. xxxix, 9.

ma medio pliego de papel, y en él extiende una Real orden por la que manda á Joab, general del ejército expedicionario, que pronto haga que Urías muera. ¡Oh Rey inhumano! ¿la muerte de Urías decretas? Mira que es inocente, mira que sacrificas al mas fiel de tus vasallos, y al mas valiente de tus capitanes. — Ya lo sé, responde; pero Urías es el marido de la mujer que yo he seducido; y si él no muere, ¿cómo salvo yo mi honor? — De modo, fieles, que el honor que no pudo retraerle de manchar el lálamo conyugal, le condujo á cometer un nuevo delito. Sin la delicadeza del honor, David no hubiera sido mas que un simple adúltero; con el sentimiento del honor, se hizo reo de detestable ingratitud, de infame traicion, de bárbaro homicidio. Digan ahora los impíos, que el deseo del honor y de la propia estimacion basta para contenerlos dentro del círculo de la honestidad y de la justicia: esta es una frase muy hermosa, pero que á cada paso vemos desmentida por sus hechos.

Y si la propia estimacion no los contiene, ¿qué habrá que pueda contenerlos? La razon, dicen ellos, esta luz que brilla dentro de nosotros, y nos hace distinguir claramente lo lícito de lo ilícito, lo justo de lo injusto, y lo honesto de lo indecoroso. — ¿La razon?... Buena guia, cuando es iluminada y dirigida por la fe; buena consejera, cuando no está oscurecida por el humo de las pasiones; buena directora, cuando discurre sobre principios sólidos y justos. Pero cuando la fe no la dirige, cuando las pasiones la oscurecen, cuando máximas perversas la extravían, ¿qué es la razon? ¿qué es? Es una luz falsa que conduce á todo género de maldades. ¿Queréis vosotros ver cómo discurre la razon cuando, como acontece con los impíos, está privada de la luz de la fe, sometida al dominio de las pasiones, y pervertida con malas doctrinas? Hagamos una suposicion, y pronto lo veréis.

Supongamos que yo soy uno de esos incrédulos que sientan por principio que nuestra alma muere con el cuerpo, y que mas allá de la muerte no hay otra cosa que la pura nada. Sentado este principio, consulto á mi razon, y la conjuro para que francamente me diga, cómo he de conducirme el poco tiempo que puedo estar en este mundo. — Francamente, me contesta, si todo ha de acabar con la vida presente, si mas allá del sepulcro no esperas nada, te aconsejo que no cuides de otra cosa que de pasarlo acá lo mejor que puedas. ¡Qué Dios, qué hombres, qué atenciones ni miramientos!... Procura contentar tus apetitos, satisfacer tus pasiones, y no negar cosa alguna á tu carne. ¿Te se presenta ocasion de robar? aprovéchala. ¿Tienes oportunidad para fornicar? no la malogres. ¿Se te ofrece una buena coyuntura para vengarte? no la dejes pasar. Fornica, roba, asesina, haz lo que se te antoje, con tal que veas de pasarlo bien. — Pero es el caso, le digo yo, que dentro de mí suena una voz que reprueba tales cosas, y siento en mi interior un no sé qué, que se resiste á hacerlas. — ¡Aprensiones, me responde ella, alarmas, escrúpulos! ¿No partimos del principio de que todo ha de acabar con la muerte? Pues deja que grite esa voz interior: la muerte la hará callar pronto. ¡No faltaba mas sino que por vanos escrúpulos dejases de ser feliz! Si no lo eres mientras pasa esta corta vida, ¿cuándo esperas serlo? — Mas, temo que si hago lo que me aconsejas, la justicia humana, ya que de la divina no hay que hablar, me haga sentir el rigor de las leyes. — Mira, me responde ella, la justicia humana se burla de varios modos. El primero es, conducirse con tal prudencia que ella no pueda encontrar el hilo del negocio: si á pesar de esto la cosa se descubre, basta un intercesor, un empeño, un poco de oro para salir del apuro: y si tanta fuese la desgracia, que nada de esto te aprovechase, ¿no serias tú

hombre para cargar una pistola, y levantarte la tapa de los sesos?... ¡Qué dices, razón! ¿sueñas?... ¿deliras?—No sueño, no deliro, antes discurro con mucha lógica. Porque si, como suponemos, muerto el cuerpo está muerto todo, ¿qué inconveniente hay en que, por salir de un gran trabajo, apelles á una pistola? Esto es muy prudente, esto es muy lógico, esto es muy bien pensado.— Hé aquí, fieles, cómo se explica la razón cuando, desamparada de la fe, adopta los principios que le proponen las pasiones; por manera que, muy lejos de reprimir el delito, lo persuade y lo justifica.

Sea así, responden los impíos, sirvan de nada el honor y la razón para formar un hombre de bien: para arreglar nuestras costumbres todavía nos queda un recurso sin tener que acudir á la Religión, y este recurso es el rigor de las leyes coactivas y penales. El hombre en general mas teme al juez que á Dios, mas al verdugo que al demonio, mas el patíbulo que el infierno. Y así para él el mejor freno son las leyes sociales.— Si las leyes sociales son el mejor freno, y bastan para arreglar vuestras costumbres, se sigue que para vosotros no habrá mas delitos que los que ellas condenan, ni estais obligados á guardaros de otros crímenes que los que ellas pueden castigar. Así, pues, como ellas no se ocupan mas que de los delitos que pueden probarse jurídicamente, pues ningun legislador humano puede proceder contra el crimen oculto, se sigue que os será permitido ser fingidos, hipócritas, soberbios, inhumanos, crueles y vengativos; se sigue que os será lícito arder en amores impuros, tramar conspiraciones, idolatrar el dinero, sacrificar el pudor, violar el tálamo, robar, asesinar, matar, con tal que sepais tomar las precauciones necesarias por no ser descubiertos: se sigue que os será libre ser dentro el recinto de vuestra casa todo lo que querais, malos padres, malos esposos, malos amos, malos amigos, ma-

los ciudadanos, malos en todos los conceptos posibles é imaginables. Y entonces ¿quién se atreve á vivir con vosotros? ¿quién no preferiría vivir entre fieras? Porque si se os antoja despojarnos de nuestros bienes, ya sabemos que lo haréis sin escrúpulo siempre que podais hacerlo sin peligro de caer en manos de la justicia. Si os pasa por la cabeza darnos una estocada, ya nos consta que nos la daréis sin reparo, siempre que no haya testigos que puedan delataros. Y en este caso ¿quién, repito, tiene valor para vivir cerca de vosotros?

¡ Ah! que sin la ley divina, intimada por la religión, de nada sirven las leyes civiles y humanas. Donde quiera que se establezca una sociedad es necesario establecer una religión, porque las leyes humanas velan solamente sobre los delitos públicos, y la religión vela hasta sobre los delitos secretos. ¿Sabeis quién dice esto? Lo dice un deísta, un libertino, un enemigo jurado de la misma Religión, Volter. En efecto, la Religión no prohíbe solamente este ó aquel vicio, sino todos; no solo el mal que ven los hombres, sino el que ve Dios; no solo el delito cometido, sino el solamente imaginado. Ella establece su tribunal dentro de nosotros mismos y en el centro de nuestro propio corazón. Pensamientos, deseos, afectos, intenciones, motivos, todos los desórdenes que no caen bajo la vara de la pública corrección, todos los sujeta ella á su tribunal, todos los juzga, todos los prohíbe, todos los condena. ¿Cuál otra ley se ha atrevido á penetrar en el interior de las conciencias, y decir:— Amarás á tu prójimo— no desearás mal á tu enemigo— no apetecerás lo que no es tuyo— no desearás la mujer de tu prójimo? Solo la ley evangélica es la que intima semejantes preceptos, solo ella la que va á cortar el mal en su raíz, y de consiguiente solo ella la que puede formar un hombre de bien en todo el rigor de la letra.

Yo, fieles, he querido tratar hoy con vosotros este asun-

to, me he permitido desenmascarar á esos miserables que, sin tener fe ni religion, quieren pasar por gente honrada, decente, justa, é incapaz de hacer mal á nadie. Y juro ante estos altares, que no lo he hecho por el gusto de desacreditarlos, ni por el placer de confundirlos, sino para precaveros á vosotros del peligro que pudiera acarrearos el creer en su honrabilidad de bien, y el honrarlos con vuestra amistad y confianza. No os digo que los aborrezcais, sino que vayais alerta con ellos, que no los trateis con demasiada familiaridad, que no os roceis con ellos mas de lo que pide la caridad ó la política. Yo sé por qué os doy esta advertencia, y es porque no son pocas las perversiones que me consta haber resultado del trato indiscreto con semejante gente. Aparentan moralidad, honradez, amor á sus semejantes; y esto al solo intento de ganar la confianza de los sencillos, y hacerse amables á los que de otro modo tal vez les escupirian á la cara. Cuando conocen que ya han adquirido algun ascendiente sobre su corazon, entonces comienzan á descubrirse, y á hablar con un poco mas de libertad. Por de pronto no se desentonan contra la Religion, porque la acometida seria demasiado brusca, y tal vez produciria un efecto contrario al que se intenta. Ciertos abusos que, segun ellos, se notan en el clero, y que lamentan todas las personas sensatas; ciertas reformas que, segun dicen, con- vendria introducir en algunos puntos de la legislacion eclesiástica; ciertas anécdotas que se cuentan de este ó de aquel clérigo; hé aquí los primeros ensayos de su propaganda. Si esto se recibe bien, entonces conocen que el terreno está ya preparado, y adelantan un paso mas. Ya no son las personas religiosas las que atacan, son los dogmas, son los misterios, es la Religion misma. Y como esto lo hacen con mucho arte, y sus palabras van acompañadas de un cierto tono de franqueza y sinceridad, entran, persuaden, y convencen. ¿A

cuántos han pervertido con semejante táctica? ¿á cuántos han engañado afectando moralidad? Estos son los fariseos de los cuales nos dice Jesucristo que es necesario precavernos, estos son los lobos disfrazados de ovejas de los que nos dice el mismo Salvador que huyamos diligentemente. Huidlos, fieles, y evitaréis un gran peligro. Amen.

DOMINGO DÉCIMOCTAVO DESPUES

DE PENTECOSTES.

A la simple lectura del evangelio del presente dia, se descubren los fundamentos de tres asuntos muy útiles al pueblo, que son: la blasfemia, el juicio temerario, y la tibieza en el servicio de Dios.

El primero se funda en aquellas palabras: Et ecce quidam de Scribis dixerunt intra se: Hic blasphematur; y se propone así: «Habiendo Jesucristo llegado á Cafarnaum, pequeña población de Galilea, entre los varios enfermos que se le presentaron para que los curase, hubo uno cuya curacion, por razon de las particulares circunstancias que la acompañaron, nos refiere históricamente el evangelio. Era un hombre atacado de perlesia, y tan lastimosamente afectado de esta enfermedad, que no pudiendo valerse de sí mismo, fue menester que cuatro hombres le tomasen en una litera, y le presentasen al Salvador. Viéndole el Salvador en estado tan lastimoso, y descubriendo en su alma una gran confianza y una muy viva fe, le dijo estas palabras: Confía, hijo mio, que tus pecados te son perdonados. No bien oyeron esta expresion algunos escribas que estaban allí presentes, dijeron dentro de sí: Este hombre blasfema: Quidam de Scribis dixerunt intra se: Hic blasphematur. Muy precipitados anduvieron en calificar de blasfemia aquella expresion, pues si lo hubiesen pensado mejor, habrian visto que, siendo Jesucristo Dios verdadero, tenia au-

toridad para decir: Tus pecados te son perdonados. Pero si en esto no acertaron, al menos dieron á conocer que comprendian la blasfemia, y la miraban con horror. Pluguiese á Dios, cristianos, que en esta parte imitáseis todos á los escribas, y que, como ellos, miráseis la blasfemia con todo el horror que se merece. Mas; ay de mí! la facilidad y frecuencia con que se blasfema, da bien á conocer que no se comprende ni la naturaleza de este delito detestable, ni cuánta es la malicia que encierra, ni cuáles son los castigos que atrae. Si hoy me prestaís atencion, lo aprenderéis perfectamente, pues vengo á explicarlo con precision y claridad.»—Tómese ahora la plática que está puesta en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 60.

El asunto sobre el juicio temerario se deduce del texto: Cum vidisset Jesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? y se le da la siguiente introduccion: «¿Por qué pensais mal de mí dentro de vosotros?—Esta fue, cristianos, la contestacion que Jesucristo dió á algunos escribas malintencionados, que en su interior le acusaban de blasfemo, porque le oyeron decir á un paralítico, que le perdonaba sus pecados. ¿Quién puede, decian ellos para sí, perdonar los pecados sino Dios? Este hombre blasfema, pues se atribuye un poder que solo Dios tiene. Pero Jesucristo, que penetraba lo que estaban diciendo en su interior, les reprendió el juicio temerario que hacian de él, diciéndoles: ¿Por qué pensais mal de mí? Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? ¿Por qué he dicho á este paralítico, que le perdono sus pecados?... Para que veais cuán infundado es vuestro juicio, dignaos contestar á esta pregunta: ¿Qué supone mas poder, decir á un hombre: yo te perdono tus pecados, ó decir á un paralítico como el que aquí veis: Levántate sano? Es claro que quien tiene poder para curar repentinamente á un paralítico, lo tiene tambien para perdonar á un pecador; pues que

«tanto lo uno como lo otro suponen un poder infinito. ¿Y dudáis vosotros de que yo pueda curar de repente á este paralítico? Pues escuchad, y ved.—Paralítico, te mando que al momento te levantes, y te vuelvas sano á tu casa.—Dicho, y hecho: el paralítico cobró repentinamente la salud, y aquellos maliciosos quedaron avergonzados. Esta historia nos enseña, que no hemos de ser fáciles en juzgar á nuestro prójimo, y que nunca hemos de pensar mal de él sin muy fundado motivo. Que si luego interpretamos en mal sentido sus acciones, incurrirémos en el pecado que se llama juicio temerario, y que Dios nos tiene severamente prohibido en el octavo precepto del Decálogo. Para que tengais una exacta idea de este pecado, y os animeis á huirlo, vengo á explicar tres cosas acerca de él: su carácter, su malicia y su origen.»—En seguida se dirá la plática que se halla en la pág. 227 del tomo 2.º del Catequista orador.

La tibieza espiritual.

Et ecce offerebant ei paralyticum
jacentem in lecto. (Matth. ix, 2).

En Cafarnaum, pequeña ciudad de Galilea, habia un hombre atacado de una perlesía tan completa, que habia perdido el uso de todos sus miembros. Hallándose en tan deplorable situacion, supo que el Salvador habia llegado á su país; y deseoso de recobrar la salud, suplicó á sus domésticos que, ya que él no podia ir por sí mismo á encontrarle, le tomasen en una camilla, y le presentasen á él. Hiciéronlo en efecto, y no bien estuvo á la presencia de Jesucristo, cuando mereció oír de su boca esta expresion: Paralítico, levántate de la camilla en que yaces, y vuélvete sano á tu casa.

¿Qué significa, fieles, la perlesía de que estaba afectado

aquel infeliz vecino de Cafarnaum? Segun el sentir unánime de los sagrados expositores, es la imágen de cierta enfermedad espiritual de que adolece un gran número de cristianos, la cual suele calificarse con el nombre de *Tibieza en el servicio de Dios*. En efecto: entre la perlesía corporal y la tibieza en el servicio divino hay tanta analogía y semejanza, que la una parece el tipo de la otra. ¿Qué es un paralítico en el cuerpo? Es un hombre, si puedo expresarme así, la mitad vivo, y la mitad muerto. Vivo, porque come, siente y vegeta: muerto, porque no tiene accion ni movimiento. Vivo la mitad, porque aun no ha llegado á morir: muerto la otra mitad, porque está en riesgo inminente de quedar sin vida. ¿Y no es esto mismo en el órden sobrenatural un cristiano tibio en el servicio de Dios? Sí: él está en parte vivo, y en parte muerto: vivo en parte, por la gracia de Dios que supongo conserva; en parte muerto, por el peligro próximo en que está de perder la gracia. Él conserva todavía la gracia, verdad es; pero tan enflaquecida por la enfermedad de la tibieza, que casi puede decirse que agoniza y está moribunda.

Cumple á mi deber, fieles, emplear todos los medios de que dispone el ministerio pastoral para reanimar vuestro fervor, y hacer que desaparezca esa tibieza en que muchos vivís en todo lo que atañe al servicio de Dios. Al efecto, vengo á manifestaros tres cosas: 1.º qué cosa sea la tibieza de que tratamos: 2.º qué peligros corre el que vive en ella: 3.º qué medios hay para quitarla. Os advierto que, aunque la materia parece toda mística y ascética, y solo propia para tratarse entre gente de perfeccion; interesa generalmente á todos cuantos desean sinceramente salvarse.

¿Qué es, pues, la tibieza en el servicio de Dios? Hé aquí una pregunta que, si yo no la contestase con términos muy

exactos y precisos, podria dar lugar á grandes yerros y á muy lamentables equivocaciones. Antes que todo, advierto en obsequio de las personas de conciencia asustadiza, que no se ha de confundir la tibieza culpable que el cristiano mismo se forma, con la sequedad provechosa que Dios á veces le envia; porque son cosas muy distintas. Hay personas que, porque no experimentan ningun sabor en las cosas espirituales, se agitan y alarman, creyendo ya hallarse en el fatal estado de la tibieza. Que se tranquilicen las tales personas; porque si no tienen otro motivo para temer que la falta de gusto sensible, su temor es sin motivo y sin fundamento.

Sé que la sequedad y la tibieza se asemejan en algo, y es que así en la una como en la otra falta el gusto espiritual, y esta es la causa de que muchas veces se equivocan y se confunden; pero si bien se mira, hay entre ellas una diferencia esencial, y es, que en la sequedad, faltando el gusto sensible, no falta la voluntad, antes esta se muestra muy diligente y activa en practicar todo lo que es del agrado de Dios: al paso que en la tibieza faltan ambas cosas, la voluntad y el gusto, siendo el hombre negligente y descuidado en hacer aquello que conoce quiere Dios de él. No es, pues, el gusto sensible lo que se debe mirar para conocer si se está en la tibieza ó no, sino la voluntad. ¿Hay voluntad verdadera de agradar á Dios? Entonces el disgusto que se experimenta no es mas que simple sequedad. ¿No hay la tal voluntad? Entonces es tibieza verdadera.

Mas para que se comprenda mejor la diferencia que hay entre un cristiano que se halla en estado de simple sequedad, y otro que ha caido en la tibieza, voy á dibujar el cuadro del uno y del otro. El que se halla en estado de precisa sequedad, teme sus faltas, aunque leves, las evita cuanto buenamente puede; y si por descuido ó fragilidad comete alguna, se hu-

milla, se arrepiente, y resuelve ir en adelante con mas tiento y circunspeccion: el que ha caido en la tibieza, por el contrario, comete las faltas con frecuencia, con todo conocimiento, con frescura y tranquilidad; y si bien no se atreve á culpas que ofendan gravemente á Dios, le importa poco cometer las que le disgustan levemente, y no comprometen abiertamente su propia salvacion. El que se halla en estado de pura sequedad, teme ser abandonado de Dios, está ansioso por su salvacion, sufre grandes inquietudes y ansiedades; y por mas que su conciencia no le reprenda de cosa grave, no sabe persuadirse que vive en gracia: al contrario, el que ha caido en la tibieza, descansa tranquilo, se cuenta seguro, no pasa cuidado alguno de su salvacion; y aunque su conciencia se muestra alguna vez un poco alarmada, él se asegura diciendo, que todo va bien, y no hay de qué temer. El que está en simple sequedad, hace todo el bien que buenamente puede, no obstante el poco ó ningun gusto que siente al hacerlo: si puede hacer una comunion, la hace; si puede asistir á una funcion, asiste; si puede tener un rato de oracion, lo tiene. El que ha caido en la tibieza va al revés: se limita á hacer lo que es de riguroso precepto, de aquí ordinariamente no pasa. Todo lo que es de puro consejo, todo lo que se dice obra de mayor perfeccion, lo huye como si fuese un pecado, diciendo con frase no menos tonta que atrevida: á Dios ni darle, ni quitarle.

Esta es, fieles míos, la verdadera pintura del cristiano tibio: pintura tristísima, como veis, y que da sobrado motivo para sospechar, ó que está ya en el camino que conduce á la perdicion, ó que al menos está muy cerca de emprenderlo. Digo que hay motivo para temer que ha entrado ya en el camino de la perdicion, y estoy cierto que no exagero. Ya sé que el tibio, precisamente por serlo, no suele cometer pecados

que sean evidentemente mortales; pero sé tambien que para perderse no hay necesidad de cometerlos: porque hay una clase de pecados graves de los que el hombre apenas se percibe, y que, sin que él lo advierta, le conducen al infierno. Estos son aquellos pecados ocultos de que tanto temblaba el profeta David, y de los que con vivas instancias pedia á Dios el perdon: *Ab occultis meis munda me*¹. Estos son aquellos pecados desconocidos que obligaron al Sábio á decir, que hay un camino, esto es, un tenor de vida, que al hombre le parece recto y justo, pero que al fin le conduce á la muerte eterna: *Est via quæ videtur homini justa: novissima autem ejus deducunt ad mortem*². ¿Y quién nos prohíbe sospechar que en el corazón del tibio hay oculto alguno de estos monstruos, tanto mas terribles cuanto menos declarados? ¡Ay! que todo induce á creer que el tal monstruo realmente existe. Cuando vemos que una persona está macilenta en el rostro, flaca en los miembros, lánguida en todo el cuerpo, ¿no deducimos de esto que tiene algun mal secreto que sordamente le va gastando la naturaleza, por mas que ella diga que va bien en la salud, y que nada le duele? Pues viendo al tibio macilento en la virtud, débil en la piedad, lánguido y sin fuerzas para todo lo que atañe al servicio de Dios, ¿qué hemos de presumir, sino que tiene algun pecado grave que ocultamente le trabaja el alma?

Mas supongamos que este cristiano tibio está libre de todo pecado mortal, y conserva todavía la gracia y amistad de Dios. ¿Por cuánto tiempo conservará él esta gracia y amistad, si no sacude pronto la tibieza? ¿Es de esperar que su voluntad, acostumbrada á entregarse libremente á todas las faltas que reputa por leves, sepa contenerse siempre dentro

¹ Psalm. XVIII, 13. — ² Prov. XIV, 12.

la línea que divide el pecado venial del pecado grave, de modo que nunca la traspase, ni jamás salte la barrera? ¿Es de presumir que Dios, viéndose tratado de él con tanta indiferencia y menosprecio, le vaya sosteniendo siempre con su gracia, para que nunca llegue á dar el salto mortal? ¿Quién sabe si el día menos pensado su flaqueza voluntaria le conducirá mas allá de lo que él creyera? ¿Quién sabe si Dios, cansado de tanta infidelidad y desden, dejará de sostenerle cuando él menos lo presuma, y le permitirá alguna de aquellas caídas lamentables que, haciendo rodar de un abismo á otro, tienen un fin trágico y desastroso? Lo cierto es, que en este estado de tibieza, así como el hombre no tiene por Dios mas que frialdad é indiferencia, Dios no tiene por el hombre mas que indiferencia y frialdad; así como el hombre comienza á huir de Dios, Dios por su parte va retirándose del hombre. Y es cosa ya sabida, que cuando dos amigos llegan al caso de mostrarse indiferencia, de disgustarse el uno del otro, de ir cada uno por su lado, están muy próximos á reñir.

Y que Dios se aparta y disgusta del cristiano tibio en su servicio, es cosa que él mismo la testifica en los Libros santos. Ojalá, dice á un tibio en el Apocalipsi, ojalá que fueses, ó bien fervoroso ó bien frio en servirme: *Utinam frigidus esses, aut calidus*¹. Pero porque no eres ni frio ni fervoroso, sino tibio, ¿sabes qué haré? te arrojaré de mí, del mismo modo que se arroja el vómito: *Sed quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo*. Palabras espantosas, cristianos, que declaran todo el asco y horror con que Dios mira á una alma resfriada en su amor y servicio. Te arrojaré, dice, como se arroja el vómito. ¿Qué mas pue-

¹ Apoc. III, 15.

de decirse?... Preciso es advertir aquí, que estas palabras pavorosas solo las dirige Dios al cristiano indolente que está como de asiento en la tibieza, sin querer levantarse de ella; no al que despues de un intervalo mas ó menos largo de flojedad y disipacion, vuelve á servirle con nueva fidelidad y fervor, sacudiendo la tibieza por los medios que ahora diré.

El primer medio que ocurre para levantarse del estado de decaimiento y frialdad espiritual, es considerar bien el gran peligro que se corre mientras se vive en él. Es imposible que quien lo considere con detencion, no sacuda pronto su descuido y negligencia, y no vuelva luego á su primitivo fervor. Vosotros debeis convenceros de que no es dable permanecer mucho tiempo estacionados en vuestra tibieza, sino que necesariamente habeis de hacer un movimiento, ó hácia Dios hasta recobrar vuestro fervor primitivo, ó hácia el demonio hasta caer en pecado. ¿Veis una nave puesta en medio de un impetuoso rio? No puede estar parada: ó va adelante, ó vuelve atrás: ó sube forzando la corriente, ó retrocede llevada del impulso de las aguas. Esta nave sois vosotros, cristianos: os hallais entre el bien y el mal; debiendo necesariamente acercaros á uno de estos dos extremos. Estar así parados, sin avanzar ni retroceder, no es posible, no os es dable. Ó subir, ó bajar: ó adquirir nuevos grados de virtud y fervor, ó perder los adquiridos, y paso á paso ir á dar una caida espantosa. Y si la dais... ¡ah! si la dais, difícil os será levantaros; porque, como observa un doctor ascético, quien del fervor pasa á la tibieza, y de la tibieza cae en el pecado, es un milagro si se levanta. ¿Quién, que reflexione esto, no se sentirá estimulado á salir cuanto antes de su apatía y pereza?

El segundo medio que se ofrece para sacudir la tibieza espiritual, es el uso de santas meditaciones, hechas no super-

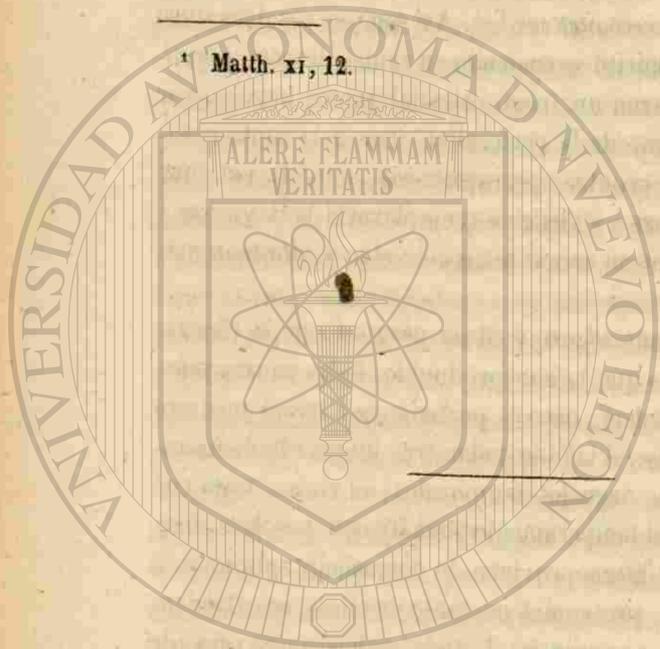
ficialmente y por pura costumbre, sino con espíritu y con deseo sincero de aprovechar. ¿Por qué se ve en el mundo tanto descuido, tanta disipacion y negligencia en servir á Dios? Porque, responde un profeta, apenas hay quien medite ni reflexione en su corazon: *Desolatione desolata est omnis terra: quia nullus est qui recogitet corde*¹. Así que, si vosotros queis que vuestro espíritu se encienda en santos deseos, y prenda en vuestro corazon un fuego celestial que os haga correr ligeros por el camino de la perfeccion, daos á la santa práctica de meditar; y pronto experimentaréis, como David, que desaparece la tibieza, y vienen á reemplazarla la devocion y el fervor: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*².

Pero el medio mas seguro y eficaz para salir de la tibieza, es quitar las causas que la han producido. Estas causas pueden haber sido muchas, pero es probable que habrá mediado alguna de estas tres, ó tal vez todas tres juntas: la demasiada aplicacion á los negocios temporales, el roce y trato con gente relajada, y el temperamento flemático de vosotros mismos. Si vuestra tibieza proviene de demasiada aplicacion á las cosas terrenas, prescindid un tanto de ellas, acordándoos que lo primero y mas esencial de todo es buscar el reino de Dios: *Quærite ergo primum regnum Dei*³. Si proviene del roce y trato con gente disipada, apartaos de su compañía y precaveos de sus ejemplos, practicando aquel documento del Espíritu Santo: No sigas á la muchedumbre para obrar el mal: *Non sequeris turbam ad faciendum malum*⁴. Si proviene de vuestro carácter flemático y perezoso, tened presente que Je-

¹ Jerem. xii, 11. — ² Psalm. xxxviii, 4. — ³ Matth. vi, 33.
⁴ Exod. xxiii, 2.

trabajo y violencia : *Regnum cælorum vim patitur ; et violenti rapiunt illud* ¹. Quitadas estas causas de vuestra tibieza , os será fácil, muy fácil, servir á Dios con fervor, correr de virtud en virtud , y llegar felizmente á un grado de gloria muy alto. Amen.

¹ Matth. xi, 12.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

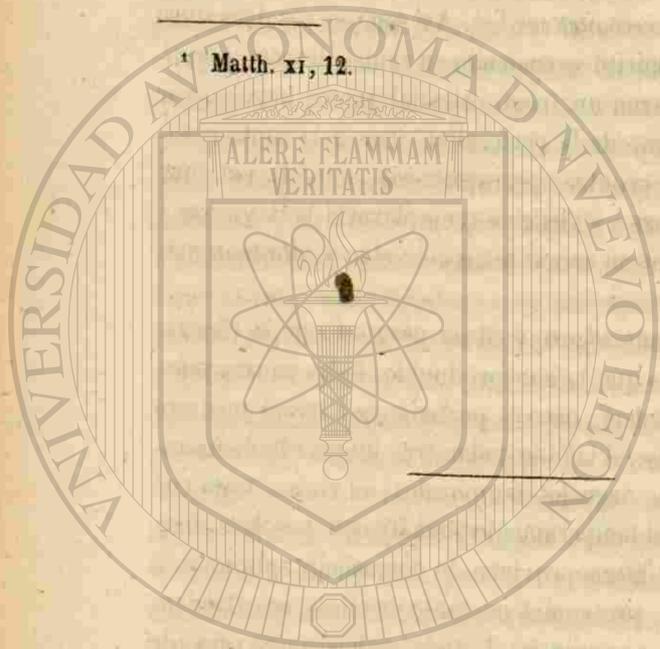
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**DOMINGO DÉCIMONONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Todo el evangelio de este domingo se reduce á una parábola que Jesucristo refirió á los escribas y fariseos , en la cual parece no tuvo otro objeto que demostrarles de un modo patente el dogma inconcuso del infierno. Como este dogma , tal como lo enseña la verdadera fe , ha encontrado siempre una fuerte oposicion en el mundo , porque es el que mas mortifica las pasiones ; y como nunca han faltado espíritus protervos que lo han negado descaradamente , de los cuales es de presumir habria algunos entre los escribas y fariseos , por esto el Salvador trató de enseñárselo en tal forma , que no les quedase acerca de él la menor duda. ¿Qué se quiere mas claro en prueba de esta verdad , que las palabras que Jesucristo supone haber dicho un rey á sus ministros : *Ligalis manibus, et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores?* ¿Puedese establecer este dogma en términos mas evidentes? Pero , no obstante que la existencia de un infierno viene tan formalmente sentada por Jesucristo en este y otros cien lugares del Evangelio , nunca han faltado , y hoy menos que nunca faltan , genios indóciles y refractarios que la combaten desatinadamente , aduciendo contra ella cuantos sofismas , reparos y cavilaciones es capaz de inventar la razon humana aguzada de las pasiones. De aquí resulta , que hoy dia ya no basta proponer simplemente al pueblo el gran dogma de infierno ; es menester probárselo , hacérselo evidente , y reducir

trabajo y violencia : *Regnum cælorum vim patitur ; et violenti rapiunt illud* ¹. Quitadas estas causas de vuestra tibieza , os será fácil, muy fácil, servir á Dios con fervor, correr de virtud en virtud , y llegar felizmente á un grado de gloria muy alto. Amen.

¹ Matth. xi, 12.



**DOMINGO DÉCIMONONO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Todo el evangelio de este domingo se reduce á una parábola que Jesucristo refirió á los escribas y fariseos , en la cual parece no tuvo otro objeto que demostrarles de un modo patente el dogma inconcuso del infierno. Como este dogma , tal como lo enseña la verdadera fe , ha encontrado siempre una fuerte oposicion en el mundo , porque es el que mas mortifica las pasiones ; y como nunca han faltado espíritus protervos que lo han negado descaradamente , de los cuales es de presumir habria algunos entre los escribas y fariseos , por esto el Salvador trató de enseñárselo en tal forma , que no les quedase acerca de él la menor duda. ¿Qué se quiere mas claro en prueba de esta verdad , que las palabras que Jesucristo supone haber dicho un rey á sus ministros : *Ligalis manibus, et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores?* ¿Puedese establecer este dogma en términos mas evidentes? Pero , no obstante que la existencia de un infierno viene tan formalmente sentada por Jesucristo en este y otros cien lugares del Evangelio , nunca han faltado , y hoy menos que nunca faltan , genios indóciles y refractarios que la combaten desatinadamente , aduciendo contra ella cuantos sofismas , reparos y cavilaciones es capaz de inventar la razon humana aguzada de las pasiones. De aquí resulta , que hoy dia ya no basta proponer simplemente al pueblo el gran dogma de infierno ; es menester probárselo , hacérselo evidente , y reducir

á polvo las objeciones y sofismas con que se trata de destruirla. Sensible es en verdad que se haya de hacer objeto de controversia y disputa un dogma que, siendo uno de los mas clásicos y mas expresamente revelados, solo debería ser objeto de la fe mas pura y sencilla; pero ¿qué hacer? El tiempo lo quiere, y la necesidad lo exige. Contentaos con enseñar simplemente al pueblo las doctrinas de nuestra fe, no le armeis bien contra los argumentos que de continuo está oyendo contra lo mas santo y venerando de nuestra Religion, y pronto lo veréis. Pensaréis tener un pueblo fiel y religioso, y os hallaréis con un pueblo ateo y materialista. Para que los curas tengan todas las armas necesarias para proteger la fe de las almas que están á su cargo, especialmente en lo que toca al dogma del infierno, vamos á dárselas, y bien templadas, en el siguiente discurso:

Apología del dogma del infierno.

Tunc dixit rex ministris :
Mittite eum in tenebras exteriores. (Matth. xxii, 13).

Quien observe la táctica de que usan los impíos modernos para combatir nuestra santa Religion, desde luego notará una cosa que no dejará de chocarle, y es que ordinariamente no dirigen los tiros contra todos sus dogmas, sino solo contra algunos. Así vemos que no impugnan el dogma de la Trinidad, ni el de la Encarnacion, ni el de la Eucaristía; pero sí el de la Providencia, el de la inmortalidad del alma, y el del infierno. ¿Cuál puede ser el motivo de que estén mudos sobre aquellos dogmas, y no tengan bastantes palabras para declamar contra estos? Dirán, como tienen de costumbre, que es porque chocan con la razon, y son incomprensibles. Pero

pregunto yo: ¿acaso se comprende mejor un Dios trino y uno, que un Dios sábio y pródigo? ¿Por ventura es cosa mas clara la distincion de naturalezas en Jesucristo, que la inmortalidad del alma humana y la existencia de un infierno? Todo lo contrario, pues aquellas son verdades tan altas y abstractas, que solo pueden saberse por la revelacion; y estas son tan claras y palpables, que pueden demostrarse, y de hecho se demuestran con la luz natural. Ya pues que aquellas son menos comprensibles que estas, ¿por qué no las combaten con igual, y aun con mayor calor?

Es, cristianos, que los impíos, digan ellos lo que quieran, no impugnan nuestros dogmas precisamente porque son incomprensibles, sino porque les causan miedo y horror. Ellos quisieran ser viciosos sin temores y sin sustos, y como esto no podrán lograrlo mientras subsistan ciertos dogmas de nuestra Religion, por esto los hacen el principal objeto de su ira y saña. Quitense á nuestra Religion aquellos dogmas que directamente amenazan con condenacion eterna á los viciosos, y desde luego esos, que ahora son sus mas encarnizados enemigos, serán sus mas celosos partidarios y apologistas. ¡Oh, si del *Credo* católico pudiésemos borrar tres ó cuatro palabras! ¿Qué digo tres ó cuatro palabras? Tan solo pudiésemos borrar la palabra *infierno*, al punto desaparecerian los incrédulos y la incredulidad. Este es el dogma que los llena de susto y pavor, y por lo mismo este es tambien el que han elegido por principal blanco de sus sofismas y argucias. ¿Qué no han dicho, qué no dicen contra este dogma para ellos fatal y pavoroso? Dicen, y se esfuerzan en persuadirlo, que es incompatible con la sabiduría de Dios, con su bondad, y hasta con su justicia.

Pero en vano se fatigan: de una parte está Jesucristo, que les intima la creencia de un infierno con aquellas palabras del

presente evangelio: *Mittite eum in tenebras exteriores*; de otra estamos nosotros, que nos hallamos en disposicion de responder cumplidamente á cuantas objeciones hacen ellos contra esta creencia. Sus principales objeciones, como llevo insinuado, son, que el infierno desdice de la sabiduría de Dios, que repugna á su bondad y que no es conforme á su justicia. Pues bien: vosotros vais á ver como pulverizo estas objeciones, y aun como las convierto contra los mismos que las proponen. Atencion, que el asunto será instructivo y curioso.

Primera objecion contra el dogma del infierno. El infierno desdice de la sabiduría de Dios. Prueba: todo legislador sábio, al establecer una pena, la notifica á sus súbditos, á fin de que su noticia les sirva de freno contra el delito: es así que Dios no nos ha notificado las penas del infierno, al menos cual convendria si realmente existiesen; luego el dogma del infierno desdice de la sabiduría de Dios. — ¿Dios no nos ha notificado las penas de que habla el dogma del infierno? ¿Y cuál pena establece este dogma, de la que Dios no nos haya dado la mas clara noticia? ¿Establece fuego que nunca se apagará? Pues este fuego inextinguible nos lo ha notificado por Isaiás: *Ignis eorum non extinguetur*¹. ¿Establece eternidad de tormentos? Pues esta eternidad la tenemos claramente anunciada en el Apocalipsi, donde se nos dice: El volcan de sus tormentos arderá por los siglos de los siglos: *Fumus tormentorum eorum ascendet in sæcula sæculorum*². ¿Establece privacion eterna de la vista de Dios? Pues esta privacion eterna la tenemos anunciada por el mismo Jesucristo en san Mateo: *Discedite à me, maledicti, in... æternum*³. ¿Establece el

¹ Isai. LXVI, 24. — ² Apoc. XIV, 11. — ³ Matth. XXV, 41.

gusano de la conciencia que eternamente roerá el corazon del condenado? Pues de este gusano inmortal habla muy claro el profeta Isaiás: *Vermis eorum non morietur*¹. Despues de unos testimonios tan claros ¿qué falta para quedar bien enterados de las penas del infierno?

Falta, responden los incrédulos, que venga un condenado del otro mundo á asegurarnos que realmente existen las tales penas. — ¿Eso falta? ¿y qué lograríamos con esto? Supongamos que el tal condenado viene, y nos asegura que realmente existe un infierno con los mismos tormentos que la fe enseña: ¿pensais que por esto quedaríamos mas convencidos de ello? Tambien el condenado Epulon creia poder convencer por este medio á cinco hermanos que habia dejado en este mundo, y por esto desde el lugar de sus tormentos suplicaba á Abraham que, ya que él no podia ir, les enviase á Lázaro para referirles las penas que él estaba pasando: *Rogo ergo te, pater, ut mittas eum in domum patris: habeo enim quinque fratres, ut testetur illis*². Pero ¿qué le respondió Abraham? Tus hermanos, le dijo, ya tienen á Moisés y á los Profetas que les dicen lo que les conviene saber: que los crean: *Habent Moysen et Prophetas: audiant illos*. No, padre, replicaba el infeliz, que si alguno de los muertos fuere á anunciarles mis penas, ellos le darán mas crédito, y harán penitencia: *Si quis ex mortuis ierit ad eos, pœnitentiam agent*. Te engañas, contestó Abraham, si no creen ni á Moisés ni á los Profetas, tampoco, y aun menos, creerán á un muerto que vaya á contárselo: *Si Moysen et Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent*. — Lo mismo se ha de decir á esos incrédulos que quisieran viniese un condenado á asegurarles de la existencia de un infierno. Dado que el tal conde-

¹ Isai. LXVI, 24. — ² Luc. XVI, 28.

nado viniese, tampoco le creeríais, porque á quien no basta la palabra indefectible de un Dios, ¿qué le bastará?

Convengo en que la aparicion de un condenado haria una gran sensacion, y que por breve tiempo ocuparia todos los ánimos, todos los entendimientos y todas las lenguas. Pero podeis creerme, cristianos, apenas el condenado habria desaparecido de entre nosotros, vendria la filosofia, vendria la crítica, vendria la incredulidad, y examinando el hecho con la imparcialidad y buena fe que acostumbran, la una diria que ha sido farsa de algun prestigiador, la otra que ha sido sueño de alguna beata, la otra que ha sido el retorno á los sentidos de algun asfixiado; y así dentro pocos dias el hecho caeria en el ridículo, y al último se acabaria por negarlo y escarnecerlo. ¿Por ventura los israelitas no presenciaron la muerte de los primogénitos de Egipto, el paso milagroso del mar Rojo, y la lluvia diaria del maná en el desierto? ¿Y qué memoria conservaban ellos de estos prodigios poco despues de haberlos visto? Ninguna. ¿Acaso Saul no vió con sus mismos ojos á Samuel resucitado, y no oyó con sus mismos oídos las reprensiones severas que su sombra le dirigió? ¿Y qué fruto sacó de ello? Como si no le hubiese visto ni oído. ¿Por ventura los judíos no fueron testigos de la resurreccion de Lázaro? ¿Y cómo creyeron ellos en Jesucristo despues de presenciara? Lo mismo que antes de verla. ¡Ah! que cuando se llega á discutir si Moisés fue un hombre real ó un ser mitológico, y eso que están á la vista de todos los libros que él escribió: cuando se duda si la resurreccion de Jesucristo fue verdadera ó aparente, y eso que la sabemos por los mismos que hablaron, conversaron y comieron con él despues de resucitado, ya no hay milagros, ya no hay apariciones de muertos que no puedan tratarse de ilusiones y meptiras: *Si Moysen et Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis re-*

surrexerit, credent. Déjense, pues, los incrédulos de pedir la aparicion de un condenado para cerciorarse de si hay infierno ó no: déjense de decir que Dios no nos ha notificado el infierno, cual convendria si existiese. Nos lo ha notificado por los órganos infalibles de las Escrituras santas, de su mismo Hijo Jesucristo, de su esposa la Iglesia católica... ¿qué mas se quiere? ¿qué mas puede desear un entendimiento crítico y juicioso?

Segunda objecion contra el dogma del infierno. El infierno repugna á la bondad de Dios. Razon: á una bondad infinita le repugna causar males, sobre todo extremos: es así que el infierno seria un mal extremo: *ergo...* Antes de responder directamente á este argumento, debo hacer observar los inconvenientes que se seguirian de la primera proposicion del silogismo, si se admitiese por verdadera. Si á una bondad infinita repugnase el causar mal, —entiéndese mal de pena, que es un verdadero bien, — se seguiria que Dios, por ser infinitamente bueno, no podria castigar ni poco ni mucho; y de consiguiente, afuera, no solo infierno, sino tambien purgatorio. Se seguiria que Dios, por ser infinitamente bueno, no hubiera podido castigar en su inocentísimo Hijo el ultraje recibido del hombre; y de consiguiente adios dogma preciosísimo de la redencion humana. Se seguiria que Dios, por ser infinitamente bueno, tendria que desterrar del mundo todos los males físicos que experimentamos á consecuencia de la culpa de Adán; y de consiguiente, ya no mas enfermedades, ya no mas guerras, ya no mas muerte, etc. Todas estas consecuencias absurdas resultarian del principio que sientan los incrédulos cuando dicen, que á un Dios infinitamente bueno le repugna causar el mal de pena.

Pero yo voy mas adelante y sostengo, que la creacion de un infierno, aunque sea un mal extremo, léjos de repugnar,

es muy conforme á una bondad infinita, cual es Dios. Escuchad. Un ser infinitamente bueno debe adoptar los medios mas eficaces que tenga para impedir el mal moral, que entre todos los males es el peor. Indigna de un ser infinitamente bueno seria una legislacion que no pusiese un freno eficaz al delito, que no tuviese castigos para los criminales, y que igualase á los buenos con los pícaros. Esto seria abrir una ancha puerta á la iniquidad, cooperar á la malicia, y provocar al mal hacer. Un Dios que no se ofendiese, que no castigase, seria, ó un Dios insensato y estúpido, cual se lo imaginó Epicuro, ó un Dios malo, y aun el mismo genio del mal, como se lo fingió Manés.

Esto es verdad, diréis, pero podria Dios castigar el mal con penas que no fuesen tan horribles y largas como las del infierno.—Ya os he dicho que Dios, por lo mismo que es infinitamente bueno, ha debido establecer una pena que sea eficaz para impedir que el hombre cometa el pecado, que es el peor de todos los males. ¿Y os parece si un castigo mas suave que el del infierno bastaria para esto? No, no bastaria, y voy á daros una prueba que os convencerá. Todo buen cristiano cree en el purgatorio, y no obstante que se sabe que en el purgatorio hay fuego, y fuego atrocísimo, casi nadie lo teme, casi nadie por librarse de él se abstiene de ofender ligeramente á Dios. Al contrario muchos llegan á envidiarlo y decir: ¡Quién me asegurase poder ir al purgatorio! Yo me tendria por feliz si me tocase tal suerte. ¿Y por qué esto? Porque se sabe que aquel fuego no es mas que transitorio, y que tarde ó temprano tendrá fin. Pues lo mismo se diria del infierno, no lo dudeis, si sus llamas debieran á lo largo extinguirse y acabar.

Porque si ahora, con todo el temor de un castigo eterno, el vicio triunfa y la inmoralidad cunde por todas partes, ¿qué

seria si no hubiese el tal temor? Me atrevo á decir que, si no hubiese infierno, nadie ó muy pocos emprenderian el camino del cielo. El infierno es el que ha poblado el paraíso, y le irá poblando hasta el fin del mundo: el temor de sus penas es el que ha producido la fortaleza de los mártires, la castidad de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes, la perfeccion de los confesores, y toda la santidad que ha florecido en el mundo: el miedo de caer en sus llamas es quien apaga el fuego de la concupiscencia, enciende el de la caridad, y hace que el hombre evite el pecado, como asegura el Sábio: *Per timorem Domini declinat omnis à malo*¹. Léjos, pues, de ser contrario á la infinita bondad de Dios el haber preparado todo un infierno para castigo de los malvados, es cosa que ha debido hacerla en fuerza de su bondad infinita, ya que sin esto no hubiera opuesto una barrera bastante eficaz al desbordamiento de las pasiones. Que si el hombre se hace digno de arder en él eternamente, no culpe á Dios, que le ha dado todos los medios de evitarlo; cúlpese á sí mismo, que ha preferido caer en él antes que dejar de ser vicioso.

Tercera objecion contra el dogma del infierno. El infierno se opone á la justicia de Dios. Prueba: una pena que no guarda proporcion con la culpa es contraria á la justicia: es así que el infierno no guarda con la culpa la debida proporcion; porque esta es momentánea, y aquel es eterno: *ergo...* Por de pronto, y para que veais toda la debilidad de este argumento, formaré otro sobre las mismas reglas. Un premio que no guarda proporcion con el mérito es contrario á la justicia: es así que todo un cielo no guarda proporcion con nuestro mérito; porque aquel es eterno, y este es transitorio: de consiguiente Dios, dándonos el cielo, falta á la justicia. ¿Concluye

¹ Prov. xv, 27.

este silogismo? No, diréis, porque la segunda proposición es falsa, por cuanto Dios ha podido decretar que á un mérito transitorio le corresponda un premio eterno. Pues tampoco, digo yo, concluye el silogismo anterior, porque del mismo modo Dios ha podido decretar que á una culpa momentánea corresponda una eternidad de penas. Si ha podido decretar una eternidad de bienes por una lágrima de contrición, por una simple intención recta, y por un vaso de agua fría dado por su amor á un sediento; del mismo modo ha podido decretar una eternidad de males por un simple mal deseo, por un sonrisa deshonesto, y por una acción fea de pocos instantes.

Es que la duración de la pena no debe medirse por el más ó menos tiempo que se emplea en cometer la culpa, sino por la malicia intrínseca que la tal culpa encierra. ¿No vemos que la justicia humana condena á ciertos delincuentes á muchos años de prisión, á destierro por toda la vida, á trabajos penosos hasta la muerte, y aun á la muerte misma, la cual, siendo una privación perpétua de la vida, puede llamarse en cierto sentido pena eterna? Y no obstante con estas penas tan largas no castiga sino acciones momentáneas, una venganza, un hurto, un homicidio, delitos todos que en un solo instante se comienzan, y en un solo instante se consuman. ¿Por qué, se dirá, castigar con penas tan largas culpas de un solo momento? Porque, como he dicho, la justicia no tanto considera en los delitos el tiempo que se gasta en cometerlos, cuanto su malicia intrínseca y esencial.

Si los incrédulos comprendiesen cuál es la malicia del pecado, ya se considere en sí mismo, ya se considere con relación á la persona ofendida que es Dios, sin duda dejaría de parecerles injusto que sea castigado con pena eterna. La malicia de un solo pecado, dice el Doctor angélico, por razón de la infinita Majestad que ofende, participa del infinito, y efecti-

vamente es infinita en su objeto; de modo que no bastarían á repararla las lágrimas de todos los penitentes, la sangre de todos los mártires, ni los méritos de todos los Santos presentes y futuros. Si, pues, la malicia de la culpa es infinita, infinita debe ser también la pena, para que haya igualdad entre una y otra. Y como la pena no puede ser infinita en intención, porque ninguna criatura es capaz de sufrir un tormento infinito, resta que lo sea en duración, es decir, que sea eterna. ¿Qué se responde á este argumento?

Mas yo quiero estrechar todavía más á la incredulidad, y combatirla hasta en sus últimos atrincheramientos y reductos. ¿Me conceden los incrédulos que á una culpa infinita en duración le corresponde una pena infinita y eterna? ¿Sí, ó no? ¿No? pues entonces olvidan sus principios, y son inconsecuentes. ¿Sí? en este caso no les queda más recurso que rendirse á discreción. Porque desde luego les pregunto: ¿cuánto dura la culpa del que está condenado al infierno? No pregunto cuánto duró la acción que hizo al cometerla, porque de esta ya sé yo que fue breve y momentánea; sino ¿cuánto dura la voluntad, el apego, el atascamiento del condenado á la tal culpa? Dura y durará eternamente. Él, por más que sufre y padece, no muda la voluntad, no se arrepiente de lo hecho, no se retracta ni se humilla por las injurias que ha hecho á Dios: terco, obstinado, incorregible, está aferrado en su malicia, y conserva á Dios un odio necesario, invariable y eterno. Ahora bien, sed vosotros jueces. Un reo que no se retracta, un malhechor que no se enmienda, un criminal que tiene por bien hecho todo lo que ha hecho, y conserva siempre su mala voluntad, ¿puede decirse que su culpa es momentánea? ¿Es contrario á la justicia sujetarlo á un castigo eterno?

Ya veis, fieles, cuán miserables son los argumentos que la incredulidad hace contra el dogma del infierno, y con cuán-

ta facilidad se pulverizan y se rebaten. Sí, me diréis, lo vemos; pero ¿qué fruto hemos sacado nosotros de esta polémica? Esta polémica, sostenida en un concurso de incrédulos, hubiera sido oportuna, interesante, provechosa; pero respecto de nosotros ha sido enteramente inútil, porque por la misericordia de Dios estamos convencidos de todo lo que enseña la fe acerca del infierno. — ¿Vosotros convencidos? A la prueba. Suponed que yo soy un profeta inspirado de Dios, y que sabiendo las cosas que han de suceder á cada uno de vosotros, os las descubro y os digo: Escúchame, jóven: no bien habrás tú desahogado la pasión brutal, cuando te acometerá una séria enfermedad que te tendrá diez años postrado en un lecho. Oye, mujer: si con tus inmodestias llegas á ocasionar un solo mal pensamiento en el prójimo, perderás al instante todo el atractivo, y quedarás fea, disforme y de un aspecto asqueroso. Atiende, avaro: el día que cometes una injusticia en tus contratos, un contratiempo que no preves, vendrá á aniquilar toda tu fortuna. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que veo? Triunfa el jóven de su brutal pasión, por temor de la enfermedad anunciada: hácese modesta la mujer, por no aparecer fea y disforme: vuélvese leal el avaro, por no perder su hacienda. ¡Santa fe! ¿dónde estás? Por temor de un mal pequeño y temporal se deja de pecar; ¿y por temor de un infierno el pecado no se deja? ¿Y vosotros creéis en el infierno? ¡Ah! que cuanto mas considero vuestras costumbres, mas convencido quedo de la urgente necesidad que hay de cimentaros mas y mas en la creencia de un infierno horrible, espantoso y eterno. Esto es lo que he hecho hoy, probando que el infierno está en perfecta armonía con la sabiduría, bondad y justicia de Dios; y que sin dejar Dios de ser infinitamente sábio, bueno y justo, os condenará á sus eternas llamas, si con vuestras culpas os haceis merecedores de ellas. Lo que importa es, evitarlas. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.

En el evangelio de este domingo hallamos tres textos que pueden servir de base para otros tantos asuntos morales. El uno es aquel con que empieza el mismo evangelio: Erat quidam regulus cujus filius infirmabatur Capharnaum; y sobre él puede formarse un bellissimo discurso acerca de los deberes de los padres para con sus hijos, dándole el siguiente exordio: «Habia en Capharnaum un oficial de la corte de Herodes, cuyo hijo estaba gravemente enfermo. Habiendo oido el dicho oficial que Jesucristo venia de Judea á Galilea, fué á apersonarse con él, y le suplicó se dignase pasar á su casa á curarle el hijo, que se estaba muriendo. No obstante que esta demanda le mereció una severa reprehension de Jesucristo, por la poca fe que mostraba creyendo necesaria su presencia para dar la salud á su hijo, él no desistió de su pretension, antes con mas instancia le dijo: «Suplicote, Señor, que vengas antes que mi hijo muera. Dijole entonces el Salvador: Anda, que tu hijo ya está bueno. No dudó el oficial de que era realmente así: se fué contento á su casa, y por el camino ya encontró á sus criados que se anticipaban á darle la alegre noticia de que su hijo habia enteramente curado, y que habia comenzado á encontrarse mejor á la hora séptima del día antes, que era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho: Tu hijo está bueno. ¡Oh! si todos los padres tuviesen de la salud espiritual de sus hijos el cuidado que aquel oficial tuvo de la salud corporal del su-

ta facilidad se pulverizan y se rebaten. Sí, me diréis, lo vemos; pero ¿qué fruto hemos sacado nosotros de esta polémica? Esta polémica, sostenida en un concurso de incrédulos, hubiera sido oportuna, interesante, provechosa; pero respecto de nosotros ha sido enteramente inútil, porque por la misericordia de Dios estamos convencidos de todo lo que enseña la fe acerca del infierno. — ¿Vosotros convencidos? A la prueba. Suponed que yo soy un profeta inspirado de Dios, y que sabiendo las cosas que han de suceder á cada uno de vosotros, os las descubro y os digo: Escúchame, jóven: no bien habrás tú desahogado la pasión brutal, cuando te acometerá una seria enfermedad que te tendrá diez años postrado en un lecho. Oye, mujer: si con tus inmodestias llegas á ocasionar un solo mal pensamiento en el prójimo, perderás al instante todo el atractivo, y quedarás fea, disforme y de un aspecto asqueroso. Atiende, avaro: el día que cometas una injusticia en tus contratos, un contratiempo que no preves, vendrá á aniquilar toda tu fortuna. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que veo? Triunfa el jóven de su brutal pasión, por temor de la enfermedad anunciada: hácese modesta la mujer, por no aparecer fea y disforme: vuélvese leal el avaro, por no perder su hacienda. ¡Santa fe! ¿dónde estás? Por temor de un mal pequeño y temporal se deja de pecar; ¿y por temor de un infierno el pecado no se deja? ¿Y vosotros creéis en el infierno? ¡Ah! que cuanto mas considero vuestras costumbres, mas convencido quedo de la urgente necesidad que hay de cimentaros mas y mas en la creencia de un infierno horrible, espantoso y eterno. Esto es lo que he hecho hoy, probando que el infierno está en perfecta armonía con la sabiduría, bondad y justicia de Dios; y que sin dejar Dios de ser infinitamente sábio, bueno y justo, os condenará á sus eternas llamas, si con vuestras culpas os haceis merecedores de ellas. Lo que importa es, evitarlas. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.

En el evangelio de este domingo hallamos tres textos que pueden servir de base para otros tantos asuntos morales. El uno es aquel con que empieza el mismo evangelio: Erat quidam regulus cujus filius infirmabatur Capharnaum; y sobre él puede formarse un bellissimo discurso acerca de los deberes de los padres para con sus hijos, dándole el siguiente exordio: «Habia en Capharnaum un oficial de la corte de Herodes, cuyo hijo estaba gravemente enfermo. Habiendo oido el dicho oficial que Jesucristo venia de Judea á Galilea, fué á apersonarse con él, y le suplicó se dignase pasar á su casa á curarle el hijo, que se estaba muriendo. No obstante que esta demanda le mereció una severa reprehension de Jesucristo, por la poca fe que mostraba creyendo necesaria su presencia para dar la salud á su hijo, él no desistió de su pretension, antes con mas instancia le dijo: «Suplicote, Señor, que vengas antes que mi hijo muera. Dijole entonces el Salvador: Anda, que tu hijo ya está bueno. No dudó el oficial de que era realmente así: se fué contento á su casa, y por el camino ya encontró á sus criados que se anticipaban á darle la alegre noticia de que su hijo habia enteramente curado, y que habia comenzado á encontrarse mejor á la hora séptima del día antes, que era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho: Tu hijo está bueno. ¡Oh! si todos los padres tuviesen de la salud espiritual de sus hijos el cuidado que aquel oficial tuvo de la salud corporal del su-

«yo, ¿se vería á tantos muertos á la gracia? Yo sé que este «desastre se atribuye generalmente á la indole perversa de los «mismos hijos, y no lo negaré respecto de algunos; el mal em- «pero debe ordinariamente atribuirse á los padres, que no cum- «plen con ellos los deberes impuestos por Dios y por la misma «naturaleza. Estos deberes son principalmente tres, y por la «explicacion que voy á daros de ellos os convenceréis de que los «mas de los padres los tienen del todo olvidados, haciéndose así «reos delante de Dios de la perdicion de sus hijos.»—Tómese en seguida el cuerpo de la plática que hay en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 109.

El otro texto es: *Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus; y puede servir para tratar de la fe teologal, disponiendo así el discurso: «No es posible leer el presente evangelio sin admirar el medio extraño de que se sirvió la Providencia para llevar á un gentil á la profesion de la verdadera fe. Era este un caballero que servia en la corte del rey Herodes, y de consiguiente un hombre que no creía en Jesucristo, ni abrigaba el menor pensamiento de hacerse discípulo suyo. Hizo la casualidad, ó mejor dicho, dispuso Dios, que un hijo que tenía cayese enfermo de mucho cuidado; y deseoso el caballero de procurarle la salud, fué á encontrar á Jesucristo, de quien habia oido referir que hacia varias curaciones. El Salvador, no obstante que conocia la ninguna fe que tenía en él, atendió benignamente á sus deseos, y dió salud completa á su hijo. Viendo el hombre un tal milagro, le reconoció por verdadero Dios, creyó en él, y con toda su familia se hizo discípulo suyo y abrazó su religion y doctrina: Credidit ipse, et domus ejus tota. ¿Qué fortuna fue para aquel hombre el caer enfermo su hijo! Nosotros, cristianos, todavía mas afortunados que él, no hemos tenido que ir á buscar la fe, sino que la fe ha venido á buscarnos á nosotros, habiéndonos Dios infundi-*

«do su hábito ya desde nuestra entrada en el mundo, y desde «el dia que fuimos hechos cristianos. ¡Qué dicha, qué fortuna «haber encontrado el camino del cielo sin buscarlo! Pero si bien «cuando éramos niños la sola fe habitual hubiera bastado para «conseguir el cielo, no bastaria ahora que somos ya adultos. A «la fe habitual debemos añadir su ejercicio, creyendo con actos «propios y personales todo lo que Dios ha dicho y revelado, y «la santa Iglesia nos propone como punto de fe. Esta es nuestra obligacion, obligacion de la cual ningun adulto puede prescindir, y de la que quien prescinda será eternamente condenado. Para que comprendais hasta dónde alcanza esta obligacion, os descubriré tres cosas muy importantes sobre la fe, á saber, su necesidad, su objeto y sus caracteres.»—Siga inmediatamente la plática que corresponde á la pág. 14 del tomo 1.º del Catequista orador.

El tercer texto es el que proponemos por tema del siguiente discurso, al cual designamos con el título:

Credibilidad de la fe católica.

Nisi signa et prodigia videritis, non creditis. (Joan. iv, 48).

Esta fue la respuesta que nuestro Salvador dió á un empleado de la corte de Herodes, que le pidió pasase á su casa á curar un hijo que tenía enfermo. Vosotros, le dijo, si no me veis hacer prodigios y milagros, no creéis en mí: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.* No basta que yo os diga uno y otro dia, que he venido del cielo, que soy Hijo de Dios, y que á mí están sujetas todas las cosas: queréis pruebas, queréis demostraciones, queréis milagros; y en no viéndolos, no hay que creer: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.*

Mas, para que te convenzas de mi poder y divinidad, y sepas que realmente soy Hijo de Dios, te lo probaré por medio de milagros, ya que, segun parece, son los únicos argumentos que te convencen. Anda, que tu hijo ya está curado: *Vade, filius tuus vivit.*

¿No es verdad, fieles, que esta respuesta vendria de molde á esos que rehusan someter su entendimiento á la fe católica, so pretexto de que es oscura é incomprensible? Vosotros, podríamos decirles, en no teniendo demostraciones de las verdades de nuestra fe, no os dais por convencidos. No basta que la Iglesia os diga una y otra vez que Dios os habla por medio de ella: y que cuando Dios dice una cosa, el hombre debe creerla, tanto si la comprende como si no. Quereis razones, quereis argumentos, quereis evidencia. Bien, ya que así lo quereis, preciso será complaceros. ¿Prometeis creer dócilmente cuanto enseña la fe católica, si os demostramos evidentemente que ella es verdadera? Es que nuestra fe, aunque oscura en el fondo, no deja de tener demostraciones que la hacen evidentemente creible. Semejante á la misteriosa nube que conducia á los hebreos por medio del desierto, tiene dos puntos de vista muy diferentes, el uno oscuro, el otro claro. Es oscura por la intrínseca incomprensibilidad de los misterios que enseña, es clara por la evidencia extrínseca de las pruebas que presenta.

Yo quiero, fieles, desenvolver hoy en vuestra presencia una de estas pruebas, no mas que una; pero tan poderosa, tan clara, tan concluyente como pueda serlo cualquiera demostracion geométrica. Y no lo haré porque dude de la firmeza de vuestra fe, que tengo bien conocida; sino para que tengais el consuelo de ver en qué argumentos tan poderosos se apoya, y comprendais que el obsequio que prestais á Dios creyendo, no es un obsequio indiscreto, sino racional, y

muy propio de personas que saben el por qué de su creencia. Oidme.

Aquella fe es evidentemente verdadera, cuyo establecimiento solo ha podido proceder de Dios, autor de toda verdad: es así que el establecimiento de la fe católica solo ha podido proceder de Dios, porque solo Dios pudo superar los obstáculos que se opusieron al tal establecimiento, y solo Dios pudo hacer eficaces los medios que en ello se emplearon; luego nuestra fe es evidentemente verdadera. Aquí teneis el argumento: entremos ahora en las pruebas de la segunda proposicion, que es la única que puede tener alguna dificultad.

Y para que os hagais cargo de los grandes obstáculos que se opusieron al establecimiento de la fe, dad una mirada, os ruego, al personaje que la promulgó, al tiempo en que la predicó, y á las máximas con que la proclamó; y desde luego descubriréis tres obstáculos grandes, poderosísimos, y humanamente insuperables. ¿Quién era el personaje que promulgó esta fe que han abrazado los reyes, los sábios y las naciones mas cultas de la tierra? ¿Era algun César romano? ¿Era algun filósofo de Atenas? ¿Era algun sábio de gran fama y nombradía? No: era un sujeto de quien era público y notorio que habia tenido un establo por cuna, una tienda de carpintero por escuela, y por patria una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazaret, de donde, como decia un refran vulgar de aquel tiempo, no podia salir cosa buena: *A Nazareth potest aliquid boni esse*¹? Era un sujeto de quien sabia todo el mundo que siempre habia llevado una vida oculta y aislada, que nunca habia salido de su país para estudiar la política ó la religion, que jamás habia entrado en una escuela

¹ Joan. I, 46.

para aprender siquiera á leer. De modo que cuando comenzó á publicar su doctrina, todos se preguntaban admirados : ¿De dónde ha sacado los conocimientos este que nunca ha estudiado? *Quomodo hic litteras scit, cum non didicerit* ? Era un sujeto de quien nadie ignoraba que habia sido reputado por un fanático, por un supersticioso, por un embustero ; y que por tal habia sido condenado por la gente mas sábia é ilustre de su nacion á morir crucificado en medio de dos facinerosos.

¡Oh! qué obstáculo era este al establecimiento de nuestra fe! ¡Qué! hubiera dicho cualquiera, ¿un sujeto de tan baja esfera quiere que todo el mundo abrace su doctrina? ¿Un ignorante aspira á ser maestro?... ¿El hijo de un carpintero pretende hacerse legislador?... ¿Un ajusticiado presume introducir una nueva creencia en el universo?... ¿Y yo emperador, yo sábio, yo filósofo, yo princesa, doblaré mi rodilla ante un malhechor que dejó ignominiosamente la vida sobre una cruz? ¿Yo me haré discípulo de un hombre deshonorado, abrazaré la doctrina incomprensible que me enseña, creeré que él es hombre y Dios juntamente, que su padre es Dios, que su madre es virgen, que su cuerpo está bajo las especies de pan... y todas estas, y otras cosas no menos extrañas, las creeré solo porque él las dice? Sueño, delirio, locura.—Y sin embargo, fieles míos, el tal sueño, el tal delirio, la tal locura no tardaron mucho en realizarse. No obstante que el autor de nuestra fe Jesucristo llevaba en su mismo carácter un obstáculo tan grande á la propagacion de su doctrina, su doctrina no ha dejado de propagarse por todo el mundo. ¿Quién pudo vencer este obstáculo? ¿Quién pudo obrar este milagro? Dios, no mas que Dios.

Pero ¿quién sabe, diréis vosotros, si la condicion de la épo-

¹ Joan. vii, 15.

ca en que Jesucristo promulgó nuestra fe pudo ayudar mucho á su establecimiento, aunque él llevase en su carácter un obstáculo tan grande? Tal vez en aquel entonces en el mundo no habia ni creencias, ni culto, ni religion : y en tal caso ya no seria tan de admirar que Jesucristo lograra introducir la suya, así como no es de admirar que un cualquiera se posesione de un terreno que no tiene dueño.—Ya se ve que si entonces el mundo se hubiese hallado del modo que suponeis, no solo no hubiera ofrecido un grande obstáculo á la introduccion de nuestra fe, sino que la hubiera facilitado ; pero ¿acaso se hallaba así? Todo lo contrario, fieles. Entonces el mundo estaba todo lleno de dioses, de templos y de altares. Sin contar los dioses mayores que se tenian repartido el dominio del cielo, de la tierra, del agua y del aire : habia dioses pequeños que presidian las diferentes especies de las cosas, aun las mas bajas y menudas. Dioses para las ciudades, dioses para los campos, dioses para las fuentes, dioses para los rios, dioses para la paz, dioses para la guerra... ¿qué sé yo? Cada familia, cada arte, cada ciencia, cada casa, cada jardin, y hasta cada vicio tenia su númen especial y protector ; resultando de aquí que todas las ciudades, todos los bosques, todos los caminos, todas las casas estaban pobladas de dioses y altares ; habiendo, como dice un autor satírico, mas templos que casas, y siendo mas fácil encontrarse con un Dios por un camino, que con un hombre. Pregunto ahora : cuando en el mundo habia tanta supersticion, tanta idolatría y tanto fanatismo, ¿era buena ocasion, segun los cálculos de la prudencia humana, promulgar una fe que venia á echarlo todo por tierra, y que declaraba sacrílego el culto que se diera á quien no fuese el mismo Jesucristo, ó su Padre que le habia enviado? ¿Estaba el mundo muy bien preparado para recibirla? ¿Quién pudo hacer que la aceptase? ¿Quién pudo in-

ducir á los hombres á renunciar sus ídolos, sus tradiciones y sus creencias, y abrazar la fe que les anunciaba el que ellos llamaban *ciudadano de Nazaret*? Dios, no mas que Dios.

Si él hubiese proclamado un símbolo placentero, no seria tan de admirar que hubiese logrado persuadirlo á los hombres; pues los hombres creen y reciben fácilmente lo que favorece la carne y las pasiones, venga de donde viniere. Pero ¡ah! que el símbolo que él anuncia no contiene sino máximas de austeridad, penitencia y abnegacion. Él lleva la guerra á los objetos mas caros, á los apetitos mas dulces y á las afecciones mas tiernas del corazon humano: él predica el desprecio del mundo, la renuncia de la tierra, y el aborrecimiento de sí mismo: él manda volver bien por mal, amar á los que nos aborrecen, y ofrecer la mejilla derecha al que nos hiere en la izquierda: él prescribe la humildad del corazon, la crucifixion de la carne, la abnegacion de la propia voluntad, y el odio santo de sí mismo: él en fin condena el regalo, la codicia, la ambicion y el apetito inmoderado de los placeres. ¡Qué máximas estas para hacerlas abrazar del soberbio romano, del voluptuoso egipcio, del fiero scita, y del carnal judío! No bien Jesucristo las anuncia, cuando se levanta un grito general de desaprobacion, y todo el mundo protesta y declara que no admite una tal ley, ni quiere doblegarse al imperio del nuevo legislador: *Nolumus hunc regnare super nos*¹. ¿Con qué, mundo idólatra, no admities la ley que te presenta Jesús? ¿no quieres reconocerle por tu legislador? ¿rehusas abrazar la doctrina que te enseña? ¿Qué habrá pues de hacer él? ¿habrá de retirarse?... No, cristianos: el mundo se desdice pronto de su protesta, el mundo se retracta luego de su declaracion, é hincado de rodillas ante Jesucristo,

¹ Luc. xix, 14.

le adora por Dios, y recibe humildemente de su mano el código penoso de su legislacion. ¿Quién pudo obrar un tal cambio? ¿quién pudo hacer este prodigio? Dios, no mas que Dios.

Peró si solo Dios pudo vencer estos obstáculos que se oponian al establecimiento de nuestra fe, solo él pudo tambien dar eficacia á los medios que se emplearon para establecerla. Y para que lo veais quiero hacer una suposicion. Supongamos que cuando Jesucristo quiso fundar nuestra santa religion hubiese reunido en consejo á cuantos filósofos, sábios y políticos florecian por aquel tiempo en Atenas, en Roma y en todo el mundo; y que descubriéndoles el plan que llevaba, les hubiese hablado de este modo: «Yo me he propuesto fundar una nueva religion en el mundo, y una religion que cambie toda la faz de la tierra, y haga que los hombres muden radicalmente de costumbres, de política y de moral. Por esto lo primero que haré será barrer la tierra de esa chusma de deidades que la infestan, y hacer que los reyes, los emperadores y los pueblos se postren delante de mí, reconociéndome por su legislador, por su maestro, y por su Dios. Conseguido esto, propondré á los hombres dogmas oscuros, incomprendibles, y en la apariencia contrarios á la razon; y á cuantos no crean sinceramente estos dogmas, los declararé eternamente condenados. Yo promulgaré un moral austero, unas leyes muy difíciles de cumplir; y á los que cumplan fielmente estas leyes, de presente les señalaré por premio cruces y mortificaciones, y para lo venidero unos goces que no alcanzan los sentidos. Y por último, tengo el ánimo de que esta mi religion eclipse todas las otras, y llegue á ser la religion de los sábios, la de los poderosos y la de todos los pueblos civilizados. Este es mi plan: decidme ahora lo que os parezca acerca de él.»— A estas palabras de Jesucristo ¿qué hubiera contestado aquel

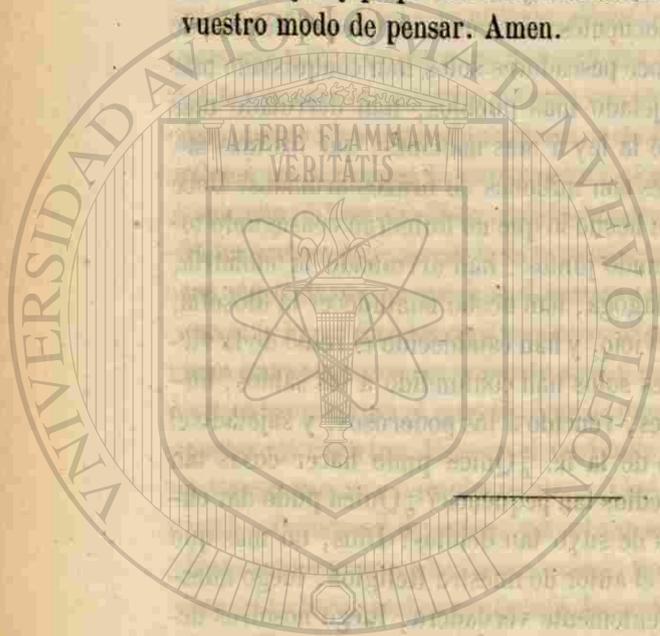
respetable consejo de filósofos, políticos, y sábios legisladores? Vuestro plan, ó Nazareno, le hubieran dicho, es grande, es vasto, es magnífico; pero en nuestro concepto irrealizable. ¿Cómo arrancar de cuajo esa idolatría que está diseminada por todo el mundo, y tiene á su favor la sancion de tantos siglos? ¿Cómo desarraigar de los hombres esas costumbres carnales y groseras en que siempre han vivido, y hacerles tomar esas costumbres severas que indicais, sin ofrecerles de presente otro premio que penas, y en lo venidero gozos que ellos no son capaces de comprender? ¿Cómo hacer que os reconozcan á Vos por Dios, sabiéndose donde nacisteis, donde fuisteis educado, y donde habeis pasado todos los años de vuestra vida? A no ser que Vos dispongais de medios muy poderosos... Yo os diré los medios de que dispongo: tengo una docena de pescadores reunidos de aquí y de allá, y pensaba distribuirlos por todo el mundo, á fin de que esparciesen en todas partes mi doctrina. Este es el medio de que pienso valerme, y de cierto que no emplearé otro. ¿Qué os parece? ¿será eficaz?—Páreceme, oyentes, que al oír aquellos sábios semejante proposicion, ó hubieran soltado una carcajada, ó movidos de lástima, hubieran dicho á Jesucristo: Ahora vemos, ó buen Nazareno, que vuestro plan es de los mas insensatos que puedan concebirse. Vuestros discípulos no harán nada, serán la mofa de todo el mundo, y Vos no conseguiréis otra cosa que hacer vuestro nombre ridículo y despreciable.

Y sin embargo, fieles, todo ha pasado del mismo modo que Jesucristo hubiera dicho en el caso que acabo de suponer. Su reino se ha extendido por todo el universo; y en nuestros dias continúa tan jóven y lleno de vida, como el dia que se estableció. Los ídolos han caido, sus altares están derribados, sus templos ya no ofrecen mas que ruinas. Los hombres creen cosas que no entienden, y practican un moral que

crucifica las pasiones. Jesucristo, el ciudadano de Nazaret, el ajusticiado en el Calvario, es adorado por Dios en toda la tierra, y su bendita cruz brilla sobre el Capitolio, honra las coronas de los reyes, y recibe culto en todo el universo. Y todo esto se ha hecho, no con ejércitos, no con dinero, no con discursos sábios y elocuentes; sino con la simple predicacion de doce pescadores. Doce pescadores solos han conquistado mas provincias, han sujetado mas pueblos, han derrotado mas enemigos, han dado la ley á mas naciones, que los mas famosos conquistadores con millones de brazos armados. Doce solos pescadores han hecho lo que no hubieran conseguido todos los reyes del mundo juntos: han arruinado la idolatría, han sepultado la sinagoga, han hecho enmudecer la filosofía, han avergonzado el vicio, y han establecido el reino de la virtud. Doce pescadores solos han confundido á los sábios, humillado á los grandes, vencido á los poderosos, y sujetado el universo al dominio de la fe. ¿Quién pudo hacer cosas tan grandes por unos medios tan pequeños? ¿Quién pudo dar eficacia á unos medios de suyo tan débiles? Dios, no mas que Dios. Luego Dios es el autor de nuestra Religion, luego nuestra Religion es evidentemente verdadera, luego nosotros debemos creer humildemente todo cuanto nuestra Religion nos enseña, tanto si lo comprendemos como si no.

¿Y qué necesidad tenemos de comprenderlo? ¿No lo asegura la Religion? ¿La Religion no ha sido establecida por Dios? ¿Dios puede permitir que su Religion nos engañe? No. Pues con solo saber esto, ya sabemos cuanto es menester: querer saber mas es tontería. Para creer á ciegas á un hombre, toda la dificultad consiste en saber si es hombre sabio y de honor: desde el momento que nos convencemos de que lo es, ya no tenemos dificultad en creerle, aun cuando no nos ofrezca prendas de lo que dice. Del mismo modo, todo lo que

podria haber de dificultad, para creer dócilmente lo que la fe nos enseña, estriba en saber si ella es evidentemente verdadera ; veo que sí, pues enséñeme lo que quiera, que yo tendré por mas cierto lo que ella me diga, que aquello que veo con mis ojos y palpo con mis manos. Este deseo sea tambien vuestro modo de pensar. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Ala simple lectura de la parábola que refiere el presente evangelio, se echa de ver que su objeto es, recordar á los hombres los derechos de la justicia, y estimularlos á dar á cada uno lo que es suyo. De consiguiente, sobre ella puede formarse un discurso sobre la injusta retencion de lo ajeno, tomando por tema las palabras : Redde quod debes ; y poniéndole el siguiente exordio : «Hubo un rey, dice el presente evangelio, que quiso tomar «cuentas á sus criados. Habiendo empezado á tomarlas, se le «presentó uno que le debia diez mil talentos, esto es, unos dos- «cientos millones de reales ; y no teniendo con que pagar tan «crecida suma, se le echó á los piés suplicándole, que tuviese «un poco de paciencia, que él con el tiempo se lo pagaria todo. «Por lo que compadecido el rey, le condonó toda la deuda. «Apenas salió este criado, cuando halló á uno de sus compa- «ñeros que le debia cien denarios, es decir, unos ciento y se- «senta reales ; y asiéndole por el cuello, le sofocaba, dicién- «dole : Paga lo que me debes : Redde quod debes. Por mas «que este le suplicaba, que tomase paciencia, que él con el tiem- «po se lo pagaria todo, no quiso oírle, sino que le hizo poner «en la cárcel. Habiendo sabido esto el rey, le llamó y le dijo : «Siervo estrafalarío, yo te condoné todo lo que me debias, por- «que tú me lo pediste : ¿pues no debias tú tambien compade- «certe de tu compañero, como yo tuve compasion de tí? Y en «seguida le entregó á los ministros de la justicia para que le

podria haber de dificultad, para creer dócilmente lo que la fe nos enseña, estriba en saber si ella es evidentemente verdadera ; veo que sí, pues enséñeme lo que quiera, que yo tendré por mas cierto lo que ella me diga, que aquello que veo con mis ojos y palpo con mis manos. Este deseo sea tambien vuestro modo de pensar. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Ala simple lectura de la parábola que refiere el presente evangelio, se echa de ver que su objeto es, recordar á los hombres los derechos de la justicia, y estimularlos á dar á cada uno lo que es suyo. De consiguiente, sobre ella puede formarse un discurso sobre la injusta retencion de lo ajeno, tomando por tema las palabras : Redde quod debes ; y poniéndole el siguiente exordio : «Hubo un rey, dice el presente evangelio, que quiso tomar cuentas á sus criados. Habiendo empezado á tomarlas, se le presentó uno que le debía diez mil talentos, esto es, unos doscientos millones de reales ; y no teniendo con que pagar tan crecida suma, se le echó á los piés suplicándole, que tuviese un poco de paciencia, que él con el tiempo se lo pagaria todo. «Por lo que compadecido el rey, le condonó toda la deuda. «Apenas salió este criado, cuando halló á uno de sus compañeros que le debía cien denarios, es decir, unos ciento y sesenta reales ; y asiéndole por el cuello, le sofocaba, diciéndole : Paga lo que me debes : Redde quod debes. Por mas que este le suplicaba, que tomase paciencia, que él con el tiempo se lo pagaria todo, no quiso oírle, sino que le hizo poner en la cárcel. Habiendo sabido esto el rey, le llamó y le dijo : «Siervo estrafalario, yo te condoné todo lo que me debias, porque tú me lo pediste : ¿pues no debias tú tambien compadecerte de tu compañero, como yo tuve compasion de tí? Y en seguida le entregó á los ministros de la justicia para que le

« atormentasen. Este castigo se lo dió, no porque hubiese falta-
« do á la justicia, sino porque faltó á la caridad; pues, si bien
« el otro debia en derecho pagarle la suma, puesto que se la de-
« bia; debia él tambien darle treguas, ya que no se hallaba en
« la posibilidad de pagársela al momento. Todo lo que nos en-
« seña, que si por una parte el acreedor debe ser considerado
« con el que le debe algo, el deudor debe tambien ser justo con
« el acreedor, entregándole lo que es suyo lo mas presto que
« pueda; de modo que si lo retarda culpablemente, comete un
« verdadero robo, porque retiene injustamente lo ajeno. Sea es-
« to dicho para desengaño de muchos que, si bien se consideran
« culpables de robo cuando han usurpado formalmente una co-
« sa, no se tienen por tales cuando retienen injustamente lo que
« deben á otro. Que se desengañen: tan injusto es quien retie-
« ne como quien usurpa; porque en uno y otro caso el dueño
« queda igualmente privado de lo que es suyo. Sentado este prin-
« cipio, entremos á averiguar tres cosas: 1.ª cuáles sean los
« principales modos de retener injustamente lo ajeno: 2.ª cuán-
« tas las malicias que encierra la injusta retencion: 3.ª cuáles
« las excusas que ordinariamente se aducen para cohonestarla. »
— Dígase ahora la plática que se hallará en el tomo 2.º del Ca-
tequista orador, pág. 186.

De la misma parábola se puede tomar pié para hablar de la
satisfaccion sacramental, punto que no deben olvidar los pár-
rocos, y sobre el que de tiempo en tiempo han de llamar la aten-
cion de sus feligreses. Para esto se tomará el texto: Redde
quod debes, y se dirá: « Paga lo que debes. — Estas fueron
« las palabras que, segun el presente evangelio, dijo un hombre
« á otro que le debia cien denarios: y estas son tambien las que
« dice Dios al pecador, despues que le ha perdonado sus cul-
« pas en el sacramento de la Confesion. No ha de pensar el pe-
« cador, que todo quede pagado con el Señor mio Jesucristo

« que reza mientras el sacerdote le absuelve; y que en levantán-
« dose de sus piés, ya no le queda otra cosa que hacer. No, fie-
« les, no: despues de haber conseguido el perdon de sus culpas,
« aun le queda una deuda con Dios, y es la obligacion de hacer
« penitencia de ellas; porque, como dice el santo concilio de
« Trento, perdonándonos el Señor el pecado, ordinariamente
« no nos condona toda la pena que por él merecimos; sino que
« la pena eterna se conmuta en temporal, pagadera ó en esta
« vida ó en el purgatorio. De ahí las penitencias que los confe-
« sores imponen antes de conceder la absolucion; penitencias,
« que si bien son la parte mas sencilla del Sacramento, son tal
« vez la parte menos conocida de muchos cristianos, pues con-
« los defectos que cometen en su cumplimiento, dan bien á co-
« nocer la poca instruccion que tienen sobre este punto. Vosotros
« convendréis en ello, cuando hayais oido la explicacion que
« vengo á dar sobre la satisfaccion sacramental. » — Sigue el
cuerpo de la plática puesta en el Catequista orador, tomo 1.º,
pág. 360.

Sin salirnos ahora de la misma parábola, formaremos un
discurso sobre la restitucion, aconsejando á los curas que miren
este punto con el interés que se merece. Por no estar los cris-
tianos bien instruidos sobre este punto esencialísimo, se forman
acerca de él mil errores é ilusiones, que ocasionan la ruina
eterna de muchos. Si los curas quieren conocer cómo entiende
el comun de los cristianos las doctrinas que los autores enseñan
acerca de la restitucion, no han de hacer mas que una cosa.
Cuenten los pecados que contra la virtud de la justicia oyen en
el confesonario, y cuenten tambien las restituciones que se ha-
cen; y hallarán que por cada mil pecados que llevan la obliga-
cion de restituir, no se cumple una restitucion. ¿Qué indica
esto? Que hay mucha ignorancia crasa y afectada sobre este
punto, y que conviene poner bien en claro esta doctrina, para

ahorrar el infierno á infinitas almas. Hé aquí un discurso que, si no nos equivocamos, presenta bastante bien el punto de

La restitucion.

Redde quod debes. (Matth. XVIII, 28).

De todos los pecados que acostumbramos oír en el tribunal de la Penitencia, ¿cuáles diríais vosotros son los que suelen darnos mas cuidado? ¿Pensais que son los de blasfemia? ¿ó tal vez los de impureza? ¿ó quizá los de herejía? No son estos, cristianos; porque, si bien es verdad que son unos pecados muy graves, basta una buena confesion para remediarlo todo. Haga el blasfemo una buena confesion de sus reniegos; hágala un impuro de sus deshonestidades; hágala un hereje de sus errores; desde el momento que la hayan hecho, quedarán enteramente perdonados; y una vez hayan cumplido la penitencia, no les quedará otra cosa que hacer. Los pecados que nos dan mas cuidado son los que hieren los derechos de la justicia, los que afectan los intereses del prójimo y redundan en perjuicio de un tercero. ¡Oh! estos sí que nos dan un cuidado grandísimo; porque para obtener el perdon de ellos no basta confesarlos, no basta hacer penitencia; es menester restituir al prójimo lo que injustamente se le ha usurpado, es necesario indemnizarle de todos los daños que contra justicia se le han hecho. Y héos aquí el paso mas difícil, el paso que poquísimos llegan á dar. Todo lo que es confesar los pecados contra justicia, y hacer por ellos alguna penitencia, esto se encuentra fácil, esto se cumple con alegría; pero en tratándose de restituir, *hoc opus, hic labor*, aquí entran las dificultades, aquí son los trabajos. ¡Qué no se dis-

curre, qué no se cavila, qué no se finge para eximirse de la restitucion!

Pero sobre todos los discursos, cavilaciones y fingimientos está el evangelio de hoy, el cual nos representa á un rey que obligaba á sus deudores á satisfacerle lo que le debian, y á uno que no satisfacía le condenó á ser vendido, él, su consorte, sus hijos y todas sus cosas. Yo, pues, siguiendo el espíritu de nuestro evangelio recordaré la obligacion de restituir á todos los que han causado daños injustos al prójimo; y como sé las excusas que comunmente se aducen para dispensarse de esta obligacion, las rebatiré una por una, haciendo ver que no tienen importancia ni valor.

Aunque sea costoso desprenderse de los bienes injustamente adquiridos, y restituirlos á su legítimo dueño, esta dificultad, hijos míos, no disminuye un punto la obligacion. Si el restituir es por una parte un paso muy difícil, es por otra un paso absolutamente necesario; de manera que sin él nuestra condenacion es cierta é inevitable. No es esta una obra de consejo, de la cual podais dispensaros; no es una cosa que podais suplir con otras obras buenas; no es, como muchos piensan, una penitencia que impone el confesor, y que está en su mano la disminuir, el dividirla ó el quitarla del todo; es un acto de rigurosa justicia; es un precepto impuesto por el derecho natural y divino, tan inmutable como el mismo Dios.

En efecto: ¿qué nos dice la razon natural? Que no debemos hacer con los demás lo que no quisiéramos se hiciese con nosotros. Y si nosotros fuésemos los robados y los perjudicados, ¿no quisiéramos que se nos restituyese lo quitado, y se nos compensase de los perjuicios? Además, Dios que es la

misma justicia esencial, ¿querrá dispensarnos de un tal deber? No: Dios quiere que se observe la justicia; que á cada uno se le dé lo que es suyo; que cada cual sea indemnizado. Por esto se ha fijado por ley inalterable, no perdonar el pecado de hurto, mientras se deje culpablemente de hacer la debida restitucion: *Non dimittitur peccatum, nisi restituatur ablatum.*

Y si Dios mismo no os dispensa de un tal deber, figuraos si os dispensará de él la Iglesia, cuya autoridad depende de Dios. Aunque la Iglesia haya recibido de Jesucristo una amplia facultad para perdonar toda suerte de pecados, no la ha recibido para eximir de las obligaciones de justicia que un hombre ha contraído para con otro hombre. De ahí es, que si á los piés de un ministro de Dios se presenta un pecador que tenga el alma cargada con las mas enormes culpas, tales empero que no envuelvan daño de tercero, el sincero dolor de ellas basta para que el sacerdote pueda decirle con toda seguridad: quedas perdonado; anda en paz: *Remittuntur tibi peccata tua; vade in pace.* Pero si el tal pecador se halla gravado de injusticias, ya puede llorarlas cuanto quiera, ya puede prometer no cometerlas mas; si no tiene una voluntad seria y eficaz de repararlas, es incapaz de absolucion: *Non dimittitur peccatum, nisi restituatur ablatum.* ¿La entendeis esta doctrina? En teórica todos la saben y la confiesan; pero en la práctica no todos la entienden como se ha de entender.

Primeramente no la entienden aquellos, que se consideran seguros en conciencia por el solo hecho de haber confesado sus fraudes y robos, aunque jamás hayan pensado en hacer la consiguiente restitucion. ¡Qué engaño es este, Dios mio! La confesion no quita la obligacion de restituir: tan léjos está de eso, que ni perdona el pecado, si no se tiene una voluntad resuelta de reparar las consecuencias. No vengais á de-

cirme que el confesor os ha absuelto sin hablaros palabra de restitucion. ¿Qué importa esto? Puede ser que el confesor se distrayese; puede ser que juzgase innecesario recordaros vuestra obligacion; puede ser que con vuestras reticencias le indujérais á pensar que no érais reos de injusticias. Como quiera que fuese, vosotros no podeis ignorar que quien ha perjudicado al prójimo, ha de restituir; y tanto si el confesor advierte la obligacion, como si no la advierte, ella existe.

Tampoco entienden bien la expresada doctrina aquellos que, contentos con una voluntad estéril é ineficaz, nunca ponen manos á la obra restituyendo ó el todo, ó á lo menos una parte, si mas al presente no pueden. *Pagaré, restituiré, cumpliré mi deber:* estas son sus protestas continuas, sin que jamás se vean las obras. Tan léjos se hallan estos de poder descansar sobre su pretendida voluntad, que deben acusarse del pecado de continuada injusticia que cometen, reteniéndose lo que pertenece á otros. ¿Veis cuán grave es la obligacion de restituir?

Pasemos ahora á ver las reglas que se han de observar en materia de restitucion, que es el segundo de los tres puntos propuestos al principio. La primera es, que quien ha usurpado lo ajeno, ó lo retiene, ó ha sido causa de algun daño, es el primero que está obligado á restituir. Hasta aquí la cosa es clara, y no tiene dificultad. La dificultad puede ser cuando muchos mancomunadamente han concurrido al daño ajeno. ¿Cómo deberá entonces regularse entre ellos la restitucion? Respondo, que si el concurso ha sido igual, todos están obligados *in solidum* á repararlo; es decir, que cada uno de los concurrentes, en defecto de los otros, debe restituir al dueño todo el daño que se le ha hecho, salvo empero siempre el derecho de exigir de los cómplices la parte que les toca. Si el concurso de muchos en el daño ha sido desigual, de-

be hacer la restitucion *in solidum* el que tuvo en él el principal influjo : de modo que, si este restituye, los demás quedan enteramente desobligados ; pero si deja de restituir, la obligacion se extiende gradualmente á los otros, segun el mayor ó menor influjo que tuvieron. No entraré en detalles mas minuciosos ; porque en casos particulares el confesor sabrá decir lo que debe hacerse.

La segunda regla mira á la persona á quien debe hacerse la restitucion. Siendo la restitucion un acto de la justicia conmutativa, necesariamente ha de hacerse al mismo sujeto que sufrió el daño, si existe ; y si no, á sus herederos. Notad bien esto vosotros, que pensais cumplir con la restitucion dando alguna limosna á los pobres, ó haciendo rezar algunas misas á favor de las almas. Esta no es restitucion, es una permuta arbitraria é injusta, que seguramente no os gustaria, si se tratase de cosa vuestra. Si vosotros hubiéseis recibido el daño, ¿ estaríais contentos de que el damnificador diese alguna limosna ó hiciese celebrar alguna misa ? ¿ os tendríais con esto por suficientemente indemnizados ? Diríais, y con razon, que si quereis dar limosna ó hacer celebrar misas, ya sabréis hacerlo vosotros mismos ; pero que no teneis necesidad de que los otros á tal objeto dispongan á su capricho de lo que es vuestro.

Esta doctrina tiene lugar cuando son conocidas las personas perjudicadas. Puede suceder que vosotros sepais exactamente cuánto debéis restituir, pero ignoreis la persona á quien debéis hacer la restitucion ; como seria, por ejemplo, si hubiéseis robado á un hombre á quien no conocéis, ó aunque le conozeais, no supiéseis dónde para. En estos y otros semejantes casos, debéis hacer las diligencias necesarias para conocer la tal persona, ó saber su paradero ; y si con todo no lo conseguís, podréis entonces lícitamente convertir en obras

pias lo que debéis al acreedor ; porque no pudiendo satisfacerle de otro modo, se debe suponer que él se contenta de que lo hagais así. Pero vuelvo á repetir que si la persona os es conocida, debéis hacer la restitucion á ella misma, ó bien á sus herederos, caso que ella no exista. No es necesario por esto que la hagais vosotros mismos en persona con perjuicio de vuestra fama y de vuestro honor. Cualquiera que sea el camino por el cual la cosa llegue á su dueño, es indiferente ; lo que importa es que llegue. Y hago esta observacion, porque me consta que hay personas tan sencillas que dejan de hacer ciertas restituciones, creyendo que han de hacerlas por sí mismas, y á costa de la propia reputacion. No, no hay necesidad de esto ; pueden valerse del confesor ó de otra persona de su confianza.

La tercera regla mira á la cosa que se ha de restituir. Debéis restituirla tal como se encuentra en vuestro poder : si todavía la poseeis, devolvedla tal como es : si la habeis enajenado en provecho vuestro, pagad el equivalente. Esta regla vale tanto para el que posee cosas ajenas con *buena fe*, como para el que las posee con *mala fe* ; pero con esta diferencia, que si durante la buena fe las tales cosas han perecido en vuestras manos sin haber sacado provecho alguno, no estais obligados á restitucion alguna ; al paso que si han perecido poseyéndolas con mala fe, debéis restituir el valor, aunque no hayais sacado de ellas ningun provecho. Mas : el injusto usurpador es responsable de todos los daños que se han seguido de su injusticia. Supóngase que por haber vosotros usurpado una cierta cantidad á un hombre, él se ha visto precisado ó á tomar dinero á usura, ó á vender á cualquier precio sus muebles, ó á suspender sus negocios. En este caso ¿ bastaria restituírle solamente la tal cantidad ? No : es necesario resarcirle tambien todos los perjuicios que le han resultado. Esto,

diréis, es un grande engorro.—Verdaderamente lo es, y por lo mismo debéis cuidar mucho de no exponeros á él; pero á cosa ya hecha no queda otro camino que, ó una entera reparacion, ó una transaccion con el mismo acreedor.

La última regla mira al tiempo en que se debe hacer la restitucion. La restitucion debe hacerse lo mas presto que sea posible: el diferirla sin justo motivo, es un pecado continuo, tanto por el daño continuo que el dueño sufre, como por la continua violacion del precepto, que nos prohíbe retener lo ajeno. De ahí es, que tantas veces os gravais la conciencia de un nuevo pecado, cuantas acordándoos de vuestra obligacion y pudiendo cumplirla, no la cumplís. Esto, como ya he insinuado, se entiende cuando difiriéseis la restitucion sin *justo motivo*. Y notad, que puede ser motivo justo para diferirla el consentimiento del acreedor expresamente declarado, ó prudentemente supuesto, ó una necesidad grave propia, ó de vuestra familia, ó algun notable perjuicio que os hubiese de resultar, siempre que el acreedor no se encuentre en igual necesidad, en cuyo caso la suya debe ser preferida á la vuestra.

Estas son, hijos míos, las reglas que debéis tener presentes en punto de restitucion; pero como ellas serian del todo inútiles, si siempre os quedase abierta alguna retirada para eximiros de restituir, voy á hacerme cargo de los pretextos y excusas que comunmente se aducen.

El primer pretexto es la *imposibilidad*; y este es el mas frecuente que suelen alegar los penitentes cuando se ven apretados por el confesor á restituir ó á compensar. *De buena gana, dicen, lo haria si pudiese; pero no puedo, no me hallo en estado de hacerlo.*—¿Qué quereis que os diga? Si realmente no podeis, estais desobligados, pues no hay ley alguna que os obligue á hacer imposibles; pero escuchad por favor algunas reflexiones que debo haceros sobre este punto.

La primera es, que suponiendo verdadera y legítima vuestra *imposibilidad*, ella ciertamente os dispensa por el presente de la obligacion de restituir, pero no la quita ni la extingue para siempre; de modo que si la tal imposibilidad viene á cesar con el tiempo, aunque hayan trascurrido años y años, revivirá vuestra obligacion, y si no la cumplís, recaeréis en el estado de culpa y de condenacion eterna.

La segunda observacion que os hago es, que conviene averiguar si la imposibilidad en que os hallais es total ó solamente parcial. ¿Sabeis qué quiero decir? Que si no podeis restituir el todo, podais á lo menos restituir una parte. Esta obligacion es divisible; y andaríais muy errados, si, hallándoos incapaces de satisfacer por entero, concluyéseis con no hacer nada, ni poco ni mucho, pudiendo hacer algo, fuese mucho ó fuese poco.

Mas ¿quereis decirme—y sirva esto de última reflexion—que vuestra imposibilidad es verdadera, legítima y sincera? Aquí, aquí está el punto principal. El decir *no puedo*, es cosa que cuesta poco; queda por averiguar si esta excusa que pasa por buena delante de los hombres, es igualmente aceptable delante de Dios. ¡Ah! que las mas de las veces la imposibilidad es falsa, ideal y quimérica. ¿Cuál imposibilidad deberémos creer en una persona, que al mismo tiempo que la alega, gasta pródigamente en recreos, en comidas, y tal vez en disoluciones? ¿Cómo puede conciliarse la tal imposibilidad con muchos dispendios que se hacen del todo inútiles y caprichosos? Calcúlense bien estos, y se verá que el *no puedo* frecuentemente es una mentira y nada mas.

La segunda excusa que suele alegarse, es el *honor*. Si quisiese cumplir con las debidas restituciones, dice uno, habria de rebajarme á la cara del mundo, y decaeria del estado que ocupo en la sociedad.—Mucho pueden engañarse los que ale-

gan esto. Arreglamos cuentas.—Primeramente no deben contarse entre las necesidades del propio estado aquellos gastos que solo sirven para fomentar las pasiones, el lujo y la ambicion. Si estos gastos han de condenarse en quien los hace de lo propio, ¿cuánto mas en quien los hace con perjuicio de un tercero? Pero no nos hagamos ilusiones. El decaer de un estado que se sostiene á expensas de los otros, no es propiamente *decaer*, sino ponerse en el estado propio y legítimo. El estado que debeis conservar con preferencia, es el de buenos cristianos, y si no podeis conciliar con este el que teneis en el mundo, es preciso renunciar al segundo para conservar el primero. ¿Lo entendéis esto?...

Pero ¿qué será entonces de nuestra reputacion? harémos hablar al mundo. ¡Qué reputacion! ¡qué mundo! Alma, salvacion; esto, esto es por lo que debeis mirar. Si el alma no se salva, si la salvacion no se consigue, ¿de qué sirve el mundo? ¿qué aprovecha la reputacion? Bien que si examináis la cosa, veréis que no decae del concepto del mismo mundo quien se reduce á la medianía por hacer las debidas restituciones. ¿Podeis ignorar lo que dice el mundo de ciertas personas que viven, figuran y hacen del grande á costa de los otros? ¿No son ellas el tema continuo de sátiras, sarcasmos y murmuraciones? Si queremos hablar de honor verdadero, no consiste este en ciertas apariencias vistosas; sino en el concepto que se tiene de la probidad, rectitud y justicia de una persona.

La última excusa que se suele aducir para eximirse de la restitucion, es el *daño de la familia*. Si restituyo, se dice, arruino á mi familia, y envio mis hijos á pordiosear.—Confieso que estas palabras, si son verdaderas, matan, y cási no sabe uno qué contestar á ellas; porque ya se deja conocer cuál ha de ser la angustia de un padre que se ve precisado

en conciencia á reducir su familia á la mendicidad. Sin embargo, escuchad una reflexion. Ó vuestros hijos son mas solícitos de vuestra salvacion que de su bienestar temporal, ó prefieren su conveniencia temporal á vuestra salvacion: en el primer caso se resignarán con gusto á ser pobres, para que vosotros no perdais el alma; en el segundo no merecen el nombre de hijos, y son indignos de vuestra solicitud.

Todas estas excusas prueban lo que he insinuado al principio, á saber, que la restitucion es un paso arduo que cuesta mucho de dar; pero ellas no desobligan de hacerla. Solamente dos cosas pueden dispensaros: ó una imposibilidad absoluta, ó una libre cesion del acreedor. Fuera de estos dos casos, la restitucion es indispensable para conseguir la salvacion: ó restituir, ó condenarse: ¿oís? vuelvo á remachar el clavo, ó restituir, ó condenarse: no hay, no puede haber medio entre estos dos extremos, ó restituir, ó condenarse. Pesad bien, hijos míos, estas dos palabras; y apresuraos á desprenderos de todo lo que no sea vuestro, á fin de conseguir la gracia de Dios, y haceros dignos de sus misericordias en esta vida y de la gloria en la otra. Amen.

**DOMINGO VIGÉSIMOSEGUNDO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Si guiendo la letra y el espíritu del evangelio de este día, se conoce cuáles son los asuntos morales que mas naturalmente se desprenden de él. Estos, en nuestro concepto, son dos: la mentira, y los deberes del vasallo respecto de su soberano. El primero se forma sobre el texto: *Magister, scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces*; y se le da el siguiente exordio: «Indignados los fariseos por las parábolas de Jesucristo en que se veían tan vivamente pintados, tuvieron consejo entre sí, para ver si hallaban medio de sorprenderle en alguna palabra que le comprometiese. A este fin le enviaron algunos discípulos acompañados de los herodianos, que eran unos funcionarios públicos puestos por Herodes para cobrar los tributos, á decirle: Maestro, sabemos que eres muy sincero y veraz, que enseñas el camino del cielo conforme á la verdad, que no hablas por ninguna consideracion humana, pues no miras á la calidad de las personas: Scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces. Dinos, pues, lo que te parezca de esto: «¿Nos es licito á los judíos pagar el tributo al César? La causa de preguntarte esto es, porque el pagar tributo es señal de servidumbre, y esta señal de servidumbre parece ser injuriosa á Dios, siendo nosotros los judíos su pueblo escogido y su herencia particular. Conociendo Jesucristo que le hacían esta pregunta para hacerle odioso al pueblo si respondía que sí, ó sos-

pechoso al César si contestaba que no, les dijo: ¿Qué me tentais, hipócritas? ¿Tratais acaso de sorprenderme? mostradme la moneda del tributo. Presentáronle un denario; y viéndolo Jesucristo, les dijo: ¿De quién es esta imagen é inscripcion? Del César, le respondieron ellos. Pues bien, les dijo entonces, dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. El título de hipócritas ó embusteros que el Salvador dió á los enviados de los fariseos, ¿no podría, fieles, aplicarse con justicia á un gran número de cristianos? ¿No es ya lo mas ordinario entre nosotros el expresar una cosa con los labios, y ocultar otra dentro del corazón? Lo que hoy día se echa de menos entre los hombres ¿no es la falta de sinceridad? Lo que mas abunda en ellos ¿no es la mentira? El principal estudio que hacen ¿no es ver cómo podrán sorprenderse y engañarse á los unos á los otros? Contra ese abuso general de mentir sea-me permitido levantar hoy mi débil voz, manifestando lo que es la mentira, cuánta es su deformidad, y cuál el daño que algunas ocasionan.»—Tómese el cuerpo de la plática que hay en el Catequista orador, tomo 2.º, pág. 219.

Deberes de los vasallos respecto del soberano.

Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo. (*Matth. xxii, 21*).

Mal, muy mal comprenden sus propios intereses los que, cantando siempre el himno de la libertad, y proclamando continuamente los derechos del hombre, suspiran por ver desterrada del mundo toda pública autoridad, y roto el freno de toda sujecion y dependencia civil. Los imprudentes que así obran, no conocen que es necesario estar sujeto á uno, ó á pocos hom-

bres, si no se quiere ser esclavo de todos. Quítese el derecho de mandar en los superiores, y la obligacion de obedecer en los súbditos; y el honor, la hacienda y la vida de los ciudadanos quedarán á merced de las pasiones de cada individuo, y el derecho del mas fuerte será el único que prevalecerá en el mundo. Ninguna fama, ninguna honestidad, ninguna fortuna estará á cubierto de los insultos; y la sociedad presentará el aspecto de una manada de fieras sueltas, que se destrozan las unas á las otras. Será una imágen de aquel tiempo infeliz en que, no habiendo rey ni gobernante en Israel, todo el pueblo estaba en confusion, y cada uno hacia lo que mas le acomodaba: *In diebus illis non erat rex in Israel, sed unusquisque quod sibi rectum videbatur, hoc faciebat*¹. No tengo necesidad de acudir á la historia para haceros ver las trágicas escenas que han ensangrentado la tierra en tiempos de libertad popular: desgraciadamente hemos alcanzado unos tiempos tan fecundos en conmociones y catástrofes, fruto todas de la dichosa libertad, que no hay que pedir nada á la historia. Lo que acaba de pasar en algunos Estados de Europa, lo que está pasando en otros, y lo que pasará en todos, si Dios no conjura la tormenta, os dice en voz alta y elocuente, cuál es la suerte de un pueblo que, olvidando sus deberes para con su legítimo soberano, proclama la independendencia, y levanta un trono á la demagogia.

¡Aparte Dios de nuestra patria los males que afligen á otros pueblos! ¡Que no llegue á España la tempestad que está asolando á otras naciones! ¡Que no hayamos los españoles de experimentar lo que da de sí una libertad mal entendida y llevada al exceso! Para conseguir esto, es necesario, fieles, cumplir fielmente el precepto que nos intima Jesucristo en el pre-

¹ Jud. xvii, 6.

sente evangelio: *Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari*: dad al César lo que es del César, que quiere decir, respetad los derechos de vuestro soberano; amad á su persona, que es sagrada; respetad su poder, que viene de Dios; vivid sujetos á su autoridad, que es paternal y benéfica. Esta es la explicacion que de dicha máxima evangélica nos da el Príncipe de los Apóstoles en su primera carta, diciéndonos: *Subjecti estote omni humanæ creaturæ propter Deum: sive regi, quasi præcellenti; sive ducibus, tamquam ab eo missis*¹. Con las cuales palabras nos enseña el objeto, los deberes y el motivo de nuestra sumision á los gobernantes. El objeto, diciéndonos que es toda criatura legítimamente constituida en el poder, sea rey, sea ministro: *Omni creaturæ, sive regi, sive ducibus*. El deber, diciéndonos que es la sujecion y la obediencia: *Subjecti estote*. El motivo, diciéndonos que es el mandamiento de Dios: *Propter Deum*. Esta es, fieles, la moral del evangelio acerca de los deberes del vasallo para con su soberano; moral que, interesando no menos á la política que á la religion, debeis oirla atentamente como cristianos y como ciudadanos.

Antes que todo debemos sentar por principio, que toda soberana autoridad dimana inmediatamente de Dios, y que Dios es quien confiere la potestad á los reyes, y da el derecho de mandar á los príncipes. Oid, reyes, dice el Espíritu Santo, y vosotros que mandais sobre las naciones de la tierra sabed, que el poder que teneis os ha venido de Dios, y que la autoridad que ejercéis sobre vuestros semejantes la habeis recibido del Altísimo: *Audite reges... discite iudices finium terræ... quoniam data est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altis-*

¹ I Petr. ii, 13.

simo ¹. Sé, fieles, que los demagogos rechazan este principio católico, y que siguiendo las doctrinas antisociales de un filósofo de triste memoria, sostienen, que la autoridad de los soberanos nace de los pactos estipulados entre ellos y los pueblos, y que estos son libres de sustraerse de su obediencia, siempre que, faltando á dichos pactos, abusan de su poder, y se convierten en tiranos.

No me detendré en haceros ver todos los males de que está impregnada esta doctrina tan absurda en política como monstruosa en religion; solo me permitiré preguntar: ¿qué sería de la sociedad, si estuviese al arbitrio de los pueblos emanciparse del dominio de sus legítimos soberanos, so pretexto de pactos violados? Todos los gobiernos serian amovibles, transitorios y precarios: se mudaria de gobierno con la misma frecuencia y facilidad que se muda el hombre, esencialmente inconstante y ligero: un decreto desagradable, un castigo ejemplar, una gracia tal vez justamente negada, una quiebra ocasionada por la fuerza de las circunstancias, una contribucion necesaria, pero mas fuerte de lo regular, etc., esto, y todavía menos, bastaria para decir que el monarca es un déspota y un tirano, y conmover las masas populares excitándolas á la rebelion. De aquí la anarquía, aquel estado, ó mejor dicho, aquel caos social en que todos mandan y nadie obedece; de aquí facciones, desprecio de las leyes, impunidad de los delitos, estragos, horrores, sangre, que harian patente la verdad de aquel dicho de un clásico estadista, que una sola noche de anarquía es mil veces peor que un siglo de despotismo.

Se dirá que el hombre debe ser libre, y que los derechos de todos los ciudadanos pesan mas que toda la corona de un

¹ Sap. vi, 2, 4.

rey.—Cuidado, fieles, con estas frases, que, si bien pueden tener algo de verdad en el fondo, no es de todos el saber entenderlas en el sentido que deben entenderse. ¿Y desde cuándo el ser libre supone el ser soberano, y da derecho para romper todo freno, conculcar toda ley, despreciar toda autoridad, y violar todo deber? ¿Desde cuándo los derechos del ciudadano exigen que no haya ni autoridad, ni cabeza, ni legislador; y que en habiéndolos, luego se diga que el despotismo reina, que la libertad está encadenada, que los derechos de los ciudadanos quedan pisados y suprimidos? ¿Así se entiende la libertad? ¿Así se interpretan los derechos del hombre? ¡ah! jamás ha sido este el carácter y la esencia de la libertad natural y civil. La libertad, don preciosísimo del cielo, no ha sido dada al hombre para que haga lo que quiera, sino para que practique lo que debe; no para que sacuda con despecho todo yugo de autoridad, sino para que lo lleve con honor y con mérito; no para que se levante contra los tronos, sino para que los sostenga con su fidelidad, y los honre con su sumision. Obrar de otro modo, estar siempre dispuesto á combatir la autoridad y sublevarse contra el poder real, esto no es un acto de libertad, es un abuso de la libertad misma, ó por decirlo mejor con el Príncipe de los Apóstoles, es hacer de la libertad un velo para ocultar la propia malicia: *Quasi liberi, non quasi velamen habentes malitiæ libertatem* ¹.

Pero ¿qué! se dirá, en el número de las autoridades que tienen derecho á nuestra obediencia y sumision ¿deberán tambien comprenderse aquellas que abusan de su poder? ¿Deberemos ser buenos súbditos aun con aquellos que no son buenos soberanos?—¿Y quién lo duda, fieles, que debemos serlo, siempre que ellos no nos manden cosa que sea contraria á la

¹ I Petr. ii, 16.

ley de Dios? Cuando el Príncipe de los Apóstoles nos manda estar sujetos á los poderes legítimos, no hace distincion entre superiores buenos y superiores malos; antes nos advierte expresamente que, tanto si son malos como si son buenos, debemos estarles sumisos: *Non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis*¹. ¿Cuánto no abusó de su poder el rey Nabuco? Y esto no obstante el profeta Daniel reconocia su autoridad como emanada de Dios cuando le decia: A vos, señor, ha consignado Dios el reino, la fuerza, el poder y la gloria: *Tu rex regum es: et Deus caeli regnum, et fortitudinem, et imperium, et gloriam dedit tibi*². ¿Y Acab? Habia dado muerte á los profetas del Señor, habia robado y asesinado á uno de sus mejores vasallos, y autorizado la idolatría en su reino. Y con todo, Elías obró milagros á favor de él y de sus Estados. Y los judios cautivos en Persia ¿no rogaban y ofrecian víctimas por la salud y prosperidad de Darío su tirano? Y Jesucristo ¿no reconoció como venido del cielo el derecho de vida y muerte que el indigno Pilatos ejercia sobre él? Y san Pablo ¿no predicaba la obediencia á Neron, gran déspota y primer tirano del mundo? ¿Y á quién no es notoria la impiedad de Juliano? Apóstata, infiel, enemigo jurado de Jesucristo, todo lo que querais de malo y de perverso. Y sin embargo los soldados cristianos, sumisos siempre á su emperador infiel, le servian con fidelidad, y sacrificaban gustosamente por él la vida. ¿Qué debemos inferir de todo esto? Debemos inferir que los derechos de los príncipes son sagrados, inviolables, imprescriptibles independientemente de sus cualidades personales; que toda la diferencia entre un buen príncipe y un príncipe malo está, en que el uno es un don, una gracia, un beneficio con que Dios recompensa la virtud de ciertas na-

¹ I Petr. II, 18. — ² Dan. II, 37.

ciones; y el otro es un azote, una calamidad, una plaga con que Dios castiga los pecados de ciertos pueblos. Pero uno y otro son igualmente ministros suyos, ejecutores de su autoridad, revestidos de su poder, y de consiguiente objetos de nuestro respeto y obediencia: *Omni humanae creaturae... sive regi sive ducibus... non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis*.

He dicho que son objeto de nuestro respeto y obediencia, y hé aquí resumidos en pocas palabras todos los deberes de un buen vasallo respecto de su soberano: *Subjecti estote*. Y por lo que hace al respeto, ¿qué es un rey de la tierra en el lenguaje de la Escritura divina? Es—pesad bien estas palabras—es un ministro de Dios vivo, un depositario de su poder, una segunda Providencia, un semidios, y lo que es todavía mucho mas, un Dios de la tierra. Así los llama David, *Ego dixi: Dii estis*¹. Mas: el soberano es el ungido del Señor, honrado por él mismo con el título de cristo suyo, título el mas augusto y sublime que puede llevar una criatura. Ciro era un infiel, un idólatra, un pagano; pero, como era rey, esto bastó para que Dios le llamase su cristo, y por tal fuese tenido por el profeta Isaías: *Hæc dicit Dominus christo meo Cyro*². Saul era un impío, un sanguinario, un réprobo; mas, como era soberano, esto fue suficiente para que David no se atreviese á poner sobre él la mano, recordando que era el cristo del Señor: *Propitius sit mihi Dominus, ne faciam hanc rem... ut mittam manum meam in eum, quia christus Domini est*³.

Ahora bien, fieles: si el soberano es el ungido del Señor, ¿cuál delito será hablar mal de él, criticar su conducta, censurar sus actos, condenar sus providencias, como se hace to-

¹ Psalm. LXXXI, 6. — ² Isai. XLV, 1. — ³ I Reg. XXIV, 7.

dos los dias sin escrúpulo ni miramiento? Si la maledicencia es ya un delito cuando ataca al último de los ciudadanos, ¿qué crimen será cuando clava el diente en el ungido del Señor? ¿No será una especie de sacrilegio? Sí, no lo dudeis, es una especie de sacrilegio: sacrilegio del cual Dios se da por altamente ofendido: *Nolite tangere christos meos*¹: sacrilegio que Dios nos prohíbe expresamente en el Éxodo: *Diis non detrahes, et principi populi tui non maledices*²: sacrilegio contra el cual la Iglesia despide rayos y anatemas: *Si quis in derogationem vel contumeliam principis reperiat nequiter loqui... nos quidem hujusmodi excommunicatione dignum censemus*³. Oigan esto aquellos que no saben abrir la boca sino para hablar mal del soberano, y que, añadiendo el escándalo á la irreverencia, levantan en todo lugar un tribunal incompetente contra la pública autoridad. ¿Quién sabrá decirme los daños que causan con su insaciable prurito de hablar contra el que tiene el timon del Estado? Ellos son causa de que el espíritu público se apaga, de que el descontento crece, de que las malas pasiones fermentan, y se allana el camino á las conmociones políticas y á los trastornos sociales. Ellos son causa de que el pueblo, no solo pierde el respeto y veneracion que se debe al trono, sino que se acostumbra á faltar á la obediencia que le es debida, siempre que crea poder hacerlo impunemente.

Y tanto se acostumbra, que muchos ya no hacen escrúpulo de violar cualquiera ley puramente civil, por sabia y justa que sea. Ministros del sagrado tribunal, ¿cuándo habeis oido que los penitentes se acusasen de haber infringido la ley que prohíbe los juegos de azar? ¿cuándo de haber traficado en géneros de ilícito comercio? ¿cuándo de haber hecho estafa en el reparto de las contribuciones? ¿cuándo de haber procedido

¹ Psalm. civ, 15. — ² Exod. xxii, 28. — ³ Conc. Tol. VI ann. 638.

con dolo en el sorteo de mozos para el ejército, sustrayendo á unos, y haciendo recaer el peso sobre los que, segun la ley, deberian quedar libres? Decid á los que hacen tales cosas, que las leyes del Gobierno obligan en conciencia, y que los infractores se hacen culpables delante de Dios: vuestra doctrina les parecerá nueva, absurda y manchada de rigorismo. Pero ¿cómo nueva una doctrina predicada ya por Jesucristo, quien decía á los judíos, que se habia de dar al emperador lo que era suyo? *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari*. ¿Cómo absurda una doctrina enseñada por san Pedro, quien escribe en su primera carta, que se ha de obedecer á la humana potestad? *Subjecti estote omni humanæ creaturæ*. ¿Cómo manchada de rigorismo una doctrina establecida por san Pablo, quien asegura en su carta á los romanos, que es inobediente á Dios quien desobedece á la autoridad civil? *Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit*¹.

Mas yo no me contento con haber probado que el respeto y la obediencia son los deberes que todo ciudadano debe cumplir con el jefe de la nacion: quiero que veais cuál debe ser el motivo y el fin de este respeto y de esta obediencia. El Príncipe de los Apóstoles nos dice que el motivo debe ser Dios: *Subjecti estote... propter Deum*. Lo que quiere decir, que debemos honrar y obedecer al monarca, no por sola simpatía natural, no por miras de puro interés, no precisamente por hacer figura en el partido monárquico ó realista; sino, como se dice en un opúsculo generalmente atribuido al Doctor angélico, por Dios que así lo manda: *Propter Deum sic ordinantem*; por Dios que nos ha dado el ejemplo: *Propter Deum hujus exemplum ostendentem*; por Dios que nos lo tendrá en cuen-

¹ Rom. XIII, 2.

ta, y nos dará por ello una cumplida paga : *Propter Deum præmium largientem.*

A mí me gustaría ahora saber si todos los que son afectos á la monarquía lo son por estos nobles y piadosos motivos. ¿Lo son porque Dios así lo manda? ¿lo son porque Dios ha dado el ejemplo? ¿lo son porque Dios promete el premio? De muchos es cierto que no. Unos lo son porque temen al partido revolucionario, otros porque esperan obtener algun puesto ó dignidad, otros porque halaga á su vanidad el que se diga que son de opinion monárquica. De modo que, bien analizado todo, se halla que su afecto á la persona del monarca no es otra cosa que un puro egoismo. No sea así el vuestro, mis amados fieles. Respetad, obedeced y amad al soberano, menos por miras políticas que por motivo de religion. Respetadle, porque es el ungido del Señor, y el representante de su majestad sobre la tierra : obedecedle, porque el poder que tiene le viene de Dios, y es como el depositario de su autoridad entre los hombres : amadle, porque es el encargado de Dios para defender vuestras vidas, proteger vuestras fortunas y hacer vuestra felicidad en esta vida. Haciéndolo así, cumpliréis un deber social, político y cristiano ; y en el cielo recibiréis el premio. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMOTERCERO DESPUES
DE PENTECOSTES.

El evangelio de este domingo explica dos milagros obrados por el Salvador : el primero es la curacion milagrosa de una mujer que padecia flujo de sangre hacia doce años, cuya curacion logró ella con solo tocar con viva fe la orla del vestido de Jesucristo : el otro es la resurreccion de la hija de un jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, la cual acababa de morir, no habiendo aun cumplido los doce años de su edad. Omitiendo los discursos sobre la fe y la eficacia de la oracion que pudieran sacarse del primer milagro, por haber ya tratado de estas materias en otros lugares del presente Arte pastoral ; nos ocuparemos de los que naturalmente se desprenden del segundo, uno de los cuales será sobre la muerte del justo, y el otro sobre el buen uso del tiempo. El primero lo tomamos de aquellas palabras : Recedite, non est enim mortua puella, sed dormit ; y lo disponemos así : «Mientras Jesucristo hablaba á las turbas, hé aquí que se llegó á él un jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, y adorándole le dijo : Señor, mi hija única acaba de morir ; pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose el Salvador, le siguió con sus discípulos ; y cuando llegó á su casa, vió á los tañedores de flauta, que habian sido llamados para tocar un concierto fúnebre, y una multitud de gente que hacia gran ruido con sus llantos y alaridos. Entonces les dijo : Retiraos, que la muchacha no está muerta, sino que duerme : Recedite, non

ta, y nos dará por ello una cumplida paga : *Propter Deum præmium largientem.*

A mí me gustaría ahora saber si todos los que son afectos á la monarquía lo son por estos nobles y piadosos motivos. ¿Lo son porque Dios así lo manda? ¿lo son porque Dios ha dado el ejemplo? ¿lo son porque Dios promete el premio? De muchos es cierto que no. Unos lo son porque temen al partido revolucionario, otros porque esperan obtener algun puesto ó dignidad, otros porque halaga á su vanidad el que se diga que son de opinion monárquica. De modo que, bien analizado todo, se halla que su afecto á la persona del monarca no es otra cosa que un puro egoismo. No sea así el vuestro, mis amados fieles. Respetad, obedeced y amad al soberano, menos por miras políticas que por motivo de religion. Respetadle, porque es el ungido del Señor, y el representante de su majestad sobre la tierra : obedecedle, porque el poder que tiene le viene de Dios, y es como el depositario de su autoridad entre los hombres : amadle, porque es el encargado de Dios para defender vuestras vidas, proteger vuestras fortunas y hacer vuestra felicidad en esta vida. Haciéndolo así, cumpliréis un deber social, político y cristiano ; y en el cielo recibiréis el premio. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMOTERCERO DESPUES
DE PENTECOSTES.

El evangelio de este domingo explica dos milagros obrados por el Salvador : el primero es la curacion milagrosa de una mujer que padecia flujo de sangre hacia doce años, cuya curacion logró ella con solo tocar con viva fe la orla del vestido de Jesucristo : el otro es la resurreccion de la hija de un jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, la cual acababa de morir, no habiendo aun cumplido los doce años de su edad. Omitiendo los discursos sobre la fe y la eficacia de la oracion que pudieran sacarse del primer milagro, por haber ya tratado de estas materias en otros lugares del presente Arte pastoral ; nos ocuparemos de los que naturalmente se desprenden del segundo, uno de los cuales será sobre la muerte del justo, y el otro sobre el buen uso del tiempo. El primero lo tomamos de aquellas palabras : Recedite, non est enim mortua puella, sed dormit ; y lo disponemos así : « Mientras Jesucristo hablaba á las turbas, hé aquí que se llegó á él un jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, y adorándole le dijo : Señor, mi hija única acaba de morir ; pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose el Salvador, le siguió con sus discípulos ; y cuando llegó á su casa, vió á los tañedores de flauta, que habian sido llamados para tocar un concierto fúnebre, y una multitud de gente que hacia gran ruido con sus llantos y alaridos. Entonces les dijo : Retiraos, que la muchacha no está muerta, sino que duerme : Recedite, non

«est enim mortua puella, sed dormit. Con las cuales palabras
«no quiso decir que la muchacha no estuviese realmente muerta,
«sino que no lo estaba como ellos creían, para no resucitar has-
«ta el último día; y que á él le era tan fácil volverla á la vida,
«como lo es despertar á uno que está dormido. Dicho esto, en-
«tró en el cuarto de la difunta, la tomó de la mano, y ella se
«levantó viva y sana. Tal es, cristianos, la muerte de los ami-
«gos de Dios. Ellos parecen morir, pero en cierto sentido no
«mueren; porque su muerte no es otra cosa que un dulce sue-
«ño, que les hace pasar agradablemente del destierro mas tris-
«te á la patria mas dichosa. De modo que sobre un justo difunto
«podríamos decir con toda verdad: Este hombre no está muer-
«to, sino que duerme plácidamente: Non est mortua puella,
«sed dormit. Yo tengo ánimo de ponerlos á la vista la hermosa
«imagen del justo moribundo, seguro de que si la mirais bien,
«no podréis menos de envidiar y procuraros tan dichosa suer-
«te. En efecto, nada mas dichoso que el estado de un justo que
«muere en el ósculo del Señor, sea que él mire á lo pasado, sea
«que atienda á lo presente, sea que conjeture el porvenir; por-
«que lo pasado le anima, lo presente le consuela, y el porvenir
«le llena de una dulce esperanza.»—Tómese ahora el cuerpo
de la plática que hay en el primer tomo de esta obra, para el
primer día de Carnaval.

Buen uso del tiempo.

Domine, filia mea modò de-
functa est. (Matth. ix, 18).

Esta fue la triste noticia que un afligido padre fué á dar al
Salvador, segun cuenta el presente evangelio. Señor, le dijo,
mi hija, que es la única que tenía, y que apenas habia cum-
plido doce años, acaba de morir: *Filia mea modò defuncta est.*

Sí que fue una vida bien breve, diréis vosotros. Y yo respon-
do: ¿acaso son muy largas las que llegan á los setenta y ochenta
años? ¿Qué es la vida mas larga? Es, dice Job, un rápido
curso que, á manera del viento, damos por este mundo, sin
cáski dar tiempo á los hombres para fijar en nosotros la vista:
Ventus est vita mea, nec aspiciet me visus hominis. Es, dice
Ezequías, un nacer y morir luego, cual tela que es cortada
por el tejedor mientras se estaba urdiendo: *Præcisa est velut
à texente vita mea: dum adhuc ordiretur succidit me.* Es, dice
David, una marcha precipitada que hacemos de la cuna al
sepulcro, y del nacimiento á la eternidad. Salimos del seno
de nuestra madre, damos algunos pasos sobre el falso terre-
no de esta vida, y... el suelo nos falta, el abismo se abre, la
eternidad nos engulle. ¡Desgraciado el que en aquel punto se
encuentra cara á cara con Dios con las manos vacías de mé-
ritos, y solo llenas de frutos de muerte!

Deseoso de precaveros de una tal desgracia, os exhorto,
fieles, á reflexionar detenidamente conmigo el gran daño que
resulta del abuso del tiempo de esta vida. A este fin sigamos
la tan conocida division del tiempo en pasado, presente y fu-
turo; y cada una de estas partes nos suministrará materia pa-
ra formar consideraciones muy útiles y saludables. En la pér-
dida del tiempo pasado hallaremos motivos de confusion y
amargura, en la brevedad del tiempo presente veremos un
estímulo de cuidado y solicitud, en la incertidumbre del tiem-
po futuro descubriremos un argumento de temor y vigilan-
cia. Y así el pronto reparo de un tiempo perdido, el sábio em-
pleo de un tiempo que huye, el temor saludable de un tiem-
po incierto serán el objeto, la division y el fruto del discurso
de hoy.

Sí, cristianos, la pérdida del tiempo pasado debe ser. para

soy condenado, y lo soy despues de haber tenido tanto tiempo para salvarme! ¡Oh, tiempo! ¡oh, tiempo! ¿qué te has hecho? ¿á dónde has ido? ¡Quién me diese el poderte ahora recobrar, para emplearte mejor de lo que te empleé! *Quis mihi det ut sim juxta menses pristinos* ¹?—¡Vanos pensamientos, inútiles deseos, suspiros perdidos por el aire! El tiempo no volverá: *Tempus non erit amplius* ². De tantos años no volverá un solo día, de tantos días no volverá una sola hora, de tantas horas no volverá un solo minuto: *Tempus non erit amplius*. ¡Oh años, oh días, oh horas! ¿pues nunca mas volveréis?—Nunca: *Tempus non erit amplius*.—¿Pues estais acabados por siempre?—Por siempre.—¡Oh pérdida, pérdida digna de eterno llanto!

¡Bendito sea Dios! Para ninguno de vosotros ha sonado todavía la última hora, para todos sigue aun el tiempo de la divina clemencia, y todavía es ocasion de hacer algo. ¿Sabéis de qué es todavía ocasion? De llorar el tiempo pasado, y aprovechar corriendo el que de presente os concede la divina misericordia. Y digo corriendo, porque el tiempo de esta vida corre, huye, vuela; y es menester cogerlo mientras pasa. No corre tan rápido un rio, no anda tan ligero un barco de vapor, no vuela con tanta velocidad una flecha vibrada por un tenso arco, como corre, vuela y huye el tiempo de nuestra vida. Ayer niños, hoy jóvenes, mañana viejos, y el otro día á la tumba. Ayer una flor vírgen que ostentaba sus bellos colores, hoy una flor marchita que comienza á palidecer, mañana una flor seca cuyas hojas se llevará el viento: *Quasi flos egreditur, et conteritur* ³. Ayer lozanos, hoy decrepitos, mañana polvo. Ayer todo, hoy poco, mañana nada.

Tuviste razon, ó santo Job, para consignar en tus escri-

¹ Job, xxix, 2. — ² Apoc. x, 8. — ³ Job, xiv, 2.

tos que los dias del hombre son breves: *Breves dies hominis sunt* ¹. ¡Y tal breves como son! Breves en sí mismos. De todos los que estamos aquí presentes, ¿cuántos vivirán de aquí á medio siglo? ¡Ah! que así como despues de la siega del heno á duras penas se encuentra una que otra yerba que haya escapado al hierro del segador, así en menos de cincuenta años de toda la actual poblacion ya no quedará mas que uno ú otro viejo ya caduco, próximo á hundirse tambien en la tumba: *Breves dies hominis sunt*. Breves relativamente á los otros seres menos nobles que nosotros. Aquella frágil parra que crece junto á la puerta de vuestra casa tiene una vida mucho mas larga que la vuestra: bajo sus verdes pámpanos tomaban ya el fresco vuestros abuelos, á su grata sombra se sentarán todavía vuestros biznietos, y vosotros ¡ah! vosotros tiempo habrá que dormiréis en la tumba: *Breves dies hominis sunt*. Breves en comparacion de la masa total de los tiempos. ¡Cuántos siglos pasaron antes que nosotros existiésemos! ¡Cuántos pasarán despues que nosotros ya habrémos dejado de existir! Estas sagradas paredes han resonado á la voz de muchos párrocos que me han precedido, resonarán á la voz de otros muchos que vendrán despues de mí; y yo que ahora os predico, y vosotros que ahora me escuchais, tiempo habrá que estaremos bajo la tierra encerrados en un sepulero: *Breves dies hominis sunt*. Breves, en fin, especialmente para muchos. ¿Cuántos Abeles, cuántos Absalones llevan la delantera á sus padres en el camino del campo santo? ¿Diré que son incomparablemente mas los que mueren en flor, que los que llegan á una edad regular? ¿Diré que las edades van acortándose cada dia visiblemente? Lo cierto es que en un gran concurso de gente se ven muchos jóvenes y pocos viejos, prueba clara de que

¹ Job, xiv, 5.

son pocos los que llegan á cumplir la ordinaria medida de los años : *Breves dies hominis sunt.*

En vista de una vida tan corta, ¿no seria muy regular que todos, todos absolutamente fuésemos muy avaros del tiempo, y que no perdiésemos dia, hora ni momento sin emplearlo en provecho del alma? Sin duda que lo seria, pero no sucede así. No hay cosa de que seamos tan pobres como de tiempo, y no hay cosa de que seamos tan pródigos como del tiempo. ¿Cuántas distracciones, cuántos recreos, cuántas bagatelas no se han inventado para divertir el ocio, y matar, como vulgarmente se dice, el tiempo? ¿No oímos todos los dias á personas que dicen que tienen que ocuparse en esta ó aquella niñería, porque no tienen cosa importante que hacer, ni saben cómo pasar el tiempo?—¡Buen Dios! ¿el tiempo no sabeis cómo pasar? Pues que ¿habeis ya dado cima al grande, al importantísimo, al difícil negocio de vuestra salvacion? ¿No os queda ya nada que hacer sobre el particular? ¿nada absolutamente? No sabeis cómo pasar el tiempo... ¿Habeis, pues, ya limpiado perfectamente vuestra alma de tantas manchas? ¿Habeis ya restituido aquella fama? ¿habeis ya reparado aquellos escándalos? ¿habeis confesado, llorado, y hecho penitencia por tantas culpas, y ajustado todas vuestras cuentas con Dios? No sabeis cómo pasar el tiempo... Eso sí que es gracioso : teneis grandes pecados que llorar, grandes vicios que destruir, grandes restituciones que hacer, ¿y no sabeis cómo pasar el tiempo?... Os queda una familia por educar, unas virtudes por adquirir, un prójimo por edificar y socorrer, ¿y no sabeis cómo pasar el tiempo?... Los pobres se están sin socorro, los ignorantes sin instruccion, los enfermos sin consuelo, el templo sin compañía, las funciones religiosas sin asistencia, los Sacramentos esperándoos, ¿y no sabeis cómo pasar el tiempo?... Todavía no habeis puesto la primera piedra en el edi-

ficio de vuestra santificacion, todavía no habeis movido un dedo para merecer el cielo, ¿y ya no sabeis cómo pasar el tiempo?... ¿Tú, jóven, no sabes cómo pasar el tiempo, tú que hasta ahora no has hecho nada por tu alma?... ¿Vos, viejo, no sabeis cómo pasar el tiempo, vos que, aun cuando viviéseis cien años, y los dedicáseis todos á la mortificacion, no pagaríais á Dios la mitad de lo que le debéis?... ¿Vos, mujer, no sabeis cómo pasar el tiempo, vos que, si hiciéseis la penitencia de santa María Magdalena, no haríais mas de lo que merecen los pecados de vuestra juventud?...

¡Oh vergüenza! ¡oh estolidez! no saber qué hacerse cuando todavía no se ha hecho nada ; gastar el tiempo en fruslerías, cuando aun no se ha comenzado el gran negocio de la salvacion. ¿Qué diríais vosotros de un hombre que, condenado á muerte, pero con la gracia de un dia de tiempo para acudir á la clemencia del monarca, pasase en tonterías este dia precioso, y llegase á la noche sin haber dado un solo paso por obtener la revocacion de la sentencia capital? ¿No diríais que es un bestia? ¿no le tendríais por mas bruto que los mismos brutos? Pecadores que me oís, vosotros sois este reo contra el cual está pronunciada la sentencia de condenacion eterna. Dios, por un rasgo de su bondad infinita, os concede un dia de plazo para que acudais á pedirle la modificacion del decreto fatal ; ¿y vosotros perdeis este dia en bagatelas, y os acercais al anochecer sin haber dado un solo paso, sin haber hecho la menor diligencia por poneros á salvo? Si esto no es estolidez, ¿qué lo será? Si esto no puede llamarse brutalidad, ¿qué nombre le habrémos de dar?

Pero ¿y es cierto que teneis un dia de plazo para acudir á la divina misericordia? No, que de cierto solo tenemos el instante que vivimos, y el tiempo futuro es incierto, es dudoso, es problemático. Dios no nos quita la esperanza de ver el dia de

mañana, porque sin esta esperanza no habría en nosotros ni cuidado ni solicitud por lo de esta vida ; pero tampoco nos asegura que lo veamos, porque esta seguridad nos haría negligentes y omisos en lo que toca á la eternidad. ¿Qué haríamos por el cuerpo, si supiésemos de cierto que mañana hemos de morir? ¿Qué haríamos por el alma, si estuviésemos seguros de que mañana hemos de vivir? Por esto Dios ha interpuesto un velo impenetrable entre el día de hoy y el de mañana ; no nos dice como á Ezequías : Mañana morirás : *Cras morieris*, pero nos advierte que tal vez mañana ya no viviremos : *Ne glorieris in crastinum*¹. ¿En cuántos se verifica lo que Jesucristo nos previene con esta advertencia? ¿A cuántos, estando en plena salud, arrebatada una muerte precoz, sin darles tiempo para pronunciar el nombre de Jesús? Suponed ahora que se os revela que el día presente es el último de vuestra vida ; y que puestos esta noche á dormir muy tranquilos, mañana despertaréis en la eternidad. ¿Qué haríais en este caso? ¿No daríais desde ahora un adiós á todas las vanidades del mundo? ¿no abrazaríais desde luego el partido de la penitencia? ¿no lloraríais amargamente vuestros desórdenes pasados? Cierito que sí. Pues ¿con qué prudencia vais añadiendo pecados á pecados, pudiendo muy bien suceder que el sueño de la próxima noche sea el sueño de la muerte?

¡Ah! que no habiendo cosa mas incierta que el tiempo, es menester concluir con aquel saludable aviso del Salvador : *Vigilate, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit*². Estad apercebidos para todo lo que pueda suceder : reparad pronto el tiempo pasado, aprovechad el presente, no conteis con el que ha de venir. Y lo que digo á unos lo digo á todos : *Quod autem vobis dico, omnibus dico : Vigilate. Velad, gran-*

¹ Prov. xxvii, 1. — ² Matth. xxiv, 42.

des del mundo ; porque vuestros días no corren mas lentamente que los de los demás hombres, y la muerte no tiene mas respeto al palacio del noble que á la cabaña del pastor : *Vigilate. Velad, jóvenes ;* porque la muerte no menos siega la yerba verde que el heno ya seco y sazonado ; y á ella no le merecen ninguna atencion ni el verdor de los años, ni el brio de la salud, ni el vigor de las fuerzas : *Vigilate. Velad, en fin, todos :* vosotros no podeis vivir sino algunos años, quizá no viviréis mas que algunos meses ; ¿y despues? Despues héos acabada la comedia de este mundo, héos el fin del tiempo, héos el principio de la eternidad. ¡Oh eternidad! quiera Dios que cuando entraremos por tus puertas, hayamos usado bien del tiempo de esta vida. Amen.

**DOMINGO VIGÉSIMOCUARTO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Este domingo es siempre el último del año eclesiástico, aun cuando sucede haber mas de veinticuatro domingos despues de Pentecostes; porque entonces los domingos que han quedado despues de la Epifanía se colocan inmediatamente despues del domingo vigésimotercero, y el vigésimocuarto se reserva para el último. Una de las razones que la Iglesia ha tenido para disponerlo así en su liturgia es, porque el evangelio de este día predice la total ruina del mundo y su último fin, y parece natural que la lectura de esta prediccion se haga en el último domingo del año.

Del evangelio puede sacarse en primer lugar un discurso sobre la resurreccion de nuestros cuerpos, tomando por base aquellas palabras del Salvador: *Ubi cumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ; y dándole la siguiente introduccion: «El evangelio de hoy es como una historia anticipada de todo lo que ha de suceder en los días que precederán inmediatamente al fin del mundo, y serán como el prelude del juicio universal. Habiendo Jesucristo hecho alguna indicacion de este formidable juicio á sus discípulos, algunos de ellos se tomaron la libertad de preguntarle cuáles debian ser las señales de su última venida y de la consumacion de los siglos. A cual pregunta se dignó él responder de este modo: Las señales serán estas: habrá*

«grandes guerras, el espíritu de division reinará por todas partes, las enfermedades contagiosas despoblarán el universo, el hambre hará perecer á muchas gentes, y se notará una extraña irregularidad en las estaciones, mucha destemplanza en los aires, y grandes temblores en la tierra. Aparecerán muchos falsos profetas, los cuales harán cosas tan extraordinarias y maravillosas, que los mismos elegidos, si fuera posible, quedarían engañados, teniéndolos por el verdadero Cristo. La corrupcion de costumbres será general y asombrosa, apenas habrá fe, reinará la inmoralidad, y se verán los mismos vicios, abominaciones y torpezas que se vieron antes que viniera el diluvio. Despues de esto, el sol se oscurecerá, la luna perderá su luz, las estrellas se extinguirán, y los mismos Angeles encargados de reglar los movimientos del cielo quedarán asombrados viendo tal mudanza en el universo. Al mismo tiempo saldrán algunos Angeles con la trompeta, á su voz resucitarán todos los hombres de las cuatro partes de la tierra, y resucitados irán á reunirse con su Juez, al modo que las águilas se juntan donde está el cuerpo muerto: *Ubi cumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ. Sé que los impios modernos, dignos discípulos de los antiguos saduceos, se rien de esta resurreccion; pero sé tambien que la fe la enseña; y que ante la autoridad de la fe valen muy poco las risotadas de los necios. Yo llevo la idea de dilucidar hoy este punto capital de nuestra fe, haciéndoos ver la conveniencia de la futura resurreccion de nuestros cuerpos, su posibilidad, y las principales circunstancias que deberán acompañarla.»—Aquí se dirá el cuerpo de la plática que comienza en la pág. 210 del tomo 1.º del Catequista orador.*

A mas de este asunto, puede formarse otro que consideramos de grandísimo interés, y que recomendamos mucho al celo de los párrocos, y es sobre el

Celo del honor de la Religion.

Cùm ergo videritis abominationem desolationis... stantem in loco sancto: qui legit, intelligat. (Matth. xxiv, 15).

Cuando viéreis, decia Jesucristo á sus discípulos, que la abominacion predicha por el profeta Daniel se ha establecido en el lugar santo, no dudeis que está cerca el reino de Dios. ¡Ay! cristianos: á nosotros nos ha cabido la triste suerte de ver los infelices tiempos de que hablaba el Salvador, y ser espectadores de las abominaciones que él anunció desfigurarian á la Religion. Esta Religion santa, esta Religion divina, esta Religion venida del cielo para hacer felices á los hombres, y que en realidad no les ha hecho sino bien, se ve en nuestros aciagos dias expuesta á tales insultos y peligros, que no pueden menos de alarmar á todo el que tenga un poco de celo en el corazon. ¡Qué persecucion no se sufre de parte de los potentados de la tierra! ¡qué amarguras no le hacen devorar los políticos! ¡qué ultrajes no recibe de los libertinos! ¡qué injurias no tiene que tolerar de los malos cristianos! Los reyes ¿no la sacrifican á su ambicion? Los diplomáticos ¿no la inmolan á su política? Los impíos ¿no la afligen con su libertinaje? Los malos cristianos ¿no la deshonoran con sus escándalos?

¡Ay de mí! Esta Religion así maltratada de unos, así despreciada de otros, y así abandonada de casi todos, llora con lágrimas irremediabiles su triste situacion, sin apenas encontrar entre sus amigos quien le procure un consuelo: *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* Ella implora el auxilio de los reyes, y los reyes la desdeñan: ella acude á los sá-

bios, y los sábios la escarnecen: ella se dirige á sus propios hijos, y sus propios hijos la abandonan. ¿Qué ha de hacer esta Religion divina, viendo tanto desden, tanta ingratitud, tanta perfidia? No es esto lo que he de preguntar: lo que debo preguntar es, ¿qué debemos hacer nosotros, viendo á nuestra amorosa madre en tanta afliccion, en tanta angustia, en tanto desamparo? ¿Hemos de abandonarla?... ¡Ay no! como buenos hijos tomemos parte en su desgracia, juntémonos á su contorno para consolarla, y defendamos su causa con valor y con celo. ¿No es este nuestro deber? ¿no debemos hacerlo por gratitud? ¿no lo reclama nuestro propio interés? Sí, fieles, sí: por deber, por sentimiento y por interés debemos defender con celo el honor de nuestra santa Religion. Así vosotros quedeis bien persuadidos de ello, como yo confio probarlo.

A tres clases pueden reducirse todos los enemigos que hoy dia afligen á la Religion, y la tienen reducida á las críticas circunstancias en que la vemos: en la una figuran los impíos que la combaten con sus discursos, en la otra están los malos católicos que la desgarran con sus escándalos, en la tercera forman los poderosos que la oprimen con sus armas. ¿Y contra estas tres clases de enemigos, diréis, hemos de defender la causa de la Religion?—Sí, fieles: y con valentía, y con honor, y con gloria.—Pero ¿cómo?—Oponiendo á los discursos de los impíos un lenguaje sinceramente católico, haciendo frente á los escándalos de los malos cristianos con una vida ejemplar y con unas costumbres edificantes, resistiendo á las armas de los poderosos con la poderosísima arma de la oracion.

Cuando digo que debeis oponer un lenguaje francamente católico á los discursos de los impíos, no quiero decir que ha-

yais de entrar en luchas indiscretas y clamorosas con ellos, y aun menos que hayais de disputar sobre materias de religion. Sé que el disputar sobre esto no compete ordinariamente á vosotros, aun cuando haya quien os provoque; y que para quien no posee un fondo suficiente de erudicion eclesiástica el mejor partido es callar. Pero ¿pensais que callando no se puede hacer guerra á los impíos? Sí, se les puede hacer, y una guerra que los humilla y los derrota. ¿Cómo? oponiendo á sus discursos antireligiosos una frente severa y una mirada récia, cortando bruscamente su conversacion, retirándose inmediatamente de su presencia, y diciéndoles al levantarse: *Que usted lo pase bien*. No podeis creer la fuerza que tienen para ellos este género de argumentos, ni lo muy corridos y avergonzados que los dejan. Yo, no obstante que hubiera podido echar mano de otros, juzgué conveniente en algunos lances servirme de estos, y os aseguro que fueron de mucho efecto.

Pero obrar así, diréis vosotros, es algo repugnante. ¿No bastaria desaprobando lo que dicen en el interior, y exteriormente mostrarse indiferente y pasivo?—No, que este es un proceder egoista, cobarde y muy ofensivo á Dios. Si supiéseis que un amigo vuestro, oyendo lacerar vuestro honor y reputacion, se ha contentado con reprobar la injuria dentro de sí, sin tener una sola palabra para defenderos, ¿estaríais muy contentos de él? Es claro que le diríais: amigo desleal, ¿este es el comportamiento que se tiene con quien de veras se ama? ¿este es el interés que tomas por mí? A tí, como buen amigo, tocaba defender la causa de un amigo ausente, rebatiendo las calumnias que contra mí se levantaban, é imponiendo silencio á mis detractores. Caros fieles, roguemos á Dios que no vuelvan aquellos tiempos de persecucion y de prueba, en que declararse cristiano equivalia á morir entre los mayores tor-

mentos. Porque si entonces se vieron muchos cristianos valientes que confesaron animosamente la fe en presencia de los tiranos, creo que ahora se verian muchísimos cristianos cobardes que renegarian de su religion en vista de cualquier peligro. Pues, como discurre un santo Padre de la Iglesia, ¿qué harian ante un espantoso verdugo unos cristianos imbéciles que tiemblan ante un despreciable libertino? ¿qué harian puestos en los tormentos unos cristianos apocados, cuya fe sucumbe á una chulada impía? *Quid faceret in dolore pœnarum qui Christum erubescit inter flagella verborum?*

Roguemos al cielo, repito, que nuestra fe no haya de pasar por la prueba de la persecucion, porque es muy de temer que se verian grandes y muy escandalosas defecciones; y eso que es deber de todo buen católico el defender la religion que profesa, no solo con un lenguaje libre y franco, sino con una conducta edificante y ejemplar. No hay cosa que mas acredite nuestra Religion, y que mejor la defienda de los insultos de sus enemigos que el buen ejemplo de sus hijos. ¿Qué era lo que en el principio del Cristianismo ganaba el corazon de los infieles, y los atraia á la profesion de nuestra fe? Era el buen ejemplo de los primeros cristianos. Brillaban en medio de un mundo depravado, como los astros brillan en el firmamento: su vida era un vivo retrato del Evangelio, ó por mejor decirlo, era el mismo Evangelio puesto en práctica: su conducta era una escuela pública de perfeccion y moralidad. ¡Ah! cuando los paganos ponian la vista en aquellos dechados de virtud, cuando comparaban sus costumbres desarregladas con las costumbres inocentes de nuestros cristianos, no podian menos de entrar en sí, detestar su culto supersticioso, y aficionarse á una religion que tales prendas comunicaba á sus profesores. Así fue como en poco tiempo el Cristianismo atrajo á su seno infinitos pueblos, y se hizo dueño de todo el mundo.

Muchos se admiran de que hoy el Cristianismo esté como esclacionado, y no haga las conquistas que hacia en su principio, pero ¿cómo ha de hacerlas? El mal ejemplo de los católicos es el primer y principal obstáculo que lo impide. ¿Cómo han de abrazar los infieles y los herejes una religion que ven deshonrada con unas costumbres tanto ó mas depravadas que las suyas? Vean ellos que vuestras costumbres no desdicen de vuestra creencia, vean que la santidad de nuestra Religion se revela en vuestra conducta, y desde luego dejarán de gritar contra ella, desistirán de la eterna oposicion que le hacen; y si no tienen valor para abrazarla, al menos callarán avergonzados y confusos. Así os lo previene el Príncipe de los Apóstoles en su primera carta. Es la voluntad de Dios, os dice, que por medio de una conducta irreprochable hagais callar las lenguas que dicen mal de la Religion, y vengueis á esta de la injuria que se le hace atribuyéndole desórdenes que ella condena y deplora: *Est voluntas Dei, ut bene facientes, obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam.*

Pero ¿pensais acaso que con esto solo ya habréis cumplido con todo lo que la Religion exige de vosotros en los grandes apuros en que hoy dia se encuentra? Os equivocais. Hoy se repite el cumplimiento de aquel fatal pronóstico de David: Levantáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se mancomunaron entre sí, para declarar guerra á Dios y derribar de su trono al Jefe visible de su santa Religion: *Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum, et adversus Christum ejus*¹. Con una insolencia inaudita han dicho: ¡Qué Dios, qué Papa, ni qué religion! Rompamos las leyes con que quieren atarnos, y arrojemos el yugo de obediencia con que tratan de oprimirnos: *Dirumpamus vincula*

¹ Psalm. II, 2.

eorum, et projiciamus à nobis jugum ipsorum.—Yo sé que aquel que habita en los cielos se burlará de ellos, y que el Señor pondrá de manifiesto toda la ridiculez de sus planes insensatos: *Qui habitat in cælis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* Yo sé que un dia, que quizá no está léjos, les hablará fuerte, y les hará sentir todo el peso de su furor, porque se han atrevido á combatir á su Esposa: *Loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos.* Pero entre tanto que este dia viene, ¿podemos nosotros dejar de ayudar á nuestra madre con nuestras súplicas y oraciones, para que el Señor se digne abreviar los dias de su afliccion? ¿Podemos dejar de rogar fervorosa y continuamente á Dios por la libertad é independencia del Padre comun de los fieles, al modo que los primeros cristianos rogaban sin intermision por la libertad del Príncipe de los Apóstoles, preso por orden de Herodes? *Ora-tio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo*¹. El que hoy dia no siente encenderse en su pecho el celo de la Religion, el que no procura con fervientes súplicas atraer sobre la Iglesia la misericordia del Señor ¿cómo tiene vergüenza de llamarse católico?

Defender la Religion con la palabra, con el ejemplo y con la oracion es cosa que debe hacerla todo buen católico, no solo por motivo de obligacion, sino por sentimiento de gratitud. ¿Qué no ha hecho esta buena madre para mostrarnos y hacernos sentir los efectos de su amor? Luego que vinimos al mundo, ella nos abrió sus templos, nos recibió en sus brazos, y nos reengendró á la gracia mediante el Bautismo. Como piadosa madre se encargó de nuestra educacion; y al efecto, siendo niños, nos alimentó con la leche de su doctrina, siendo grandecitos, nos dió á comer el pan de la divina pala-

¹ Act. XII, 5.
22

bra, y siendo ya hombres maduros y perfectos nos descubrió los tesoros de la mas alta sabiduría: *Sapientiam loquimur inter perfectos*¹. Si crecidos en edad nos dejamos transportar del ímpetu de las pasiones, y caemos en la culpa, héla correr presurosa á nuestra ayuda, y aplicándonos la sangre de su Esposo, purificarnos de las manchas contraídas, reconciliarnos con Dios, y abrirnos de nuevo el paraíso. Si nos aprietan las tentaciones, nos conforta con el Pan de los Ángeles, y con los dones y carismas del Espíritu Santo nos alienta y nos anima. Que si vosotros, por seguir la culpa, huís de los brazos de esta piadosa madre, no por esto ella sabe desprenderse de vosotros; antes os sigue á doquiera que vayais, y se ocupa de vuestro bien en casa, en la iglesia, jóvenes, viejos, sanos, enfermos, moribundos y difuntos. ¡Oh si la viéseis en aquellos extremos momentos, cómo redobla ella su solicitud y afán, y cómo se angustia de ternura y piedad! ¿Qué no hace, qué no dice, qué no prueba, qué no mueve por atraer las misericordias de Dios sobre vosotros? Ruega, suplica, gime, suspira, llora; y no hay Santo que ella no invoque para que os sea propicio en aquella necesidad. ¿Habeis ya dado el último suspiro? ¿habeis ya cerrado por siempre los ojos? ¡Ah! ella se viste de luto, ella se apodera de vuestro cadáver, ella lo rocía con agua bendita, ella lo conduce al templo, ella lo acompaña al sepulcro, ella lo consigna á la tierra, ella lo conserva religiosamente en el lugar sagrado como un precioso depósito para el día de la resurrección. ¿Y el alma? ¡Ah! esta es la que principalmente llama su atención. Himnos tristes, cánticos afectuosos, oraciones patéticas, misas, oficios, todo lo emplea, todo lo pone en acción para alcanzar de Dios su eterno descanso. ¿Y una madre así buena y piadosa no me-

¹ I Cor. II, 6.

recerá que vosotros la ayudeis en su presente tribulación?

Cuando no queráis hacerlo por gratitud, debéis hacerlo por política y por interés, porque está en el interés de todos que la Religion triunfe, prospere y domine en el mundo, segun aquella máxima de san Agustin: *Vobis prodest colere Deum*. ¿Qué va á ser de vosotros, ó reyes, si os falta el apoyo de la Religion, que manda á los pueblos reconocerlos como á representantes de Dios, y estar sujetos á vuestra autoridad, no solo por temor del castigo, sino tambien por deber de conciencia? *Non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam*¹. Conspiraciones, pronunciamientos, alborotos, traiciones, perfidias, hé aquí lo que experimentaréis tan pronto como os falte el influjo de la Religion. De consiguiente por política, ya que no por piedad, debéis procurar protegerla en vuestros Estados: *Vobis prodest colere Deum*. ¿Qué va á ser de vosotros, ó pueblos, si os falta el amparo de la Religion, que ordena á los soberanos mirarlos como á hijos encargados á su cuidado, y no como á esclavos á quienes puedan libremente oprimir? Vais á experimentar aquello que dice el Espíritu Santo, á saber, que cuando los impíos empuñan el cetro, el pueblo gime y suspira: *Cum impii sumpserint principatum, gemit populus*². De consiguiente á vosotros os interesa que la Religion no pierda su influjo y ascendente: *Vobis prodest colere Deum*. ¿Qué va á ser de vosotros, ó propietarios, si desaparece la Religion que manda á los necesitados primero sufrir todos los rigores de la indigencia, antes que violar la santa ley del mio y del tuyo? Robos, devastaciones, asesinatos, incendios, venganzas, hé aquí lo que os vendrá tras de su ruina. De consiguiente, por vuestro bien debéis trabajar para que la Religion no sucumbiera. *Vobis prodest colere Deum*. Y tú, mísera porcion de la hu-

¹ Rom. XIII, 5. — ² Prov. XXIX, 2.

mana sociedad, que estás condenada á ganarte el sustento con el sudor de tu frente, ó bien á acudir á la caridad de los ricos, ¿qué vas á experimentar si tiene que desampararte la Religion que manda á los acaudalados socorrerte en tus apuros, y hacerte participante de los bienes que no les son absolutamente necesarios? *Quod superest date pauperibus.* ¡Ah! que ni la humanidad, ni la filantropía, de que tanto blasonan los impíos, serán bastantes para enjugar tus lágrimas. De consiguiente, á tí interesa tambien que la Religion se conserve entre nosotros.

Pues si por deber, por gratitud y por política debeis interesaros por el triunfo de la Religion, yo tengo derecho á esperar que no la abandonaréis en las tristes circunstancias en que hoy se encuentra; antes procuraréis todos, cada cual en su esfera, ayudarla por todos los medios que os he indicado. Sí, lo espero, y sentiria en el alma que mis esperanzas quedasen frustradas, y no puedo persuadirme que os mostreis indiferentes á las angustias de una madre que no tiene otro anhelo que haceros felices en esta vida y dichosos en la eternidad. Amen.

FIN.

ÍNDICE

DEL TERCER TOMO.

	PÁG.
Domingo de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	5
2.º Sermon sobre el evangelio: <i>El amor de Dios principio del bien obrar.</i>	11
Domingo de Trinidad.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	20
2.º Asunto: <i>Gran pecado del que viola las promesas del Bautismo.</i>	23
Domingo infraoctava de Corpus.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	33
2.º Asunto: <i>La frecuente comunión.</i>	36
Domingo tercero despues de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	46
2.º Asunto: <i>Suma bondad de Dios respecto del pecador.</i>	47
3.º Otro asunto: <i>El no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.</i>	57
Domingo cuarto despues de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	67
2.º Asunto: <i>La política del interés propio.</i>	70

mana sociedad, que estás condenada á ganarte el sustento con el sudor de tu frente, ó bien á acudir á la caridad de los ricos, ¿qué vas á experimentar si tiene que desampararte la Religion que manda á los acaudalados socorrerte en tus apuros, y hacerte participante de los bienes que no les son absolutamente necesarios? *Quod superest date pauperibus.* ¡Ah! que ni la humanidad, ni la filantropía, de que tanto blasonan los impíos, serán bastantes para enjugar tus lágrimas. De consiguiente, á tí interesa tambien que la Religion se conserve entre nosotros.

Pues si por deber, por gratitud y por política debeis interesaros por el triunfo de la Religion, yo tengo derecho á esperar que no la abandonaréis en las tristes circunstancias en que hoy se encuentra; antes procuraréis todos, cada cual en su esfera, ayudarla por todos los medios que os he indicado. Sí, lo espero, y sentiria en el alma que mis esperanzas quedasen frustradas, y no puedo persuadirme que os mostreis indiferentes á las angustias de una madre que no tiene otro anhelo que haceros felices en esta vida y dichosos en la eternidad. Amen.

FIN.

ÍNDICE

DEL TERCER TOMO.

	PÁG.
Domingo de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	5
2.º Sermon sobre el evangelio: <i>El amor de Dios principio del bien obrar.</i>	11
Domingo de Trinidad.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	20
2.º Asunto: <i>Gran pecado del que viola las promesas del Bautismo.</i>	23
Domingo infraoctava de Corpus.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	33
2.º Asunto: <i>La frecuente comunión.</i>	36
Domingo tercero despues de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	46
2.º Asunto: <i>Suma bondad de Dios respecto del pecador.</i>	47
3.º Otro asunto: <i>El no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.</i>	57
Domingo cuarto despues de Pentecostes.	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	67
2.º Asunto: <i>La política del interés propio.</i>	70

Domingo quinto despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	79
2.º Asunto : <i>Amor de los enemigos.</i>	80
3.º Otro asunto : <i>La religion de muchos cristianos comparada con la de los fariseos.</i>	88

Domingo sexto despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	97
2.º Asunto : <i>Ventajas de la pobreza.</i>	99
3.º Otro asunto : <i>Tal es el pueblo cual es la grandeza.</i>	108

Domingo séptimo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	116
2.º Asunto : <i>Direccion de las obras á Dios.</i>	116
3.º Otro asunto : <i>¿Por qué Dios difiere á veces el castigo del peccador?</i>	126

Domingo octavo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	135
2.º Asunto : <i>Conocimiento de sí mismo.</i>	138

Domingo nono despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	147
2.º Asunto : <i>Respeto al templo.</i>	150

Domingo décimo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	158
2.º Asunto : <i>Respetos humanos.</i>	161

Domingo undécimo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	169
2.º Asunto : <i>Arte de santificarse con poco trabajo.</i>	171

Domingo duodécimo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	178
2.º Asunto : <i>Dios infinitamente amable.</i>	182

Domingo décimotercio despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	193
2.º Asunto : <i>La confesion general.</i>	195

Domingo décimocuarto despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	206
2.º Asunto : <i>Valor del alma humana.</i>	208

Domingo décimoquinto despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	217
2.º Asunto : <i>El mal hábito.</i>	220

Domingo décimosexto despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	229
2.º Asunto : <i>La humildad cristiana.</i>	231

Domingo décimoséptimo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	240
2.º Asunto : <i>Hombre de bien y sin religion no puede ser.</i>	243

Domingo décimoctavo despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	256
2.º Asunto : <i>La tibieza espiritual.</i>	258

Domingo décimonono despues de Pentecostes.

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia.	267
2.º Asunto : <i>Apologia del dogma del infierno.</i>	268

Domingo vigésimo despues de Pentecostes.

- 1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. 279
- 2.º Asunto: *Credibilidad de la fe católica.* 182

Domingo vigésimoprimeros despues de Pentecostes.

- 1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. 291
- 2.º Asunto: *La restitucion.* 294

Domingo vigésimosegundo despues de Pentecostes.

- 1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. 304
- 2.º Asunto: *Deberes de los vasallos respecto del soberano.* 305

Domingo vigésimotercero despues de Pentecostes.

- 1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. 313
- 2.º Asunto: *Buen uso del tiempo.* 316

Domingo vigésimocuarto despues de Pentecostes.

- 1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. 326
- 2.º Asunto: *Celo del honor de la Religion.* 328

FIN DEL ÍNDICE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



LIOTEC